

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN

tarascos y
mexicas



SEP/80



SEP 80 / 4

TARASCOS Y MEXICAS

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN

TARASCOS Y MEXICAS

México, 1981

Primera edición, 1981

Producción: Dirección General de Publicaciones y
Bibliotecas, SEP
Publicados por el FCE

D. R. © CONAFE

Av. Thiers 251

D. R. © FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Av. de la Universidad 975, México 12. D. F.

ISBN 969-16-0888-7

Impreso en México

PRÓLOGO

CUANDO un historiador se ve precisado a sintetizar en una obra destinada a los jóvenes dos o tres siglos de historia de un pueblo, la labor más ardua es la selección de todos aquellos temas que debe por fuerza incluir y de aquéllos de los que puede prescindir. Ha de tomar en cuenta que no le es permitido saturar el poco espacio del que dispone con cargas de nombres, fechas, genealogías y relatos de actos heroicos. La colección que pudiera formarse con los pormenores a los que acabo de referirme sería un valioso arsenal para elaborar discursos patrióticos o para participar en un concurso de televisión, pero no para captar el proceso de transformación de una sociedad, la integración de sus estructuras, el desarrollo de sus contradicciones y el fundamento de sus concepciones. En otras palabras, ese solo arsenal no conduce a la comprensión de la historia.

Lo anterior está lejos de implicar, de manera alguna, un desprecio por el conocimiento minucioso de las fuentes. Es indiscutible que en toda ciencia el especialista debe manejar un crecido acervo de información. Pero, en primer término, esto no da al dato valor por el dato mismo; y, en segundo, no hay en una síntesis bastante sitio para el detalle. La historia es mucho más que una simple colección de curiosidades y anécdotas, de biografías de héroes o de frases célebres, y mucho más que un vehículo de simple delectación literaria. El conocimiento científico de la sociedad sólo es posi-

ble si ésta se concibe dinámicamente, en transformación constante, y la dimensión temporal se obtiene por medio del estudio de los procesos históricos. La síntesis, dentro de sus modestas pretensiones, debe tender a mostrar dichos procesos, aunque sea en forma muy sucinta.

Al referirme ahora a las sociedades tarasca y mexicana, lo hago con el gusto de quien habla a un público muy amplio, al de los no especialistas en historia mesoamericana, estableciendo un vínculo directo con quienes los historiadores deberíamos conversar más a menudo. Y al pensar en lectores —no puedo dirigir la palabra a un lector abstracto— he imaginado junto a mí a los jóvenes que están haciendo despertar su conciencia y a los profesores que guían sus pasos. He imaginado, pues, lectores selectos.

La comprensión de la historia mesoamericana tropieza en nuestro país con graves obstáculos. El primero de ellos, desgraciadamente, es su desconocimiento fuera de los ámbitos especializados; el segundo es su utilización desde los más diversos bastiones ideológicos, empezando por los hispanismos e indigenismos furibundos y terminando en las torpes concepciones de viajes extraterrestres. Esto se debe a que la historia es una herramienta, y como tal puede ser usada en beneficio o en perjuicio del pueblo. La historia mendaz, aún con su candoroso rostro, mediatiza. Pongamos por caso el de la historia al servicio del hispanismo o del indigenismo. Estas corrientes, pese a su irreductible polaridad aparente, no son sino dos caras de la misma moneda: una moneda que vale lo que el racismo.

Una visión somera de la polémica entre indigenistas e hispanistas pudiera hacer que se le calificara como disputa anacrónica que no alcanza los niveles mínimos

de seriedad científica. Sin embargo, es más que eso. Pese a que en la actualidad esta disputa va quedando relegada al cajón de los disparates, su importancia en años pasados fue tal, que todavía oímos formular en sus términos los problemas que deben ser planteados y respondidos de una manera mucho más apegada a la razón. Veamos como ejemplo el de la búsqueda de los motivos de tal o cual virtud etiquetada como mexicana, o de tal o cual vicio que en igual forma nos atribuimos. Tienen por fuerza que salir a relucir los antecesores: tal virtud es hispana —se dice—; o tal vicio era desconocido por los indígenas y fue traído por los españoles; o tal lacra la arrastra el pueblo mexicano desde antes de la llegada de los europeos; o hierve en nuestras venas la crueldad de Huitzilopochtli. Se convierten los problemas sociales —tanto los reales como los ficticios— en problemas genéticos, y todo se reduce a un análisis de los pretendidos caracteres raciales o nacionales, de acuerdo con la ubicación ideológica particular.

¿Qué ofrece una actitud tal? A lo sumo, un orgullo nacionalista o una decepción por ser mestizos, y la comodidad de encontrar una solución fácil —pueril— a cualquier problema que se plantee. Éste es precisamente el peligro de una posición como la expuesta. Mirar el pasado, y sobre todo el pasado genético, como una determinación fatal de nuestras acciones, es condenarnos a la inactividad; es castrar nuestro impulso, porque ante una herencia tan firme no queda más que cantar loas a los árboles genealógicos o llorar por la desgracia de nuestra stirpe. ¡Qué lejos queda la realidad, nuestra realidad presente! Distantes de la comprensión de la profundidad de las transformaciones que produce la sociedad sobre los individuos, tendríamos

mos que buscar una tradición, un mítico “espíritu nacional” al cual ser fieles, servilmente fieles.

Creo que, por el contrario, la historia debe enseñarnos a vivir nuestro presente; debe mostrarnos tanto los procesos sociales del pasado como los de nuestros días; debe exponernos las transformaciones de las sociedades de quienes nos precedieron, para que transformemos la actual. La historia, en vez de hacer que nos identifiquemos con nuestros tatarabuelos, puede decirnos qué tipos de sociedades los hicieron como fueron y cómo la sociedad de hoy nos hace como somos. En cambio, si concebimos la historia como forjadora de arquetipos a los que hemos de ceñir nuestra acción, encontraremos una historia limitante; y esa historia será, además, falsa.

En efecto, una historia-modelo no puede corresponder a una realidad. La historia-modelo deforma, idealiza el pasado. Las sociedades pretéritas descritas por este tipo de historia se cubren con un manto de gloria, de perfecciones, de armonía y de virtud. Los grandes conflictos existentes hoy en día se describen como ya superados. El relato se limita a las acciones heroicas de los próceres como si hubieran traído al pueblo de la mano —un pueblo infantil— a un presente que se pinta plácido. Las heridas están restañadas; las divisiones, diluidas. Los próceres flotan en el vacío, fuera de su momento, abrazados a ideales de validez eterna. Los logros intelectuales y artísticos aparecen como meros efluvios de una raza vigorosa —también alejada de toda circunstancia y tiempo— que deben ser comparados con las más altas producciones de la humanidad. Todo parece un jardín florido en el que las plantas no se dignan vivir del suelo. Y esto es falso.

No encontrará el lector en este trabajo una historia idealizada. He querido proporcionarle un boceto de

trazos amplios que, no obstante, le permita captar los procesos de transformación de las sociedades tarasca y mexicana. Tal vez algunos lectores hubiesen preferido menos descripción de los acontecimientos y más interpretación de los procesos. Creí, sin embargo, que los que apenas se inician en estos temas aceptarían con agrado un relato que los ubicara en la materia, una base sencilla que pudieran complementar con posteriores lecturas. Porque ha sido también mi intención interesar a un amplio público en la historia mesoamericana, aportando una versión desmitificada.

Han sido elegidas para esta síntesis las historias de dos pueblos que fueron protagonistas de cursos paralelos de expansión y de procesos hacia una complejidad social y política. Pese al paralelismo, a la contemporaneidad de los acontecimientos y a la proximidad de tarascos y mexicas, el desarrollo y resultado de los acontecimientos presentan diferencias muy interesantes. Una de ellas, por ejemplo, es el grado de control que ejercieron los conquistadores sobre los conquistados en el movimiento de expansión; paradójicamente, el pueblo que se encontraba en un estado de complejidad política menor —el tarasco— logró un sistema de dominio que le permitió actuar en forma más efectiva sobre sus dominados. Otra diferencia notable es la transformación económica y religiosa que permitió a los tarascos, en vísperas de la llegada de los españoles, aprovechar en actividades agrícolas a los enemigos capturados en combate; situación a la que no llegaron plenamente los mexicas, que conducían a casi todos los cautivos a la piedra del sacrificio, conservando una tradición religiosa que producía un notable desperdicio de fuerza de trabajo. No pretende esta síntesis, ni mucho menos, explicar los motivos y consecuencias de esta

divergencia en los procesos, pero la contigüidad de los dos relatos puede hacer resaltar éstas y otras diferencias importantes.

Los textos que integran la antología son en su mayor parte fuentes que amplían en forma considerable la información sobre aspectos tratados en la síntesis. Son trozos de obras a las que raramente acude el lector no especializado, pese a que el acceso a ellas no siempre es difícil. Las hay que son el dictado mismo que los indígenas hicieron a los conquistadores, como la relación del sacerdote mayor de Tzintzuntzan, o la contestación de los informantes de fray Bernardino de Sahagún. Otras son producto de las impresiones y de las pesquisas de los españoles en las primeras décadas de la Colonia: informes oficiales, instrucciones a los evangelizadores, tratados sobre las costumbres de los naturales... En no pocas de ellas se transparentan las posiciones que los distintos autores tuvieron en el mundo conquistado, ya la decepción de quien encuentra más difícil de lo imaginado la implantación del cristianismo, ya el disgusto ante la resistencia que presenta el indígena a la explotación, ya la esperanza de crear en suelo novohispano, lo que no pudo erigirse en España.

No siempre es fácil la lectura. Algunos textos muestran la impericia de sus autores en la comunicación escrita, principalmente cuando son las respuestas de los oficiales de los pueblos al mandato real. Esto me ha obligado a hacer modificaciones; pero me he limitado a las que se refieren a la puntuación, ortografía y desatado de abreviaturas. En cambio, no he querido corregir concordancias ni alterar los valores fonéticos.

Entre los estudios modernos que aparecen en la antología destaca el de Paul Kirckhoff sobre los tarascos. Lo incluyo por varias razones: la primera, por

su calidad, pues proviene de uno de los más notables mesoamericanistas de nuestros tiempos; segundo, porque los trabajos generales sobre los tarascos no son tan abundantes como los que se escriben sobre los mexicas; tercero, porque sirvió de introducción a una edición de la *Relación de Michoacán* que sólo se encuentra en bibliotecas especializadas.

Por último, quiero manifestar que se cumplirá el propósito de este trabajo si logra aumentar en el joven lector su interés por la historia mesoamericana. Al final encontrará, junto a las referencias de las obras mencionadas en el cuerpo del libro, las de otras lecturas que sin duda alguna le serán muy provechosas.

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN

Instituto de Investigaciones Antropológicas
de la Universidad Nacional Autónoma de México

Enero de 1978

LOS HOMBRES DE LOS LAGOS

LOS TARASCOS

La región de la Sierra Central

EL LAGO era el centro del mundo: punto de conjunción de pescadores isleños, de campesinos que intercambiaban maíz por pescado y de cazadores que ocasionalmente descendían a la orilla. Es el lago de Pátzcuaro. La región es boscosa, poblada por pinos y encinos, montada sobre el Eje Volcánico como un desprendimiento de la Sierra Madre del Sur. El clima es templado, aunque en los inviernos, secos, hay heladas. Las lluvias caen de mayo a octubre, más intensas de julio a septiembre. Hacia el norte se desciende al Bajío y a la ciénega de Chapala. Hacia el sur se abre la prolongada faja de Tierra Caliente. Hacia el suroeste se interpone la Sierra de Coacalco en el camino a la ardiente planicie costera del Pacífico. Es un mundo pequeño que en el siglo XIII todavía no hacía oír su voz en Mesoamérica.

En esta región de la Sierra Central michoacana vivían ya en el siglo XIII pueblos de lengua tarasca. Se desconoce desde cuándo; se desconoce su extensión; se ignora su origen; se duda de la propiedad del nombre *tarasco*. Se sabe que no eran ellos los únicos moradores del lago y sus inmediaciones, que muchos de sus coterráneos eran nahuas y que su territorio estaba circundado por pueblos de muy diversas lenguas. Los estudios lingüísticos, entre los que destacan los de Mauricio Swadesh, hacen de los tarascos un pueblo de enig-

mático origen. Puede establecerse un parentesco entre su lengua y otras mesoamericanas —totonaca, mixe, maya—, pero es una relación muy remota, que implica una separación de cuatro o cinco mil años. Paradójicamente, lejanos lazos unen también esta lengua con el zuñi en los Estados Unidos y con el quechua en América del Sur. Se han supuesto como lugares de origen la costa del Golfo de México, el sureste de la Meseta Central, la Mixteca y aun Ecuador o Perú. Por último, el nombre de su etnia y de su lengua es controvertido. Todo parece indicar que ellos no sólo no se daban este nombre, sino que la palabra es extraña, y ante ella los

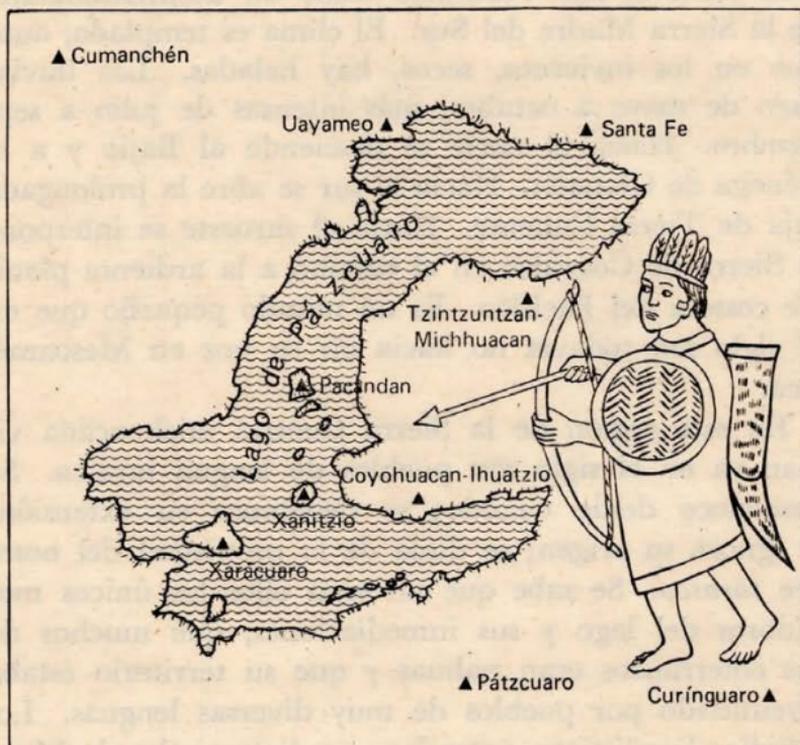


Figura 1. *El Lago de Pátzcuaro*

tarascos, creyéndola propia y acercándola lo más posible a sus vocablos, se esforzaron por encontrar la causa de su uso en las más pintorescas y descabelladas explicaciones. Puede suponerse que la palabra *purépecha* significaba al mismo tiempo *hombre, hombre del pueblo*, una etnia y una lengua, y que fue éste el nombre que los tarascos se dieran a sí mismos. Los nahuas los llamaron *cuaochpanme* y *michhuaque*, que quieren decir, respectivamente “los de una vía ancha en la cabeza” (los rapados) y “los dueños de peces”. *Michhuacan*, “lugar que tiene peces”, fue el nombre que los nahuas dieron a Tzintzuntzan. Hoy lo lleva el estado mexicano que ocupa aproximadamente el territorio conquistado por los tarascos.

Pescadores y agricultores

Las fuentes escritas, escasas, remontan su información al siglo XIII. En esta época los tarascos se encontraban ya bien establecidos en la región, pese a que algunos grupos de la misma lengua seguían arribando a ella, por la parte septentrional, como extraños. Los viejos pobladores tarascos eran agricultores y pescadores; los recién llegados se dedicaban a la caza y a la recolección.

Los pescadores vivían en las islas. Xarácuaro y Pacandan eran las más importantes. Pescaban en canoas de troncos ahuecados, de día con anzuelos de cobre o hueso, de noche con red. El pescado blanco o *urápeti*, el charal o *charari* y la *akúmara* eran las especies más importantes. El charal se curaba entonces como ahora, sin abrir y al sol, para destinarse al comercio. Abundaba no sólo en el lago de Pátzcuaro, sino en el de

Cuitzeo, donde el pequeño pez podía resistir la elevada concentración de las sales. La *akúmara* es el *xohuilin* de los nahuas, el juil. Un ajolote, el *achoque*, también se extraía del lago, y patos silvestres y gallaretas se cazaban con fisgas lanzadas con propulsores. Las islas y sus aguas circundantes no eran suficientes para proporcionar a los pescadores todo lo necesario para su subsistencia. La tierra ribereña, rica e irrigada, les permitía levantar buenas cosechas, y de los bosques próximos llevaban leña para el uso familiar y el culto a los dioses.

Los agricultores se dedicaban al cultivo del maíz, el frijol, la calabaza, el chile y muchos otros productos que intercambiaban con los isleños. Criaban animales domésticos: pavos, algunos sitácidos —papagayos los llaman los textos históricos— y perros; las aves para la obtención de las plumas, y aves y perros para la alimentación. Cazaban también, con arco y flecha; pero las fuentes los muestran torpes en la obtención de la piel, como si sus actividades cinegéticas fueran infrecuentes. Como agricultores constituyen una excepción en Mesoamérica al usar el metal para sus instrumentos: la *tarhekua* o coa y el hacha tenían cabezas de cobre. Con ellas practicaban roza y riego sobre suelo derivados de cenizas volcánicas, jóvenes, fértiles y poco compactos. Las terrazas de cultivo, por otra parte, permitían un adecuado aprovechamiento de las aguas y evitaban la erosión. Una producción importante era la del pulque. La ingestión de esta bebida alcohólica aparece en las fuentes con una frecuencia que no es común en los documentos que se refieren a otros pueblos mesoamericanos.

Agricultores y pescadores se agrupaban en múltiples pueblos, en su mayor parte independientes, aunque

algunos aparecen sujetos a los más poderosos. Los pueblos estaban divididos en barrios, y éstos no necesariamente eran contiguos. La actual idea de barrio puede dar una imagen no muy exacta de la antigua realidad. Dos elementos son esclarecedores: la existencia de dioses patronos y una fuerte —si no absoluta— endogamia de barrio. Así, puede imaginarse la vida de estas congregaciones como unidades no sólo político-administrativas, sino como sociedades robustecidas por estrechos lazos de sangre y por la confianza de sus miembros en la protección de una deidad propia. En los momentos de conflictos políticos, vemos a algunos de estos grupos escindirse de las poblaciones a las que ya no desean pertenecer, llevando con ellos a sus dioses protectores, y perseguidos por las canoas de quienes pretenden reintegrarlos por la fuerza a la isla de la que huyen. No especifican las fuentes los vínculos económicos que mantuvieron este tipo de estructuras y que afirmarían el culto a los dioses patronos; pero es obvio que la persistencia de las divisiones dentro de una concentración mayor, el pueblo, y la liga estrecha que producía la pertenencia al dios, tuvieron como base raíces más sólidas que las simples tradiciones parentales o religiosas, o las conveniencias administrativas de una organización política.

Sobre los dioses de los barrios, naturalmente, prevalecía uno general, que bien podía coincidir con el propio del grupo dominante del pueblo. Al mencionarse que en la isla de Xarácuaro había muchos dioses, se dice que uno de ellos era el principal, sin llegar a más especificaciones. Pero después se ve cómo, al ir ganando terreno el pueblo de los tarascos uacúsechas en el ámbito militar, su numen protector, Curicaueri, se eleva hasta convertirse en el dios cuyo mandato —dado a conocer por sus

protegidos— será el rector de la política de toda la zona. Lo mismo pudo haber sucedido tiempo atrás con la divinidad mayor de los isleños de Xarácuaro, o con la de cualquier otra población de importancia.

Los procesos y ordenamientos religiosos son importantes para comprender la organización social y política de los tarascos: las relaciones de dependencia y subordinación, las de conquista o las de alianza, se regían por lineamientos de tipo religioso; se enmascaraban tras las obligaciones religiosas o el libre acto de devoción lo que en el fondo eran tributos o expolios. Lo mismo puede decirse de las relaciones sociales: la conveniencia de la endogamia fue concebida por los tarascos como problema fundamentalmente religioso. En esa forma, sucedió que un problema grave derivado de la unión matrimonial entre isleños y cazadores, de la que podían surgir lazos políticos inconvenientes, fue planteado —según dice la fuente— en términos religiosos. No dijeron abiertamente los agricultores a los isleños que una alianza con pueblos cazadores no era benéfica, ni que alteraría las buenas relaciones económicas entre los sedentarios. Se afirmó, en cambio, que a los dioses no les era grata la unión de un hombre y una mujer que debían fidelidad a distintos númenes protectores, pues los descendientes de dicha unión tendrían que compartir su culto por mitades o por cuartos.

Tanto los pescadores como los agricultores integraban sociedades estratificadas con notorias diferencias entre los grupos de productores y los de dirigentes, formados estos últimos por administradores, jueces, jefes militares y religiosos. La estructura gubernamental era sostenida con los tributos de agricultores y pescadores, entregados ya en especie, ya en forma de participación en obras

colectivas, que podían ser agrícolas o de erección de edificios. Existieron esclavos, pero su importancia en la economía de estos pueblos parece haber sido mínima. Eran los hombres libres los que cargaban sobre sus espaldas el peso del aparato oficial.

El grupo dirigente se concentraba en torno a un señor principal que pretendía derivar su poder del dios protector del pueblo. Hubo contradicción en esa época en las creencias acerca de las distintas vías que seguían los dioses para elegir a sus representantes: la elección directa de hombres píos a través de sueños o milagros, que podían elevar intempestivamente a un esclavo a la dignidad de señor, contra la elección original de un caudillo que hereda a sus descendientes el poder divino delegado en el pasado. Estas discrepancias pueden indicar la lucha de grupos afianzados en el poder frente al caudillismo de los osados que aprovechan un momento de inestabilidad política.

De cualquier manera, el grupo dominante ha logrado en esta época reclamar para sí preeminencias elevadas. Según las fuentes, el dios protector concede al señor de un pueblo, casa, trojes llenas de mantenimientos, mujeres de servicio, ancianos que aconsejan, numerosos vasallos, joyas, insignias de gobernantes. . . y, sobre todo, los señores disfrutaban de los relieves (de las sobras) que dejan los dioses después de haber aspirado toda la sustancia de las ofrendas que les lleva el pueblo. Su poder era tan grande que entre dos señores enemigos podían convenir las guerras necesarias a fin de obtener cautivos que les sirvieran de "estrados" a su muerte, esto es, que fueran enterrados debajo y encima de sus cadáveres, para que los cuerpos de los gobernantes no tocaran la tierra. No estamos en presencia de los poderosos pueblos militaristas mesoamericanos de la época;

y, sin embargo, ya se dan en ese estadio prácticas despóticas. Los altos asuntos de la política son tratados en secreto entre gobernantes. Los señores disponen de la suerte y de la vida de sus vasallos. Puede verse como ejemplo el caso de un isleño, Chupítani, señor de Pacandan, que acuerda con el adversario, para evitar una guerra, que cien de sus labradores sean sorprendidos inermes por las tropas enemigas cuando acuden a las sementeras de la orilla del lago.

La interpenetración de la religión y la política hace con frecuencia difíciles de entender las fuentes históricas. Se dice en ellas, por ejemplo, que los señores tenían tierras propias, de regadío, que les eran cultivadas por campesinos de sus pueblos; pero es difícil discernir si son las mismas destinadas al culto de los dioses. Evidentemente son tierras cuyos frutos van a sostener al grupo dirigente; pero la precisión es fundamental para determinar el tipo de relaciones de producción. ¿Son tierras cuyos cultivos se dan en sustancia a los dioses para que los señores y los suyos gocen de los relieves? ¿Son tierras destinadas al gobernante como retribución a sus servicios y ligadas al cargo? ¿Son tierras de propiedad privada? ¿Son sus cultivadores campesinos libres que acuden a la labor por obligación tributaria? ¿Son hombres sin tierra, que se contratan? ¿Son esclavos? ¿Existen todas estas diversas formas de relación?

Otro concepto totalmente distinto es el de la propiedad universal que tiene el señor sobre las tierras de sus dominios. Según los tarascos, las tierras son ganadas por el dios —es la lucha entre dioses, en las que los perdidosos quedan desprovistos—, y el representante del vencedor está facultado para disponer de ellas. En este sentido es su dueño: en cuanto es capaz de decidir qué pueblos pueden ocuparlas, bajo qué condiciones de su-

bordinación o bajo la conmutación de qué prestaciones. El señor decide si ha de regresar parte de su territorio a los dioses vencidos —a los pueblos vencidos—; si los pueblos dependientes pueden mudar su asiento, y hasta qué límites; o si grupos extranjeros pueden refugiarse bajo su amparo y gozar, por ello, de parcelas laborables.

Las diversas actividades de los pobladores de la región de la Sierra Central y la proximidad de otras regiones geográficas, contrastantes, favorecieron el comercio. Llegaban a las inmediaciones del lago de Pátzcuaro productos vegetales y animales de Tierra Caliente que eran ambicionados por los isleños y los agricultores; y también provenía de allá el cobre, imprescindible en sus actividades de subsistencia. Hombres y mujeres de distintas lenguas se congregaban en mercados como el de Pareo o el de Záueto, y las transacciones entre isleños y agricultores eran no sólo normales, sino indispensables. Las buenas relaciones se reforzaban con las ofrendas recíprocas a sus dioses: productos vegetales para las divinidades isleñas y pescado para los dioses de los agricultores.

Sin embargo, las relaciones no eran del todo tranquilas. No existían grandes núcleos hegemónicos; pero las guerras entre vecinos eran frecuentes y los dioses no sólo recibían fuego de la leña llevada a los templos, maíz y pescado, sino sangre humana. Los grupos dirigentes ya no se satisfacían tan fácilmente con los tributos de sus propios vasallos, y trataban de eliminarse entre sí para aumentar su poder.

Los cazadores-recolectores

A esta región poblada principalmente por pueblos de habla tarasca y náhuatl llegaron en el siglo XIII grupos

chichimecas, cazadores-recolectores, en bandas dispersas que merodeaban las poblaciones de los sedentarios. Es muy verosímil que arribos de este tipo de gente fuesen frecuentes en los alrededores del lago, y que no perturbaran a los agricultores sino cuando la agresividad o la intromisión de los hombres del bosque pasaran de cierta raya. Esto no implica que existiera un trato abierto y constante entre sedentarios y nómadas; simplemente que la llegada de chichimecas no era un acontecimiento extraordinario. Si el hecho se registró no fue por su importancia, sino porque siglos más tarde vendría a formar parte de la historia oficial de un pueblo conquistador.

El término *chichimeca* no implica etnia ni lengua determinadas. Se refiere a una forma de vida, a un estadio socioeconómico de pueblos cazadores-recolectores, aunque algunos de ellos eran agricultores ocasionales. Lingüísticamente los hombres de las bandas de nuestra historia eran tarascos, y debe suponerse que en realidad fueron extraños en la región, porque su lengua no era estrictamente la misma que hablaban los tarascos sedentarios. Jiménez Moreno los cree originarios de un territorio próximo, septentrional, en los límites de los actuales estados de Guanajuato, Jalisco y Michoacán. Si se toma en consideración que el tarasco formó un islote lingüístico, tan alejado de sus más próximos parientes, puede suponerse que era lengua de gran antigüedad en la zona y de escasa dispersión, por lo que la tesis de Jiménez Moreno es muy verosímil.

Hireti-ticátame, el caudillo al que la historia se refiere como ascendiente de todos sus sucesores en el mando, penetró por las cercanías del pueblo de Naranxan, al noroeste del lago. En el monte Uriguaran-pxeo se

inicia el relato oficial de los hombres que remontarían su origen hasta el estado nómada. Aquí hay que aclarar que la fuente más importante para el conocimiento del pasado tarasco es en buena parte la versión de la historia que públicamente exponía ante el pueblo el grupo dirigente del reino tarasco en vísperas de la conquista española. Es una visión cargada de ideología; es una historia que servía como instrumento para reproducir un sistema favorable a la nobleza, historia que trataba de convencer al pueblo de que los intereses de los señores eran los de toda la comunidad. La fuente es la *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán*, a la que simplemente se hará alusión de aquí en adelante como la *Relación de Michoacán*.

Las bandas cazadoras avanzaron hacia el sureste para llegar a la parte septentrional del lago. Después, durante varias generaciones, siguieron por los bosques orientales, hasta los cerros del sur. El trayecto no fue del todo pacífico. Puede suponerse que el intercambio de productos entre nómadas y sedentarios los mantuvo en buenas —aunque no estrechas— relaciones, y que en algunas ocasiones los nómadas procuraron hacer más firmes las ligas por medio de alianzas matrimoniales, o de ofrendas llevadas ante los dioses de los pescadores y de los agricultores. Pero en otras ocasiones los contactos fueron violentos, y varios caudillos de los cazadores, incluyendo a Hireti-ticátame, cayeron muertos por los viejos sedentarios.

En las fuentes no hay referencias de que este grupo de chichimecas tuviese antecedentes de agricultura ocasional. Se les describe con arcos, flechas y redcillas “agolletadas”, tras venados, conejos, topos, ardillas llamadas *cuinique*, codornices, palomas y otras aves. Son

gente hosca, a la que temen acercarse los pescadores después de que han pasado cinco generaciones del arribo de la gente de Hireti-ticátame. Sin embargo, la *Relación de Michoacán* menciona que este caudillo tuvo al lado de su casa una troje donde guardaba la imagen de Curicaueri. ¿Se trata de un anacronismo de la historia? Pudiera ser, porque la imagen de la troje se asocia al sitio donde se guardaban las riquezas y los objetos sagrados, y tal vez con esta expresión se hubiera querido indicar simplemente un depósito; pero no sería del todo descabellado pensar que estos hombres poseyeron alguna tradición agrícola de la que la troje en cuestión fuese testimonio.

Según las fuentes, los cazadores acostumbraban recorrer un territorio que los separaba aproximadamente una legua de un centro religioso. Vagamente se percibe a través de los documentos que los cazadores realizaban esas correrías tanto en forma individual como colectiva. También es posible suponer que había dos tipos de centros religiosos: los simples, de una sola banda, y los complejos, de varias bandas unidas transitoriamente. Un centro complejo se componía tan sólo de un templo —tal vez era un pequeño adoratorio—, la casa donde se reunían los distintos caudillos —la casa de los *papas*—, los fogones en los que se quemaba la leña para los dioses y las habitaciones de los caudillos y sus familias. Ejemplo de un centro simple es el de Hireti-ticátame. Este líder fue asesinado en un sitio en el que sólo habitaban él, su mujer, su hijo y su nuera; fue muerto cuando su hijo andaba de cacería. Ejemplo de un centro religioso complejo es aquél en el que se dice que habitaban varios jefes chichimecas en el momento en que un prodigio, tomado como muy mal augurio, hizo que se dividieran, llevando cada jefe consigo la

imagen de su dios, "hermano" de Curicaueri. Si existió algún conflicto en este centro religioso, si la población de cazadores tuvo una concentración excesiva, nada se sabe, porque la fuente oculta el hecho real, atribuyendo la escisión al mal presagio.

La figura del caudillo en su centro religioso se perfila como la de un cazador solitario. Es probable que sus dispersos "súbditos" no hayan pasado de un centenar de individuos, y que su grupo y varios grupos más de chichimecas mantuvieran estrechas relaciones de alianza e intercambio de mujeres. En el jefe confluyen la posesión de una imagen que todos reputan milagrosa; una vida dedicada al culto; un supuesto poder sobrenatural; una potestad de demarcación de territorio de caza, y un liderato militar. No hay más. El poder sobrenatural atribuido se suponía que derivaba de la posesión de la imagen, de su estirpe y tal vez de los conocimientos esotéricos aprendidos de su padre y que a su vez transmitía a su hijo. Era por herencia el guardián responsable de la imagen que protegía a todo un grupo disperso, y como tal adquiría también la carga de cuidar mágicamente a su gente y de dividir con otros caudillos los bosques y las bestias. Su ocupación constante era andar por los bosques talando árboles para llevar leña al templo; cazar los venados que alimentarían al Sol, a los dioses celestes, a los de las cuatro partes del mundo y a la madre Cuerauáperi; fabricar las flechas necesarias para su oficio de culto y libar en honor de las divinidades. Como recompensa por sus sacrificios recibía, en nombre de su dios protector, algunas pequeñas ofrendas y disfrutaba de las sobras de ellas cuando se suponía que el dios había dispuesto de la sustancia. Aun su esposa le era entregada como esposa del numen, y las pocas mantas con que se cubría

se le daban como las mantas necesarias para dar calor a la imagen.

El poder del caudillo y el del dios marchaban paralelos. En una ocasión la imagen de Curicaueri fue robada, con la esperanza de los ladrones de apropiarse de la fuerza divina que protegía al líder uacúsecha. La fuente dice que el dios castigó a los ladrones, y que el líder recobró la imagen. Otra vez fue la fuerza de los caudillos la que quiso ser aprovechada. La fama de dos jefes uacúsechas había llegado a las islas, y fueron invitados para que sirvieran como sacerdotes de los pescadores. Pero era un poder que no iba mucho más allá de la fuerza mágica. Cuando las fuentes hablan de los caudillos como señores que gobiernan numerosos vasallos, debe entenderse que es la versión de una historia que pretende justificar señoríos de su presente con las supuestas glorias de un pasado.

Se afirmó que hubo fuertes conflictos entre los chichimecas y los sedentarios, y que éstos desconfiaban de los cazadores a pesar de la antigüedad de su presencia en la región. Sin embargo, fueron muchos los esfuerzos realizados por los agricultores y los pescadores para estar en buenos términos con Hireti-ticátame y sus descendientes. La vía idónea fue la del culto. Si bien el culto de sedentarios y nómadas era muy distinto, las tradiciones religiosas tenían base común: coincidían los principios de la cosmovisión, y con ellos ciertas relaciones entre los diversos dioses protectores. Cuando dos caudillos, Uápeani y Pauácume supieron cómo se llamaban los dioses patronos de los isleños, reconocieron el parentesco divino con Curicaueri, que indicaba el étnico: “¿Cómo es esto? ¿Parientes somos? Nosotros pensábamos que no teníamos parientes; topado hemos parientes. ¿Cómo es esto? Somos parientes y de una sangre.”

Los sedentarios aprovecharon la compatibilidad del culto para ofrecer bienes a tan poderoso dios, como lo era el de los chichimecas uacúsechas, y llegó el día en que se cruzaban por el camino los cazadores con leña para Xarátanga y los agricultores con leña para Curicaueri.

A primera vista pudiera suponerse que estos coqueteos de los sedentarios pretendían domeñar bandas militarmente peligrosas. También aquí puede influir la imagen que los tarascos conquistadores dieron de su pasado, presentando a sus ancestros chichimecas como terribles guerreros. Pero eran simples bandas contra pueblos organizados y económicamente fuertes. En el fondo parece haber entre los sedentarios una competencia por las alianzas. Esto explicaría por qué, en el momento en que los isleños tratan de intimar con los uacúsechas, llevando los dos caudillos como sacerdotes, los agricultores los recriminan por su actitud y los obligan a correr ignominiosamente a quienes habían invitado e instalado. Si se hubiese tratado de evitar el peligro de las bandas chichimecas, asimilar a los bárbaros hubiese sido aún más favorable para los agricultores que para los pescadores, y aquéllos apoyarían la acción isleña. En cambio, estas bandas, que por sí solas no representaban un gran peligro, sí podrían ser militarmente importantes atraídas en conjunto y organizadas por alguno de los pueblos sedentarios para ser usadas contra los señoríos vecinos.

Durante todo este proceso que los ingresaba en el juego político de la región, los chichimecas —al menos algunos de ellos— transformaban sus patrones de subsistencia. Dice la *Relación de Michoacán* que mientras los caudillos y sacerdotes invitados a las islas, Uápeani y Pauácume, permanecían con los isleños, los chichime-

cas que de ellos dependían se establecieron cerca del lago, donde obviamente no hubieran podido vivir de la caza. De aquí en adelante el nombre *chichimeca* irá perdiendo su significado real para quedar como un timbre de orgullo en los descendientes de los cazadores.

El siguiente paso político lo darían ya los chichimecas uacúsechas. Los caudillos expulsados de las islas descubrieron el lugar elegido por los dioses para fundar un santuario: Pátzcuaro, el lugar sagrado que debería llamarse Tzacapu-hamúcutin-pátzcuaro. En las grandes rocas ocultas por malezas y árboles identificaron las figuras de los dioses y las bases firmes que para sus templos había colocado el señor del inframundo. El sitio era —dijeron— el punto en que se abría la puerta a los cielos, el lugar que debería ser asiento de Curicaueri. Ahí se levantaron tres templos, tres casas de sacerdotes, tres fogones para los dioses, como si la puerta divina en donde descansaría el dios del fuego, Curicaueri, fuese al centro del mundo y sirviera para unir los tres niveles: cielo, tierra e inframundo.

Es necesario hacer alusión a una muy importante tradición mesoamericana. Los grupos humanos viajaban, creyendo ser guiados por sus dioses protectores, desde un sitio de origen en el que se decía haberse establecido la alianza entre el patrono y su gente, hasta el punto final del camino, lugar que serviría para el establecimiento del dios, su hogar definitivo. Este sitio era descubierto por los líderes, quienes aseguraban encontrar señales inequívocas y portentosas, en muchas ocasiones milagros. En el caso de Pátzcuaro, dos de los caudillos chichimecas señalaban con su descubrimiento un centro religioso y político que sería foco de atracción para muchos grupos dispersos. Las bandas, que hasta ese momento podían no haber representado un verda-

dero peligro, empezaban a mostrar garras y colmillos.

La reacción no se hizo esperar. Curínguaru, un importante pueblo de agricultores, desató las hostilidades en contra de los uacúsechas. Los pescadores, desconcertados, asumieron una actitud dubitativa, y tan pronto acudieron a hacer una visita de cortesía a los uacúsechas heridos en combate, como abandonaron el sitio, aparentando estar ofendidos. Más tarde los isleños auxiliaron a los agricultores, asesinando a Pauácume y a Uápeani; y después negaron ante los chichimecas haber sido los autores del crimen. Era el principio del fin de una era. Los grupos gobernantes necesitaban ampliar sus dominios, montarse sobre un número mayor de tributarios, y esto sólo era posible destruyéndose unos a otros para imponer hegemonías. Los chichimecas, que habían sido contemplados como instrumentos, ahora se convertían en posibles aliados o en obstáculos potenciales. La política se tornaba compleja.

La muerte de los dos caudillos uacúsechas fue simplemente una solución transitoria. Ya la fundación de Pátzcuaro era irreversible. Durante muchos años la política de los agricultores, particularmente de los de Curínguaru, fue tratar de adueñarse del centro ceremonial y del título de guardianes del dios. Esto puede interpretarse como el deseo de los agricultores de ahuyentar a quien pudiera fungir como líder chichimeca y de anular la importancia del santuario, colocando como gobernante en el lugar a un señor favorable a sus intereses.

Los autores de la versión histórica oficial que dio origen a la *Relación de Michoacán* se explayaron al tratar este período, encarnando el proceso en la figura de uno de sus héroes, Taríacuri. La transformación de las

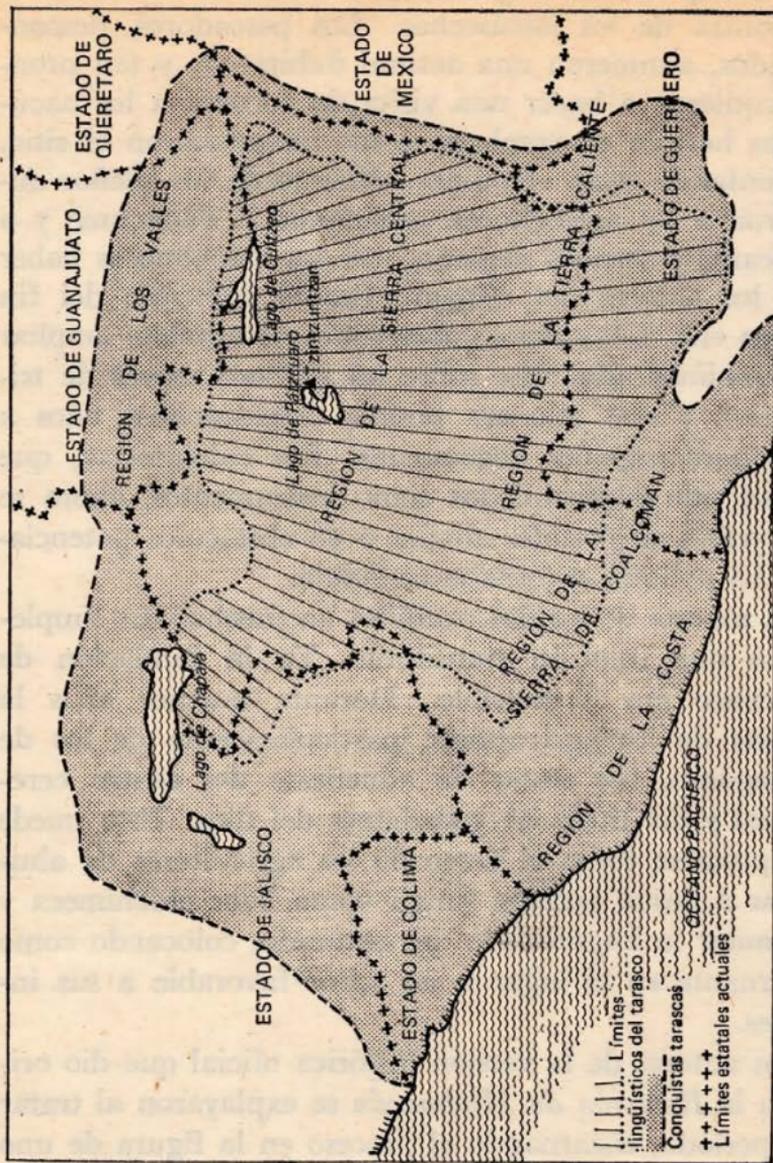


Figura 2. La zona tarasca. (Basado en Donald D. Brand)

sociedades en pugna quedó reducida a una biografía al ser interpretada por el grupo señorial. No es nuevo, como puede verse, el dar al pueblo una versión de los acontecimientos con la que se le quiere hacer creer que la historia es obra de los héroes. Pero, al menos, la biografía de Tariácuri es la más humana de cuantas nos quedan en Mesoamérica. Según la fuente, es Tariácuri un héroe con título de señor no del todo legítimo; comete errores políticos graves; huye ante los enemigos; es perseguido por algunos de los mismos jefes chichimecas; su hijo lo insulta y le arrebató el poder; llora amargamente de amor al enterarse de los excesos de su libertina esposa, adúltera, borracha y desvergonzada; los dioses jamás le conceden un sueño milagroso, a pesar de sus penitencias; procura a sus sobrinos y a su hijo un brillante futuro, para que éstos traten de abandonarlo con el poder que les ha delegado; se ve en ocasiones reducido a un nivel de relegación lastimoso; por último, ni siquiera bebe, porque el pulque se le sube a la cabeza. Pero, al fin, en su época logran integrarse núcleos chichimecas e isleños que formarán la base del ejército que iniciará las guerras de conquista.

Las conquistas

Ya en la primera mitad del siglo xv los chichimecas de las proximidades del lago son agricultores. La *Relación de Michoacán*, pese a que les sigue dando el nombre de chichimecas, habla de sus sementeras, de sus trojes, de sus animales domésticos y de sus alimentos preparados con maíz. Sus señores no son los antiguos caudillos solitarios, sino jefes-sacerdotes que, a cambio de su sacrificio de ir al monte a recoger leña para los

dioses, tienen a su servicio a quienes les proveen de leña indispensable para sus casas, les cultivan sementeras, les cuidan a sus hijos y les preparan las hachas y los cinchos utilizados para cortar y cargar la leña a los templos. A las actividades agrícolas han sumado otro medio de enriquecimiento: el pillaje. Descienden a las tierras tropicales en incursiones que les proporcionan plumas verdes y blancas, turquesas, oro y plata, y con ello pagan a otros pueblos el derecho de paso por sus territorios.

Todos los pobladores de la región lacustre vivían en ese tiempo en ebullición constante. Era una época de alianzas demasiado transitorias, intrigas, traiciones, cesión de hijas y hermanas en matrimonio entre señores y, si hemos de creer en la versión de la *Relación de Michoacán*, de corrupción generalizada entre los gobernantes, que vivían en el ocio, en la embriaguez y sin atender el culto divino.

Los dioses servían de pretexto a los pueblos poderosos para hacerse tributar por los débiles. No existía una franca petición de sometimiento, sino la de la entrega de riquezas a los númenes. Algunas veces los señores se sentían seguros de sus recursos bélicos, y sugerían a sus vecinos qué dádivas podían hacer al patrono. Tal vez una primera entrega implicara las subsecuentes, como reconocimiento de una permanente obligación. Pero la forma misma de petición hace pensar que el expolio sistematizado apenas se iniciaba, puesto que todavía debían cuidarse las apariencias, cubriendo con ropajes de devoción lo que aún no podía llamarse derecho de conquista.

Si la situación de inseguridad por las continuas guerras beneficiaba transitoriamente a algunos señores, el estrato de los productores debió de divergir. Algunos jefes

menores, tal vez instigados por sus pueblos, defeccionaron, abandonaron sus poblaciones y entraron en tratos con los caudillos más aguerridos, entre éstos los chichimecas. Las incursiones —que no se limitaban a la región de la Sierra Central— empezaron a hacerse por grupos heterogéneos que en las fuentes históricas aparecen dirigidos por uacúsechas.

La ofensiva se dirigió contra los antiguos señores. Las justificaciones que da la *Relación de Michoacán* de la iniciación de las hostilidades van dirigidas en contra de gobernantes impíos, ilegítimos, borrachos, corruptos, lujuriosos e ineptos. ¡Hasta las continuas guerras que se hacían dos señores dieron pretexto a los uacúsechas para castigarlos, haciéndoles la guerra! La sentencia de Taríacuri es suficientemente clara: “No habrá ya más señores en los pueblos; mas todos morirán y estarán sus cuerpos echados por los herbazales.”

Según la fuente, la tierra estaba cubierta por el pecado y los dioses hacían que los árboles apenas en crecimiento dieran fruto, que las niñas resultaran preñadas, que las mujeres parieran navajas... Era necesario restablecer el orden cósmico, y el ordenador —decían los uacúsechas— debía ser el dios más poderoso, Curicaueri. Pero para dirigir a todos los pueblos que se convertían en guerreros era necesario afinar el fundamento ideológico. En primer término, Taríacuri no era del todo el legítimo guardián de Curicaueri, por ser hijo de una isleña; en segundo, era necesario que aparte de Curicaueri, el dios de los chichimecas, se luchara con la ayuda de la diosa Xarátanga, que protegería a los descendientes de los antiguos sedentarios. La solución fue establecer nuevas ligas, nuevos pactos entre dioses y hombres, con dos milagros paralelos. Hiripan, uno de los sobrinos de Taríacuri, dijo haber recibido

en el monte donde hacía penitencia el mensaje de Curicaueri. Tangáxoan, el otro sobrino, soñó a Xarátanga, quien le ordenó que volviera a erigir en Tzintzuntzan su templo, en el lugar que descubriría al quitar zarzas y malezas. Pueblos sedentarios habían retirado de ahí el templo de la diosa, y ahora los uacúsechas eran los nombrados para devolverle su antigua posesión.

La lucha se inició en nombre de Curicaueri. El señor que peleaba por él legitimaba su acción y su posición aunque fuese hijo de esclava. Sus enemigos, en cambio, eran ilegítimos, independientemente de su prosapia. Cayeron primero los señores de la región lacustre; después los ejércitos tarascos siguieron hacia el occidente y hacia Tierra Caliente.

Las tres cabeceras

Hiripan, Tangáxoan e Hiquíngare, los sobrinos y el hijo de Taríacuri, fueron los directores de las guerras de conquista. El viejo caudillo, cuya vida coincidió con la época de las constantes guerras de los señores, no alcanzó a ver el triunfo de los uacúsechas. Cuenta la historia que llamó a sus sobrinos y a su hijo y les comunicó que sólo existirían tres cabeceras, Tzintzuntzan, Ihuatzio y Pátzcuaro, y que ellos serían los gobernantes. Es difícil suponer fundadamente cuál fue la causa de esta determinación. Pudo deberse a motivos circunstanciales, al cumplimiento de un arquetipo político o al de uno religioso. La unión de tres cabeceras que dominan hegemoníamente no era extraña en Mesoamérica, aunque en el caso de los tarascos no se conoce el antecedente. La división tripartita pudo haber tenido base religiosa, tal vez relacionada con la erección

en Pátzcuaro de tres templos, tres casas de sacerdotes y tres fogones. En lo político podía influir la necesidad de garantizar tres señoríos, el de los dos sobrinos del viejo caudillo, verdaderos jefes militares y políticos, y el de su propio hijo, sin permitir que ascendiera a la altura de los uacúsechas alguno de los jefes isleños aliados. Ninguna de las tres causas excluye a las otras dos, y es posible su complementación.

Las guerras de conquista fueron eliminando a los señores de los pueblos, que al ser derrotados huían o eran muertos. Los campesinos vencidos eran instados a regresar a sus viejos hogares. Los guerreros trataban de recuperar las imágenes de los dioses de los vencidos —y sus tesoros—, ya que sin dichas imágenes eran difícil lograr la cohesión de los pueblos, y sin los agricultores las tierras conquistadas carecían de valor. Hay que tomar en cuenta que el estrato dominante vivía a costa del trabajo de agricultores y pescadores; pero la apropiación de la riqueza se lograba con la obtención del tributo y de las ofrendas, en especie y en trabajo, y no a través de la apropiación directa de los medios de producción. Los campesinos eran invitados a recuperar sus tierras, sus árboles frutales y sus sementeras, ya que Curicaueri —según los conquistadores— manifestaba deseos de comportarse liberalmente con ellos. La liberalidad consistía en no destinarlos al sacrificio, en no ingerir sus carnes. El dios de los uacúsechas pedía solamente a cambio leña en sus templos, mantas, el cultivo de sementeras destinadas a la producción de víveres para el sostenimiento de la guerra de conquista, y que los campesinos aumentaran sus ejércitos, ya como cargadores, ya como guerreros. Debe suponerse que estas exigencias eran excesivas; pero los agricultores se veían en la alternativa de escoger entre la opresión y la

pérdida de la vida. Para los derrotados era fácil aceptar transitoriamente la imposición y procurar después la fuga, ya sin señores que los sujetaran a las tierras. La *Relación de Michoacán* dice que “se meneaban los pueblos y no estaban fijos, y de continuo estaban temiendo y alterados”. Ante esta situación, determinaron los conquistadores: “Hagamos señores y caciques por los pueblos, que placera a los dioses que se sosiegue la gente.” Pero ya no existió la posibilidad de que los campesinos contaran con sus propios gobernantes. Ahora les fueron escogidos por los caudillos vencedores de entre los mismos jefes militares, aprovechando así el establecimiento de un nuevo orden de dominio para premiar a los aliados valerosos y para modificar radicalmente el sistema de control político de los vasallos. Los nuevos señores fueron isleños y chichimecas. A los primeros se les dieron pueblos de Tierra Caliente; a los chichimecas, pueblos de “la mano derecha”, esto es, de la parte septentrional, ya que la mano derecha era la del Sol en su curso hacia el occidente.

Aseguradas las victorias, los tres jefes uacúsechas se establecieron en las tres cabeceras señaladas por Taríacuri, para tomar en su manos la dirección política y delegar en otros militares la continuación de la campaña, que se prolongaría indefinidamente. Tangáxoan ocupó Tzintzuntzan, como guardián de Xarátanga; Hiripan fue a Ihuatzio, con una “parte” de Curicaueri —un pedazo de obsidiana— que había sido entregado por Taríacuri, y se constituyó también en custodio del tesoro de los dos dioses; Hiquíngare pasó al santuario de Pátzcuaro.

Al referirse a la siguiente etapa, la historia oficial es mucho menos precisa de lo deseable. Apenas una generación después, ya el mando se había concentrado en una persona. También aquí el mito sale en apoyo de las acciones políticas, y se dice que los dioses del cielo comunicaron a Curicaueri que él sería el rey de los dioses, que habría de conquistar toda la tierra y que un hombre sería su representante, encargado de mandar y de llevar leña en su honor a los templos. Este hombre recibió el nombre de *cazonci*, con el que se conoció al supremo gobernante tarasco.

La línea de Pátzcuaro pronto se interrumpió, ya que los hijos de Hiquíngare fueron muertos a causa de sus malas costumbres, sin que quede suficientemente claro si fue el propio padre o si fue Hiripan el que dictó la sentencia. La *Relación de Michoacán* se contradice en la misma hoja al tratar el tema. Hiripan tuvo por sucesor a Ticátame. A Tangáxoan siguió su hijo Tzitzispandácuare. Éste, en circunstancias vagamente referidas, hizo de Tzintzuntzan la única cabecera, y se llevó el "pedazo" de Curicaueri que custodiaba Ticátame y el tesoro depositado en Ihuatzio. Él fue el *cazonci*, y la fuente dice que a partir de él "todo fue un señorío en esta provincia de Michuacán".

Es muy probable que las otras dos cabeceras hayan conservado, si no el poder, sí una categoría muy elevada frente a los demás pueblos. Después de la imposición de Tzitzispandácuare se sigue hablando de las tres partes del señorío y se refieren los textos al señor de Ihuatzio como a un personaje importante.

El título de *cazonci* aparece en este momento atribuido a quien había quedado como señor supremo.

Sobre la etimología del nombre se ha discutido mucho, y varias opiniones parten de la consideración de que su origen es náhuatl. No es verosímil, primero porque es una voz francamente aceptada en las fuentes tarascas y, segundo, porque para ser náhuatl tendría que transformarse de tal manera, o quedaría tan rebuscada su composición, que sería preferible buscar otro origen. Una más aceptable opinión es la de Mauricio Swadesh, quien dice que la palabra es *katzontsi*, y su significado, "el rapado".

Fue grande el poder de Tzitzispandácuare. Sus conquististas lo llevaron hasta Colima y Zacatula, y pudo detener a los mexicas aunque con pérdidas enormes de guerreros. A partir de él la imagen del señor es la de un gobernante arbitrario, dominante, con una corte de numerosos servidores e inmerso nuevamente en un ambiente de intrigas y crímenes. Así, se afirma que en estado de ebriedad condenaba a muerte a los nobles, y después se arrepentía de sus determinaciones. Los señores, además, se casaban por decisión del gobernante, y tenían a honra recibir una de las mujeres que servían en la casa real. Porque el *cazonci* era servido por mujeres, hijas todas de nobles, que lo atendían con el torso desnudo y satisfacían en todo al soberano: una guardaba las joyas, otra estaba a cargo de la ropa del lecho, otra de los jubones de guerra, otra de la cocina, otra de sus mantas, otra de sus esclavas, otra de las provisiones, otra del calzado, y así puede continuar la lista. El *cazonci* tenía hijos con todas, y había una superior, llamada *ireti*, que oficialmente era su cónyuge. Al tener en su casa a estas mujeres, el *cazonci*, podía confiar en la fidelidad de sus padres. Además, estaba en sus manos impedir alianzas matrimoniales inconvenientes. Hay que recordar que había sido práctica constante entre los

señores fincar los tratos políticos en la entrega de hijas y hermanas. El *cazonci* fomentaba estos lazos de amistad entre sus señores dependientes, entregando a unos las hijas de otros. Pero es de suponer que estas relaciones las establecía cuando esperaba que los emparentados no podrían maquinara traición alguna. Es posible, además, que aprovechara este privilegio para asegurar a sus propios descendientes una dignidad señorial, ya que los hijos que él tenía con las mujeres nobles de su casa podrían fungir también como gobernantes de los pueblos. Por lo pronto los parientes de los niños por línea materna cuidaban de su manutención, y el *cazonci* destinaba a sus hijos algunos cautivos de guerra, convertidos en esclavos, que quedarían a su servicio.

Aparecen también en la casa del *cazonci* ciertos lujos que coinciden con los de otros pueblos mesoamericanos de estructura sociopolítica más compleja: los truhanes que divertían al señor y las colecciones de fieras pueden ser ejemplos. Las colecciones de fieras han sido interpretadas como incipientes parques zoológicos. Nada parece apoyar esta idea, y más bien pudieron haber tenido funciones mágico-religiosas, que asociaban al gobernante con las divinidades dueñas de los animales. Contemporáneas eran las casas de fieras de Mexico-Tenochtitlan y de los altos de Guatemala. El *cazonci* tenía ochenta águilas grandes, muchas pequeñas, pumas, coyotes, un ocelote y un lobo.

Las prácticas funerarias en honor del *cazonci* eran en extremo fastuosas, y son buena muestra del poder político y económico al que se había llegado. Lo acompañaban al otro mundo, sacrificados, muchos servidores que deberían seguir atendiéndolo. Entre las mujeres que morían con su señor había una para cada menester: guardiana de bezotes de oro y turquesas, camarera, guar-

diana de collares, cocinera, escanciadora, portadora de aguamanos, portadora de la taza, portadora del orinal. Además, llevaba el señor cargadores de mantas, de sillas, de hachas de cobre, de abanico, de calzado, de pipas, fabricante de guirnaldas de trébol, remero, barrendero, portero, platero, etcétera. Decían que todos estos hombres se habían alimentado a costa del *cazonci* muerto, y que era conveniente que lo acompañasen, porque tal vez no se llevaran bien con el nuevo gobernante.

Es obvio que, al alcanzarse este nivel de magnificencia, el juego político señorial se tornase complejo y difícil. Se tenía acceso al cargo de *cazonci* por la designación del anterior, como lo afirma Alonso de Zurita, o por la elección de los más importantes nobles. Apparently tenían derecho a ser electos los descendientes de los tres jefes uacúsechas, y se menciona en un caso como candidato a Paquíngata, señor de Ihuatzio. En la práctica siempre sucedía un hijo del recién fallecido. Aun así, había posibilidades de presiones peligrosas, y los problemas entre nobles se resolvían frecuentemente con la condena a muerte.

El pueblo de Curicaueri

La vida de todos los pueblos —conquistadores y conquistados— se transformó radicalmente tras las guerras de los sobrinos de Tariácuri. Una fuerza central impuso nuevas normas y en la Sierra Central y en la Tierra Caliente la economía y la política giraron en torno a Tzintzuntzan. La conquista aglutinó a una población aún más compleja que la que vivía en la región lacustre. La complejidad no era sólo de etnias y de lenguas, sino de ocupaciones, muchas de ellas propias de una

diversa geografía, puesto que con sólo traspasar las fronteras de la región se llega a una zona de clima tropical de muy distintas flora y fauna, en la que además se hallaba el ansiado cobre.

Los campesinos conquistados, como hemos visto, podían recuperar su tierra. La fama de la "liberalidad" de Curicaueri hacía que muchos se rindieran sin presentar combate, entregándose con ofrendas de oro y plata, para evitar contarse entre los sacrificados en los templos de la capital, suerte que corrían muchos cautivos. La recuperación de la tierra, sin embargo, no era automática. El representante único de Curicaueri podía disponer de todo el territorio conquistado, distribuyéndolo entre cada pueblo sujeto y entre los aliados de las fronteras, y reservando la parte que correspondía al aparato gubernamental. El *Codex Plancarte* presenta al *cazonci* como dueño de la tierra y de los ojos de agua, que hace la distribución a través de sus "portadores de aljabas", sus capitanes. No hay que confundir el derecho de disposición del señor supremo con el de aprovechamiento directo de la tierra, aunque los dos sean designados en las fuentes como derechos de propiedad. Las tierras eran en última instancia divididas entre los campesinos, quienes las cultivaban para sí, con grave pena para el que traspasara las mojoneras establecidas por los señores y cultivara en provecho propio tierras ajenas. Si algún campesino transgredía el mandamiento, su cráneo quedaba sobre la mojonera, para memorial del suceso.

Quedó dicho que, tras la conquista, algunas tierras se destinaban a la guerra y a los templos. Estas tierras eran cultivadas por los agricultores del lugar, como una de las cargas tributarias. Sin embargo, la práctica de apropiación y aprovechamiento de estos territorios pa-

rece transformarse en esta época en dos aspectos: uno, en cuanto a los beneficiarios directos; otro en cuanto a los agricultores obligados a la labranza de dichas tierras. El producto se empleaba originalmente para acrecentar las vituallas y extender así las conquistas en nombre del dios, o se entregaba directamente a los templos. De lo ofrecido a los dioses se aprovechaban los gobernantes, como sus representantes sobre la tierra. Con el aumento de los gastos cortesanos y administrativos, el concepto de *relieves* parece ya no ser tan necesario, puesto que existen tierras cuyos productos son destinados al sostenimiento de funcionarios públicos y, por último, algunas de ellas son dedicadas a la manutención de personajes que ni siquiera están en edad de desempeñar cargos de gobierno, cuya sola importancia descansa en su linaje, en ser hijos de señores. Si esta transformación de las concepciones de aprovechamiento desembocó en una incipiente propiedad privada, no se sabe. Zurita sostiene que “en Mechuacán había diferente costumbre que en México y lo demás de su comarca, porque todos en general, principales y labradores tienen tierras propias, y hay otras comunes donde labran las sementeras del señor universal, y para los señores inferiores y para los templos”; pero esta afirmación, en realidad nada aclara, puesto que no precisa en qué radica la diferencia.

En cuanto a los agricultores encargados de cultivar las tierras de los dioses y de los gobernantes, en esta época muchos son esclavos. Aunque la esclavitud era conocida en la región del lago antes de las conquistas de chichimecas e isleños, poco a poco va aumentando en importancia, y de los cautivos que debieran ser sacrificados a los dioses se excluyen los más aptos para el servicio de los dominantes.

La abundancia del cobre hizo de los tarascos el pueblo mesoamericano que más utilizó los metales para fines prácticos. Trabajaron también el oro, la plata y la aleación de oro y cobre conocida como tumbaga, que tan usada era en Colombia, Panamá y Costa Rica. Las técnicas tarascas, que verosímilmente derivaban de las chibchas, eran el martillado, el templado, el vaciado en moldes abiertos y a la cera perdida, la falsa filigrana, la soldadura y el repujado. Fabricaron hachas, azuelas, cabezas de coas, cascabeles, agujas y anzuelos de cobre, mientras que con los metales finos hicieron cascabeles, alfileres, cuentas de collar y anillos. Son famosas las pinzas para depilar, metálicas; una de ellas, de grandes dimensiones, lucía sobre el pecho del sacerdote mayor, el *petámuti*, como emblema de poder.

Se ha pensado que el gobierno central tarasco tenía control sobre la extracción y el trabajo de los metales. Al parecer de lo que se trataba era de una exigencia de tributo en especie fija a los habitantes de las tierras ricas en metal. La "Relación geográfica de Tingüindín" así parece afirmarlo. Por otra parte, la práctica de fijar el tributo en especies propias de la región tributaria era común en Mesoamérica, ya que obviamente esto era lo más benéfico dentro de un sistema económico no monetario.

Entre los productos artesanales destacan la lapidaria, el mosaico de piedra, la plumaria y el laqueado. Trabajaban la obsidiana para producir bezotes, orejeras y cuentas de collar, llegando a reducir las paredes de las joyas a un espesor extraordinariamente delicado. Los mosaicos eran fabricados con piritita, turquesa, jadeíta, diorita, cristal de roca y otras piedras. Los artesanos, de los que no es posible saber si lo eran de tiempo completo o —lo que es más probable— si alternaban sus

ocupaciones manufactureras con las agrícolas, también contribuían en especie, entregando parte de sus obras al *cazonci*.

En cuanto a los esclavos, caían en tal condición a consecuencia de la guerra, por herencia, por deudas o por pena; pertenecían a los señores, y los derechos que se ejercían sobre ellos podían cederse. Con el avance de las conquistas, ya se ha visto, aumentó su número, pues se dispuso de algunos prisioneros para este fin, en vez de sacrificarlos en los templos. Los jóvenes eran destinados a la esclavitud. Los viejos, niños de cuna y heridos en combate ni siquiera llegaban a la capital, pues en su misma tierra eran sacrificados a los dioses y sus carnes ingeridas ritualmente por el ejército conquistador. Los esclavos que de grado no obedecían las órdenes de sus amos, eran amonestados cuatro veces; si por quinta vez desobedecían, eran condenados a muerte.

Es indudable que tras las guerras de conquista aumentó la importancia de la esclavitud en la producción. De esto es indicio el énfasis que se dio a la captura de guerreros que se destinarían al trabajo obligatorio. Pero, pese a que la esclavitud se vio incrementada por la vertiginosa expansión de chichimecas e isleños, la sociedad se sostenía con el trabajo de los hombres libres. Cada contribuyente entregaba productos de su oficio, bienes de su región, o servicios que tal vez se establecían en el momento de la conquista o de la alianza, como pacto específico. Así, en Acámbaro los tarascos sujetos entregaban mantas de algodón y trabajaban en las sementeras del *cazonci*, mientras que los otomíes y chichimecas del mismo pueblo tenían como única obligación acudir a la frontera para impedir la entrada de enemigos. Un vasallo de Cuitzeo, para dar otro ejemplo, tenía que contribuir con servicios personales en las

sementeras, acudir a la guerra en caso necesario, y pagar en especie mantas de algodón de tejido apretado, otras de tejido suelto a manera de red, y calabazos de miel obtenida de la cocción de pencas de maguey.

Por último, los servicios personales no sólo debían darse en las sementeras o en las expediciones militares, sino que a los hombres libres se debía la construcción de los edificios públicos, entre ellos los templos o *yácatas*, obras a las que acudían los tributarios por un orden estricto de turnos, dirigidos por funcionarios especiales de su barrio.

Uno de estos servicios tenía, al menos, alguna atracción para el hombre del pueblo. Se ignora si, como entre los mexicas, el campesino podía aspirar a un ascenso social por el ejercicio de las armas; pero se sabe que entre los tarascos el guerrero tenía acceso al botín. Aun en esto la limitación era grande, puesto que a la tropa le era lícito apropiarse de las mantas de los infelices derrotados, mientras que el cobre, las joyas, el oro, la plata y los plumajes eran trasladados a Tzintzuntzan para acrecentar el tesoro real. Debe suponerse, aparte de todo esto, que el propio pueblo costeaba sus armas y formaba las vituallas con sus recursos. Esto puede deducirse de la descripción de distintos tipos de armamentos, según los usos —y los recursos— de cada pueblo. Los de Xiquilpan, para citar un ejemplo, iban con arcos y flechas, porras del tamaño de una vara de medir, mantas de henequén cosidas a manera de chamarras, y sin cubrir los órganos genitales con la banda de tela acostumbrada; los tarascos de la región lacustre, en cambio, portaban porras con agudas puyas de cobre. Al frente de la columna cada pueblo llevaba la imagen de su dios protector.

Hay un punto referente a la economía del pueblo tarasco que merece especial atención. Se ha afirmado, con base en la tercera parte de la *Relación de Michoacán*, que no había rama económica que no estuviera directamente intervenida y controlada por el gobierno. El texto de la *Relación* enumera una serie de funcionarios mayores y menores, lista que ha sido interpretada por algunos investigadores —entre ellos J. Benedict Warren— como la de mayordomos sujetos al soberano que dirigían un amplio sistema gremial en el que se incluían todos los oficios tarascos del reino. Otros investigadores —entre ellos Delfina E. López Sarrelangue— consideran en cambio que son los encargados de los oficios de la capital, esto es, de los ligados estrechamente a la corte. Lo que puede derivar de cualquiera de estas dos posiciones es muy importante, puesto que se refiere a la estructura de la organización económica. O se trata de gremios organizados e intervenidos por el *cazonci*, o se trata simplemente de burócratas destinados al servicio de la casa del señor.

Creo que la segunda posición es la correcta. Los tipos de actividades de la lista son aproximadamente 47, y digo aproximadamente porque en ocasiones es difícil deslindar. De ellos, 15 son funcionarios públicos que nada tienen que ver con oficio alguno. De los 32 restantes, 5 ejercen actividades que sólo tienen sentido dentro del aparato gubernamental, como las de los espías o de los mensajeros. Los otros 27 nombres corresponden a oficios que pueden ejercerse tanto fuera como dentro de la corte; pero de 15 se dice claramente que están al servicio de la casa del señor; por ejemplo, los mercados del *cazonci*, el que fabricaba su calzado o el jefe

de los pescadores con red que llevaban el pescado a la casa de gobierno. Por el resto no se puede deducir la existencia de un sistema gremial, y en todo caso sería ilógico que aparecieran en la misma lista de los servicios de la casa del señor. Eran todos, simplemente, parte de la burocracia mayor y menor en un sistema que se hacía complejo. Además, el estadio económico de los tarascos, en el que el mercado no era una institución desarrollada, un sistema gremial o una intervención estatal sobre la producción artesanal de todo el reino parecerían estar fuera de contexto.

Los más importantes funcionarios mencionados en la *Relación* son el gobernador, un capitán general, los cuatro señores de las cuatro fronteras del territorio, los acompañantes del *cazonci*, y como personaje tan sólo inferior a él, el *petámuti*, sacerdote mayor que ejercía las funciones de juez en todos los asuntos graves, excepto en aquéllos que debían ser resueltos por el propio *cazonci*. Los cargos, incluyendo los menores de mayordomos y los de toda la jerarquía sacerdotal, eran concedidos por el señor supremo a los hijos o hermanos de quienes los habían desempeñado anteriormente.

En los pueblos gobernaban en nombre del *cazonci* funcionarios a los que las fuentes llaman *caciques*, voz extraña a Mesoamérica y por demás vaga. También se refieren a ellos las fuentes con términos españoles, como *señores*, *principales gobernadores*, *gobernadores naturales* o *jueces*. Eran al mismo tiempo jueces, recolectores del tributo, ejecutores de las órdenes del señor supremo y jefes militares. Andaban con una vara del tamaño de un hombre, negra, hueca, llena de piedras que sonaban al moverse, rematada por un conjunto de plumas de colores que indicaban que su poderío provenía del *cazonci*. Al morir un cacique sus familiares se

presentaban sumisamente al señor supremo y devolvían los emblemas del mando. El señor elegía a uno de ellos como sucesor, asegurando primero su fidelidad, puesto que dicen las fuentes que designaba al más discreto y obediente, al que más se había preocupado por acrecentar la riqueza del *cazonci* al estar pendiente del cultivo de las sementeras.

Este cargo estaba al parecer ligado a la etnia, cuando menos en aquellos casos en que puede suponerse que había sido un pacto de alianza y no de sumisión por conquista el generador de la relación entre el pueblo y el señor supremo. Se afirma que en Acámbaro mandaba un gobernador a los tarascos; pero que los otomíes y los chichimecas tenían señores propios. Y en Tamazula, población en la que la lengua náhuatl era una de las principales, gobernó "con consentimiento del *cazonci*" un hombre llamado Ácatl, nahua si atendemos al nombre.

Cada barrio, además, estaba regido por los *ocámbecha*, en lo que respecta al cumplimiento de las obligaciones tributarias. Éstos recogían los tributos en especie para entregarlos al gobernador del pueblo, y dirigían las tandas de contribuyentes que debían acudir a las obras públicas. Tanto los gobernantes de los pueblos como los jefes de barrio eran mantenidos por la comunidad, que, aparte de cumplir sus obligaciones con el *cazonci*, labraba sementeras y entregaba bienes a los funcionarios locales.

El gran reino

Una organización política como la descrita, en la que el gobierno de cada uno de los pueblos dependientes de-

rivaba en forma directa y se mantenía estrechamente relacionado con el central, pudo lograr una unidad de acción y una eficacia capaces de enfrentar a los tarascos al pueblo más belicoso y fuerte de la época: los mexicas.

Ejércitos de composición compleja pusieron a todos sus dioses bajo el mando de Curicaueri, ante la presión de una fuerza incontenible a la que era más conveniente incorporarse que oponerse. El señuelo del cobre, del oro, del cinabrio, de las piedras verdes, de la miel, de la cera, del cacao, de las plumas preciosas, del algodón y de las gomas los lanzaron hacia las riberas del Balsas. En un tiempo llegaron a dominar parte de Jalisco, Colima y Zacatula. Pelearon contra los mexicas en las proximidades de Iztapan y Alahuiztlan. En el norte, en Guanajuato, pusieron guarniciones que detuvieron las oleadas de los belicosos bárbaros. En el oriente lucharon también con los mexicas, aliándose a los matlatzincas, conocidos en Michoacán con el nombre de pirindas.

Los mexicas buscaban la sal, el metal, el cacao, la obsidiana, la madera, el algodón y las conchas marinas de la costa occidental; pero, sobre todo, querían someter a un pueblo que ensanchaba sus fronteras en forma peligrosa. Pelearon contra los tarascos desde mediados del siglo xv en diversos frentes, y levantaron para ello fortificaciones impresionantes. Jamás pudieron vencerlos, y los campos de batalla quedaron cubiertos por miles de cadáveres de ambos pueblos. Fueron guerras cruentas, en las que ninguno de los participantes logró más que un insignificante movimiento de fronteras.

A la llegada de los españoles, los mexicas pidieron auxilio a los tarascos. El auxilio fue negado, en parte por la desconfianza que los uacúsechas tenían de sus ene-

migos orientales. Al caer México-Tenochtitlan, poco hicieron los tarascos para resistir el empuje europeo. Si aquellos hombres nuevos habían derrotado a los mexicas, era inútil oponerse a su dominio.

LOS MEXICAS

La cuenca y los ribereños

EL LAGO era el centro del mundo: punto en el que en un tiempo se establecieron los límites de tres pueblos poderosos. Era el lago de Tetzoco. La cuenca, a más de 2 200 metros sobre el nivel del mar, se encuentra protegida por enormes muros, formaciones volcánicas de diversas edades geológicas. El clima es subtropical de altura, templado, semiseco, con lluvias irregulares y abundantes de mayo a octubre. En medio de la cuenca descansaban los lagos, delimitados por las penetraciones del Cerro Chiconauhtla y las sierras de Guadalupe y Santa Catarina. Eran dichos lagos Xaltocan-Zumpango al norte; Tetzoco al centro; Chalco-Xochimilco al sur; uno solo cuando el nivel de las aguas se elevaba sobre las fajas de los esteros limítrofes, sumergiendo los pantanos. El vaso más bajo y salobre era el de Tetzoco; por su ribera oriental llegaban, en tiempo de lluvias, los torrentes que disolvían las sales y cargaban de minerales el agua de aquella parte. El lago septentrional era menos salobre. En el lago sur, los manantiales y las suaves corrientes de aguas dulces permitían la labor de campesinos especializados en agricultura intensiva. En épocas de sequía, el agua dulce, de constante afluencia, se vertía sobre la salada de la parte oriental del lago de Tetzoco. Durante la época de lluvias era el agua salada la que, aumentada por el impetuoso caudal de las corrientes orientales, se volcaba sobre las dulces.



Figura 3. El Lago de Tetzoco

La zona ribereña era imprecisa, filtrada en sus pantanos, cubierta de tules, densamente poblada por aves lacustres y cruzada por las canoas que buscaban entre la vegetación los caminos en los que el poco fondo no frenaba su viaje. En la parte baja del pie del monte el declive era suave y grueso el suelo. Más arriba el espesor del suelo disminuía. Seguían las sierras, impropias para la agricultura, pero ricas en bosques de pinos, encinos y robles. Fue un paisaje que los españoles no quisieron conservar, que borraron al drenar el lago para asentarse en un sitio que juzgaron sería cómodo.

A principios del siglo xiv poblaban la cuenca hombres dedicados fundamentalmente a la agricultura, que se habían constituido en aldeas y señoríos en estrecha

—y frecuentemente tensa— relación. En las poblaciones mayores convivían grupos de distintas etnias y lenguas, separados en sus barrios. Esto no debe extrañar, si se toma en cuenta que siglo tras siglo afluyeron a la cuenca o cambiaron de ubicación dentro de ella muy diversos pueblos, atraídos por las grandes masas de agua o movidos por los avatares políticos.

Los tres señoríos poderosos cuyos límites coincidían en el lago central eran Azcapotzalco, en la orilla occidental; Tetzoco, en la oriental, y Culhuacan, en la península que separaba al sur este lago del de Chalco-Xochimilco. En Azcapotzalco vivían los tepanecas, pueblo al parecer de habla matlatzinca —lengua otomiana— que estaba emparentado con los moradores del Valle de Toluca. Otros tepanecas hablaban mazahua, chocho, otomí y náhuatl. Azcapotzalco era un asentamiento de gran antigüedad, ligado varios siglos atrás con la que fuera la ciudad más impresionante de la cuenca: Teotihuacan. Subordinadas a Azcapotzalco estaban las poblaciones de Tlacopan, que sería su heredera, y al sur Coyohuacan. También Culhuacan era una vieja población, aunque no entroncada con Teotihuacan, sino con la más reciente —y ya también extinta— Tollan (Tula). Sus habitantes, de habla náhuatl, se decían descendientes de los toltecas, y estaban emparentados con los cultivadores de chinampas del lago meridional, los hombres de Chalco, Xochimilco, Cuitláhuac y Mízquic. Tetzoco, la tercera de las capitales era más reciente. Sus habitantes eran grupos muy distintos, ya que mientras los aculhuas, de lengua náhuatl, habían tenido relaciones —no precisamente pacíficas— con la vieja Tollan, los chichimecas acababan de llegar a la cuenca, a fines del siglo XII. Habían sido éstos, unos años atrás, hombres bárbaros que irrumpie-

ron en la zona tras el derrumbe tolteca, y que, aprovechando una etapa de inestabilidad en la región, se habían hecho herederos de las glorias de Coatlinchan. Subordinadas a Tetzcocho estaban Coatlinchan, Huexotla y Acolman, poblaciones importantes. Los habitantes hablaban el náhuatl —idioma oficial—, el otomí y otra lengua a la que las fuentes se refieren con el vago nombre de chichimeca.

Las relaciones entre estas tres capitales se decían fundadas en una antigua tradición política. Según afirmaban las fuentes del siglo xvi, Tollan había extendido su dominio, integrando una alianza con Otompan y Culhuacan. Tollan y Otompan declinaron y fueron sustituidas, respectivamente, por Coatlinchan y Azcapotzalco, que conservaron el poderío hegemónico sobre los demás pueblos de la cuenca. Con base en esta tradición, tiempo después, al decaer Coatlinchan, reclamó Tetzcocho para sí la sucesión y quedaron tepanecas, culhuas y aculhuas rigiendo los destinos de los pueblos ribereños del lago central, cuando no hostilizándose unos a otros.

Es difícil saber cuáles fueron las causas económicas que hicieron necesaria una unión tripartita dentro de la cuenca; pero llegó el momento en que los dirigentes de Azcapotzalco creyeron que dicha liga no era indispensable. En efecto, las reglas de la alianza estorbaban en los momentos en que Azcapotzalco era fuerte, Culhuacan declinaba y Tetzcocho apenas surgía. Era la ocasión precisa para que los tepanecas, sintiéndose poderosos, agredieran, fomentaran traiciones e hicieran valer su preeminencia en la región. Los pueblos subordinados sufrían la inestabilidad política y establecían por debajo de cuerda, pactos que les ayudaban a soportar los embates.

Ciertos isleños, sin embargo, aprovechaban el clima de incertidumbre. Vivían sobre promontorios de la parte occidental del lago de Tetzoco y eran unos recién avecinados que habían merodeado durante algunos años por los contornos, causando molestias a todos los demás habitantes. Eran los mexicas, hombres de habla náhuatl, que subsistían miserablemente en sus poco envidiables asientos.

La llegada de los mexicas

La historia de los mexicas empieza oficialmente a principios del siglo XII, con su salida de Aztlan, “el lugar de la blancura”. El sitio no ha sido identificado, aunque algunos estudiosos suponen que se encontraba al norte de la laguna de Yuriria, o en el estado de Nayarit.

Es saludable tomar con ciertas reservas las narraciones de puntos de partida entre los pueblos mesoamericanos. Hay que recordar que al referirse a su nacimiento, la historia y la leyenda se hermanan, enlazadas por el revivir de un mito de origen. Así encontramos un Chicomóztoc, “lugar de las siete cuevas”, vientre materno pétreo del que surgían los hombres primigenios de siete grupos sobresalientes. La importancia de estas historias para el conocimiento del pensamiento indígena es grande; pero creer en su realidad sería tanto —toda proporción guardada— como aceptar que las razas humanas son las distintas descendencias de Sem, Cam y Jafet. Haciendo a un lado la milagrería, Aztlan fue una población en la que los mexicas vivían oprimidos por unos señores llamados aztecas, y para ellos cazaban aves acuáticas y pescaban. Así nos los presenta un historiador indígena, Cristóbal del Casti-

llo, y agrega que los mexicas, cansados de la sujeción, acordaron emigrar hacia tierras que les fueran más favorables. Quiénes fueron los aztecas no se sabe aún; lo que sí se sabe es que el pueblo fugitivo conservó el nombre hasta que, durante la peregrinación —según dicen las leyendas— se les apareció su dios Mexi o Huitzilopochtli y les dijo que dejaran de llamarse como sus antiguos opresores y que recuperaran, en su honor, el nombre de *mexitin* o mexicas.

Durante la migración los mexicas viajaban divididos en grupos que recibían el nombre de *calpullis*. Algunas fuentes hablan de siete de ellos. Cada uno llevaba un dios protector, custodiado por sus guardianes. Frente a todos, cuatro cargadores o *teomamaque* portaban la imagen del dios principal, Huitzilopochtli, un bulto que nadie podía abrir y que sólo podían tocar los hombres consagrados. Éstos fungían como dirigentes en un tipo de organización político-religiosa que no se ofrece demasiado clara en las fuentes. Se ha supuesto que los grupos viajaban algunas veces separados, debido a que las regiones que atravesaban no siempre podían sostener un contingente numeroso, y que a la separación se debe que existan en los códices distintas versiones del itinerario. Pese a esta posibilidad de dividirse, los choques no fueron raros, y los conflictos se resolvieron por medio del asesinato o de la escisión violenta de los inconformes y de los rebeldes, que fueron quedando en el camino.

La historia de la peregrinación, como parte importante de la historia oficial, recibió posteriormente las modificaciones que fueron convenientes al grupo en el poder. No es raro, por tanto, encontrar en los textos las promesas del dios Huitzilopochtli de conducir a su gente a una tierra en la que obtendrían el poder y el tributo de los comarcanos. Que creían oír de labios de sus

sacerdotes la promesa de encontrar una población definitiva, no hay que dudarlo, puesto que parece haber sido esta esperanza una pauta frecuente entre los pueblos mesoamericanos que emigraban. Que esta promesa viniese acompañada de la de convertirse en conquistadores y tributados, ya no es tan verosímil. Aunque eran hombres aguerridos, los mexicas eran simples agricultores, pescadores y cazadores de lago que, cuando mucho, deseaban vivir sin grandes complicaciones —y sin amos— en donde pudieran trabajar en lo que era suyo. Las posteriores guerras de expansión, que transformarían a este pueblo en una sociedad fuertemente militarizada y fanática, fueron provocadas por los grupos gobernantes que en forma directa se beneficiaron con los tributos. Estos grupos gobernantes se encargaron de elaborar las versiones definitivas, las que harían creer al pueblo que desde un principio había sido establecido un pacto con el dios tutelar, pacto que llevaba implícito un destino bélico, un cambio de riquezas y poder por los corazones y la sangre que alimentarían al numen.

Otra parte de la historia que ha despertado sospechas es la que se refiere al grado del desarrollo tecnológico de los mexicas durante la peregrinación. Ellos mismos se presentan, en el momento de salir de Aztlan, como un pueblo rudo y bárbaro. Esto parece ser también parte de las pautas históricas de los migrantes mesoamericanos: si afirmaban haber surgido hacía muy poco tiempo a la vida, paridos por el vientre de la montaña, es lógico que dijese haber sido, hasta fechas muy recientes, hombres con escasos conocimientos. Estudios realizados en particular sobre la peregrinación mexicana han demostrado que sus conocimientos no eran tan rudimentarios.

El descubrimiento del sitio definitivo fue a través de

un milagro que dijeron haber presenciado los sacerdotes. Los detalles varían según las fuentes; pero en resumen, el dios Huitzilopochtli, convertido en águila, apareció devorando una pequeña ave o una serpiente. El sitio fue un conjunto de islotes del lago de Tetzaco, en el que los mexicas podrían descansar, al fin, de su largo viaje. Un manantial, que surgía en el lugar en el que los sacerdotes habían dicho encontrar el águila, suministraría el agua potable necesaria. La fundación oficial se hizo a mediados del siglo xiv. El año que fijan algunos autores es el de 1345, pero dista de ser por todos aceptado.

Las fuentes ofrecen relatos minuciosos acerca de la fundación. Nos dicen que el que fuese aquél el asiento definitivo, que su designación estuviese precedida por el milagro, obligaba a los mexicas a erigir una población que fuese reflejo de una ciudad arquetípica que ellos reproducirían sobre la tierra. Fueron señalados en primer término, según estos relatos, los sitios de los más importantes edificios del culto. Primero, el templo de Huitzilopochtli, el dios protector; el juego de pelota, donde se llevaban a cabo importantes ceremonias rituales; el *tzompantli*, edificio en el que se conservarían los cráneos de los sacrificados. Por lo pronto, el templo de Huitzilopochtli fue una humilde construcción de barro y zacate; pero quedaba establecido el sitio en el que se daría una casa más digna al numen tutelar de los mexicas.

El verdadero problema era formar un suelo habitable, partiendo de la base de los muy limitados islotes. El trabajo fue arduo: levantaban fogatas sobre los terrenos pantanosos; plantaban sauces para consolidar la superficie; ganaban espacio al lago, acarreando materiales sólidos y vertiéndolos sobre las aguas de poco

fondo; construían sus primeras chinampas. También en obediencia a una segmentación arquetípica, el exiguo territorio fue dividido en cuatro partes, en las que los sacerdotes ordenaron que quedaran instalados los *calpullis* y sus dioses particulares. Las fuentes nos dicen que mucho tiempo antes, durante la peregrinación, los *calpullis* habían hecho algo semejante: se acomodaron, alrededor del sitio central reservado a Huitzilopochtli, en los cuatro sectores que eran la copia de las cuatro partes en que dividían, en su cosmovisión, la superficie de la tierra. Sin mezclarse, cada grupo ocupó su sitio, parcelando la superficie como mejor pudo hacerlo. Sin embargo, años más tarde —doce o trece— se produjo una nueva escisión. Un grupo disconforme por las tierras que había recibido se trasladó un poco más al norte, a un islote que llamaban entonces Xaltelolco. Desde ese tiempo quedaron separadas y enemistadas las dos poblaciones mexicas: Mexico-Tenochtitlan, la primera; Mexico-Tlatelolco, la de los disidentes.

Los isleños

La vida de los recientes isleños fue en extremo dura. Se hallaban alejados de las sierras y carecían, por tanto, de madera, piedra para cal, leña y caza de animales terrestres. Las parcelas de las islas eran demasiado pequeñas para sus necesidades agrícolas, y las de las orillas del lago estaban ocupadas por pueblos bien organizados, con los que las relaciones no eran del todo buenas. Para colmo, los mexicas se hallaban divididos y enemistados. En tales condiciones, sus actividades principales fueron la pesca, la caza y la recolección en la laguna. Con sus canoas, armados de lanzadardos, fisgas y redes,

recorrían los tulares en busca de volatería: patos de muy diversas especies, grullas, chichicuilotos, en fin, tanto las aves que vivían permanentemente en el lago como las que llegaban cada año, precedidas por el pelícano, al que los mexicas creían gobernante de todas ellas. Unas aves caían bajo sus fisgas; otras quedaban enredadas, al atardecer, en las trampas sujetas en altos varales. Entre los peces más buscados estaban el *amílotl* y el *xohuilin*; pero también capturaban ranas, renacuajos, camaroncillos, ajolotes y toda sabandija que pudiera ser ingerida. Baste mencionar como productos comestibles en aquella época el hemíptero negro llamado *axayácatl* y su hueva, el *ahuauhtli*; las larvas de libélula, o *aneneztlí*; las larvas que parecían gusanos blancos, u *ocuilíztac*; la hueva del *xohuilin*, o *michpilli*; lo que Francisco Hernández —el protomédico de Felipe II— llamó “masa de pequeñísimas lombrices”, o *izcahuitli*; el *tecuítlatl*, acumulación de algas acuáticas, y otras especies difícilmente identificables en la actualidad. Mal que bien, las raíces lacustres y los productos antes mencionados satisfacían el hambre de los mexicas; pero sus necesidades iban más allá, sobre todo las de madera, piedra y cal, sin las que les era imposible seguir expandiéndose sobre las aguas de poco fondo. La madera, sobre todo, era indispensable para formar las chinampas, sobre las que se extenderían sus cultivos. Estos materiales eran obtenidos con grandes dificultades en los mercados de los ribereños, a donde llevaban los mexicas sus peces, aves y demás productos lacustres.

Hay una vieja imagen de la chinampa que está muy alejada de la realidad: la de una isla vegetal y flotante, transportable a voluntad. Ni fueron ni son así las chinampas. Su nombre deriva de *chinámitl*, que significa “cerco”. *Chinampa* es “sobre el cerco.” Éste estaba for-

mado por estacas de sauce clavadas en el lodo, y servía para limitar el material sólido que constituía la isla artificial. Es muy posible que algún tipo especial de gran almadía, en cuya formación intervinieron en proporción grande mantos de vegetación acuática, se hubiera hecho alguna vez con fines demasiado transitorios, y que su memoria sirviese para producir la falsa imagen. En efecto, la historia cuenta de los tributos que sobre una balsa sembrada de hortalizas y maíz llevaron los mexicas al señor de Azcapotzalco; pero no deben identificarse balsa y chinampa. También es posible que la imagen derive de la conducción de grandes mantos flotantes de cinta, el material vegetal que sirve para formar las chinampas.

La chinampa es una construcción sobre la que se practica una muy refinada técnica hortícola de ciénaga o de lagos poco profundos. Los mantos de vegetación acuática —viva y muerta— y el cieno extraído de las proximidades de la isla artificial, forman un suelo extraordinariamente fértil y poroso que mantiene por largo tiempo la humedad. Las ventajas son muchas: al contarse con el cieno, no es indispensable otro abono; las islas se van uniendo en grandes rectángulos, a los lados de pasajes acuáticos por los que los agricultores se transportan fácilmente en canoas; el riego puede hacerse a mano, y, en el caso de pueblos que no cuentan con suficientes tierras laborables, la chinampa va ganando terreno a las aguas, tal vez a muy alto costo, pero para obtener grandes rendimientos. Estos rendimientos se logran por cuidados extremos a los que las plantas son sometidas: se siembran en almácigos, se transplantan, se cubren del excesivo sol y de las heladas, se riegan individualmente, se aporcan, se extienden las hojas para que reciban la cantidad de luz adecuada; en fin, con un

cuidado de jardinería, se obtiene de los cultivos de maíz, frijol, chile, tomate y calabaza una producción importante. Periódicamente debe aumentarse el nivel de la chinampa para fertilizar la superficie, y tienen que abrirse más profundas brechas en los canales. Esto obliga a practicar de tiempo en tiempo la penosa labor del rebajamiento de la superficie de la chinampa, ya que siempre debe guardarse un nivel adecuado con el espejo de las aguas a fin de que las raíces alcancen el líquido filtrado. Es una técnica compleja, difícil, y que requiere de gran esfuerzo y de muy particulares condiciones geográficas; pero sus rendimientos la hacen atractiva. Y lo era, sobre todo, para sociedades como las mesoamericanas, que carecían de bestias de tiro, abono abundante y rueda.

Las chinampas existían en la cuenca mucho antes de la llegada de los mexicas. Los pueblos especializados en este tipo de técnica —los llamados chinampanecas— ocupaban el vaso meridional, el lago de Chalco-Xochimilco, al que llegaban las aguas dulces de los manantiales. Los mexicas, en cambio, tuvieron que construir sus islas artificiales en el lago más salobre, aunque ocuparon su parte occidental. Año con año la época de lluvias llegaba con el peligro de aumentos de nivel de las aguas y de la invasión de altas concentraciones de minerales desde la parte oriental. Mientras tales condiciones no fueron solucionadas, puede afirmarse que sus chinampas apenas rendían lo indispensable, y que su esfuerzo para cultivarlas se compensaba, más bien, en cuanto proporcionaban suelo a los isleños.

Al distribuirse los mexicas en el territorio de las islas, habían conservado la separación original de los *calpullis* de la migración. Cada uno de ellos estaba protegido por un dios —el *calpultéotl*— y comandado por un jefe

que tenía funciones políticas, administrativas, religiosas y, en un principio, militares. La prolongada peregrinación, los distintos medios ecológicos que los migrantes atravesaron y las diversas formas de allegarse recursos, debieron hacer de los mexicas un grupo de estructura social y política fácilmente adaptable a las circunstancias. Se dice que poco antes de llegar a las islas, los mexicas se unificaron alrededor de un jefe político con muchas mayores atribuciones que las de los caudillos de los *calpullis*, personaje al que las fuentes dieron el título de "rey"; pero muy pronto el fracaso militar frente a los ribereños hizo regresar a los mexicas a su anterior estructura. No puede afirmarse que existiera en los primeros años del establecimiento en Tenochtitlan una fuerte diferenciación social. El cargo de jefe del *calpulli* pertenecía a un linaje, dentro del cual se elegía a los sucesores del que había fallecido, y es muy probable que lo mismo sucediese con otros cargos inferiores. Hay que decir, también, que todos los miembros adultos del *calpulli* contribuían, labrando una parcela especial, con lo necesario para los gastos de gobierno y para dar una cierta compensación al jefe por sus servicios; pero la diferencia económica entre éste y sus compañeros de *calpulli* debió de haber sido mínima. Al parecer no era el único funcionario de la comunidad, puesto que Alonso de Zurita afirma que cuando había algún miembro del *calpulli* sin tierras, el jefe se las daba "con el parecer de otros viejos" y que "ninguna cosa hace este principal que no sea con el parecer de otros viejos del *calpulli* o barrio".

No es muy claro cómo funcionaba en ese tiempo el gobierno general de Mexico-Tenochtitlan. Lo más probable es que los asuntos comunes a toda la población se decidiesen por el consenso de los jefes de *calpulli*

reunidos, de los que pudieron haber sobresalido uno por cada uno de los cuatro segmentos mayores, y entre éstos uno como jefe principal, aunque no supremo. Los asuntos internos, y entre ellos la distribución de las tierras entre los jefes de familia, se ventilaban en el interior de cada *calpulli*. Si la tenencia de la tierra se regía entonces por las normas de las que hablan las fuentes que se refieren a épocas posteriores —lo que sería lógico suponer—, las parcelas eran entregadas para su usufructo, por lo que, si un campesino no las cultivaba durante un lapso prescrito, las perdía en beneficio de la comunidad, que se encargaba de pasarlas a otro beneficiario más diligente. Las tierras del *calpulli* quedaban, por tanto, divididas en dos clases: las de beneficio familiar, labradas por los propios usufructuarios, y las que servían para atender los gastos de la comunidad. Estas últimas eran las sementeras destinadas al pago de los gastos administrativos y a la compensación del jefe, el “pariente mayor” o *teáchcauh*. Los miembros de la comunidad, puede suponerse que por tandas, tenían a su cargo la producción del segundo tipo de parcelas.

El tlatocáyotl

La situación original no pudo prolongarse por mucho tiempo. Una producción agrícola que debe suponerse insuficiente por la desfavorable ubicación de los mexicas; un comercio ribereño en el que intervenían como secundones, expuestos a ser ignorados por quienes de mucho tiempo atrás controlaban los mercados; una competencia estéril y dañina entre las dos poblaciones mexicas, y una perspectiva de muy dudosos logros fu-

turos, hicieron que los isleños desearan modificar su inicial determinación de vivir sin señores. Ya sólo había un camino: las ganancias de la guerra. No las ganancias de mercenarios llamados en momentos de apuro por algún beligerante, y que no iban mucho más allá de la participación en el botín, sino las que producían un periódico tributo. La situación política, efervescente, era propicia; pero ellos eran unos advenedizos, y su fuerza, poca. De luchar tendrían que hacerlo como aliados menores en las campañas que otros dirigieran; o participar de propia iniciativa, pero con la tolerancia de los señoríos fuertes que vieran en su acción un movimiento favorable a sus intereses en la complicada política de la cuenca. De cualquier manera, deberían sujetarse a las normas políticas y bélicas imperantes en la región. Necesitaban un jefe que organizara y dirigiera sus ejércitos, que pactara las alianzas y que recibiera, a nombre del pueblo, los beneficios de los triunfos militares. Pero tenía que ser un jefe cuya legitimidad política derivara del sistema establecido por los pueblos hegemónicos, no del sistema de los propios mexicas. El resultado fue la búsqueda de *tlatoque*. Éste era el término con que se designaba a los señores de los pueblos, a los que los españoles llamaron "reyes". Su singular es *tlatoani*.

No debe extrañar que en esta decisión de ambos pueblos mexicas influyeran también grupos nobles, tanto culhuas como tepanecas, que contemplaran en aquellos isleños desesperados por su subsistencia, fuerzas que, organizadas, pudieran servir contra sus rivales.

La primera condición de los *tlatoque* era pertenecer a un determinado linaje. Los tlattelolcas acudieron al linaje de Azcapotzalco, solicitando al señor un hijo suyo, mientras que los tenochcas fueron a Culhuacan. Pue-

de calificarse ésta como una elección incertada de los tenochcas; pero muy pronto, paradójicamente, les daría ventaja sobre sus hermanos. Los *tlatoque*, fueron el tepaneca Cuacuahpitzáhuac y el culhua Acamapichtli, que aceptaron vivir, respectivamente, en las miserables islas de Tlatelolco y Tenochtitlan.

En Tenochtitlan los jefes de *calpullis* enlazaron su descendencia con la de Acamapichtli, entregando sus hijas al *tlatoani* como esposas. De estas uniones nacería lo más alto de la nobleza tenochca. El sucesor, Huitzilíhuítl, fue nieto de uno de los más importantes caudillos de la peregrinación: Cuauhtlequetzqui. Todos los demás *tlatoque* fueron descendientes del primero. Huitzilíhuítl fue electo por los jefes de los *calpullis*, en primer término los representantes de los cuatro segmentos. Ya los demás serían designados, de entre los candidatos del linaje de Acamapichtli, por un cuerpo de electores nobles.

La nueva organización política —*tlatocáyotl*— significó un profundo cambio en las obligaciones comunales de los isleños. Anteriormente, ya se ha visto, su trabajo personal servía para cubrir los gastos de gobierno del *calpulli* y una compensación al *teáchcauh* o “pariente mayor”. Esto, independientemente de lo que tenían que entregar a Azcapotzalco como tributo por ocupar tierras de sus dominios. La complejidad creciente del sistema de gobierno requería de otro tipo de contribuciones que, aunque eran aportadas en conjunto por todos los *calpullis*, aumentaban considerablemente las cargas populares, dada la pobreza de los isleños. Para colmo, la elección de un *tlatoani* culhua no agradó al señor de Azcapotzalco, y aumentó el tributo a los tenochcas.

Ambos *tlatoque* mexicas tenían necesidad de poner

en práctica una nueva política militar en la que sus pueblos participaran como aliados abiertos u ocultos de Azcapotzalco. Esto exigía al pueblo su frecuente entrega al servicio de las armas. En efecto, Azcapotzalco ascendía y se lanzaba contra los dos antiguos aliados, Culhuacan y Tetzaco. ¡Hasta el señor culhua de Tenochtitlan, recién electo, tuvo que atacar a sus antiguos compatriotas! Pero tal vez él esperaba obtener provecho de tal acción, pues, siendo del linaje de Culhuacan, y ésta una de las participantes en la triple alianza, al vencerla era posible que los derechos se trasladaran a Tenochtitlan, y más si así convenía a los tepanecas.

La nueva aventura bélica produjo a los mexicas ingresos que mejoraron su situación económica. Las obras públicas de ensanchamiento del territorio insular, la construcción de acequias, la erección de edificios y la desecación de pantanos, hicieron mejorar notablemente la vida de los isleños. En Tlatelolco la población aumentó poco a poco en importancia, y recibió grupos humanos en los que estribaría posteriormente su desarrollo. Artesanos y comerciantes harían de la isla un centro mercantil imponente. La política de Azcapotzalco le fue favorable, ya que Cuacuauhpitehuac era hijo del *tlatoni* Tezozómoc, señor de los tepanecas.

En cambio, la situación de Tenochtitlan no era tan favorable, precisamente por el distinto trato que recibía de Azcapotzalco. Otros problemas aquejaban a la isla meridional, entre ellos una hambruna provocada por la invasión de las aguas salobres sobre las chinampas, en el año de 1382. El segundo *tlatoni* tenochca trató de remediar la situación política y de robustecer la legitimidad de sus descendientes, pidiendo una hija, como esposa, al *tlatoni* de Azcapotzalco. Con esto las rela-

ciones mejoraron y pudieron los tenochcas intentar nuevas obras de trabajos colectivos, entre las cuales fracasó la de la conducción de aguas potables de Chapultepec hasta la isla. Al parecer hubo en esta construcción, como en una paralela de los tlatelolcas, deficiencias graves de tipo técnico.

Se había dado el paso inicial. Los días de los sueños populares de independencia, de la vida sin señores, se habían ido. Los mexicás se organizaban en las dos islas bajo la dirección de sus *tlatoque*, y el desarrollo social —pese a ser pueblos tributarios— se aceleraba considerablemente.

En la cuenca las relaciones de los pueblos poderosos se tornaban cada día más graves. Los regímenes militaristas podían someter a los productores de alimentos y mantener el expolio con relativa facilidad; pero siempre y cuando sus percepciones bastasen para cubrir grandes gastos de guerra, entre ellos el sustento de un ejército, formado por costosos cuerpos de capitanes y por tropas de agricultores a los que se había de separar con frecuencia de sus labores productivas. La solución era la guerra misma, la expansión territorial, y con ella la percepción de mayores tributos; pero era un recurso que a la corta o a la larga llevaría a los conquistadores a un callejón sin salida: el control de un territorio mayor exigía el incremento de las fuerzas militares. El primer paso en el proceso de expansión era el dominio del territorio próximo, de la cuenca, y para ello estorbaban los aliados. Azcapotzalco estaba decidida a borrar por completo toda alianza. Culhuacan había declinado, dejando descubiertos a sus aliados, los pueblos chinamperos del lago del sur. Tetzaco había sido derrotada y entregada al pillaje de los tenochcas, participantes en la campaña. Tlatelolco inten-

taba penetrar en Tenayuca. Todo parecía ser manejado por la nobleza de Azcapotzalco, sobre la que destacaba la figura de un anciano terrible: Tezozómoc. Y junto a él, los nuevos *tlatoque* mexicas de ambas islas, que ya eran sus nietos, hacían de las suyas.

La situación hizo crisis. Llegó el momento en que debía resolverse el problema de una de dos maneras: o Azcapotzalco dominaba toda la cuenca, o Azcapotzalco era arrasada por sus vecinos. Los regímenes hegemónicos y militaristas del Altiplano Central habían llegado a un nivel de organización que les permitía concentrar una fuerza política, económica y militar capaz de rebasar los límites tradicionales de hegemonía para desbordarse sobre las tierras bajas. Era necesario, primero, el control absoluto de la cuenca por un solo pueblo, y quienes lo lograban eran los tepanecas. Es difícil valorar cuáles fueron las causas que inclinaron la balanza en contra de Azcapotzalco. Coincidió el inicio de su caída con la muerte de Tezozómoc, problemas de sucesión y defecciones. El proceso se frenó para reiniciar su impulso un poco más tarde. Sí se produciría el gran pueblo hegemónico de la cuenca, y éste se lanzaría hacia las costas; pero no sería el pueblo tepaneca.

La nueva triple alianza

Apenas Azcapotzalco rebasaba el pico de la crisis e iniciaba su descenso, los mexicas se cambiaron a las filas enemigas. No faltó el pretexto, porque los dos *tlatoque* mexicas nietos del viejo Tezozómoc fueron asesinados por el nuevo señor tepaneca. De la antigua posición de aliados más inmediatos de Azcapotzalco,

cambiaron los mexicas a ser los líderes de la ofensiva. Bien organizados, sin haber padecido derrotas, ganaron la partida a Tetzco en la dirección de la campaña. En el año de 1430 cayó Azcapotzalco. La reestructuración partió del supuesto de que la vieja alianza debía continuar funcionando. Tetzco, de la que quedó dicho que era la sucesora de Coatlinchan, se proclamó en cabeza de los aculhuas; México-Tenochtitlan, con sus gobernantes de linaje culhua, pudo afirmar que sucedía a Culhuacan. Era necesario que un señorío tepaneca, con suficiente ascendiente sobre los pueblos occidentales, principalmente los del Valle de Toluca, supliera a Azcapotzalco. Se invitó a Tlacopan, y en esta forma se continuó —o se revivió— la llamada alianza de Tollan, en la que no hubo cabida para los mexicas de Tlatelolco.

Ser cabeza en la alianza, ya no ser simple *tlatocáyotl*, sino *hueitlatocáyotl*, significaba para cualquier pueblo la máxima oportunidad de desarrollo. Cada *tlatocáyotl* era en teoría un señorío independiente. Al frente estaba un *tlatoni*, cuyo cargo derivaba de la elección de la nobleza o del ascenso automático del primogénito, según la costumbre imperante. Los *tlatocáyotl* tenían sus propias leyes, y por sí celebraban alianzas o declaraban guerras. Pero sobre los *tlatocáyotl* comunes y corrientes habían surgido otros mayores, especie de guardianes o protectores en una área extensa. En la cuenca se daban en número de tres, unidos por un pacto que no sólo era político, sino religioso, porque sus *tlatoque* decían ser la máxima representación de las divinidades. Como tales, se arrogaban las facultades de distribuir territorios, dirimir contiendas, emitir juicios en los casos sumamente graves, velar por la legitimidad de los gobernantes, vigilar por la seguridad de su área

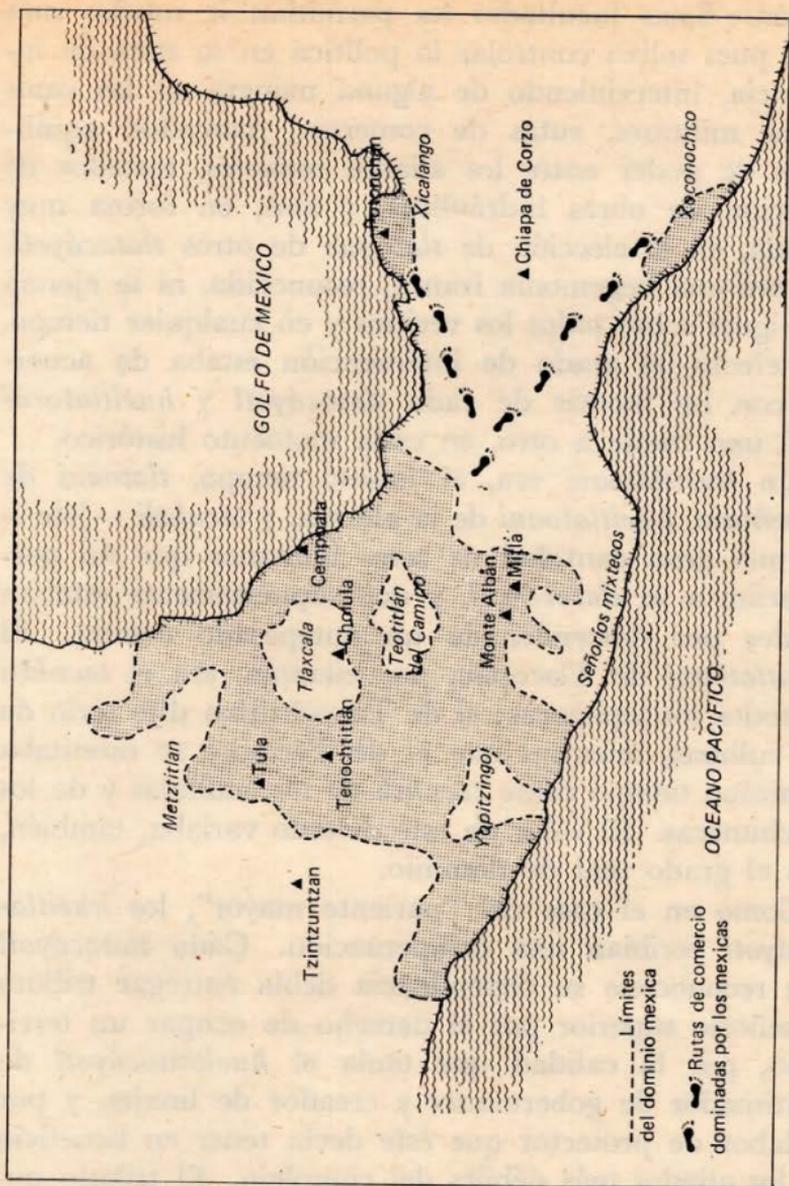


Figura 4. El dominio de los mexicas

frente a posibles invasiones, en pocas palabras, ser una especie de “parientes mayores” de los *tlatocáyotl* de la región. Estas facultades les permitían ir mucho más allá, pues solían controlar la política en su zona de influencia, interviniendo de alguna manera en las campañas militares, rutas de comercio, mercados, equilibrios de poder entre los aliados menores, tratados de erección de obras hidráulicas, y aun, en forma muy velada, en la elección de *tlatoque* de otros *tlatocáyotl*. No era una hegemonía franca, reconocida, ni se ejercía por igual sobre todos los vecinos y en cualquier tiempo. En efecto, el grado de intervención estaba de acuerdo con las fuerzas de cada *tlatocáyotl* y *hueitlatocáyotl*, uno frente a otro, en cada momento histórico.

Un *hueitlatoani* era, al mismo tiempo, *tlatoani* de su señorío, *hueitlatoani* de la alianza, y *tecuhtli* —jefe— de una gran cantidad de seres humanos que no pertenecían a su *tlatocáyotl*, y que supuestamente estaban unidos por descender de un antepasado común. El *hueitlatoani* de Tlacopan, por ejemplo, era el *tecuhtli* de todos los tepanecas; el de Tenochtitlan dijo serlo de los culhuas, mientras que el de Tetzaco se ostentaba al mismo tiempo como *tecuhtli* de los aculhuas y de los chichimecas. El valor de este dictado variaba, también, con el grado real de dominio.

Como en el caso del “pariente mayor”, los *hueitlatocáyotl* recibían una compensación. Cada *tlatocáyotl* que reconociese su dependencia debía entregar tributo al señorío superior por el derecho de ocupar un territorio, por la calidad que tenía el *hueitlatocáyotl* de legitimador de gobernantes y creador de linajes, y por la labor de protector que éste decía tener en beneficio de los aliados más débiles del complejo. El tributo podía ser desde espontáneo y libre, hasta impuesto en for-

ma brutal por medio de la conquista. Un *hueitlatoani* que empezaba a sentirse seguro de su fuerza, podía sugerir a otro *tlatoani* que le hiciese algún regalo o servicio en calidad de reconocimiento de jerarquía. Si su seguridad aumentaba, exigía la sumisión, y aplastaba a los rebeldes para pactar en el momento de la rendición la entrega de fuertes tributos periódicos.

Los tres miembros de la nueva triple alianza hicieron un pacto para precisar funciones y derechos. Tenochtitlan dirigiría las campañas militares. Era ésta, sin duda, la función más importante en aquel momento del proceso de expansión, y fue el nombramiento de los tenochcas como líderes militares uno de los factores que llevaron a los isleños a superar a sus aliados con el paso de unos cuantos años. En lo que se refiere a los derechos de conquista, las ganancias de la guerra se dividirían de ahí en adelante en quintos: dos para Tetzco, dos para Tenochtitlan, y uno para el estado tepaneca que había sido invitado, Tlacopan.

La historia dice que en el momento de ganarse la guerra de Azcapotzalco, al iniciarse una nueva etapa en la vida política de la cuenca, los *pipiltin* o nobles tenochcas hicieron cumplir un duro trato a los *macehualtin*, los plebeyos. Según los textos, pese al frecuente ejercicio de las armas, los *macehualtin* mexicas se sintieron acobardados e incapaces de enfrentarse al ejército tepaneca. Sugirieron como solución, en los momentos difíciles, entregarse a los tepanecas con todo y sus dioses tutelares, para caer por completo bajo la dependencia de Azcapotzalco. Los nobles, en cambio, vieron que se presentaba la posibilidad de encumbramiento, y se lanzaron a la contienda, no sin antes echar en cara al pueblo mexica su cobardía. Los *macehualtin* se comprometieron a servir a los *pipiltin* en el caso de

que los tepanecas fuesen vencidos; amenazaron también a los nobles, diciéndoles que en caso de perder ellos mismos los matarían, y que comerían sus carnes. El compromiso de subordinación se extendía a las futuras generaciones de *macehualtin*. El triunfo hizo que los plebeyos quedasen desde ese día obligados a servir a los nobles.

Si este pacto se llevó a cabo o no en la realidad, lo ignoramos. Pero es muy importante que se haya impuesto su relato como parte de la versión oficial de la historia, porque indica que la sobreposición de los *pipiltin* tenochcas no fue tan fácil de lograr, y que tuvieron que aducir argumentos justificativos. Hay que recordar que los mexicas llegaron a su isla después de escapar de una sujeción. Al recurrir a Culhuacan en busca de un linaje gobernante, pudieron haber establecido algún acuerdo por medio del cual la carga de manutención de la nobleza no fuese muy pesada. Así, debió de mantenerse entre gobernantes y gobernados un grado de diferenciación social y económica muy inferior al de los pueblos vecinos. La liberación del tributo tepaneca, las ganancias económicas de la campaña y la posibilidad de expansión, cambiaron de inmediato el estado económico limitado que impedía a los nobles gozar de las preeminencias que eran comunes en otros señoríos de la región, y lograron aprovechar el momentáneo auge para iniciar la política expansiva que iría incrementando su desigualdad con los plebeyos. El momento de euforia provocado por el triunfo fue propicio para la inserción de la ideología que justificara la diferenciación social y económica entre *pipiltin* y *macehuatlitin*.

La primera posibilidad de diferenciación la dieron las tierras conquistadas. Quedarían ahí como agricul-

tores los azcapotzalcas vencidos; pero ahora serían ellos los que entregarán tributos a los mexicas. Los textos históricos dicen que algunas tierras fueron dadas en propiedad a los nobles como premio a sus hazañas de guerra. La mención no parece corresponder a la realidad, porque la descripción de los derechos de los nobles hace ver que lo que recibían era el tributo que los campesinos derrotados debían dar al estado vencedor, y que éste lo cedía, como premio, a sus jefes militares nobles más distinguidos. Los *calpullis* también recibieron tierras conquistadas. Pero ni siquiera fueron de las que se entregaban a las familias de *macehualtin* en usufructo, sino de las que se dedicaban a los gastos comunales. En este caso los beneficiados fueron los templos de los *calpullis*.

Pese a esta situación de desventaja, los *macehualtin* se beneficiaron notablemente con el establecimiento de la triple alianza, ya que obtuvieron la colaboración de contingentes de trabajadores entre los aliados, lo que permitió la construcción del albarradón. Fue éste una impresionante muralla de 20 metros de anchura y 12 o más kilómetros de longitud, que atravesaba el lago de norte a sur, y que, por fin, evitaba el peligro de las inundaciones y de las invasiones de sal. Desde entonces el nivel de las aguas, tan importante en el cultivo de chinampas, pudo ser controlado, y el agua se mantuvo mucho más dulce. Otra obra utilísima, el acueducto para la conducción de agua potable desde Chapultépec, data de esta época, y la ciudad se fue comunicando con tierra firme a través de amplias calzadas.

El aparato gubernamental tuvo que ser reestructurado. La nobleza adquirió nuevos títulos y cargos, correspondientes no sólo a las necesidades crecientes que la complejidad estatal tenía, sino a sus deseos de predominio. La historia dice que se organizaron los tribunales. El hecho fue más allá, puesto que quienes presidían los juzgados no eran solamente jueces: eran los representantes del gobierno central en cada uno de los *calpullis*, encargados también de la dirección militar y de la recolección de los tributos que tenían que pagarse al *tlatoani*. Estos funcionarios eran sostenidos por los propios campesinos, que estaban obligados a cultivar las llamadas “tierras de jueces” y a acudir a los servicios personales que la familia del juez requería. Los funcionarios del gobierno central recibían el título de *te-tecuhtin* —*tecuhtli* o *teuctli*, en singular—, y eran los encargados de reunirse periódicamente en el palacio a informar y rendir cuentas ante los gobernadores de cada uno de los cuatro segmentos de la ciudad.

El máximo gobernante del *tlatocáyotl* tenochca, el *tlatoani*, era considerado representante divino, como quedó dicho, y esto lo hacía el máximo dirigente militar, gran sacerdote y juez supremo de su pueblo, con facultades para sentenciar a muerte a los delincuentes. Su poder de decisión varió en razón al grado de consolidación del aparato gubernamental, y el despotismo se acentuó en los tiempos del *tlatoani* al que tocó recibir a los españoles en Tenochtitlan, Motecuhzoma Xocoyotzin.

Junto al *tlatoani*, y como una proyección de la concepción dual del cosmos que dividía lo existente en una parte masculina, superior y caliente, y una feme-

nina, inferior y fría, estaba un dignatario en nombre de la Gran Madre, Cihuacóatl, "la serpiente femenina". Recibía este hombre el título de *cihuacóatl*, y era el único que, aparte del *tlatoani*, podía condenar a muerte y usar calzado dentro del palacio. Era quien reemplazaba al *tlatoani*: cuando moría, mientras se llevaba a cabo la elección del sucesor; en la capital, cuando el *tlatoani* salía a combate, y en el campo de batalla cuando el *tlatoani* quedaba en la capital. Disponía de los tributos y distribuía entre los *calpullis* las cargas de manutención de los cautivos que debían ser sacrificados. Todos los nombramientos de *cihuacóatl* recaeron en miembros de un solo linaje.

Aparte de estos dos personajes, formaban parte del gobierno cuerpos colegiados de nobles, entre los que destacaba el de cuatro señores que recibían los títulos de *tlacatécatl*, *tlacochcácatl*, *ezhuahuácatl* y *tlillancalqui*, que desempeñaban múltiples e importantes funciones.

Entre otros nobles se repartían los cargos militares, religiosos, judiciales y administrativos de importancia, y recibían a cambio compensaciones económicas ligadas a los cargos. Esto daba argumentos a los nobles para justificar ante el pueblo su posición, puesto que afirmaban vivir de una actividad presente como funcionarios, o de beneficiarse por una actividad pasada —que primero sería la propia y después la de sus ancestros— en los campos de batalla: obtenían derecho a las percepciones de las tierras repartidas tras las conquistas. Y en verdad ésas eran sus fuentes de ingresos, fuentes que debían ser incrementadas por un solo tipo de política: la bélica expansiva. Las limitaciones territoriales de la isla no permitían su consolidación económica a través de los simples tributos recibidos de agricultores

o pescadores. Era necesario incrementar en el pueblo actividades más productivas, principalmente la manufactura de artículos que tuviesen salida a través de redes bien organizadas de comercio. México-Tenochtitlan había recibido desde tiempo atrás a grupos extraños que se habían ido estableciendo en nuevos barrios. Muchos de ellos llegaban con manufacturas complejas que requerían de un territorio de producción mucho menor que el de la agricultura, y que producían ganancias superiores a las del cultivo, siempre que se mantuviera la seguridad de la venta de los productos. El comercio tenía que ser extendido y cimentado por la expansión militar, y ésta daría a los nobles el incremento de cargos públicos y la posibilidad de obtener tierras en las que los campesinos vencidos les entregaran a ellos, como particulares, un tributo. Faltaba sólo convencer a los *macehualtin* de que la guerra era provechosa para todos, y nada mejor para ello que la penetración por la vía religiosa y por un sistema de ascensos que al mismo tiempo fuese atractivo para los *macehualtin* y no pusiese en peligro la superior posición de los *pipiltin*.

Una de las medidas políticas tomadas a raíz de la victoria fue la intervención del gobierno central en las escuelas. En un principio la competencia en los asuntos educativos correspondía a cada *calpulli*. Las escuelas —llamadas *telpochcallis* o casas de jóvenes— eran en realidad los templos donde los niños iban a ser ofrecidos desde su nacimiento, y a los que eran llevados cuando podían recibir enseñanza formal para que sirviesen a los dioses. Su función era, pues, la de sacerdotes al servicio de la religión del *calpulli*. Y al mismo tiempo se aprovechaba su ingreso para transmitirles los conocimientos necesarios en la vida comunal, im-

plantar en ellos una ideología y adiestrarlos en el ejercicio de las armas.

Algo semejante sucedía entre los nobles. Sus escuelas, llamadas *calmécac*, eran templos en los que los hijos de los *pipiltin* servían como sacerdotes hasta la edad de contraer matrimonio. Los conocimientos ahí adquiridos eran los más directamente relacionados con el mando: religión, derecho, ingeniería, oratoria, arte militar, calendario adivinatorio. La vida de los estudiantes nobles era mucho más dura puesto que, no precisados sus servicios en la economía familiar, la reclusión en el templo era continua. La rigidez de costumbres en el *calmécac* vendría a ser un motivo más para justificar la posición de los nobles en los altos cargos gubernamentales, a los que se afirmaba debían llegar los templados por una vida dura, y no como la del *tepochcalli*, que era más libre y muelle.

La intervención central se llevó a cabo de dos maneras. La primera fue el establecimiento de jerarquías que estaban en consonancia con los fines de conquista. Ascendían en la escuela, y de la escuela pasaban con honores a la vida pública, los estudiantes que se distinguían en la campaña. Se comisionaba a los estudiantes como cargadores de armas y vituallas tan pronto como sus fuerzas eran suficientes. Si alguno de ellos se animaba a intervenir en la contienda para tratar de capturar enemigos vivos, podía intentarlo, y si lo lograba, adquiría de inmediato una jerarquía superior a la de sus compañeros. Aun los nobles, para ocupar los altos cargos públicos, debían de haber acumulado méritos, contando con una larga lista de enemigos capturados vivos.

La segunda forma de intervención central fue por medio de la religión. En las escuelas se orientó la enseñanza religiosa a través de un funcionario, el sacerdote

llamado *mexicatl teohuatzin*, y se enseñaban los cantos en una escuela central, el *cuicacalli*, cantos que previamente habían pasado por una minuciosa revisión de su contenido político. Todo esto implicaba un cambio ideológico de importancia, puesto que la tradición que contenían la historia, los cantos y los mitos y leyendas religiosos, hacían que los jóvenes se sintiesen pertenecientes a un pueblo destinado por los dioses a mantener el movimiento del cosmos. Este destino suponía una obligación sagrada por la que el *macehualli* podía entregar gustoso su vida. El fanatismo le hacía aspirar como máximo premio a la otra vida en la Casa del Sol, si acaso quedaba muerto en el campo de batalla o en la piedra del sacrificio. Toda barrera crítica se derrumbaba ante los oropeles de la gloria, el honor patrio y el prestigio personal, dentro de una escala de valores inculcada en la escuela y mantenida por la retórica de los *pipiltin*, y por el esplendor de las grandes obras y de las fiestas religiosas.

El pueblo de Huitzilopochtli

Desde el nacimiento de Mexico-Tenochtitlan se estableció la diferencia entre el culto que sería privativo de cada uno de los *calpullis* y el general de los habitantes de la población, de la que era protector Huitzilopochtli. La religión central adquirió un carácter marcadamente agrícola. Las principales fiestas eran celebradas con base en un calendario agrícola y religioso de dieciocho meses compuestos cada uno por veinte días y la adición de un período de cinco que completaba el año solar. Por este período anual se regulaban las cosechas, se solicitaba a los dioses la lluvia, el buen tiempo y la fer-

tilidad del suelo. Esto exigía a los mexicas la entrega de cautivos, cuya sangre debía ser intercambiada por la lluvia. No debe pensarse, sin embargo, que las occisiones rituales fuesen exclusivas del culto central, puesto que todos los dioses de los *calpullis* también se alimentaban con la sangre y los corazones de los prisioneros de guerra. Tampoco debe pensarse, como se ha dicho muchas veces, que fueron los mexicas quienes introdujeron el culto cruento en Mesoamérica. Los sacrificios humanos existieron a lo largo de toda la historia mesoamericana. Pero ahora quedaban ligadas íntimamente la religión y las guerras expansivas.

Varias son las razones por las que las occisiones rituales se practicaban. Una de ellas era el intercambio a que antes se ha aludido, una ofrenda de sangre para pagar la concesión divina de la lluvia, de buenas cosechas o de salud. Otra era la celebración de la muerte de los dioses. Éstos se concebían de naturaleza cíclica, como las fuerzas de la naturaleza, y tras un periodo de vida activa, sus fuerzas menguaban y decaían. Como los periodos cíclicos naturales, era necesario que llegaran hasta el final de su carrera, la muerte, para reiniciar de inmediato, con su renacimiento, un nuevo ciclo vital emprendido por la fuerza del nuevo alumbramiento. En pocas palabras, el círculo de la vida se integraba sólo con un enlace revitalizador de la muerte. Sin la muerte, la vida se transformaba en latencia estéril. Con la muerte renacía la fuerza vital. Los dioses, entonces, debían morir, y para morir tenían que penetrar, sobre la tierra, en los cuerpos de algunos hombres, en imágenes vivas que recibían sus ropajes y eran conducidas a la piedra del sacrificio. Más que un sacrificio humano, era ésta la occisión de un dios. Otra razón de la muerte ritual era el servicio que debían prestar al-

gunos seres humanos a otros, que, por su importancia política o religiosa, necesitaban de una compañía que los revitalizara y los auxiliara en la otra vida. Eran los primeros los llamados “estrados” —*tlatlapechtin*— que morían junto a los gobernantes o con los cautivos que recibían en su cuerpo a los dioses. Una cuarta razón era la transmisión de la fuerza vital humana a los dioses para que prolongasen su benéfica existencia. Cuando los dioses se deterioraban, se deterioraba el mundo, gobernaba el caos y sucedía otro orden presidido por otras divinidades. Los mexicas se dieron como tarea vigilar que el Sol, Huitzilopochtli, estuviese siempre vigoroso para bien de los hombres, y así luchaban para inmolar a quienes le dieran energía con sus corazones y su sangre. La misión de los hijos del Sol justificaba sus acciones en el exterior e inflamaba los pechos tenochcas con cantos fanáticos de honor y gloria de quienes luchaban y morían en aras del estado.

Las tropas mexicas avanzaron anteceditas y seguidas por caravanas de comerciantes. Los hijos del Sol ampliaban sus dominios, y las armas llegaron a la costa veracruzana, a la Huasteca, al Valle de Toluca, a Oaxaca, a Soconusco, a Guatemala. . . de mar a mar, hasta partes de la zona maya, aunque fueron quedando como islas irreductibles la Costa Chica de Guerrero; Tututepec, en Oaxaca; otro Tututepec septentrional, Metztitlan, Tlaxcala y Michoacán.

Es necesario precisar que esas conquistas no constituyeron un verdadero imperio. Los pueblos derrotados mantuvieron una relativa independencia, aunque ésta haya sido en algunos casos más nominal que real. Lo común era el establecimiento de un pacto tributario que se fijaba de acuerdo con la riqueza de la zona, con la resistencia presentada por sus habitantes o por la

contumacia de los rebeldes. En otros casos, pueblos enteros eran exterminados para instalar en el sitio una colonia de mexicas. Siempre se procuraba asegurar el paso de los comerciantes, ya con la amenaza de represalias en caso de ofensa, ya estableciendo las bases del comercio, ya controlando los mercados más concurridos. Los productos mexicas llegaron a hacerse odiosos por la asimetría del cambio, y el mercado isleño se volvió distribuidor de los más preciados bienes del mundo entonces conocido.

Para mantener la mística guerrera y un ejército continuamente adiestrado, fue reestructurada la vieja práctica bélica llamada *xochiyáoyotl* o "guerra florida". Consistía en la celebración de combates que no tenían por objeto la obtención de tributo, sino la captura de guerreros para los sacrificios. Los participantes fijaban fechas y lugares de encuentro, enfrentaban a sus hombres y suspendían la contienda cuando uno de los ejércitos creía haber perdido un crecido número de militares. En ese momento cada bando se retiraba con los enemigos prisioneros, que dedicaría a sus divinidades. Los estados con los que Tenochtitlan celebró pacto de guerra florida fueron Tlaxcala, Cholula, Huexotzinco y Tliluhquitepec. En el fondo pudo existir una intención de debilitar a estos pueblos para impedir que a muy poca distancia de la cuenca surgiesen potencias peligrosas.

Un pueblo poderoso

Cuando las dos ciudades hermanas, Mexico-Tenochtitlan y Mexico-Tlatelolco, iniciaron su ascenso, hombres con cierta visión política intuyeron que en aquella épo-

ca de continuas guerras en la cuenca, quienes se ubicaran en tan estratégica posición isleña tendrían parte de su futuro asegurado. Algunos de ellos, ya se ha visto, fueron artesanos. Otros fueron *pochtecas*, esto es, comerciantes organizados, que establecieron sus barrios al lado de los productores de mercancías suntuarias. Si su visión fue acertada, no lo fue totalmente, ya que eligieron para establecerse la población septentrional. Pero esto no fue óbice para que con posterioridad los *tlatoque* tenochcas y los *pochtecas* de Tlatelolco estableciesen una simbiosis muy productiva.

El pacto de la triple alianza enemistó aun más a tenochcas y tlatelolcas. Muy pronto la rivalidad de ambas ciudades provocó un enfrentamiento, y los tenochcas derrotaron a los tlatelolcas, con lo que adquirieron el control de su rico mercado y celebraron tratos con los comerciantes. En Tlatelolco se estableció desde entonces un humillante gobierno militar, impuesto por los tenochcas, situación que perduró hasta la llegada de los españoles.

Los comerciantes de Tlatelolco tenían establecida una red en la que participaban *pochtecas* de otros pueblos. Al parecer, los *pochtecas* eran muy independientes y estaban regidos por señores propios, aunque se sometieran a los de las ciudades en las que estaban avecindados. Las caravanas de la cuenca partían formadas por *pochtecas* de Tlatelolco, Tullantzinco, Cuauhtitlan, Tultitlan, Azcapotzalco, Aculhuacan, Huitzilopochco, Coyahuacan, Iztapalapan, Culhuacan, Xochimilco, Cuitláhuac, Cuitlachtépec, Chalco, Mízquic. Amaquemecan y Tepeácac. Al salir con sus mercancías tenían obligaciones no totalmente comerciales: eran espías, embajadores y militares, verdaderas avanzadas de los ejércitos mexicas. Conquistada la zona enemiga, su paso

quedaba protegido. Por tanto, estaban liberados de la tributación ordinaria, puesto que ni participaban en las obras comunales, ni tenían que prestar servicios militares regulares, ni llevaban a los templos cautivos hechos con sus propias manos. Esta obligación religiosa era suplida con la compra de esclavos que entregaban para el sacrificio. La tributación ordinaria debían hacerla con los propios productos que traían de lejanas tierras.

Muy pronto sus riquezas superaron a las de los nobles, más cuando estaban facultados para adquirir de éstos los derechos sobre tributos de tierras conquistadas. Motecuhzoma Xocoyotzin, temiendo una peligrosa inversión de fuerzas, frenó su ascenso, acusando a los más ricos mercaderes de crímenes ficticios, con lo que se incautaron sus tesoros en beneficio de los cuerpos militares.

El sistema de ascensos sirvió a los *pipiltin* como un medio más de control. Los militares *macehualtin* que se distinguían en campaña eran recompensados de distintas maneras. Los más arrojados e imprudentes pasaban a formar parte de cuerpos militares que juraban no huir ante el enemigo aun en situaciones muy difíciles. Eran cuerpos entregados al ocio, separados de sus *calpullis* de origen y envueltos en el particular fanatismo de una orden religiosa y militar. Esto los hacía más temibles, servidores absolutos de la nobleza... y con una vida tan corta que no llegaban a presentar peligro para los dirigentes. Los que habían mostrado particulares capacidades para la administración, la dirección militar o el sacerdocio, también eran separados de sus *calpullis* para ser integrados al aparato gubernamental, educados en el *calmécac* y ascendidos por méritos a una posición de transición, en la

que sus hijos nacerían ya con plenos derechos de *pipiltin*. En esta forma los *macehualtin* se veían despojados de sus mejores hijos y mantenidos con el señuelo del encumbramiento individual.

Pese a todas estas medidas de control, en el momento de máxima expansión fue necesario conceder a los plebeyos algunos puestos públicos de importancia. Es probable que el valor de su intervención en las luchas les permitiese exigir de los *pipiltin* recompensas más altas en el periodo de Ahuítzotl. Tocó también a Motecuhzoma Xocoyotzin detener este proceso, como lo había hecho con el de los comerciantes. Su época se caracterizó por ser la de una nueva consolidación, tras la fulminante expansión de sus antecesores, y uno de los caminos que siguió fue el robustecimiento de la nobleza, en perjuicio de los plebeyos.

En una condición inferior a la de los campesinos libres estaban los *tlatlacotin* o esclavos. El nombre de esclavos es impropio, puesto que no era la suya una verdadera esclavitud. No perdían su calidad de personas. A causa de una sentencia o de las deudas contraídas, perdían la libertad de disponer de sí mismos, y quedaban en calidad de prendas hasta el pago de la deuda o del daño causado. Esto los obligaba, entretanto, a trabajar para el acreedor; pero el trabajo estaba reglamenteado, y no podía ser demasiado duro. Cuando el esclavo podía obtener el precio de sí mismo, adquiría nuevamente su libertad. Pero si no cumplía con las obligaciones de su condición, podía recaer sobre él una terrible sentencia, y era considerado esclavo de collera. Si no se corregía, podía ser adquirido en el mercado y conducido por los comerciantes, previo un baño ritual que lo limpiaba de su impureza, a la

piedra del sacrificio. La esclavitud no constituyó una institución de verdadera importancia económica.

Pocos cautivos de guerra podían ser destinados al trabajo. Casi todos eran conducidos al sacrificio, en una sociedad en la que el control de los medios de producción por el estrato gobernante todavía no era directo. El campesino que labraba las tierras era quien disponía de sus fuerzas y de sus cosechas. Tremendamente explotado, tenía la sensación de ser libre por carecer de amo inmediato. El expolio se realizaba a través del tributo en especie, de la obra colectiva, del ejercicio de las armas, sin que la nobleza se ocupara de los campos de cultivo de los *macehualtin*. Para el noble nada valían ni el agricultor sin tierra ni la tierra sin agricultor, puesto que su posición de ventaja derivaba de la apropiación de un tributo que recibía en calidad de lo que él consideraba una contraprestación por sus servicios. La nobleza intervenía en el proceso de producción por su ubicación como gobernante. Ésta era una de sus funciones, y cobraba por ella; el secreto de su prepotencia estaba en la gran asimetría de la relación establecida con el pueblo.

La víspera de la Conquista

Los tenochcas habían convertido dos simples aldeas de pescadores, recolectores y cazadores del lago en un complejo urbano con una población que se ha calculado entre los 100 mil y los 300 mil habitantes. Su historia fue muy breve: menos de 200 años en sus islas. De ser una sociedad igualitaria —aunque con grandes posibilidades de adaptación a nuevas circunstancias—, se habían transformado en otra fuertemente estratifica-

da, en la que los *macehualtin* sostenían el peso de una onerosa nobleza. Y hay que tomar en cuenta que la situación del plebeyo tenochca era privilegiada. Era un hombre del pueblo, pero subordinado a un señor conquistador que lo liberaba de parte de las cargas que a otros sometía. En cada pueblo dominado los campesinos tenían que colaborar para los gastos de las comunidades, tributar para el sostenimiento de su aparato gubernamental, y aportar bienes y trabajo personal para el conquistador que los había vencido. En la capital tenochca se concentraban los tributos y las ganancias de los comerciantes, que enriquecían la ciudad con el producto de sus desiguales tratos.

Un gran recinto ceremonial, el Templo Mayor, constituía el corazón de la ciudad. Dentro de él más de setenta edificios estaban presididos por una pirámide en cuya cumbre se levantaban dos templos, uno para Tláloc, señor de la lluvia, y otro para Huitzilopochtli, el dios del Sol y de la guerra. Ahí se concentraba el pueblo, mes con mes, para el ejercicio de un culto con el que creía comprar a los dioses lluvias y triunfos militares. Más allá, cruzando una acequia divisoria entre las dos ciudades, el mercado reunía a miles de hombres de los pueblos vecinos. En los barrios la gente realizaba sus trabajos especializados y adoraba a sus dioses protectores, de quienes esperaba vida, salud y prosperidad en el oficio. Lapidarios, plumarios, fundidores, batidores de metales, tejedores e hilanderos, hasta quienes preparaban la carne de los patos cazados en la laguna, esperaban la salida de los comerciantes, portadores de báculos negros, que traerían a cambio plumas y piedras preciosas, algodón, cacao, cobre, oro, plata, liquidámbar, semillas... Los nobles administraban justicia desde la salida a la puesta del sol. Los

embajadores y los correos tendían las líneas de la gran telaraña política. En el palacio, los artesanos y las tejedoras elaboraban los productos que el *tlatoani* encomendaría a los comerciantes, deseoso de obtener una ganancia personal. En el lago, entre los tulares, hincados en sus canoas, pescadores, recolectores y cazadores, descendientes de aquellos pescadores, cazadores y recolectores que casi docientos años atrás habían llegado a las islas en busca de la tierra prometida, recogían las especies de las que se alimentaban, y con ellas cumplían también sus obligaciones tributarias.

Motecuhzoma Xocoyotzin vivió una época en la que parece iniciarse otro proceso más de transformación profunda. Es difícil saberlo, porque una irrupción europea sajó la historia mesoamericana. Pero las líneas centrales de su política divergieron desde un principio de las seguidas por sus antecesores. La expansión militar fue interrumpida, como si la estructura política fuese insuficiente para controlar un dominio que al mismo tiempo era difícilmente soportable y administrativamente incompleto. Fue necesario eliminar lentamente a los *hueitlatocáyotl* aliados. Tlacopan era un problema menor, puesto que su impulso había sido reducido desde un principio con la desigual participación en el reparto. Tetzaco pudo ser sobrepasada, y el señor tenochca impuso por la fuerza a uno de sus sobrinos como gobernante, en contra de la nobleza y del pueblo. El clima de tensión imperaba nuevamente; pero ya no era sólo en la cuenca. Entonces llegaron de oriente hombres extraños que aprovecharon el descontento de todos los pueblos. No pudo sospecharse que se avecinaba una opresión más terrible que la de Motecuhzoma.

ANTOLOGÍA

La provincia de Michoacán

FRAY ALONSO DE LA REA

En la primera década del siglo xvii nació en la ciudad de Querétaro Alonso de la Rea, quien muy joven tomó los hábitos franciscanos. Tras haber desempeñado puestos elevados de lector de filosofía y teología, cronista y definidor capitular, escribió la Crónica de la Orden de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán en la Nueva España, en el año de 1643. De esta obra provienen los capítulos que aparecen a continuación, visión idealizada y erudita que corresponde al espíritu barroco de la época, y que queda plasmada en un lenguaje rebuscado y lleno de metáforas. Su visión es optimista, frente a una naturaleza que imagina pródiga y amable. Se ha utilizado el texto de la edición de 1882, y los capítulos corresponden a las páginas 1 a 18.

Del sitio y lugar en que está fundada esta provincia

Cae aquesta provincia o reino de Michoacán, hacia el poniente, en un sitio tan apacible que el cielo, aires, aguas y temperamentos, acreditan su felicidad. Porque habitando los de este occidente debajo de la zona, entre los dos trópicos, Cancro y Capricornio, por cuya

eclíptica el sol, sin salir todo el año, da ciento ochenta y dos vueltas, que son las espiras de su curso, pasando por el cenit o punto vertical con que hiere y abrasa perpendicular y recto sobre nuestras cabezas. Por esta causa juzgaron los antiguos¹ aquesta tierra por inhabitable, por estar dentro de los trópicos, donde el sol no sólo calentaría, sino que abrasaría. La razón en que se fundaron es que tanto será una tierra más fría, cuanto fuese mayor la elevación del polo, y más caliente, cuanto menor. A esto se responde:² que esto se ha de entender de parte del cielo, porque si consideramos las partes, sitios y lugares de las tierras, veremos no ser general esta regla, porque la virtud de las causas universales en la producción de los efectos es varia, según lo es la cualidad de la materia; como el sol que endurece el barro y ablanda la cera. Porque los grados del calor, frío y humedad y sequedad, no dependen absolutamente de la proximidad o apartamiento del sol, sino también del sitio, lugar y disposición de la tierra; porque la principal causa del calor que baja del cielo es la presencia del sol, el cual comunica su cualidad por medio del aire; y así el tiempo caluroso no es otra cosa sino el aire caliente que nos rodea, porque recibe el calor de los rayos solares, los cuales hacen en él más o menos impresión, según el lugar y sitio donde está. Y así la providencia de Dios dio remedio conveniente, dando a las tierras varias propiedades; siendo unas húmedas donde llueve en la fuerza de los calores, y otras donde los aires ordinariamente son frescos y bonancibles, por el veloz curso de los cielos, de que gozan por la comodidad del sitio.

¹ Tholomeo.

² Enrico Martínez, *Repertorio de los tiempos*, tratado 13, capítulo 5.

He hecho esta consulta, lo uno, por ser principio del libro, y lo otro, por la descripción de esta provincia, porque estando debajo de los trópicos, consecuentemente había de ser caliente; pero el sitio, lugar y disposición, es tan húmedo y llueve a tan lindos tiempos, que tiembla el calor y refresca los aires y así el temple es de los mejores del reino. Los cielos son tan apacibles, que en los semblantes escriben de ordinario la velocidad de su movimiento. Con que los aires y colores son más bonancibles y templados que tienen esta América; y esto es con tanto extremo, que en algunas partes de esta provincia no hiela, y así de ordinario se está cogiendo trigo, como adelante diré. Es provincia muy corta, pero fertilísima. Rodéanla por los cuatro cielos provincias muy copiosas, quedando ella enmedio por corazón de todas cuatro. Por la parte del oriente está la provincia del Santo Evangelio, teniendo en ella la luz del evangelio, el oriente en este mundo nuevo. Por el poniente la provincia de Jalisco o Guadalajara. Por la parte sur la costa de Zacatula, y a la parte del norte la provincia de Zacatecas, con que viene a quedar esta de Michoacán toda cerrada, como lo estuvo el paraíso, *Hortus conclusus*.

Las aguas que riegan este paraíso terrenal y fertilizan su copia son las más abundantes que goza el reino, tan dulces y potables como las pide el deseo, y así no hay pueblo, ciudad o villa, que no tenga su socorro en fuentes o ríos que de ordinario hay en su contorno. No las cuento porque es imposible, por ser tantas, que anegarían la atención de la historia, y así sólo haré mención de los ríos más caudalosos que contiene en los límites de su esfera. Por la parte del mediodía, respecto de Michoacán, cae el Río Grande, cuyo nacimiento está en el Valle de Toluca. Es muy caudaloso y

hondable; hace su curso de oriente a poniente, y, entrando por aquesta provincia, parte término con los otomíes y chichimecas, de quienes tenemos grandes administraciones, que hacen numerosa la provincia. Desde que entra este río por estas tierras hasta que sale, es de infinito provecho para los ganados, que son infinitos los que repastan en sus vegas. Riéganse con él los valles de Guatzindeo y Santiago, donde se cogen al pie de cincuenta mil fanegas de trigo. Y hay parte, que en dos leguas de distrito se hacen siete sacas de agua muy cuantiosas, sin presas de cal y canto, por correr el agua tan a mano que excusa los embarazos de las presas. Júntansele otros muchos ríos, con que de grande se hace mayor; particularmente el que llaman de Angulo, muy caudaloso, que en competencia parece que el uno al otro se hacen contradizos en el pueblo de Santiago de Conguripo, en donde, incorporado con el Grande, hace su curso a la gran laguna de Chapala, cuyo golfo bojea sesenta leguas en contorno. Tiene mucho pescado y las aguas dulces. Sale de este golfo y discurre hacia el norte. A la parte septentrional cae otro muy caudaloso que llaman Tapalcatepec; tiene su nacimiento de las serranías Peribán, y hay en él muchos caimanes por la corpulencia de las aguas, y, hambrientos, suelen matar algunas personas. Hace su curso hacia el gran río de Zacatula, donde incorporado se derrotan a la Mar del Sur. El de Uruapan referiré en su capítulo. El río de Valladolid, Jacona y el de San Gregorio, son muy caudalosos y se cogen bagres y truchas, siendo las aguas muy lindas y las arboledas muy amenas y copiosas.

De las lagunas que tiene Michoacán y del pescado que se coge en ellas

Hame movido a escribir por menor y por mayor esta provincia, el descuido que veo (si no le llamo cuidado) en todos los historiadores y aun en sus mismos naturales, que siendo justo trofeo de una monarquía la conservación de sus memorias, en la de Michoacán hallo tan postrada esta costumbre, que no sé si la llame desgracia o mal correspondida; porque los pocos que han escrito de ella van tan sucintos, que dejan lo precioso y se contentan con apuntarlo. Pero discúlpoles con lo mismo que a mí me pasa, que no habrán tenido noticias ni relaciones por haberlas desperdiciado el tiempo, para que el olvido celebre en sueños lo que yo lloro en aquesta historia.

La principal laguna que tiene esta provincia es la de Pátzcuaro, en cuyo contorno estuvo en su primer fundación la gruesa de la gente, y la corte del gran Caltzontzi. Y así no hubo palmo de tierra que no estuviese poblado, y aún hoy, que no hay casi gente, se han conservado muchos pueblos como son: la ciudad de Tzintzuntzan, cabeza del reino, que está a la orilla de la misma laguna, batida de las aguas, tributándole la antigua obediencia de los reyes y monarcas que ordinariamente tuvieron allí su asistencia. Es ciudad de casi doscientos vecinos; tiene un convento de nuestra orden muy suntuoso. De aquí tres leguas está la ciudad de Pátzcuaro, muy poblada de españoles, donde estuvo antiguamente la silla episcopal, y tiene conventos de la orden de San Agustín, la Compañía de Jesús y San Francisco, con la iglesia parroquial de mucho porte y consideración. Es ciudad de mucho trato, con que el concurso es numeroso y la población razonable.

De aquí al pueblo de Erongarícuaro hay otras tres lagunas; es hoy razonable y tiene un convento de los mejores de la provincia. Prosiguiendo la vuelta, cinco leguas de aquí está el convento y pueblo de San Andrés Isiróndaro, y aquí media legua, el de San Gerónimo Purenchécuaro, ambos a dos guardianías, y luego tres leguas, el pueblo de Santa Fe, retorazgo, que provee la catedral de esta iglesia. De aquí se sigue a dos leguas el pueblo de Cocupao, con su iglesia, muy ameno, y de aquí a la ciudad de Tzintzuntzan una legua, con que se cierra la orla de esta gran laguna, y según el cómputo de estas leguas son quince las de su contorno. Es muy profunda, y se coge infinito pescado blanco, muy sabroso y saludable, y otros géneros. Esta laguna fue el depósito de los ídolos de oro, y plata, y piedras preciosas, que nuestros frailes develaron en la fundación del evangelio. Navégase en canoas, y hace en medio una isleta por punto céntrico de tan vistosa circunferencia, donde está fundado un pueblo llamado San Pedro Jarácuaro, con su iglesia, y se visita y administra del pueblo de Eronguarícuaro. Aquí se van a recrear de todas aquestas partes.

En frente de ésta está otra, hacia la parte septentrional, llamada la laguna de Sirahuén, en lugar más alto, adonde los reyes y señores se retiraban al recreo y alivio de sus negocios. Es profundísima y tiene de boj dos leguas, y se coge gran suma de pescado blanco. No se navega, porque enmedio hace un remolino tan rápido que se sorbería un monte. Es tradición de los naturales que se comunica con la de Pátzcuaro. Respecto de ésta hacia el oriente está la de Cuitzeo, laguna muy grande, si bien de pocos años a esta parte ha crecido mucho por las vertientes de los cerros que la rodean, y así no es muy profunda. Es la cabeza de esta

laguna doctrina y administración de los padres de San Agustín. Siete leguas de ésta, hacia el mediodía, cae la laguna de Yurirapúndaro, en que se coge mucho pescado para proveer la mayor parte de chichimecas. Hacia el poniente está la laguna de la Magdalena con tres leguas de circuito y mucho pescado. Y media legua de ésta, está la Quitupa, muy profunda y con quien se comunica por ocultos rumbos de la tierra.

Dos leguas del pueblo de Tzacapo está un cerro en cuya cumbre está labrado un vaso tan perfecto, que sólo la naturaleza pudo ser artífice de su fábrica, porque todo el cerro es redondo y dentro hueco y lleno de agua, y desde el borde a los labios del agua, hay como un tiro de piedra, tan liso y tan peinado, que es muy dificultoso bajar, y en todo el circuito no hay una hebra de zacate, por ser hueco y no tener virtud para producirlo; tiene de latitud como tiro y medio de arcabuz, a cuyo respecto es la redondez, porque no ha sido posible el medirla. Las aguas son clarísimas y deleitosas, y así han movido a admiración, a cuya novedad han ido de muchas partes a verlo. Llámase la Sierra del Agua. Hase pretendido sacar a tajo abierto; pero no han podido, por no ser voluntad del que lo puso en términos tan precisos.

Abajo de este cerro cae la ciénega de Tzacapo, donde hay lagunas profundísimas con infinito pescado. De esta ciénega tiene su nacimiento el río de Angulo, que discurriendo hacia el norte se incorpora, como dijimos, y al darle vistas se precipita en un cerro muy alto con tanta violencia que abajo, entre el golpe del agua y el peñasco, se pasa a pie enjuto. En esta ciénega hay infinita caza de patos, y así veremos que toda esta provincia no tiene palmo de tierra que no sea fértil y abundante, así de caza como de pescados. Fuera

de los ríos y lagunas, tiene muchos baños calientes, particularmente los famosos de Chucándiro, que sanan de todas las enfermedades, salvo las bubas, que entrando en ellas es ciertísima la muerte.

De la fertilidad de esta provincia y de los frutos que en ella se recogen

No sé que la ubérrima Tinacria sea más fértil y copiosa que esta provincia de Michoacán, pues no tan solamente es abundante de frutos de la tierra, como son maíz, chile, frijol, cera, miel y algodón, de que se hace muy buena ropa y corriente, gallinas, infinita caza de liebres, conejos y venados, y muchas y varias frutas, sino también en los frutos de Castilla es tan fértil, que lo que se ve en esta provincia, no se ha visto en otra parte, porque en el pueblo de Uruapan se coge en todos los tiempos del año trigo; y así en una parte va naciendo, en otra espigando, y en otra se está cogiendo, como diré en su propio capítulo. Fuera de este pueblo se coge en muchas partes mucho trigo, como son el valle de Chilchota, Tarímbaro, Maravatío, Guatzindeo, la villa de Celaya, Santiago, Apaceo y Querétaro, con que tiene el pan sobrado, y trajina media Nueva España, y así siempre tiene lo necesario. El trato más ordinario es en ganado mayor y crías de mulas, y así hay estancia donde se hierran catorce mil becerros todos los años.

De las frutas que nuestra España celebra, se dan en cantidad como es la uva, el membrillo, el durazno, la granada y pera; y verdura, como si fuera la Italia de este occidente. Todo el año hay naranja y lima, limón real y gentil, cidras y toronjas; ciruelas de Cas-

tilla y naranjas de China tan grandes como un melón, los ates o chirimoyas son muy ordinarios, como los plátanos, así de Guinea como de esta tierra, mameyes, chicozapotes, piñas y melones; y lo que es más de estimar es que de todas estas frutas se hacen conservas, y almíbares preciosísimos. Cógese infinto cacao y achiotte y caña dulce en abundancia, y así hay muchos ingenios y trapiches de azúcar, con que se enriquece y llena el comercio y trato de Michoacán. Dase infinita cañafistola, tan importante a la salud humana que hubo médico que dijese que era bastante a hacer inmortales a los hombres. Tributa el *metlaliztli* y *zacualtipan*, purgas maravillosas, y también la yerba que llaman de Michoacán, tan buena como todas. Hay otras muchas que cada día experimentamos. Con que verá el lector cuán poderoso es Dios, que en una provincia tan pequeña que no es más que un jirón que corre de oriente a poniente de longitud cincuenta leguas desde el pueblo de Tzitácuaro hasta el de Jiquilpan, que son los polos de este cielo, otras pocas más o menos de latitud, ha dado frutos con tanta abundancia, que sólo la admiración es bastante para alabarla porque a mí me agota, *copia me inopem fecit*.

De la sierra y minerales que contiene esta provincia

La sierra de Michoacán, en cuya sombra habitan sus moradores, es tan larga que, corriendo de norte a sur, es tradición muy común que atraviesa toda la Nueva España, y de sólo el primer término o raya que señala esta provincia y parte jurisdicción, con otras, al otro que le corresponde, tiene montes tan levantados que parece suben al cielo a poblarlo con sus pinos, y

cañadas tan profundas que con la espesura (que es como los cabellos) desmienten la luz del día y parecen a la noche. No hay otros árboles en lo principal de esta sierra más que pinos tan elevados que parecen madejas colgadas del mismo cielo, y tan tupidos y espesos que caminando por el camino real, tan ancho como una calle, por todas vistas, por lo alto, por la longitud y latitud, no distingue la vista más que los rumbos del camino. De la parte de arriba, se prestan los brazos unos a otros y componen un tan hermoso toldo, que abrasando el sol, no tiene lugar para ofender: con que cualquiera viaje de verano, es muy fresco y apacible, si bien por las aguas es penoso, por ser muy continuas. En algunas partes tiene encinas muy coposas, que varían el adorno de la montaña. Cógese en ella muy rico ébano y el *tapintzirán*, que es tan negro y duro como él, de que se hacen infinitas curiosidades. También se coge otra madera de que se hacen las cruces de los cristos; es parda con unas vetas negras que parecen artificiosas, como suele el pintor sobre los barnices variarlos con los primores del pincel; llámase aquesta madera *ayaquecuéramo*.

Esto en cuanto a lo superficial y aparente de esa sierra; en cuanto a lo interior que tiene en sus entrañas, no es menor su grandeza que la que hemos visto, porque tiene el cobre, estaño, y oro y plata con la abundancia de otra cualquiera; pero es tan desgraciada en el beneficio de sus metales, como en la narración de sus historias, que nadie se acuerda de ellos. El año de 1525³ se descubrió la mina que llaman de Morcillo, tan rica y próspera, que no se contentaron los oficiales rea-

³ Torquemada, libro 3, capítulo 42, folio 369 (edición de 1615).

les con los quintos del rey, sino que se la quitaron a su dueño y se la adjudicaron para sí, y fue cosa maravillosa que desde ese mismo día se desapareció hasta hoy día; y según opiniones vulgares, dicen se cayó una sierra sobre las catas o boca de la mina, con que la quitó Dios de las manos de la ambición y suspendió muchas discordias que amenazaba el rumor de ellas. Otras hay que por no beneficiarse no se nombran. Las de Tlalpujahuá han sido muy prósperas y todavía se saca plata, como de las de Guanajuato que han competido con las de Potosí; todavía la una y la otra están corrientes y molientes. Dios se sirva conservarlas.

Relaciones geográficas de Michoacán

PEDRO GUTIÉRREZ DE CUEVAS
FRANCISCO DE MEDINILLA ALVARADO

El rey de España, Felipe II, deseoso de conocer sus dominios y ante el posible peligro de la pérdida de ellos por la intervención de alguna potencia europea, ordenó la redacción de un cuestionario que debería repartirse en todas sus colonias. Este cuestionario estaba compuesto por cincuenta preguntas relativas a la historia, costumbres, lenguas, condiciones de los habitantes de los dominios españoles, recursos económicos y ubicación geográfica de todos los pueblos principales de sus posesiones americanas. Este cuestionario circuló en América hacia 1577, y dio origen a una valiosísima —aunque muy heterogénea— información. Siguen en esta antología las respuestas que en el año de 1579 dieron al cuestionario real los corregidores de los pueblos de Xiquilpan y Cuitzeo, Pedro Gutiérrez de Cuevas y Francisco de Medina Alvarado. En estos textos podrá apreciar el lector tanto la relación de la historia y costumbres de los pueblos prehispánicos, como la mentalidad de los oficiales españoles, sobre todo en lo que se refiere al desprecio por los indígenas dominados. Aprovecho para estos textos la edición de Guadalajara, de 1958, y las dos relaciones transcritas están en el volumen I, páginas 7 a 16 y 44 a 61.

Xiquilpan

En el pueblo de Xiquilpa, en primero día del mes de junio de mil quinientos y setenta e nueve años, el Ilustre Señor Francisco de Medinilla Alvarado, Corregidor por su Majestad de este dicho pueblo e su provincia, e por ante mí, Gonzalo Hernández, escribano nombrado de su audiencia e juzgado, digo: que para en cumplimiento de lo que por el muy Excelente Señor Visorrey de esta Nueva España le es mandado cerca de la instrucción que se les manda haga de los pueblos que en su destrito hobiere, hizo juntar e congregar los españoles que en su destrito había y a los demás naturales, los más antiguos y ancianos que en el dicho pueblo había, para saber y averiguar las cosas que el dicho pueblo e sus sujetos hobiere, conforme a los capítulos de la dicha instrucción, la cual se hizo en la manera siguiente:

1. Este pueblo se llama Xiquilpa e por otro nombre se llama Guanynba, que es en lengua tarasca, que quiere decir en lengua castellana "maíz tostado", y Xiquilpa quiere decir *xioquiletl* [*xiuhquilitl*], que es una yerba de que se hace la tinta azul que se dice añil.

2. El descubridor de este pueblo* fue don Hernando Cortés, el primero que vino a la Nueva España, el cual, estando en México, eligió por su capitán e gobernador a*⁴ Cristóbal D'Olín.

El conquistar e descubridor deste dicho pueblo fue Cristóbal Dolín.

3. Este dicho pueblo de Xiquilpa es tierra templada que toca más en caliente que no fría, y del mes de

⁴ El texto puesto entre ambos asteriscos está testado en el original.

octubre hasta el mes de enero hace más fresco en este dicho pueblo. Es tierra sana y no húmeda; pasa por este dicho pueblo un río de agua, el cual nunca se seca: lleva muy poca agua en tiempo del verano y en el invierno crece de manera que muchas veces no se puede pasar. E una legua deste dicho pueblo, poco menos, está una laguna, hacia la parte del norte, que se dice Chapala, la cual tiene en redondo cuarenta leguas. Mátase en ella cantidad de pescado blanco e bagres y otro género de pescado menudo. Entra en esta laguna un río grande, muy caudaloso, que se dice el de Chicnauhatengo. Los aires que hay en este dicho pueblo son blandos, los cuales son de la parte del norte e noroeste, e por el mes de enero e febrero son algo más recios los aires.

4. Este dicho pueblo está poblado en tierra llana e muy rasa, sin montes. Es tierra de pocos ríos. Hay algunos arroyos de agua a la redonda de él. Hay agua en abundancia para los naturales. Hay unos cerros altos de montes fértiles; hacia la parte del poniente, de pinales y robledales, e hacia la parte del poniente hay unas lomas de tierra, alta, de pocos montes. Es tierra muy fértil e de muchos puestos donde se da y cría cantidad de maíz, chile, frisoles y otras semillas, que los naturales siembran; hay frutas de la tierra que son guamúcheles, aguacates, guayabas. Hay cantidad de higo, granadas, membrillos e uvas. Es tierra que se cría en ella cualquiera cosa que se sembrare.

5. Este dicho pueblo de Xiquilpa es de muy pocos indios. Podrá ber en él como cien indios tributarios. Dicen que antes que la tierra se ganase, había en él mil e doscientos hombres, e después que la tierra se ganó han ido en deminución por causa de muchas enfermedades que habido, en especial el año de setenta

y seis hobo en este dicho pueblo grande peste, de modo que morió mucha cantidad de gente, lo cual fue general en toda la Nueva España. Es pueblo formado de mucho tiempo. Es gente entendida que todos por la mayor parte hablan y entienden la lengua mexicana. Tienen otra lengua que se dice zayulteca, que es la natural que ellos tienen y hablan. Hay otros que hablan la lengua tarasca. Es gente muy inclinada a buenas costumbres.

6.

7. De este dicho pueblo de Xiquilpa hay siete leguas a la villa de Zamora, poblada de españoles. Es todo camino llano y en algunas partes pedregales.

8.

9. El fundador de este pueblo fue don Francisco Nox, indio principal. Era natural del pueblo de Amula. Había nueve años que estaba poblado antes de la conquista. Poblóse con mil e doscientos indios.

10. Este dicho pueblo está poblado en tierra llana, como se ha dicho. Es tierra baja. Las casas son pequeñas, cubiertas de paja. Las calles corren del oriente hacia el poniente. Hay una plaza en el medio del pueblo, junto al monesterio que hay en este dicho pueblo, de frailes de la orden de Señor San Francisco, donde hay de ordinario un guardián con otro compañero.

11. Desde dicho pueblo de Xiquilpa, que es la cabecera, tiene cuatro sujetos. El uno de ellos se dice Patanba, que es lengua tarasca, que en lengua castellana quiere decir "cañas". Está poblado en tierra alta, entre unos montes de pinales e robledales. Es tierra muy fría. Dase en él mucha fruta de Castilla, que son peras, nueces, membrillos, duraznos, manzanas. Pasa por el pueblo un caño de agua. Ocomicho, sujeto al dicho pueblo de Xiquilpa. Dícese Ocomicho por-

que es tierra de muchas tuzas. Es tierra fría por estar poblado en unos montes, e tierra alta. Danse higos, membrillos e duraznos y otras frutas de la tierra que son cerezas y aguacates, e tienen muchos maguerales [sic]. En el sujeto de Yopen, que es vocablo tarasco, quiere decir "pregonero" en lengua castellana. Está el asiento de este pueblo en tierra más alta que los demás. Es tierra muy fría. Hay fruta de Castilla y de la tierra. Tiene un arroyo de agua de que beben los naturales. El pueblo de los Cepines, sujeto de este dicho pueblo de Xiquilpa, llámase Cepines por un indio antiguo que vivía en él, que fue el primero fundador del pueblo. Está poblado en tierra llana. Hay cantidad de agua que pasa por las calles. Está en tierra templada. Hay cantidad de frutas de Castilla, que son higos, duraznos, membrillos, uvas, granadas e frutas de la tierra, guayabas, aguacates, cañas duces, tunas, guamúcheles. Los pueblos de Patanba, Ocomicho, Yopen es vesita de frailes franciscos, y el de los Tzepines, los vesitan frailes agostinos. Hay de este pueblo al pueblo de Patanba ocho leguas e una de allí a Ocomicho, e dos al pueblo de Yopen, e tres a los Tzepines, a partes buen camino y en algunas partes hay cuestras e barrancos.

13.

14. Este pueblo era sujeto en tiempo de su gentilidad a Cazonci, rey que fue de Mechoacán, con el cual los señoreaba e tenía a cargo, el cual puso de su mano en este pueblo a un indio principal que se decía Noxti para que los gobernase e mirase por ellos, los cuales en aquel tiempo daban tributo al dicho Cazonci maíz e chile, lo cual recibía el Noxti y lo enviaba a Pátzcuaro, los cuales en aquel tiempo adoraban al Demonio para que les ayudase al tiempo que iban a pelear con

otros indios de los pueblos a éste comarcanos; y que cuando tomaban algún indio lo llevaban a un cerro que está junto a su pueblo, y allí lo sacrificaban y lo ofrecían al Demonio y lo abrían por medio y le quitaban el corazón y lo comían los que hacían el sacrificio, los cuales en aquel tiempo no paraban porque andaban derramados por los cerros.

15. Los indios de este dicho pueblo antiguamente tenían guerra con los indios de la provincia d'Ávalos y otros pueblos, los cuales se gobernaban por un capitán que Cazoncin les enviaba de Pázcuaró, y otras veces salían con ellos el dicho Noxti; y las armas con que peleaban eran arcos e flechas e con unos palos del tamaño de una vara de medir, y en la una punta de él ponían una piedra agojerada por medio, e con ella peleaban, y que en aquel tiempo traían unas mantas de henequén, cosidas a manera de chamarras, sin otra cosa, e sin másteles de algodón, deferente de los que agora traen; y la comida de ellos era tortillas, tamales, frisoles y otras yerbas de la tierra que se dicen *quiletetes*, y bebían vino blanco de maguey que se dice *tlachiquitl*; y que vivían más tiempo que no agora, y que la causa de ello no se pudo averiguar.

16. El cerro alto que está a un lado de este dicho pueblo se dice en esta lengua zayulteca Huazuatlí, que quiere decir en lengua castellana "cerro de unos árboles que se dice *huaxi*", que dan unas vainas a manera de algarrobas de que ellos comen.

17. Este dicho pueblo es tierra sana, y la más enfermedad que en el hay entre los naturales son bubas e calenturas; los cuales se purgan con una raíz blanca que se dice de Mechuacán.

18. Hay una cordillera de cerros, un cuarto de legua de este dicho pueblo, que corre hacia el poniente. El

camino que va hacia Colima, que se llama Xiquilpa, que quiere decir "añil", atraviesa un arroyo de agua por la cordillera de abajo, y algunos mananteales de agua.

19. Hay en este dicho pueblo un arroyo de agua que es muy poco, como un brazo de agua. Pasa por el medio del pueblo, como se ha dicho arriba, con los demás pueblos sujetos a éste de que se ha hecho mención.

20.

21. En el pueblo de Patanba y Ocomicho hay unas sierras muy altas, donde hay tigres, leones y lobos, y otros animales.

22. Hay en este dicho pueblo y en los sujetos de él unos maguerales de los que los naturales tienen mucho aprovechamiento para sus grangerías e sustento de sus comidas.

23. Danse en este dicho pueblo, en sus sujetos, peras, higos, granadas, uvas, duraznos, membrillos, nueces, manzanas, frutas de Castilla; e de la tierra se dan aguacates, cañas duces, guayabas, capulines, que son cerezas de la tierra, calabazas, chile, tomates y maíz en cantidad. Es tierra que no hiela. En ella antiguamente, hasta el día de hoy, críanse muchas aves de Castilla e de la tierra.

24. En este dicho pueblo se dan coles, lechugas, cebollas, rábanos, bledos y todo género de hortaliza de España.

25. Dase en este pueblo trigo y cebada.

26. Hay en este dicho pueblo una hierba con que se curan los que están tollidos; tiene las hojas a manera de lechugas; es tan cálida que en la parte que se pone la raíz quema como fuego naturalmente. Hay otra hierba que tiene una raíz a manera de camote; es contrayerba para todas las cosas, con las cuales se curan; y otras que los naturales conocen.

27. Los animales que hay en este dicho pueblo son lobos, que se crían en unas ciénegas que hay entre unos carrizales, que será un cuarto de legua de este dicho pueblo. Vienen agostar a los términos de este dicho pueblo más de ochentamil ovejas en cada un año, de otras partes. Es tierra muy buena para ellas e se crían muy bien, por haber algunos salitrales en la redonda de la ciénega.

28.

29. En este dicho pueblo hay una cantera de piedra que toca en colorada. La piedra es muy buena e de poco peso, de la cual se sacó la piedra para hacer el convento de este dicho pueblo, y en lo demás contenido de en este capítulo no hay otra cosa.

30. En este pueblo no hay salinas. Provéense de sal los naturales de la que traen de Colima, que es veinte leguas de este dicho pueblo, y de la provincia que se dice de Ávalos, que serán quince leguas.

31. La forma y edificio de las casas de este dicho pueblo son de adobe e barro; los cimientos de ellas hacen de piedras; son de poco sustén y cubiertas de paja, y la madera de ellas es de pinos monteses.

32.

33. Los tratos e contrataciones e grangerías que los naturales de este dicho pueblo tienen y se sustentan son de mucho maíz, chile, frisoles y otras semillas que cogen e siembran en mucha cantidad, lo cual venden a otros naturales que vienen de otros pueblos comarcanos a éste, de que hacen reales con que se sustentan e pagan su tributo a su Majestad en reales, y los de los sujetos tienen tratos de hacer vigas, mesas, cajas y sillas, lo cual venden a españoles y a otras personas, con que se sustentan, por estar como están poblados en tierras de muchos montes.

34. Este dicho pueblo cae en el destrito del Obispado de Mechuacán. Hay de este dicho pueblo a donde está

la iglesia catedral treinta leguas, antes más que menos. Está de este dicho pueblo hacia el oriente, en la ciudad de Guayangareo, que por otro nombre se dice e nombra la ciudad de Valladolid. Solía a ser la catedral en la ciudad de Pázcuaro, e de un año a esta parte, poco más o menos, se pasó a la dicha ciudad de Valladolid, por mandato de su Majestad. Las leguas son grandes y el camino es en parte llano y bueno, y en otras hay pedregales, y en partes torcido.

35.

36. En este dicho pueblo de Xiquilpa hay un monasterio de frailes de la orden del Señor San Francisco, como en otro capítulo va declarado. Hay en él dos religiosos; el uno es guardián. El fundador de él fue fray Juan de San Miguel; el cual habrá cuarenta años, poco más o menos, que se fundó, lo cual fue de parecer de todos los religiosos que en esta provincia de Mechuacán había.

37. En este dicho pueblo hay un hospital donde se curan los enfermos, el cual habrá treinta años que instituyó y fundó un religioso que se decía fray Alonso de Pineda, de la orden del Señor San Francisco. No tiene rentas ningunas; solamente sustentan los pobres de limosnas que piden entre los naturales.

Por manera que en los demás capítulos contenidos en la dicha instrucción no hobo que decir, por estar, como está, este dicho pueblo e sus sujetos, mucha distancia de la mar, y en los demás que de suso van declarados, no se pudo averiguar más de lo que en cada capítulo va declarado, por ser este dicho pueblo pequeño y de poca gente. La cual dicha instrucción hizo el dicho señor Corregidor en presencia de los alcaldes de este dicho pueblo y los más viejos que se hallaron en el dicho pueblo para informarse de ellos e cosas de su antegüedad,

de algunos españoles que se hallaron presentes, personas que tenían noticia de este dicho pueblo e sus sujetos.

Cuitzeo

En el pueblo de Cuzeo de la Laguna, que es en la provincia de Mechoacán de la Nueva España, en veinte y ocho días del mes de agosto de mil y quinientos y setenta y nueve años, yo, Pedro Gutiérrez de Cuevas, Corregidor por su Majestad en el dicho pueblo y su jurisdicción para hacer la relación y descripción que el muy Excelente Señor Don Martín Enríquez, Visorrey de esta Nueva España, me manda hacer, en nombre de su Majestad, de este dicho pueblo y su tierra, nombré por scribano, por no le haber de su Majestad, a Juan de Écija, e por intérprete de la lengua de dicho pueblo y su jurisdicción a Luis Ira, indio natural de dicho pueblo, persona que entiende la lengua castellana bastantemente, y así mesmo nombré para preguntalles cosas antiguas y necesarias a Juan Xabo e Diego Cinzune e a Mateo Sira y a Cristóbal Tazuacopp, indios antiguos de a noventa y a cien años, a los cuales recibí juramento en forma de derecho por Dios Nuestro Señor y por la señal de la cruz † en que pusieron sus manos derechas corporalmente so virtud cual prometieron el scribano de escrebir lo que el intérprete declarase, y el intérprete declarar en lengua castellana lo que los dichos viejos acompañados dijeren en su lengua, y los dichos acompañados viejos declarar lo que supieren, oyeron decir a sus padres, de lo que yo les preguntaré acerca de la dicha relación los cuales dijeron, so cargo de dicho juramento y mediante la dicha lengua, que así lo eran, e acetaron sus cargos ante mí, e vista su aceptación, les

di poder para usarlos en nombre de su Majestad, y firmaron los que supieron. Testigos Manuel Vásquez y Bartolomé de Sevilla, estantes en este pueblo — Pedro Gutiérrez de Cuevas (rúbrica) — Luis Lira, intérprete (rúbrica) — Ante mí Juan de Écija, nombrado (rúbrica).

3. Este pueblo de Cuzeo es la cabecera de esta jurisdicción. Está asentado en una ensenada como una herradura sobre una laguna, de la cual diré en su lugar de su calidad y aprovechamiento de ellas. Es pueblo seco y sano. Es falto de agua dulce porque no hay fuentes, y los naturales beben de pozos. Tienen mil y novecientos tributarios. Es tierra templada que no es necesario llegarse el hombre al fuego en todo el año. Las aguas comienzan por el mes de mayo y se acaban en fin de setiembre, y en este tiempo hacen los naturales sus sementeras. El viento que más ordinario corre es por la mañana, sur, y a la tarde, norte. Estos vientos baten la laguna que le hacen hacer resaca. Quiere decir el nombre de este pueblo en lengua castellana “lugar donde se hacen tinajas”. Los sujetos que tiene son los siguientes. Están poblados todos en la costa de la laguna. Sujetos de Cuzeo: Hucácuaro, Omécuaró, Apuxirácuaro, Mayao, Tayao, Cuameo, Sindo, Guaroco, Jeroco, Capamocú-tiro, Guandacareo, Copándaro, Cuanasco, Arúnbaro, Tepacua, Arostaro, Caracua.

Estos diecisiete pueblos son sujetos al dicho pueblo de Cuzeo;⁵ cada uno tiene una cabeza que llaman Huganbete. Es obedecido de ellos y él obedece y cumple lo que le mandan los alcaldes de dicho pueblo de Cuzeo, y así mismo tiene cargo de recoger el tributo de los indios de que es cabeza y traello a la cabecera; y satis-

⁵ En el margen: “Cuzeo lugar donde se hacen tinajas”; y ésta y las demás notas marginales del texto son de otra letra.

faciendo y respondiendole a los capítulos de la instrucción, y habiéndolo yo inquirido con toda diligencia, y de ello sabello yo y entendello por vistas de ojos, lo que hay que responder y decir a los capítulos es lo siguiente:

4. En cuanto al cuarto capítulo, este distrito de Cuzeo es tierra llana, no es montuosa, no tiene río ninguno, tiene pocas fuentes, y los naturales se sirven de pozos que tienen en sus casas, y, aunque la laguna es salada, a veinte y a treinta pasos de ella hacen pozos y sale agua dulce. Y tan solamente hay fuentes en dos sujetos, que es Copándaro y en Guandacareo. Hay abundancia de pastos⁶ todo el año y, especialmente a la ribera de la laguna, hay de ordinario gran suma de yerba verde.

En la cabecera se coge poco maíz a causa de ser las tierras ruines y de poco migajón, y tener muy cerca la roca que no deja arraigar el maíz. [..]

5. En cuanto al quinto capítulo: en tiempos pasados hubo muchos indios, hasta que puede haber treinta y tres años que hubo una enfermedad general que murieron gran parte de los naturales, y habrá tres años que hubo en este pueblo una enfermedad general que murió la tercera parte de la gente; esta enfermedad llaman los naturales *terececua*, que quiere decir en lengua castellana "pujamiento de sangre podrida". Este pueblo y sus sujetos son pueblos formados, y según la traza de la tierras, permanecientes. La traza y talle de los naturales, son hombres de dos varas en alto, de buenas carnes, sueltos, mal barbados, morenos de rostro; las mujeres son poco menores, feas de rostro, morenas y no nada limpias en sus personas ni en sus casas. La suerte de sus entendimientos⁷ es baja, de poco talento, inclinados a

⁶ En el margen: "Buenos pastos. Mucho maíz".

⁷ Nota marginal: "de los ingenios y inclinaciones".

mentir, amigos de novedades, fáciles a creer cualquier cosa, amigos de holgar, de tal manera que si no es por fuerza, no van a ninguna obra que haya a do puedan ganar tumines, que son reales, y si quisiesen trabajar podrían tener reales y plata sobrada. La lengua que se habla en este distrito, general, es tarasca.

11. En cuanto al capítulo once, que es a lo que debo satisfacer, que toca a ésta mi jurisdicción, digo que los barrios y sujetos son los de atrás, y están de la cabecera de ellos a media legua y a legua, y el que más dista de la cabecera es tres leguas.

12. En cuanto al capítulo doce digo: que este pueblo de Cuzeo dista del pueblo de Urirapúndaro cuatro leguas hacia la banda del norte. Este pueblo es de su Majestad. Hacia el poniente está el pueblo de Guango, a cinco leguas. Este pueblo tributa por encomienda y merced de su Majestad a Juan de Villa Señor Cervantes. A la banda del sur tiene el pueblo de Tarínbaro. Dista tres leguas de tierra y una de agua por la laguna, y queriendo ir por tierra dista nueve leguas. Este pueblo está encomendado por su Majestad a don Fernando de Sotelo Montezuma. Al oriente tiene el pueblo de Acánbaro, a seis leguas de tierra y dos de agua por la laguna, y queriendo ir por tierra hay diez leguas. Este pueblo está encomendado por su Majestad a Bernardino de Bocanegra. Toda es tierra llana y de buenos caminos y las leguas son de la marca de las de España. Los caminos se tuercen por amor de la laguna.

13. En cuanto al capítulo trece, la lengua que estos naturales hablan dicen que en su gentilidad la nombraban purépecha, que como si dijésemos "lengua de hombres trabajadores", y este nombre se les daba a causa de que su rey ordinariamente los llevaba cargados a las guerras, y los hallaba más fuertes, así para esto como

para sus sementeras. Este nombre que ahora se les da de tarascos⁸ dicen los naturales que se lo pusieron los españoles que los conquistaron en una refriega que tuvieron con ellos sobre el pueblo de Sinzonza, por razón que uyeron a un indio dar voces llamando a un su suegro que había perdido en el rebato y decía llamando “*tarasco, tarasco*”, que en su lengua quiere decir: “ah, suegro, ah, suegro”; y ansí los españoles les llamaron de ahí adelante indios tarascos, mas en ese tiempo ellos, en su gentilidad, se llamaban purépechas.

14. En cuanto al capítulo catorce parece eran vasallos del rey de Sinzonza, cabeza de la provincia de Mechoacán, al cual daban servicio personal para las guerras y para sus sementeras, y especialmente daba de tributo cada indio una manta de algodón tan alta como un hombre y casi de una vara de ancho; ansí mesmo le daban otra ropilla que llaman *guangoche*, que es como dos varas de largo y ancho, al modo de una red hecha de hilo de acarreto; y ansí mesmo le daban un calabazo de miel de un árbol que ellos la hacen, que se llama en su lengua *acanba*. Este tributo cobraba uno como juez o gobernador que les ponía su rey, y, cobrado, con los mismos indios lo inviaba a Sinzonza con más otras plumas, maíz y lo que pa su rey le daban, de manera que ninguna cosa tenían que su rey no tuviese parte en ella. Las adoraciones y ritos eran que hacían una forma como mona o como perro, y ésta era de piedra y la ponían en un lugar alto hecho de piedra, en una casa grande que era su templo. En este templo había cuatro indios como sacerdotes que tenían cargo, uno de tañer un instrumento que llaman en su lengua *curingua*,

⁸ En el margen: “de donde vino el nombre de tarasco y cómo se llamaban antes”.

que es de madera, güeco, que suena como si fuera de metal; otro tenía a cargo de tañer con las manos, sin palo alguno, un tambor tan alto como un hombre, hecho de cabezas de pellejo de venado; otro tañía una como trompa hecha de un hueso de animal.

El sacerdote mayor tenía a cargo de guiar cuando venía la gente a bailar las danzas, porque la mayor devoción suya era bailar al son de los instrumentos dichos, en el templo, alrededor de los ídolos⁹ y, andando bailando, bebían largamente hasta que de borrachos no se podían tener en pie, y el día que había gran borrachera, ésta era la mayor fiesta suya. No bailaban las mujeres, mas empero llevaban al templo muchas ofrendas de frutas y pan hecho de maíz, de lo cual se sustentaban estos sacerdotes, los cuales eran elegidos de los principales, y por voto del pueblo, y les duraba el cargo un año, después del cual le casaban a su modo, que era juntarse la parentela y hacer unos panes grandes y comellos en la casa de la desposada, y quedaba con esto hecho el matrimonio, el cual duraba cuando el contento de los desposados, porque con facilidad se apartaban; y, ordinariamente, había en los templos gente, unos quemando olores, otros bailando, otros contando los sucesos de su guerras, de manera que de noche y de día estaba abierto, y grandes lumbres dentro.

15. En cuanto al capítulo quince, los gobernaba el juez que inviaba su rey; éste era proveído para cobrar los tributos, como dicho es, y para tenellos en justicia; durábale el cargo todo el tiempo que usaba bien de él, y no usando, al rey le privaba o mataba. Este juez traía por insinia¹⁰ una vara tan alta como un hombre, del

⁹ En el margen: "Religión. Borracheras. Matrimonios".

¹⁰ Nota marginal: "insinias de los jueces; guerras, armas.

gordor del dedo pulgar, de un palo negro que lleman *tapinciran*, que es como brasil. Este palo era güeco, y en las concavidades llevaba metidas unas chinitas que cuando iba por la calle hacía tanto ruido como si fueran cascabeles, al cual son salía la gente acompañalle. Traía al cabo de esta vara unas plumas de colores que denotaban el poder que tenía de su rey. En el hacer justicia no se entremetía en los negocios arduos, porque si alguno sucedía daba noticia a su rey, y él enviaba por el delincuente y hacía justicia de él. Traían guerra con el rey de México sobre que pretendían que tributasen a su rey, y así salían capitanes e iban y tenían sus reencuentros con los de México, y los que prendían los capitanes los inviaban a sus reyes y llegados los mataban. Traían así mismo guerra con unos vecinos suyos que llaman cochaechas, sobre que no querían tributar a su rey. Las armas que usaban eran arcos y flechas y unas porras de palo. Traían unas rodelas hechas de plumas de muchas colores para su defensa, y así mesmo unos jubones estofados de algodón donde se detiene una flecha. Los pecados¹¹ que hacen eran hacer enhechizos, emborracharse, eran carnales, pecaban en el pecado nefando, y al que se le averiguaba le metían un palo tostado por el sieso y le salía por la boca, y así moría, y lo echaban en el campo donde le comiesen las aves y animales, y la misma pena daban al haciente que al que era consintiente. El hábito que traían en general era a modo de un costal encajado en el cuerpo, que les cobría hasta la rodilla, sin otra cosa alguna, sin manga ni cuello ni calza ni zapato ni sombrero. Traían cabellera, y cuando habían de pelear o trabajar la entran-

¹¹ En el margen: "Lujuriosos; pecados y delitos. Ojo: vestidos.

zaban. No les era permitido traer otras vestiduras si no era con licencia de su rey, y ésta la había algún hombre valiente, y al tal se le daba para que trajese manta rica y rodela y arco por la calle, y más le daban una piedra preciosa que trujese colgada en el labio, para lo cual se lo horadaba, y esto eran insinias de hombre de grandes méritos. El hábito que ahora train, algunos andan como españoles, y generalmente train sus sayos de algodón o de sayal de lana de ovejas, y sus mantas que se las ponen y atan a diferencia de las gitanas en España. Usan zaracuelles de algodón, tan estrechos como es la pierna, y así mesmo train camisas de algodón con que ellos derrúan con sus marquesotas. Train sus sombreros. Andan motilados como los españoles. El vestido de las mujeres es cuatro varas de lienzo del algodón, revuelto de los pechos para abajo, y de allí arriba un güipil, que es la vestidura que solían usar los hombres en tiempo antiguo. No tiene cuello, y para ornato del cuello train sueltos los cabellos ordinariamente. Los mantenimientos¹² que usaban es maíz y pescado y caza de monte y de la laguna, y tunas y pescados, higos y cebolla, gallinas de Castilla y de la tierra, y huevos, y de especia les sirve el chil, que llaman pimienta de las Indias en Castilla. Parece que en tiempos de su gentilidad vivían sanos y agora lo viven y si habido falta de gente ha sido la causa las pestes que habido.

20. En cuanto al capítulo veinte,¹³ hay en este pueblo de Cuezco una laguna donde están poblados todos los indios de este distrito. Tiene de boj diez leguas, antes más que menos. Es la agua salada. Hácese de las lluvias y de algunos arroyos que en ella entran por algunas

¹² Nota marginal: "Viandas".

¹³ En el margen: "La laguna, Pueblos".

partes. Tiene angostura por algunas partes, de una legua. Están poblados algunos sujetos hacia el sur, de la otra banda, como son: Copándaro, Cuanasco, Arúnbaro, Caracua. Navegan por esta laguna desde la cabecera a estos sujetos con unos barquillos a forma de una artesa grande en que pueden ir buenamente cuatro o cinco personas. Llámánla en su lengua *echáruta*. Es de una pieza entera. Tiene esta laguna un género de pescado tan grande como el dedo meñique de la mano, que en su lengua llaman *charari*, pescado muypreciado entre ellos, y cogen gran cantidad de ello y vienen de otras provincias de a cuarenta y cincuenta leguas a rescatarlo, y train algodón, cacao, que es una moneda que se usa en esta tierra, de la forma de almendras. Train así mismo muchas frutas de la tierra y quieren más llevar de este pescado que no reales. Es un pescado que se cura al sol sin echalle sal ni sacalle tripas. Mídese por hanegas, por ser tan chico. Críase otro pescado en esta laguna, que llaman los naturales *curuenga*, que es del grandor de las sardinas de Setuban, y saladas quitan el deseo de las de España. Hay otro pescado tan grande como el dedo pulgar y más ancho, a diferencia de las mojarras de España. Hay así mismo mucha cantidad de ranas, mayores que las de España. De estos géneros de pescado toman los naturales gran cantidad y lo train a sus mercados, donde, para sólo comprar, vienen muchas gentes de otras partes, por donde son muy aprovechados. Es esta laguna de hondura de vara y media. Es combatida de los vientos norte y sur. Tiene resaca, y de la resaca queda el suelo cuajado de *tequéxquitl*, que se aprovecha para hacer jabón. Entre este *tequéxquitl* se cría gran suma de yerba de que se hace el vidrio que los naturales llaman *curiraxacua*. Vienen los que hacen vidrio de la ciudad de México a cogella

y la llevan en panes, y es de precio. Esta laguna tiene a la costa de ella fuentes callentes, en tanto grado, que no se puede tener la mano en ellas, y, por nacer a la orilla de la laguna y tornarse luego a la misma laguna, no se aprovechan de ellas los naturales.

22. En cuanto al capítulo veinte y dos, este distrito es falto de maderas, y las arboledas que hay son higueras, duraznales y morales, y otros árboles silvestres pequeños que sirven para quemar. No hay árbol de que se pueda hacer casas, y el que las quiere hacer va cinco leguas de este pueblo a los montes de Guango.

23. En cuanto al capítulo veinte y tres, en este distrito se crían gran suma de higos y dan las higueras dos veces fruto en el año, primero las brevas y después los higos. Hay mucha tuna. Danse granadas y membrillos y naranjas y limas y calabazas.

24. En cuanto al capítulo veinte y cuatro, en todos los sujetos, aceto en la cabecera, se dan mucho maíz, y en todas partes cebollas, ajos, lechugas y todo cualquier género de hortaliza.

25. En cuanto al capítulo veinte y cinco, digo que en Guandacareo y en Copándaro, sujetos de este pueblo, se da trigo de riego muy bueno. Hanse plantado algunos olivos y hácese grandes, y echan la aceituna del grandor de un garbanzo, y muchas veces se cai en cayéndose la flor. Hanse puesto algunas parras; cargan mucho de uva, eceto que no madura bien, como la de España. Vese claro que si se diesen a plantar viñas, que habría mucha uva.¹⁴

26. En cuanto al capítulo veinte y seis, las yerbas medecinales de que los indios se aprovechan para sus enfermedades que hay en este destrito, son las siguientes:¹⁵

¹⁴ Al margen: "Adonde se da trigo, uvas".

¹⁵ Notas del margen: "Yerbas medicinales. Sauco. Ruibarbo".

Hay una yerba que llaman *andúmucua*, de la forma de borrajas, eceto que el vello es blando. Es muy preciada entre estos naturales y la siembran muy general y ordinariamente. Los que la pueden haber la train en la boca, mascada como un bocado de pan puesta a un lado de la boca, y, trayéndola así, les da tanto calor y fuerza que, aunque anden trabajando, con poca comida se sustentan. Tiene propiedad de embriagar. Es buena para el dolor de ijada aplicada en una ayuda y, aunque haya cólica, guarece luego della; así mismo para un ahito de criatura con solamente poner la hoja verde en el estómago, caliente o seca, deshecha en agua, luego se le quita. Así mesmo para el dolor de las muelas, es también buena.

Hay así mesmo un árbol que llaman estos naturales *chupirini*, del cual se aprovechan de él para la enfermedad de las bubas. Cortan una rama de él y luego sale leche y esta leche dan en un poco de caldo de ave o en poleadas, y, tomándola el que tiene la dicha enfermedad, le sale en postillas por todo el cuerpo. Es de tal calidad esta leche que si alguno, por burlar, le unta con ella en las piernas, luego le sale fuego en las partes vergonzosas, y si es mujer lo mesmo.

Usan los naturales para purgarse del zumo de la hoja del sauco, y les hace tanta operación como ruibarbo de Alejandría, y especial toman esta purga cuando la enfermedad es de sangre. Así mesmo de las hojas de este árbol se aprovechan para las mujeres recién paridas que, calientes y puestas en la barriga, les sirve de untura y les quita el dolor.

Aprovéchanse de una raíz que llaman *janbanducua* que, mojada como sebo, les sirve de bisma para la quebradura de piernas o brazos, y dentro de nueve días suelda con esta yerba.

Hay otra yerba que usan de ella para lo mesmo, que

llaman *pejorita*. Es de la forma de verdolagas de Castilla.

27. En cuanto al capítulo veinte y siete, en este distrito se crían a la ribera de la laguna cantidad de ovejas,¹⁶ porque muchos de los naturales tienen sus rebaños de trescientas y cuatrocientas; de donde sacan, que venden, lana a los comarcanos para hacer ropas para vestirse, y la hallan más provechosa que no el algodón, y sus mujeres la benefician, hasta hacelles sus vestidos de ellas, sin tener necesidad de traer a su casa ninguna persona para ello. Hacen sus quesos en la primavera; crían sus carneros con tan buen orden y concierto como en España. Ansí mesmo se crían mucha suma de gallinas de Castilla y de esta tierra. En la laguna, por el mes de diciembre, hay tanta suma de patos reales y cercetas y garzas y alcatraces, que no tienen número, y los naturales entran de noche en sus barquillas, con calderillas, a coger las dichas aves, y ellas se vienen a la claridad, y los naturales las matan con arco y flecha, y es de tal manera y tantas las que matan, que train a los mercados tanta cantidad que es cosa de espanto. Especialmente lo que más cazan son patos. Hay ansí mesmo codornices de la forma de las de España; cuervos, liebres, venados, tordos en gran cantidad. Críanse palomas, halcones, lobos, raposas que diferencian muy poco de las de España; críanse puercos de Castilla y muchos de los naturales se han dado a criarlos.

30. En cuanto al capítulo treinta, se proveían estos naturales de sal del pueblo de Chucándiro, que es cuatro leguas de este pueblo, y ansí mesmo se provén del pueblo de Araro, que está otras cuatro leguas; y esta sal les traen cantidad a trocar por el pescado que toman en su

¹⁶ Nota marginal: "Ovejas. Ribera de la laguna".

laguna. Tráenles de tierra caliente algodón, a trueque del dicho pescado; y en entendiendo los de la comarca que carecen de algún mantenimiento, luego se lo llevan a trocar a pescado, y así siempre están proveídos de lo necesario.

31. En cuanto al capítulo treinta y uno, la forma y traza de las calles, son puestas por orden. Las casas son hechas de adobe, de paredes bajas, cobiertas de paja, aunque algunos indios ricos tienen sus casas a la forma de las nuestras de España, con sus cuartones de pino y portadas de cal y piedra, que con mucha facilidad se ha, por estar asentado este pueblo de Cuizeo sobre una veta de cal. El indio que labra de pino su casa va por la madera a los montes de Guango, que están a cuatro leguas, donde hay gran suma de pinos.

33. En cuanto al capítulo treinta y tres, el trato de estos naturales es la mayor parte dellos las pesquerías.¹⁷ otros sus ovejas, otros tienen caballos de arria y llevan bastimentos a las minas, que distan de aquí catorce leguas; otros se van alquilar para ayudar a sacar la plata, otros hacen sementeras de maíz. Los tributos pagan en reales y en maíz, que es su trigo. Paga cada indio casado ocho reales, y media hanega de maíz; y el soltero, la mitad.

34. En cuanto al capítulo treinta y cuatro, este pueblo es del Obispado de Mechoacán. Está la iglesia catedral siete leguas. Es tierra llana y las leguas son como las de España, y el camino es derecho. Hay algunos montes y pinares.

36. En cuanto al capítulo treinta y seis, en esta cabecera hay un monesterio de frailes agustinos que lo fundó el maestro fray Alonso de la Vera†cruz, siendo provincial de la dicha orden, el año de cincuenta y

¹⁷ En el margen: "Pesquerías".

uno. Este monesterio es cosa suntuosa, de cal y piedra, todo de bóveda, alto y bajo. Es cosa muy fuerte. Residen en él tres religiosos. Tienen cargo de administrar los sacramentos a los naturales. Dales su Majestad para su sustento, a cada uno, cien pesos de a ocho reales y cincuenta hanegas de maíz. Ansí mesmo hay otro monesterio de la dicha orden en un sujeto que se dice Copándaro. Es ansí mesmo de cal y piedra. Tiene dos religiosos ordinarios. Dales su Majestad la misma limosna. Administran los sacramentos a los sujetos que están de la otra banda de la laguna. Fundó este monesterio el dicho maestro fray Alonso de la Vera†cruz, siendo provincial. El mesmo año fundó el de este pueblo de Cuzeo. Este monesterio tiene trescientos pesos de renta de una capellanía que les dotó un español que se metió fraile francisco. Tienen ansí mesmo otros cien pesos de renta de una capellanía que dotó el común de dicho pueblo de Copándaro.

37. En quanto al capítulo treinta y siete, este pueblo y su sujeto Copándaro tienen cada uno un hespital sin renta, más de cada cuatrocientas o quinientas ovejas. Fundáronlos los indios por consejo de los frailes.

Ésta es la razón y relación que yo he podido dar de este partido y corregimiento de Cuizeo, que tengo a cargo, la cual va escrita en cinco hojas de papel y una plana, y más va cosida con la dicha relación la instrucción que se envió por Gordián de Casasano, por mandado de su Excelencia, y se la vuelvo a enviar. Fecha en este pueblo de Cuizeo, a primero día del mes de setiembre de mil quinientos y setenta y nueva años — va entre renglones ovejas y do diz na, bula — Pero Gutiérrez de Cuevas (rúbrica) — Luis Sira, intérprete (rúbrica) — Pasó ante mí, Juan de Écija, scribano (rúbrica).

Sobre el término tarasco

NICOLÁS LEÓN

Uno de los más distinguidos investigadores de la historia michoacana, Nicolás León, abordó el debatido problema del nombre de los tarascos, al que anteriormente se hizo mención, en un artículo publicado en los Anales del Museo Michoacano, revista que él mismo dirigió. León fue originario de Quiroga, donde nació en 1859, y estudió en el mismo estado de Michoacán su carrera de medicina. Ocupó puestos académicos muy importantes, en los que desarrolló una brillante actividad. También se distinguió por la abundancia y calidad de su producción científica, sobre todo en los campos de la historia y de la antropología física. Murió en la ciudad de Oaxaca, en el año de 1929. El artículo se llama "¿Cuál era el nombre gentilicio de los tarascos y el origen de este último?", y fue utilizada para su transcripción la edición facsimilar de los Anales publicada en Guadalajara por Edmundo Aviña Levy, en 1968, en la que ocupa las páginas 29 a 32.

¿Cuál era el nombre gentilicio de los tarascos y el origen de este último?

Remontándonos a los historiadores primitivos de Michoacán y otros, encontramos para el origen de la pala-

bra *tarascos* tres opiniones diversas. La primera, perteneciente al padre fray Bernardino de Sahagún, nos dice esto: "Su dios que tenían se llamaba Taras, del cual tomaron su nombre. . . y también se dicen *tarascos*." En concepto, pues, del padre Sahagún, del nombre del dios Taras deriva *tarasco*. Fray Joan Baptista de Lagunas, refiriendo el origen de este nombre, nos dice: "¶*Tarhascue*. Mi suegro, o suegra, o yerno, o nuera. ¶Y de aquí se vino a llamar tarasca la provincia de Michuacán, porque como los españoles entrasen en ella: y la primera persona que entre ellos buscando a un yerno (temiendo si acaso se lo habían muerto) diese voces de esta manera, llamándolo, diciendo *tarhascue*, *tarhascue*, luego los españoles, no entendiendo la lengua, dijeron que se llamaban tarascos, &c."

La *Relación de Michoacán* confirma esto, diciendo: "Llevaron dos indias consigo que le pidieron al *cazonci* de sus parientes, y por el camino juntábanse con ellas y llamaban con ellas y llamaban con ellos a los españoles *tarascue*, que quiere decir en su lengua yernos, y de allí ellos después empezáronles a poner este nombre a los indios, y en lugar de llamarles *tarascues*, llamáronlos *tarascos*, el cual nombre tiene agora, y las mujeres *tarascas*. Y córrense muchos de estos nombres: dicen que de allí les vino, de aquellas mujeres primeras que llevaron los españoles a México, cuando nuevamente vinieron a esta provincia."

Veytia nos da otro origen del nombre tarasco, al escribir lo que sigue:

"Los escritores teochichimecas cuentan de otro modo el suceso.

"Dicen que viniendo todos juntos, se adelantaron algunas cuadrillas, y llegando a un estrecho o brazo de mar, que algunos asientan fue el río de Toluca, que

desemboca en la Mar del Sur, por la parte occidental, respecto de la Nueva España, se determinaron a pasarle, formando balsas de troncos de árboles, y no teniendo con qué amarrarlos, se quitaron los *maxtlis*, que eran unas bandas de más de cuatro brazas de largo, y palmo y medio de ancho, de tela de algodón, con que se cubrían lo más inhonesto, como una especie de braguero, y esta era la única ropa que usaban. Afianzaron con ella los maderos, y formaron balsas en que pasaron de la otra banda del río con sus mujeres e hijos.”

“Con esta maniobra se les rompieron y perdieron los *maxtlis*, y, viéndose enteramente desnudos, pidieron a sus mujeres las camisetas que usaban, que eran cortas, de suerte que no pasaban de los muslos, sin mangas, y con una abertura en la parte superior, para sacar la cabeza, y dos a los lados para sacar los brazos: hoy se llama esta pieza de ropa *cotón*, y le usa mucho toda la gente pobre. Con esto se cubrieron los hombres desde el cuello a los muslos, y las mujeres quedaron con solas las enaguas, y descubiertas de medio cuerpo arriba. Como los hombres no tenían cosa alguna que les sujetase de la cintura abajo, descubrían las partes genitales, que al andar les azotaban los muslos, y las mujeres con la falta de camisetas o cotones llevaban descubiertos los pechos.”

“Las otras cuadrillas que quedaron atrás, y dicen haber sido de las de los mexicanos, teochichimecas y otros, pasaron también el estrecho en balsas; pero se dieron maña para afianzarlas sin despojarse de sus ropas. Habiendo llegado a alcanzar a los primeros, y viendo aquella desnudez e inhonestidad, se hostigaron de ella, y este fue el motivo de separarse, quedando en las tierras de Michoacán los primeros, a quienes dieron el

nombre de tarascos, 'por el sonido que les hacían las partes genitales en los muslos al andar' y los otros pasaron adelante hasta estas tierras del imperio tezcucano."

Examinaré una a una las opiniones.

Entre los nombres de dioses que nos cita la *Relación de Michoacán* no se encuentra el dios Taras, ni hay autor alguno, fuera de Sahagún, que lo mencione; mas como las obras de este padre han pasado por mil vicisitudes, como lo prueba la edición de Bustamante en que se [dice] *Toras*, y sólo en Kingsborough *Taras*, fácil es que haya escrito *Tárex*, nombre genérico equivalente a ídolo, y él dedujo que de allí tuvieron tal denominación.

Lo de Veytia no descansa en documento alguno, y si fuera cierto que los mexicanos impusieron el nombre, debería haber sido en su lengua y no la tarasca, que siguiendo la leyenda, aún no existía.

Se deduce, pues, que la mejor y más autorizada opinión es la de la *Relación*, que cuenta en su apoyo la sanción de los contemporáneos a la conquista. Aún hoy día "córrense muchos de estos nombres" los indios de Michoacán, pues más de una vez nos han dicho con airado gesto, "no nos llamamos tarascos, sino *purépechas*". El significado de esta palabra nos lo da Gilberti. y es *macegual*, plebeyo y con más propiedad, vasallo.

No convenimos en que éste haya sido el nombre gentilicio de los michoacanos, y si tal lo conservan y admiten los actuales, es porque la raza noble y elevada ha terminado del todo, y sólo los plebeyos o macehuales restan. Según la citada *Relación*, en la fiesta de *ecuatacónscuaro*, o de las flechas, después que se ajusticiaban a todos los malhechores, el sacerdote mayor o *petámuti*

(narrador), al referir al pueblo la historia de sus antepasados, les llamaba *eneani* y *zacapuhireti*.

Del primer nombre no alcanzamos su significación, y el segundo nos dice "señor de Zacapu".

De todo esto podemos deducir que el nombre propio y gentilicio de los hoy llamados tarascos es *eneani* y *zacapuhireti*, y que el de *tarascos* les fue impuesto por los españoles, y por la causa que señala la *Relación*, rechazando por infundada e inverosímil la opinión de Veytia, y por de dudosa exactitud la de Sahagún.

Historia de los tarascos

PAUL KIRCHHOFF

Paul Kirchhoff nació en Hörste, Alemania, en 1900, y murió en la ciudad de México en 1972. Después de haber sido profesor en el Museum für Völkerkunde de Berlín, y en el Musée du Trocadero de París, vino a México en 1936, y fue fundador de la Escuela Nacional de Antropología. Sus obras tienen un alto nivel científico, y marcaron, en el aspecto teórico y conceptual, hitos importantes en la etnología americana, y particularmente en la mesoamericana. El trabajo que aquí se transcribe es una parte de su introducción a la Relación de Michoacán, y apareció publicado en la edición de Madrid, de 1956, en las páginas xxiv a xxxii. El lector tendrá la oportunidad de tomar en cuenta otro punto de vista acerca de la historia de los antiguos tarascos, diferente al que aparece en páginas anteriores. El título completo del estudio de Kirchhoff es "La Relación de Michoacán como fuente para la historia de la sociedad y cultura tarascas".

Guía para la lectura de las Partes Segunda y Tercera [de la Relación de Michoacán]

Restauradas en su orden original, las Partes Segunda y Tercera forman un gran relato histórico que da prin-

cipio con la llegada de los chichimecas y termina con la conquista española.

Para los descendientes de esos chichimecas, el principio de su historia va todavía más atrás, pues comienza en el cielo, y nuestro fraile, como fiel intérprete que es del pensamiento indígena, les sigue en este punto, reuniendo en la Primera Parte todo lo que sus informantes le contaron acerca de la historia de sus dioses principales, como preámbulo de la historia de sus reyes. Ya citamos el párrafo en el cual se dice que, según lo relatado en la historia del dios Curicaueri, en la Primera Parte de esta obra, los dioses del cielo le dijeron cómo había de conquistar "toda la tierra" para sus chichimecas; y siguiendo esta idea de que la historia de los chichimecas es la historia de su dios, en la Segunda Parte no principia la historia, sino que la "continúa".

Para nosotros, la historia de los chichimecas da principio con su repentina aparición en un monte cercano a Tzacapu (hoy Zacapu, 35 kilómetros al norte del lago de Pátzcuaro), procedentes de un punto desconocido en el norte. Desde este punto la Segunda Parte, que contiene la historia que anualmente relata el sacerdote mayor, lleva el hilo de la historia hasta la conquista de todo Michoacán y la creación de un gran reino, por los descendientes de esos chichimecas.

La Tercera Parte describe primero el reino que ellos fundaron, con sus instituciones y costumbres, tal como eran bajo el reinado de los dos reyes siguientes, hasta la llegada de los españoles; y segundo, la destrucción de ese reino apenas fundado, por los conquistadores europeos.

La Segunda Parte se compone de treinta y cinco capítulos. En el capítulo I, y también en los últimos veinte

renglones del capítulo xxxii el fraile describe una gran asamblea general en la que anualmente el sacerdote mayor, en representación del rey, hacía "la justicia general". Los primeros treinta y dos capítulos están dedicados a la historia de los antepasados de los reyes chichimecas que el sacerdote mayor contaba en esta ocasión, año tras año, y que otros sacerdotes menores contaban el mismo día en todos los pueblos del reino. La narración del sacerdote mayor y la gran arenga con la cual termina, se reproducen textualmente, con pequeñas adiciones aclaratorias del fraile.

De las 144 páginas dedicadas a esa historia, las primeras ocho se ocupan del primer jefe chichimeca que llevó a su gente a la región de Tzacapu, mientras que los datos referentes a los cuatro jefes siguientes se comprimieron en una sola página de texto. Las veinte páginas que siguen hablan de los dos primeros jefes que se establecieron en Pátzcuaro —dos hermanos que reinaron juntos. Casi todo el resto de la historia, desde la página 43 a la 151, se refiere a los tiempos del gran jefe Tariácuri, aun cuando en las últimas cincuenta páginas ya da importancia igual a sus dos sobrinos Hiripan y Tangáxoan, los que con sus conquistas realizaron los proyectos ambiciosos de su tío y fundaron un reino.

El relato del sacerdote mayor termina, dos reinados antes de la llegada de los españoles, con la creación de ese reino. En las últimas dos líneas del capítulo xxxi y en todo el capítulo xxxv, el fraile da un brevísimo resumen de la historia posterior del reino.

Los capítulos xxxiii y xxxiv, basados en los relatos de otros informantes, suplementan lo que el sacerdote mayor cuenta acerca de los tiempos del gran Tariácuri.

Lo que el sacerdote mayor nos cuenta, o mejor di-

cho, lo que año tras año cuenta a los descendientes de los conquistadores y conquistados, para mantener vivo el orgullo de unos y el espíritu de sumisión de otros, es un gran drama histórico, uno de los más grandiosos y apasionantes que conocemos. Vemos en este drama cómo un pequeño grupo de inmigrantes cazadores, todavía semi-primitivos, asimila en poco más o menos seis o siete generaciones todo lo esencial de las instituciones, costumbres e ideas de los pueblos agrícolas, mucho más cultos y avanzados, entre los cuales se radica; y una vez transformado así, logra romper el cerco que lo rodea, atraer a su bandera una parte de los pueblos enemigos y conquistar el resto, en una serie de campañas militares verdaderamente asombrosas, que terminan con la creación de un reino que fue la mayor y única fuerza política que los españoles encontraron en el occidente de México.

Cuando con las primeras palabras del sacerdote se levanta el telón de nuestro drama, vemos en escena tres grupos de pueblos: en los dos extremos los chichimecas cazadores, que acaban de llegar a la región de Tzacapu, y los antiguos pueblos agrícolas de Michoacán, uno de cuyos centros más importantes se encuentra un poco más hacia el sur, en la orilla del lago de Pátzcuaro; es el pueblo al cual el fraile siempre da el nombre nahua Michuacan, pero nosotros lo conocemos mejor con el nombre tarasco Tzintzuntzan.

En medio de estos dos extremos, los cazadores chichimecas recién llegados y los agricultores de mucho arraigo en esa zona, vemos un tercer grupo; los descendientes de otros chichimecas que habían llegado a Michoacán mucho antes, habiendo ya perdido su cultura chichimeca original y adoptado aquélla de los pueblos sedentarios entre los cuales se establecieron,

razón por la cual los llamaremos “ex-chichimecas”, reservando el nombre chichimeca para aquéllos que por más tiempo quedaron fieles a las costumbres y el modo de vida de los chichimecas, como lo hace el propio sacerdote mayor.

Según nuestro fraile, los antiguos habitantes de Michoacán eran de filiación nahua, es decir, pertenecían al mismo tronco del cual formaban parte los aztecas; no encontramos todavía razones válidas para dudar de la veracidad de esta afirmación, aun cuando tenemos que conceder que algunas de sus creencias y otros rasgos de su cultura no corresponden a lo que nos hemos acostumbrado a considerar como lo típicamente nahua. (Pensamos en primer lugar en la posición central que ocupa entre los nahuas michoacanos una deidad femenina.)

Los chichimecas que llegaron a establecerse en Michoacán parecen en alguna forma emparentados con aquéllos que en distintas épocas arribaron a la Meseta Central (los chichimecas de Mixcóatl-Camaxtli, los de Xólotl, y probablemente otros más), y es interesante observar que, según Alva Ixtlilxóchitl, el nombre “chichimeca”, en el propio idioma de esa gente, significa “águilas”, o sea exactamente lo mismo que el nombre *uacúsecha*, con el cual se conocían en Michoacán.

Todavía no se ha hecho un estudio comparado de la cultura de los distintos grupos de chichimecas que aparecen entre los pueblos civilizados de México; pero se nota desde luego en la cultura, y en primer lugar en la religión de los chichimecas *uacúsecha*, una serie de rasgos que los conectan con pueblos más hacia el norte, como la importancia ritual de los venados, la posición central del sol y del cielo (hacia el cual los chichimecas

extienden sus ofrendas y mandan el humo de fogatas) y la costumbre de buscar revelaciones en sueños.

En el grupo de los ex-chichimecas podemos distinguir tres tipos: primero, antiguos inmigrantes que se han hecho cultivadores (ejemplo: Naranxan, el primer pueblo con cuyos habitantes los chichimecas entablan relaciones); segundo, otros antiguos inmigrantes que en las islas del lago de Pátzcuaro viven de la agricultura y pesca combinadas (ejemplo: Xarácuaro, tercer pueblo con el cual los chichimecas llegan a relacionarse), y, por último, partes de la más reciente oleada de inmigrantes que se separan de los otros chichimecas y rápidamente se convierten a la vida agrícola (ejemplo: Curíngaro).

Las palabras con que el fraile distingue los tres grupos de chichimecas, nahuas y ex-chichimecas, son tan importantes, que nosotros las vamos a citar textualmente, agregando entre paréntesis los nombres que nosotros les damos:

“Lo que se colige de esta historia es que los antecedentes del *cazonci* (los chichimecas *uacúsecha*) vinieron a la postre a conquistar esta tierra y fueron señores de ella. Extendieron su señorío y conquistaron esta provincia que estaba primero poblada por gente mexicana, naguatatos y de su misma lengua (los nahuas), que parece que otros vinieron primero (los ex-chichimecas), y había en cada pueblo su cacique con su gente y sus dioses por sí” (estas últimas palabras se refieren probablemente tanto a nahuas como a ex-chichimecas, pues ambos vivían en Michoacán al llegar los chichimecas).

En estas palabras admirablemente breves y concisas el fraile desconocido nos deja ver ya que en las páginas que siguen se habla de acontecimientos de un interés ex-

cepcional, pues trátase de la conquista de un pueblo culto por un pueblo inculto, y de un pueblo de habla nahua por otro no nahua, cuando en la mayoría de los casos que conocemos de la historia mundial son los pueblos más avanzados los que conquistan a los más atrasados, y cuando en México son, por lo general, los pueblos nahuas los que llegan a dominar a los pueblos no nahuas.

Se trata, por consiguiente, de acontecimientos que deben interesar no sólo al "mexicanista", sino a todos los que estudian el desarrollo histórico de la Humanidad, para entresacar de este estudio algunas enseñanzas acerca de los procesos fundamentales de la historia y de las fuerzas que en ellos influyen, y en lo particular, para comprender mejor las múltiples formas que puede tomar el encuentro entre pueblos de diferente nivel cultural.

Llegada de los chichimecas

El primer grupo que los chichimecas recién llegados encuentran son los habitantes de Naranxan (hoy Naranjan, al sur de Tzacapu). Se trata de un pueblo de ex-chichimecas que viven ya del cultivo del maíz, usan en la guerra unas "varas", en vez de arco y flechas, como lo hacen los verdaderos chichimecas, y no saben desollar un venado a la usanza chichimeca (quienes utilizan la piel con fines religiosos; alrededor de este asunto surge el primer conflicto entre chichimecas y ex-chichimecas), y usan el calendario ritual "mesoamericano". Pero al mismo tiempo se dicen que hablan "serrano", es decir, que hablan el mismo idioma que los chichimecas, aunque de un modo que a éstos no les parece correcto.

Es muy a propósito que el sacerdote mayor cuente a su auditorio que el señor de Naranxan sabía ya que el dios de los chichimecas había sido “muy altamente engendrado” y que “con gran poder ha de conquistar la tierra”. Para quedar bien con el jefe chichimeca y su dios, les manda una hermana suya, “para que haga mantas para Curicaueri. . . y mazamorras y comida para que ofrezcan a Curicaueri; y (a) Hireti-ticátame (el jefe de los chichimecas) que trairá leña del monte para los fogones, tomará el cincho y petate que se pone a las espaldas y la hacha con que corta la leña porque de continuo anda con los dioses de los montes llamados *Angamucuracha*, para hacer flechas para andar de caza. Y tomará el arco cuando venga de caza, y después que hubiese hecho mantas y ofrenda a Curicaueri, hará mantas y de comer para su marido Ticátame, para que se ponga a dormir al lado de Curicaueri y le aparte el frío. . .”

Estas palabras que conjuran ante nuestra mente esos tiempos lejanos de la primitividad chichimeca, deben de haber encerrado un sentido muy profundo para sus descendientes; pues se utilizaban todavía, generaciones más tarde, en la toma de posesión de un nuevo cacique, aunque con importantes omisiones y modificaciones que reflejan el cambio de costumbres desde aquel tiempo a éste.

A pesar del primer enlace matrimonial entre los chichimecas y los ex-chichimecas, sus relaciones no son buenas, y el primer conflicto serio obliga a los chichimecas a buscarse nuevos cazaderos. Pero lo interesante del caso es que no regresan hacia el norte, sino que siguen adelante, rumbo al lago de Pátzcuaro. Va con el jefe chichimeca su mujer, con su hijito a cuestas y con el ídolo de uno de los dioses de su pueblo Naranxan,

símbolo de las nuevas fuerzas que ya comienzan a transformar la cultura de los chichimecas.

En el lugar donde ahora se establecen erigen una pirámide (un *cu*). ¿No habrá instigado y organizado su construcción la señora de Naranxan y la gente de su pueblo, que seguramente la acompañó cuando se fue a casar con el jefe de los chichimecas? No se conoce hoy la ubicación exacta del lugar donde fue erigida la pirámide, pero éste era todavía bien conocido en tiempos de la Conquista, pues dice el fraile que el *cu* "está hoy derribado". Localizar y excavar esa pirámide o *yácata* (como se dice en Michoacán) sería de sumo interés, pues seguramente nos ayudaría a entender mejor los procesos de transculturación e interculturación que caracterizan la historia de los chichimecas desde su llegada a tierras mesoamericanas.

Un segundo conflicto, en el cual junto con Naranxan participa Cumanchén (hoy Comanja, al sudeste de Naranjan), que también parece haber sido un pueblo de ex-chichimecas, termina con la muerte de Hireti-ticátame, jefe chichimeca. Bajo el mando de su hijo Sicuírancha, los chichimecas cambian nuevamente de lugar, pero otra vez se van más hacia el sur, donde se establecen en la orilla septentrional del lago de Pátzcuaro, en Uayameo (hoy Santa Fe.)

Si hasta aquí el relato del sacerdote mayor ha sido rico en detalles, calla casi por completo a Sicuírancha, Pauacume I, Uapeani I y Curátame I, sucesores de Hireti-ticátame, dedicando a los tres últimos sólo diecisiete líneas en el manuscrito. Lo único que se dice acerca de estos cuatro jefes chichimecas es que todos reinaron en Uayameo, que la sucesión iba de padre a hijo, que extendieron sus cacerías a varios lugares al sur del lago de Pátzcuaro, donde más tarde se radicaron

sus descendientes, y que el último de ellos (y, por consiguiente, con toda probabilidad también los otros tres) fue enterrado al pie de la pirámide que construyeron en este lugar.

Lo que hemos dicho anteriormente sobre la urgencia de que los arqueólogos localicen la primera pirámide de los chichimecas e inicien sus excavaciones, con más razón se puede decir de Uayameo, pues fue el lugar donde éstos tuvieron su primer contacto directo con los antiguos habitantes de la región, los nahuas.

No muy lejos de Uayameo, en el lugar donde después se fundó el famoso pueblo de Tzintzuntzan, había en aquellos tiempos otro pueblo igualmente conocido. Su nombre nahua, Michuacan, significa "el lugar de los que tienen pescado", o, como tal vez podríamos traducirlo, "pueblo de pescadores". Pero eran pescadores que a la vez vivían de la agricultura, y su deidad principal era Xarátanga, la diosa de la fertilidad, que por orden de su madre Cuerauáperi había traído a la tierra de cultivo, y que también controlaba los peces.

En la oposición entre esta diosa y el dios de los chichimecas, Curicaueri, dios águila quien, según Eduard Seler, representaba el sol naciente, se concreta el contraste entre dos sistemas religiosos y se simboliza toda la diferencia entre dos culturas. La cultura de los nahuas está basada en la agricultura suplementada por la pesca; su religión tiene aspectos lunares; sus deidades centrales son femeninas y sus ritos fundamentales, sacrificios humanos de determinados tipos que, por muchos de sus rasgos, se caracterizan claramente como ritos destinados a asegurar las lluvias y la fertilidad de la tierra y de todos los seres vivientes. En contraste, la cultura de los chichimecas se basa en la caza y seguramente también en la recolección de plantas silvestres (aunque

ésta nunca se menciona en nuestra fuente), su religión es marcadamente solar, sus deidades principales son masculinas, y sus ritos centrales son ofrendas al cielo de humo y de los productos de la caza.

Para final de la larga estancia de los chichimecas en Uayameo (que es un periodo casi desconocido de su historia), el sacerdote mayor da una noticia de suma importancia, aunque tan escueta, que su sentido queda algo oscuro:

En este tiempo tenía ya su *cu* Xarátanga en Michuacan (conservamos esta ortografía del fraile, para distinguir el pueblo de Michuacan, de lo que él llama 'la provincia' de Michoacán, que corresponde más o menos al actual estado de este nombre. *P. K.*), y sus sacerdotes y señor Taríaran iban por leña a Tamataho, lugar cerca de Santa Fe; y sus sacerdotes llamados *uatárecha* llevaban ofrenda de esta leña algunas veces a Curicaueri. Y había allí un camino, y los chichimecas que tenían a Curicaueri, viendo esto, iban a un barrio de Michuacan llamado Yauaro y de camino llevaban de esta leña a Xarátanga en ofrenda a Michuacan. Y la leña que traían los unos y llevaban los otros se encontraba en el camino.

Si este párrafo habla sólo de relaciones amistosas entre nahuas y chichimecas, lo que sigue demuestra que no fueron siempre pacíficas. Después de un curioso incidente (en el cual los sacerdotes de Xarátanga, por una falla suya, se convirtieron en culebras que "entraron en la laguna e iban derechas... donde estaban los chichimecas... y diéronles voces..."), un grupo chichimeca tras otro abandona esa zona, hasta que por fin queda sólo uno, el de aquellos chichimecas que tenían a Curicaueri. Pero también los habitantes nahuas de Michuacan abandonan su pueblo, y

después de una larga migración fundan uno nuevo al sudoeste del lago y le dan el nombre de su jefe Tariáran. De ahí en adelante, Tariáran, nuevo santuario de la diosa Xarátanga, desempeña el papel civilizador que antes correspondía a Michuacan. Este pueblo queda deshabitado por mucho tiempo, con sus pirámides y otros edificios públicos en ruinas, hasta que mucho más tarde los propios chichimecas los reconstruyen, y devuelven a Xarátanga el lugar donde de primero estaba.

No sabemos más de este curioso "agüero de las culebras" que resumimos arriba, pero no cabe duda que sus consecuencias cambiaron todo el rumbo de la historia de Michoacán. De tres de los cinco grupos en que se dividen (o tal vez ya estaban divididos) los chichimecas, ya no se oye hablar más. Son el primero y el último, cuyas hazañas se relatan en las páginas de esta historia.

El primer grupo chichimeca que se fue de Uayameo se estableció en Curíngaro (hoy Quiríngaro, al este de Pátzcuaro). Este grupo abandonó tan rápidamente el modo de vida chichimeca, que en un plazo que no ha pasado de tres o cuatro décadas puede ya ofrecer a los habitantes de la isla de Xaráquaro un trueque de productos agrícolas por pescados; y el sacerdote mayor, de ahí en adelante, ya nunca habla de ellos como "chichimecas": en nuestra terminología se convirtieron en "ex-chichimecas", siguiendo el camino de transformación cultural en el cual otros ya los habían precedido (los habitantes de Naranxan, Cumanchén y otros más), y por el cual les seguirían más tarde los propios "chichimecas que tenían a Curicaueri".

Pero, por lo pronto, éstos quedan fieles a las costumbres chichimecas. Permanecen por algún tiempo en los alrededores de Uayameo, hasta que por fin se

van también ellos, rodeando el lago de Pátzcuaro por el oriente en un largo semicírculo, no por la orilla del lago, sino por las serranías más tierra adentro, y se establecen en la región de Pátzcuaro.

Con esta serie de migraciones, la zona del lago se convierte en el campo de batalla entre chichimecas y ex-chichimecas, quedando por algún tiempo al margen de esa lucha los nahuas emigrados a Taríaran.

Una vez establecidos en la región de Pátzcuaro, los chichimecas entablan relaciones con los habitantes de las islas del lago. Se cuenta, en páginas llenas de un realismo ingenuo, cómo se encuentran con un pescador de la isla de Xarácuaro (hoy Jarácuaro), y se dan cuenta de que habla el mismo idioma, aunque de manera "serrana" (recordemos que lo mismo se dijo antes de los habitantes de Naranxan), que los señores de esa isla y de la otra de Pacandan son parientes y que sus dioses "fueron nuestros abuelos cuando veníamos de camino".

Pero con igual asombro observan cómo esos parientes suyos llevan una vida enteramente distinta, pues además de cultivar la tierra (hecho que aún no tuvieron oportunidad de notar, y por esto no se menciona todavía), son pescadores, exactamente como los nahuas de Michuacan que acaban de emigrar a Taríaran. Se cuenta, con muchos detalles pintorescos, cómo nuestros chichimecas (que parecen haber pertenecido a aquella variante de la cultura cazadora-recolectora, en la cual no se practicaba la pesca), vieron por vez primera de cerca cómo se pesca y cómo se prepara el pescado. Parece, entonces, que no había sido muy íntimo su contacto anterior con los pescadores de Michuacan.

Uno de los jefes chichimecas se lleva una hijita del pescador, para casarse con ella después de algunos

años. De este matrimonio (el segundo entre chichimecas y ex-chichimecas del cual tenemos noticias) nace Taríacuri, quien más tarde llega a tener tanta fama.

Pero, por el momento, el acontecimiento más significativo es la invitación que los señores de Xaráquaro hacen a los señores chichimecas, de casarse con sus hijas y vivir entre ellos "como sacerdotes". Vemos en esta invitación el esfuerzo de incorporar a esos nuevos inmigrantes tan vigorosos, y a la vez peligrosos, a su propia cultura, que en ese tiempo ya es esencialmente "mesoamericana", repitiendo así el proceso que señalé en otro estudio¹⁸ y según el cual los nuevos discípulos de la vida civilizada resultaron los mejores maestros de aquéllos que vivían todavía como chichimecas. Los ex-chichimecas de Xaráquaro, que seguramente habían sido amaestrados en su tiempo por los nahuas de Michuacan, pasan ahora esos conocimientos a los chichimecas recién llegados.

Sería erróneo considerar a los isleños como pescadores primitivos. Combinaban, exactamente como los nahuas de Michuacan, la pesca con el cultivo (en campos de riego a la orilla del lago), y parece que también su religión se asemejaba mucho a aquélla de sus vecinos y maestros nahuas, a pesar de encontrarse entre sus dioses varios de origen chichimeca. El nombre de la isla Xaráquaro parece estar relacionado con el de la diosa Xarátanga, y los señores de la isla llevaban un título (*uatárecha*) que era idéntico al nombre de un grupo de sacerdotes en Michuacan.

Todo esto indica que lo que los isleños enseñaron

¹⁸ Paul Kirchhoff: *Civilizing the Chichimecs. A chapter in the Culture History of Ancient Mexico.* (University of Texas, Latin-American Studies V).

a los chichimecas era esencialmente lo mismo que lo que les hubieran enseñado los propios nahuas de Michuacan. Pero debe haber sido más fácil para los chichimecas aprender de parientes suyos que de los nahuas mismos.

Citemos aquí las palabras más gráficas en las que el sacerdote mayor describe la llegada de los dos jefes chichimecas Pauacume y Uapeani a la isla: “Después de haber comido llamaron un barbero y cortáronles los cabellos que tenían largos e hicieronles en las mulleras unas entradas y diéronles unas guirnaldas de hilo y unas tenacillas para el cuello, de oro, a cada uno las suyas. Y Pauacume era sacrificador y Uapeani estaba en *Quacari-xagantien*” (también de sacrificador). Por desgracia, el sacerdote mayor no nos cuenta cómo esos dos semisalvajes aprendieron a sacrificar al estilo mesoamericano, pues conocían tan sólo un tipo de sacrificio humano, muy distinto al parecer del mesoamericano y tal vez semejante a alguna de esas formas de tortura y sacrificio conocida por ciertas tribus de Norteamérica —compárese con la referencia que encontramos acerca del antiguo sacrificio humano conocida por los chichimecas, y que habla de “una sogá como suelta con que ataban a los cautivos para el sacrificio” (p. 22).

La estancia de los chichimecas entre los isleños terminó violentamente, pues fueron expulsados, por instigación de sus más cercanos parientes, los ex-chichimecas de Curíngaro, que temían las probables consecuencias de esa alianza y fusión entre los isleños y chichimecas.

La descripción de esa expulsión es, como siempre, muy vívida: “...quitáronles los bezotes y orejeras y trenzados y maxtiles (taparrabos) y echáronles a empujones y echáronles fuera de la laguna, y venían ba-

beando por los bezotes que les habían quitado". (Los jefes chichimecas deben de haber llegado a la isla con los pequeños bezotes de madera que usaban, y los isleños les ampliaron las perforaciones, para colocar en ellas bezotes de oro más grandes.)

No sabemos cuántos años se quedaron los dos jefes chichimecas en la isla y su gente en la orilla del lago, donde los isleños tenían sus campos de cultivo; pero no hay lugar a duda de que fue para ellos un importantísimo tiempo de aprendizaje, durante el cual tuvieron oportunidad de absorber muchas ideas y costumbres nuevas.

Con su cultura enriquecida por su estancia entre los isleños, pero rechazados y empujados de nuevo hacia el aislamiento, los chichimecas dan un paso importantísimo al fundar Pátzcuaro como su centro religioso, donde según sus creencias "estaba la puerta del cielo por donde descendían y subían sus dioses".

Una vez establecidos en este lugar, da principio la larga lucha entre los chichimecas de Pátzcuaro y los ex-chichimecas de Curínguaru, con una de esas batallas formales y solemnes que no parece ser parte de la herencia chichimeca de estos dos pueblos, sino de lo que la vida entre los pueblos civilizados de Mesoamérica había enseñado a unos y otros. Reza así el reto de los de Curínguaru: "Traed ofrenda de leña a los dioses, para contra nosotros, y el sacerdote eche los olores en el fuego y el sacrificio, para la oración a los dioses, para contra nosotros; y nosotros también traeremos leña y el sacerdote y sacrificador echará los olores; y al tercer día nos juntaremos y jugaremos en las espaldas de la tierra y veremos cómo nos miran de lo alto los dioses celestes y el sol y los dioses de las cuatro partes del mundo". De nuevo encontramos aquí esa mezcla tan

característica en la cultura y religión de los ex-chichimecas, porque mientras la actitud hacia la guerra, que aquí se revela, parece típica de la mentalidad mesoamericana, las deidades, por lo menos "los dioses celestes y el sol", son de origen chichimeca.

El progreso continuo de los chichimecas hacia ideas e ideales mesoamericanos se puede observar muy bien en los ritos funerarios que sus sacerdotes organizan cuando los dos jefes, Pauacume y Uapeani, al fin son muertos por los de Curínguaró: "Y los sacerdotes trujeron a los señores a Pátzcuaro... y allí los quemaron, y tañen allí las trompetas, y pusieron las cenizas en unas ollas, y después en las ollas, por de fuera, pusieronles dos máscaras de oro y collares de turquesas y ataviáronles muy bien y pusieronles plumajes verdes encima de los bultos, y tocando las trompetas los enterraron."

Tariácuri

Ahora entra en escena el personaje más grande de esta historia: Tariácuri, niño todavía, pero ya escogido por los tres sacerdotes de Pátzcuaro como futuro caudillo de los chichimecas, quien los va a librar de sus enemigos y llevar a la grandeza. Cuando "aún no andaba con fuerza, que era chiquito", habían ellos comenzado a catequizarlo y prepararlo para el papel que le habían asignado, diciéndole: si tú no te vengas de los isleños, ellos "te pondrán aspado para sacrificarte".

Le señalan como sus más mortales enemigos, además de las dos islas de Xaráquaro y Pacandan, por una parte Curínguaró, y por otra los cuatro pueblos al norte del lago de Pátzcuaro con los cuales los chichimecas habían tenido relaciones (al final siempre ma-

las), antes de establecerse en Uayameo. Resulta interesante el hecho de que los sacerdotes no mencionen para nada a Taríaran. Parece que en ese tiempo Taríaran quedaba todavía fuera del horizonte político de los chichimecas. Pero esta situación cambiará muy pronto, y el pueblo de Taríaran se convertirá en el enemigo número uno de los chichimecas.

Avanzan los años y Taríacuri ya es un joven guerrero. Comienza por poner la señal de guerra en los términos de sus enemigos más cercanos. Poco después ataca a los isleños, los expulsa de la orilla del lago y pone cerco a la isla de Xaráquaro misma. Este ataque tiene consecuencias importantes, pues los isleños piden socorro a Zurumban, oriundo de Xaráquaro y ahora señor de Taríaran y guardián de la diosa Xarátanga. (Vemos aquí de nuevo la estrecha relación entre nahuas e isleños.)

Zurumban manda a su sacerdote Naca a la isla, donde se encuentran también en estos momentos unos representantes de Curínguaró para concertar una alianza contra los chichimecas. Así tenemos reunidos, por primera vez, a los representantes de los tres pueblos cuya lucha con los chichimecas domina los años que vienen, y cuya derrota abre a éstos la puerta para conquistar todo Michoacán.

Los chichimecas de Pátzcuaro, aun en los momentos más difíciles de su historia, tan imprudentes como los aztecas, prenden, en el camino de regreso, al embajador Naca, lo matan y mandan su carne cocida a los tres pueblos que trataron de aliarse contra ellos.

Por lo pronto, el peligro de esa alianza desaparece (probablemente por la impresión que el descaro de Taríacuri causó entre sus enemigos); pero, a pesar de ello, el jefe chichimeca se da cuenta de que tiene que

buscar mejores relaciones con uno de los tres contra los otros dos. Se dirige al señor de Curínguaru, solicitando permiso para pasar por su territorio con el fin de pedir ayuda al señor de Condémbaro. En su respuesta, llena de desprecio e insulto, el señor de Curínguaru le invita a radicarse en su territorio como vasallo. Tariácuri rechaza este ofrecimiento y se retira “a las espaldas de una sierra llamada Hoata-pexo, e hicieron allí cúes y las casas de los *papas* (sacerdotes) y los fogones y casas”.

Entonces el señor de Curínguaru, siguiendo la misma táctica que habían usado ya antes con los chichimecas los señores de Naranxan y Xaráquaro, manda una hija suya a Tariácuri, dándole estas instrucciones, que demuestran claramente la finalidad política de esta alianza matrimonial: “No te apartes de tu marido, mas está de continuo con él, y trátete como quisiere, no le digas nada; y placera a los dioses que tuvieses un hijo de él, y así le quitaríamos a Curicaueri que es muy gran dios, que fueron engendrados Urendequiauécara, nuestro dios, y él juntos.”

De este matrimonio nace un hijo, Curátame; pero el plan del señor de Curínguaru falla por completo, pues la esposa de Tariácuri lleva una vida disoluta (que el sacerdote cuenta con todo lujo de detalles), y su hijo resulta ser todo menos el sucesor que su padre esperaba encontrar en él. El matrimonio se deshace, las relaciones con Curínguaru van de mal en peor, y su hijo se muestra tan rebelde que Tariácuri decide por fin eliminarlo, mandándolo matar.

Por lo pronto, Tariácuri frente a la infidelidad de su esposa, busca refugio en su religión y sufre en silencio —“no osó poner las manos en ella, por amor de su padre de ella, que no viniese contra él y le hiciese

guerra, que estaba cerca y con más poder que él”—.

Por fin, su tía logra reanimarlo y reorientar su pensamiento: “Pobre de ti, que has dejado de comer, que es una mala mujer... ¿Quién no te conoce a ti, señor Tariacuri, qu has florecido en fama, en este monte llamado Hoataro-plexo, y eres rey y llegas ya al cielo por fama donde están los dioses, y al infierno y a las cuatro partes del mundo? ¿Quién te deja de conocer que te llamas Tariacuri? ¿Por qué causa has dejado de comer y beber?... ¿Quizá no es nacida con la que has de estar y ser señor, ¿o ya es nacida? Ve a Zurumban, señor de Tariaran. Tú y él seréis señores.”

¡Extraño discurso éste dirigido a un “rey” que tiene que buscar refugio “a espaldas de una sierra”! Pero el mero hecho de que los tres pueblos más poderosos de la región se alíen contra él y sus chichimecas, como los pueblos del Valle de México contra los mexica acampados en el cerro de Chapultepec, demuestra que esos chichimecas representaban una fuerza potencial muy peligrosa, precisamente por no estar todavía ligados en forma permanente a un pedazo de tierra como los otros pueblos de la región. Mientras ellos siguiesen viviendo como chichimecas, sus vecinos tendrían que tratar de eliminarlos, ya fuese por el camino de una victoria militar o por su incorporación a la vida olvilizada.

Frente a las exhortaciones de su tía, despierta nuevamente en Tariacuri esa altivez chichimeca que hemos notado ya desde las primeras páginas de esta historia. Hace suya la idea de una visita a Zurumban, poderoso señor del pueblo que en aquellos momentos parece haber sido uno de los grandes centros de la antigua cultura nahua; ¡pero lejos de ir a suplicar su ayuda, trata de intimidarlo, para inducirle a aceptar ser su vasallo!

Sería difícil para un autor de novelas históricas inventar una escena más extraordinaria que la entrevista entre los representantes de dos mundos: el de la vieja cultura mesoamericana y aquél de esos chichimecas intrusos que rehusan doblegarse ante las fuerzas superiores que los rodean. El señor de Tariáran trata de intrusos que rehusan doblegarse ante las fuerzas superarlo con la belleza de sus hijas; pero Tariácuri, cuando su anfitrión le deja solo con ellas, sospecha una trampa y llama a sus viejos consejeros, los tres sacerdotes, para dedicarse durante toda la noche a ejercicios religiosos y pláticas que, probablemente, tenían tanto que ver con política como con religión.

Por la mañana, las hijas de Zurumban contestan a la pregunta de su padre “¿Pues juntóse con vosotras Tariácuri?”, con disgusto: “No señor, es loco y no tiene seso. Él no sabe dormir. Hase tornado loco”. Como para demostrar que esas muchachas tenían razón. Tariácuri habla con Zurumban en un tono como si éste ya fuera su vasallo: “Óyeme, señor Zurumban: tú no hacés cada día sino emborracharte muy mal. ¿No sería bueno que dejases el vino y fueses por leña para los cúes?... Y tomarías a tu diosa Xarátanga e irías a la guerra... Y tus enemigos, si se quejasen de ti diríasles: yo no soy, sino Tariácuri... Y ansí no te echarían a ti la culpa tus enemigos sino a mí y no te harían guerra. Verás, Zurumban, que te hago señor si haces esto, porque no eres señor, mas de baja suerté y mendigo...”

Zurumban, en vez de rechazar estos insultos y burlarse de las fanfarronerías del jefe chichimeca, “empezó a llorar muy fuertemente y dijo: Ay, señor yerno, estas palabras trujiste contigo de rey. Todo lo compliré lo que me dices”. Las lágrimas que vertió en esta ocasión eran probablemente tan fingidas como otras de las que

se habla más adelante, pues no encontramos nada en las páginas que siguen que indicara que Zurumban hubiese cumplido con su promesa; y el hecho de que mandó con Tariácuri a dos de sus hijas, con un rico dote y muchas mujeres de servicio, lejos de demostrar que lo considerara como superior, parece más bien otro ejemplo de la ya conocida táctica de usar una alianza matrimonial para domar a esos chichimecas.

Las nuevas relaciones matrimoniales de Tariácuri, en vez de ayudarle, tienen graves consecuencias para él, pues "su primera mujer, hija del señor de Curínguaru viendo a las otras mujeres en casa moriase de celos y fuese a su pueblo de Curínguaru y nunca más tornó".

Siguen ahora años de dura lucha con Curínguaru. El señor de este pueblo enojado por la afrenta de su yerno, manda su gente "al asiento que tenía Tariácuri... Y como llegaron los de Curínguaru tomaron el bulto (el ídolo) de Curicaueri y echáronle a un rincón y dijeron: Este cu no es de Curicaueri, mas de nuestro dios Hurendequa-uécara. Y pintáronle de blanquebol, como solían pintar los cúes de Hurendequa-uécara, y la casa de los papas (la) enalmagraron. Y tomaron los esclavos que tenían para el sacrificio de Curicaueri y sacrificáronlos a Hurendequa-uécara. Y levantáronse de allí todos los chichimecas y fuéronse a un monte llamado Uhpapohoato, donde hicieron otros cúes..."

En este momento de extrema debilidad, Tariácuri se doblga ante la fuerza superior de su suegro y manda sus viejos sacerdotes para pedirle "que me preste o venda un pedazo de tierra para poner a mi dios Curicaueri, pues que sabe que es todo pedregales donde estoy". Si esta solicitud parece ya indicarnos que los

chichimecas han dejado de ser cazadores, es todavía más sugestiva la contestación del señor de Curínguaru: “Decid a Tariácuri que esté en el lugar que está, que aunque son pedregales que todo es buena tierra, que allí primero se hacen y granan los maizales que en otra parte y los melones y las semillas de bledos.” Parece, entonces, que en esa fecha los chichimecas dependían ya de sus campos de cultivo, al igual que sus enemigos. También se ve que ya controlan las minas de cobre en el actual municipio de Santa Clara del Cobre (sin que nuestra fuente haya hecho referencia a este hecho), pues manda Tariácuri con sus embajadores “una carga de hachas de cobre bañado muy amarillo”. Son éstos indicios de una transformación cultural muy profunda, que tarde o temprano tiene que traer sus frutos, dando a los chichimecas la base económica que sólo podía asegurar su triunfo.

Pero, por el momento, es tan grande su debilidad que tiene que abandonar por completo la zona de Pátzcuaro. La ocupan las fuerzas combinadas de Curínguaru, Xaráguaro y Tariáran. Tariácuri pide al señor de Tariáran lo que el de Curínguaru le negó: un pedazo de tierra donde poner a su dios Curicaueri. Zurumban lo recibe con fingidas lágrimas de simpatía; pero no le permite vivir en su propio territorio, sino que lo manda con uno de sus vasallos, a una región boscosa.

Esta medida en vez de redundar en favor de los de Tariáran permitió a Tariácuri recuperar sus fuerzas (con la ayuda del vasallo de Zurumban, quien “de verdad le recibió y le hizo un cu y las casas de los papas, y una casa”) hasta tal punto que, después de algún tiempo, los chichimecas pudieron “hacer una entrada” hacia occidente, de la cual regresaron con un rico botín: “muchos plumajes verdes largos y penachos

blancos y plumas de papagayos y otras plumas ricas de aves; y color amarilla de la buena; y collares de turquesas y otras piedras preciosas; y oro y plata, de lo bueno; y collares de pescados del mar; y otras muchas cosas” (entre las cuales se mencionan “mantas. . . maíz y frisoles y otras semillas”). Parece que los chichimecas, rechazados por la civilización, han vuelto a una vida de parásitos de esa misma civilización. Pero quedan por debajo los efectos de esa gran transformación cultural de la cual hemos hablado.

Ahora comienza a cambiar la suerte de la guerra; los de Curíngaro, Xaráquaro y Tariáran, que están juntos en la ocupación de la zona de Pátzquaro, se pelean entre sí. Aprovechando esta situación, y también las guerras entre los isleños de Xaráquaro y Pacandan, Tariácuri se alista para recuperar Pátzcuaro, el lugar donde está su gran santuario. Cuando menos lo esperan sus enemigos, “a la media noche empieza a tocar un silbato encima del monte”, y los pone en fuga tan precipitada que “levantaron gran polvareda” los que huían hacia Curíngaro y Tariáran, mientras que los que huían por el lago “hacían espumas al entrar”. Tariácuri es de nuevo dueño de Pátzquaro.

Los fundadores del reino tarasco

Ahora entran en escena dos nuevas figuras que en adelante dominarán por completo: los futuros fundadores del reino tarasco, Hiripan y Tangáxoan. Estos sobrinos de Tariácuri regresan de una larga odisea en el momento justo en que éste ha llegado a desesperar por completo de su hijo Curátame.

Tariácuri, ya viejo, y según parece muy desanimado,

cuenta a sus sobrinos “todos sus trabajos y persecuciones de sus enemigos”: “¿Qué he hecho yo Tariácuri? ¿Por qué no me dejan de perseguir? Ya me han dejado de perseguir mis enemigos los de Curínguaru, y ahora tengo persecuciones de mis parientes los chichimecas... que nos persiguen por vernos desfavorecidos.” (Sorprenden estas últimas palabras de verse “desfavorecidos” cuando los chichimecas de Tariácuri acaban de recuperar su pueblo de Pátzcuaro). No sabemos quiénes eran esos chichimecas enemigos de Tariácuri en aquel momento, aunque nuestra fuente da los nombres de cinco jefes, quienes más tarde serán los aliados de Hiripan y Tangáxoan en el momento de iniciar sus conquistas. ¿Serán los descendientes de aquellos grupos que en la gran división en Uayameo se separaron de los de Curínguaru y Pátzcuaro? Es interesante que, también en la descripción de las peregrinaciones de los sobrinos de Tariácuri, se mencionen algunos chichimecas que vivían en un monte.

En Pátzcuaro aumenta la fricción entre padre e hijo, y el sacerdote mayor describe una escena muy violenta entre ellos: “Asióle de la garganta su hijo y dijo: ¿Qué dice este viejo? Y dio con él un golpe en la pared y díjole: ¿Eres tú el señor? ¿Para qué tienes gana de hablar? Vete a la laguna, que isleño eres... Y ensañóse Tariácuri, porque era valiente hombre. Díjole: Sí, es así, yo no soy señor, mas soy isleño. Cómo ¿tú eres señor? Tú de Curínguaru eres y una parte tienes de un dios Tangachuran (dios de Xaráquaro, de donde era oriunda la madre de Tariácuri). Tú advenedizo eres. Vete a tu pueblo de Curínguaru. Yo no soy señor ni tú eres señor. Aquí están los que han de ser señores, que son Hiripan y Tangáxoan. Éstos son los señores verdaderos.”

En estas palabras Tariacuri habla por primera vez de su plan de desheredar a su hijo y hacer a sus sobrinos sus sucesores. Creemos ver en esto la mano de los mismos viejos sacerdotes, todavía vivos aunque ya muy viejos, quienes de manera igualmente arbitraria habían escogido al niño Tariacuri para el puesto de jefe chichimeca, en lugar de los dos legítimos herederos, sus primos, padres de Hiripan y Tangáxoan. Con éstos se restablece la línea legítima de sucesión.

Pero, por el momento, su hijo es el más fuerte y su padre tiene que ceder el mando. Curátame es señor de Pátzquaro, y Tariacuri se retira a un barrio, de nombre Cutu.

A la primera ocasión (una gran fiesta que organiza Curátame, no al estilo chichimeca sino al de Curínguaro, y a la cual no van ni su padre ni sus primos), Tariacuri habla de nuevo con sus sobrinos, llamando a esta junta también a su hijo menor, y desarrolla ante ellos un gran programa: la conquista de todo Michoacán. "Oídme vosotros, señores, tres señores habéis de ser. Hiripan será señor en una parte y Tangáxoan en otra y mi hijo menor llamado Hiquíngaxe¹⁹ en otra parte... no habrá ya más señores en los pueblos, mas todos morirán y estarán sus cuerpos echados por los herbazales..."

Enumera entonces todos los pueblos que van a conquistar, y resulta muy instructivo comparar esta lista con aquélla, mucho más corta, en la cual los sacerdotes le habían señalado sus enemigos. Se ve cómo se ha ampliado el horizonte político de los chichimecas, pues comenzando con los isleños y Curínguaro, sigue una lista de 16 pueblos que incluye Cumanchén y Tzaca-

¹⁹ Yo prefiero esta lectura (P. K.).

pu (sorprende la omisión de Naranxan), Tariáran y Tacámbaro (un pueblo a la entrada a Tierra Caliente en el cual también se adoraba a la diosa Xarátanga), y cuatro pueblos de la sierra al oeste del lago "que eran de los nuestros". La contestación de Hiripan y Tangáxoan a este programa ambicioso es un simple: "Así será, señor, como dices." De hecho, las conquistas que estos dos jefes iniciaron pocos años después, fueron aún más allá de esos pueblos.

En este momento estratégico llega un representante de una parte de los habitantes de la isla de Xaráquaro, para "ponerse debajo del amparo de nuestro dios Curicaueri". Otros de otras islas tratan de impedir esa traición; pero los desertores logran reunirse con los chichimecas, trayendo consigo aquéllos entre los dioses de la isla que nos parecen ser de origen chichimeca, incluyendo Tangachuran, el dios de la madre de Tariácuri.

Aunque fue ante Tariácuri la rendición de esos isleños, era lógico que en adelante estuvieran más estrechamente asociados con los dos sobrinos quienes, en esos días de la vejez de Tariácuri, comenzaban a independizarse de su tío. Se habla de muchas "entradas" realizadas por chichimecas e isleños en los territorios de sus enemigos, bajo el mando de los jefes; tantas que se asusta su tío y los llama para que le den cuenta de la situación militar. Su base parece haber sido el lugar donde más tarde estuvo la primera capital del reino tarasco, Cuyuacan (con su nombre nahua) o Ihuatzio (en tarasco). Aunque ellos describen a su tío este lugar como un paraíso de cazadores, los párrafos que siguen ponen de manifiesto que fueron precisamente estos dos jefes quienes se mostraron más activos en la transformación, ya antes iniciada, de la

economía de su pueblo. Seguramente tuvo mucho que ver con esto el hecho de que entre su gente había isleños acostumbrados desde mucho antes a las faenas del campo. Pero el maíz y los frijoles que sembraron no los pudieron conseguir en las islas, por la tirantez de relaciones que existían, sino que los trajeron de Naranxan.

Son tan instructivas las palabras en que el sacerdote mayor describe la economía mixta de la gente bajo el mando de Hiripan y Tangáxoan, que las vamos a citar aquí: "Pasados algunos días, no sé dónde hubieron Hiripan y Tangáxoan maíz de un lugar llamado Naranxan que era muy bueno, y frisoles. De noche traían leña para sus fuegos, y de día la gente cavaba la tierra a la ribera de la laguna, en tierra temprana, y sembraron allí maíz y frisoles, y crióse e hizo sus cañas el maíz y los frisoles sus vainas. Y buscaron conejos y pájaros y venados. Y fueron todos a llevar un presente a Tariacuri, que era aquello primicias y ofrendas de lo que habían cogido. Dijeron ellos: Ya se ha criado esto; vamos a llevar esto a nuestro padre para que ofrezca a Curicaueri. Díjoles Tariacuri: Traigáislo en buena hora, hijos. Así será que lo ofreceremos a Curicaueri, y después comeremos nosotros de los relieves". Estamos aquí en un momento culminante de nuestro drama, pues ¿qué cosa podría haber que fuera menos chichimeca que ofrecer al dios águila, dios de la caza, junto con los productos de la cacería, aquéllos del cultivo? Y se trata, además, de maíz y frijoles cultivados en las tierras antiguas de la diosa Xarátanga.

Impresionado por la fuerza creciente de sus impetuosos sobrinos, Tariacuri manda a su hijo Hiquíngaxe a vivir con ellos, asociándolo en esta forma a sus éxitos; y para legalizar la situación bastante irregular que ellos

han creado les da “una parte de Curicaueri, que es una navaja de las que tiene consigo”, con la instrucción: “Esta pondréis en mantas y la llevaréis allá y a ésta traeréis vuestra leña y haréisle un rancho y un altar donde pondréis esta navaja.” Pero en vez de un santuario humilde y adecuado a lo que, al fin y al cabo, no era más que una parte del dios, le construyeron un nuevo centro religioso completo, con “un cu y una casa de los papas y la casa llamada del águila y una troj... donde se habían de guardar sus atavíos”. Tariácuri se enfurece tanto que por poco los mata.

Pero una vez que les escogió como sucesores no le queda otro remedio que aceptar la manera violenta en que proceden.

Las relaciones con su hijo Curátame —en esos momentos todavía señor legítimo de Pátzcuaro— empeoran cada día; y, por fin, su padre decide mandarlo matar, para dejar el camino despejado para sus sobrinos e hijo menor (el que todo el tiempo ocupa un lugar insignificante, frente a sus primos). Es Tangáxoan quien pone fin a la vida de su primo. Como resultado de este asesinato político, “vínose Tariácuri a su primer asiento de Pátzcuaro donde estaba su hijo Curátame por señor”.

A la vez que los dos sobrinos se independizan cada día más de su tío, preparando ya el futuro traslado de la capital desde Pátzcuaro a Cuyuacan-Ihuatzio y más tarde a Michuacan-Tzintzuntzan, podemos observar cómo, paso a paso, aumenta la rivalidad entre los dos primos, rivalidad que precisamente culminará más tarde en la lucha por el sitio más apropiado para la nueva capital.

En los años de que hablamos ahora, encontramos la

expresión más clara de esa rivalidad en las revelaciones que Hiripan y Tangáxoan pretenden haber tenido en sus sueños. Era muy grande la importancia que los chichimecas daban a sus sueños, como guía para su conducta en la vida real, y los señores buscaban esas instrucciones de los dioses con gran perseverancia. El sueño de Tangáxoan es que se le aparece la diosa Xarátanga y le pide que la lleve de nuevo a Michuacan: “Yo estoy en el pueblo de Taríaran. . . Limpia todo aquel lugar donde yo estuve otra vez y tórname a traer a Michuacan, que ya no saca provecho de mí mi madre (Cuerauáperi), que no me temen. . .”

Frente a las ambiciones de su hermano, Hiripan no puede quedarse atrás: “Yo también estaba al pie de una encina y yo también puse mi carcaj de flechas allí cerca. . .” Pero la deidad que hace su aparición es el propio de los chichimecas, Curicaueri, y ni siquiera le da instrucciones sobre dónde poner su ídolo, pues el ídolo principal está y tiene que quedarse en Pátzcuaro, y su navaja está en Cuyuacan-Ihuatzio. Las palabras con que Hiripan cuenta su sueño parecen una mala y abreviada versión de aquéllas, llenas de fuerza y originalidad, con que su hermano contó el suyo.

Nos acercamos ya al desenlace de nuestro drama. Ante el poderío cada vez más amenazante de los guerreros chichimecas, los habitantes de un pueblo que pertenecía a Curíngaro, después de una gran borrachera de cinco días, abandonan su pueblo, dejando así abierta la “puerta” que ellos habían formado.

Taríacuri, quien a pesar de su edad avanzada todavía no deja las riendas del gobierno, manda a sus sobrinos e hijo con Hiuacha, hijo de Zurumban (quien todavía vive, pero está ya ciego, y parece haber dejado el man-

do a su hijo), para amonestarle por su mala vida, “que yo hablé con su padre de esta manera”. Pero Hiuacha no tiene para sus visitantes las cortesías más elementales, y éstos regresan inmediatamente, jurando vengarse o morir.

Contrasta con la altivez de Hiuacha la actitud de uno de sus mayordomos, quien se acerca secretamente a los visitantes para pedirles que en la guerra futura no le maten a él y a los suyos, ofreciéndoles por esto un rescate considerable.

Cuando sus sobrinos llegan a informarle de su decisión de hacer la guerra a Hiuacha, Taríacuri, ya tan viejo que sus mujeres lo tienen que levantar para la ocasión y sentar en una silla de espaldas, les ayuda a agregar a sus propias fuerzas de chichimecas e isleños las del señor de Cumanchén y de algunos otros pueblos. (Entre ellos está Pichátaro, poblado por uno de los cinco grupos originales de chichimecas.)

Antes de que los aliados salgan a la guerra, Taríacuri da a sus sobrinos e hijo sus últimas instrucciones: Hiripan debe ser señor en Cuyuacan-Ihuatzio, Tangáxoan en Michuacan-Tzintzuntzan e Hiquíngaxe en Pátzcuarro: “Así serán tres señores”. Además, les dibuja la traza del pueblo de Hiuacha (que no es Taríaran mismo donde siguen viviendo el viejo Zurumban, aunque ya no como señor, sino Zirahuén) y distribuye los guerreros para el ataque.

“Y en anocheciendo tomaron su dios Curicaueri, e iban los escuadrones partidos, y cercaron todo el pueblo para destruirle, y estuvieron en celada; y en rompiendo el alba díjoles a todos Hiripan: levantaos todos. Y levantáronse todos y dieron gran grita y destruyeron y quemaron todas las casas y cautivaron muchos enemigos...” Hecho prisionero su señor, los habitantes

del pueblo tratan de refugiarse en otros pueblos, también habitados por nahuas; pero “diéronles grita y no los recibieron, y dieron la vuelta otra vez hacia su pueblo. Y cautiváronlos y durmieron sobre ellos, que los alcanzaron de noche, y todo un día estuvieron así cazando a los que se habían escondido”.

El sacrificio de los cautivos se hizo en Pátzquaro (“y un día entero no hicieron sino sacrificar”), presenciándolo Tariácuri desde una silla que le habían colocado “a la entrada de las casas de los papas”. Fue éste el último acto público en el cual participó el viejo jefe, y fue también uno de los últimos que se celebraron en Pátzquaro.

El relato del sacerdote mayor continúa con estas palabras: “Después que conquistaron el pueblo de Hiua-cha, fueron a conquistar a los de Curínguaru y destruyéronlos”, y de aquí en adelante enumera conquista tras conquista —un total de más de 140 pueblos—. Se ve claramente que el pueblo del hijo de Zurumban, señor de Tariáran, ocupa una posición clave, no en el sentido militar, pues no parecen haber sido muy guerreros sus habitantes, sino en el cultural: de Tariáran, como antes de Michuacan, venía todo lo que había engrandecido a los pueblos de origen chichimeca, como Curínguaru, Xaráquaro, Naranxan y tantos otros más.

Una vez vencido este pueblo, fuente de civilización para los otros, parece haber sido fácil la victoria sobre éstos. De Curínguaru, Tetepeo y Tiripitio, se dice: “todos estos pueblos conquistaron en una mañana”. Sólo en un caso se habla de seria resistencia: “Los de Uaniqueo eran valientes hombres y no los pudieron vencer, y apartáronse a medio día. Y viendo esto Hiripan y Tangáxoan, sacrificáronse las orejas y toda la gente (es decir, Hiripan y Tangáxoan y toda la gente sacri-

ficáronse las orejas. *P. K.*), para poderlos vencer, y avergonzábanse unos a otros, porque no eran más esforzados. Y comieron todos y tornaron a darles combate, y durmieron allí y tornaron a la mañana a pelear, y entráronles a medio día”.

Fuera de estos casos no se dan ningunos detalles acerca del aspecto militar de esas conquistas, excepto que se dice que “andaban también las mujeres con los que iban a conquistar, y todos las alhajas”. Es sólo por el número y la ubicación de los pueblos conquistados (desde la Tierra Caliente a ambos lados del río de las Balsas, hasta el sur del actual estado de Guanajuato) como nos podemos formar alguna idea de la magnitud de las campañas que eran necesarias para cubrir todo ese enorme territorio. De algunos de los pueblos conquistados sabemos que eran o “ex-chichimecas” o nahuas, y de otros, que sus habitantes eran matlatzincas u otomíes; pero de la mayoría no conocemos más que el nombre.

En medio de una de esas campañas —precisamente en el momento en que chichimecas e isleños se preparan para entrar en Tierra Caliente, lo que debe haber sido para ambos una experiencia muy nueva— llega la noticia de la muerte de Tariácuri. Los jefes interrumpen sus conquistas y van a Pátzquaro, para presenciar los ritos funerarios en honor del caudillo.

Como ya en tantos otros casos (¡aunque no en aquel sueño!) es Hiripan quien toma la iniciativa para ejecutar las instrucciones de su tío: “Hermanos, ya es muerto Tariácuri, nuestro tío... Tangáxoan, vete a Michuacan, y yo me iré a Cuyuacan, e Hiquíngaxe estará aquí en Pátzquaro, que aquí es su casa y asiento. E hicieron una casa a Hiripan en Cuyuacan, y a Tan-

gáxoan otra en Michuacan, y tomó cada uno su señorío, y fueron tres señoríos”.

Aunque en las instrucciones de Tariácuri no hay nada que se refiera al punto tan importante de quién debía ser el señor principal entre los tres, parece que se sobreentendía que este lugar le tocaba al mayor de los sobrinos, Hiripan. El fraile dice que en Cuyuacan “fue la cabecera porque allí estaba su dios Curicaueri.” Se ve claramente cómo los argumentos políticos predominaban sobre los religiosos; porque, desde un punto de vista estrictamente religioso, Pátzcuaro, donde se encontraba el ídolo principal del dios, tenía indudablemente más derecho a ser la capital que Cuyuacan-Ihuatzio.

En la junta de los tres señores se decidió también que todo el botín se depositara en el señorío de Hiripan: “Hicieron una casa en Cuyuacan y allí lo pusieron todo en unas arcas y pusieron sus guardas, y las guardas hacían sementeras para ponerle (a ese tesoro) ofrendas de pan y vino.”

Organizar el nuevo reino, tan inmenso en comparación con la pequeña región que los chichimecas e isleños habían controlado antes, presentaba grandes problemas. La primera tarea fue la de inducir a los conquistados, que “andaban huyendo con las joyas y plumajes y oro y plata”, a entregar esas riquezas y volver a sus pueblos. “Díjoles Hiripan: Id, tomad vuestros pueblos, morad en ellos como de antes y tornad a tomar vuestros árboles de fruta y vuestras tierras y sementeras. Basta, ya nuestro dios Curicaueri ha usado de liberalidad y os lo torna. Traed leña para sus cúes y cavad sus sementeras para la guerra y estad en las espaldas de él en sus escuadrones y acrecentad sus arcos y flechas y libradle cuando se viere en necesidad. Y todos

respondieron que así lo harían, y lloraban todas las viejas y viejos y muchachos, y fuéronse todos a sus pueblos.”

Pero aún quedaba sin resolver el problema fundamental, pues “no hacían asiento los pueblos, como no tenían regidores y cabezas, que se meneaban los pueblos y no estaban fijos y de continuo estaban temiendo y alterados. Y entraron en su consejo Hiripan y Tangáxoan e Hiquíngaxe y dijeron: Hagamos señores y caciques por los pueblos, que placera a los dioses que sosiegue la gente. Y fueron por todos los pueblos e hicieron caciques”.

Fueron tanto chichimecas cuanto isleños los que ocuparon estos puestos (“los isleños tomaron una parte en la Tierra Caliente y los chichimecas otra a la mano derecha”, o sea más al norte). También se dice, como en continuación de lo que oímos más arriba, que “hasta las mujeres mandaban los pueblos”, probablemente porque el número total de los conquistadores era tan pequeño.

Con estos datos sobre la organización del nuevo reino termina el relato del sacerdote mayor. Más detalles sobre el mismo tema encontramos en los primeros capítulos de la Tercera Parte, donde se describen las instituciones políticas del reino bajo el reinado de los dos reyes siguientes, Tzitzispandáquare y Zuangua. Aunque no escritos en forma de relación histórica, sino de descripción, esos capítulos de hecho continúan la historia, pues demuestran la creciente complejidad de la vida social y política bajo esos últimos dos reyes.

Pátzquaro parece haber perdido muy pronto su antigua importancia política (nunca perdió la religiosa), pues cuenta el fraile, en el capítulo en que da un breve resumen de los acontecimientos posteriores a la creación

del reino, que Hiquíngaxe “tuvo muchos hijos, que por ser malos y que se emborrachaban y mataban a la gente con unas navajas y se las metían por los lomos, los mandó matar”. Pudiera parecer por esta cita que fue el propio padre quien los mandó matar (caso que, por cierto, no nos extrañaría después de lo que leímos de Tariacuri y su hijo Curátame); pero más adelante se dice claramente que fue el señor de Cuyuacan-Ihuatzio quien los eliminó, seguramente como parte de la lucha por la unificación completa del mando en el reino: “No hubo más señorío en Pátzquaro después que murió Hiquíngaxe, porque sus hijos mandó matar Hiripan”.

Pero tampoco fue duradera la posición dominante de Cuyuacan-Ihuatzio, pues ya el siguiente señor de Michuacan-Tzintzuntzan, Tzitzispandáquare, logró llevar “a Curicaueri a Michuacan, y todo el tesoro”. Así se cierra un gran ciclo histórico que principió cuando por vez primera se enfrentaron, como símbolos de dos culturas, el dios Curicaueri y la diosa Xarátanga. Ahora los dos, por fin, están juntos. Por cierto, es un rey de origen chichimeca quien los reúne; pero nos parece muy significativo que se reúnan, no en el recinto sagrado del dios de los chichimecas, sino en aquel de la diosa de los agricultores, en el viejo Michuacan, donde ella estuvo antes.

Con el traslado de Curicaueri (¿se tratará del ídolo principal que estaba en Pátzquaro, o sólo de su navaja que se encontraba en Cuyuacan-Ihuatzio?), Michuacan-Tzintzuntzan se convierte en la capital del reino, y allá quedó hasta la llegada de los españoles, poco tiempo después. (El tesoro se puso en parte en la capital y en parte en las islas del lago; Tercera Parte, página 257.)

Nuestro fraile da a entender que con ese traslado de la capital desaparecieron de hecho, aunque tal vez no *de jure*, los tres señoríos tales como Taríacuri los había planeado, pues dice que desde los tiempos de Tzitzispandáquare “todo fue un señorío esta provincia de Michoacán”.

Agrega el autor que el reino estaba dividido en cuatro partes, con cuatro fronteras, cada una bajo el mando de un señor destacado; y queda bien claro que estas cuatro partes no eran los tres antiguos señoríos más otra parte adicional, sino que tenían un origen enteramente distinto. La división en reinos en cuatro partes es típica de la civilización mesoamericana en cierta época de su desarrollo, y en todos los pueblos donde se encuentra está conectada con la importancia religiosa de las “cuatro partes del mundo” que tantas veces se mencionan en nuestra fuente.

Los tres señoríos establecidos por Taríacuri quedaron importantes sólo en el sentido de que los señores de Cuyuacan-Ihuatzio y Pátzquaro parecen haber tenido un rango muy alto en la nobleza (el fraile diría: entre “los señores”) del reino, como se ve en el capítulo V de la Tercera Parte donde se reproducen los discursos que, antes de las grandes guerras anuales, pronunciaban, después del representante del rey, es decir, del señor de Michuacan-Tzintzuntzan, los señores de Cuyuacan-Ihuatzio y Pátzquaro. (Sólo después de ellos hablaba uno de los cuatro comandantes de las fronteras, el señor de Xacona.) El señor de Pátzquaro, inclusive, aprovecha la oportunidad para reafirmar sus derechos tradicionales cuando dice: “Ya habéis oído lo que os dijo el que está en lugar del *cazonci* y lo que os dijo el señor de Cuyuacan, y yo apruebo lo que os ha dicho,

porque nuestro dios Curicaueri tiene su señoría en tres partes.”

Pero todo esto ya no representa una realidad política, sino que es simplemente una concesión a la tradición histórica, y aún así se subraya siempre el hecho de que el rey no es un *primus inter pares* (como tal vez lo era en tiempos de Hiripan), ni Michuacan-Tzintzuntzan una entre tres ciudades de rango más o menos igual. Así, por ejemplo, cuando se alistaba el ejército para la gran batalla anual, “tomaban de la ciudad (Michuacan) doscientas banderas de su dios Curicaueri, de plumas blancas, y de Cuyuacan cuarenta y de Pátzquaro cuarenta...” Siempre se destacan los privilegios de los habitantes de la capital; así, en la misma descripción, se dice que “hacían un camino muy ancho para la gente y señores que iban de Michuacan... y todos los valientes de Michuacan venían delante de este capitán general”.

Con el establecimiento de la capital en Michuacan-Tzintzuntzan pareció haber comenzado esa extrema centralización del reino que vemos a través de las primeras páginas de la Tercera Parte. El *cazonci* o rey, título que ahora se usa en vez del antiguo “señor”, es el lugarteniente en la tierra del dios Curicaueri (y de su esposa Xarátanga) y como tal manda como monarca absoluto: aunque dice que “todo su ejercicio era entender en las fiestas de los dioses y de mandar traer leña para los cúes y de enviar a las guerras”; religión y guerra, como las entendían los indios de Mesoamérica, equivalían a toda la vida pública.

Como el rey era el representante de su dios, todos los funcionarios del Estado eran los representantes del rey, y él los ponía y los quitaba de sus puestos según su propio parecer, naturalmente, dentro de ciertos límites impuesto por costumbre y tradición. En la jerarquía de

esos funcionarios se distinguen dos capas, una superior, que se compone de nobles ("señores") de origen chichimeca o isleño, y otra inferior, los llamados "principales", que parecen haber sido los descendientes de los antiguos señores de los pueblos conquistados.

En la capital, más de 3,000 trabajadores de construcción, junto con plateros, alfareros, plumajeros, carpinteros y muchos otros grupos especializados, estaban al servicio del rey, demostrando el grado avanzado al cual había llegado en la sociedad tarasca la división del trabajo, y cuyos frutos podemos estudiar en las colecciones de los museos.

Termina la *Relación de Michoacán* con la conquista española, tal como la experimentaron los indios tarascos, de manera que en cierto sentido nuestra fuente viene a ser la historia de dos conquistas. No sería fácil imaginarnos un contraste más fuerte que aquel que existía entre esas dos conquistas de Michoacán. Los primeros invasores, los chichimecas, eran tan primitivos, que durante varias generaciones tuvieron que asimilar la cultura de los antiguos habitantes del país, antes de poderlos dominar políticamente, mientras los segundos, representantes de la cultura europea, lograron su triunfo en unos pocos meses. Agrégese a este contraste otro que resulta igualmente llamativo: mientras que la conquista de Michoacán por los chichimecas la narran los descendientes de los conquistadores como una gran hazaña heroica, la segunda la describen los conquistados como un acontecimiento trágico que ocasionó el ocaso de toda su cultura y sociedad. En ambos casos habla el indio michoacano, y nadie como él para hacernos ver la diferencia entre esas dos conquistas que amoldaron su destino histórico.

Matrimonio y repudio entre los tarascos

Texto de la relación de Michoacán

Proceden los textos que aparecen a continuación de la Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la Provincia de Michoacán, documento escrito en tiempos muy cercanos a la conquista española, en 1541. Tuvo esta obra como origen una relación verbal de los indígenas tarascos, y la segunda parte (de tres que originalmente compusieron el libro) corresponde al discurso pronunciado anualmente ante el pueblo por el sacerdote mayor. Recogió el relato y lo tradujo al español un franciscano, al que se identifica con fray Jerónimo de Alcalá. Las descripciones corresponden a los primeros días de la Colonia, y entre ellas van intercaladas opiniones y comentarios del fraile traductor. La ceremonia del matrimonio de los señores es la descripción de una boda que se celebró entre nobles tarascos en los primeros días de la colonia, la boda de Don Pedro. Los relatos corresponden a las páginas 207 a 218 del documento.

De la manera que se casaba la gente baja

Cuando se había de casar la gente baja los parientes del que se había de casar, hablaban con los padres y parientes de la mujer, y ellos lo concertaban entre sí,

y a éstos, no iban los sacerdotes, y dábanse sus ajuares y el padre de la moza, amonestaba a su hija, de esta manera: "Hija, no dejes a tu marido echado de noche, y te vayas a otra parte a hacer algún adulterio; mira no seas mala, no me hagas este mal; mira que serás agüero y no vivirás mucho tiempo; mira que tú sola buscarás tu muerte; quizá tu marido entra en los cúes a la oración, y tú sola buscarás tu muerte; que no matarán mas de a ti; mira que no andaba yo así, que soy tu padre; que me harás echar lágrimas, metiéndome en tu maleficio; y no solamente matarían a ti, sino a mi también contigo". Porque así era costumbre, que por el maleficio de unos, murían sus parientes, o padres, y así la enviaba en casa del marido, o moraban juntos. Otros se casaban por amores, sin dar parte a sus padres y concertábanse entre sí. Otras, desde chiquitas, las señalaban para casarse con ellas. Otros tomaban primero a la suegra, siendo la hija chiquita, y después que era de edad la moza, dejaban la suegra y tomaban la hija, con quien se casaban. Otros se casaban con sus cuñadas muertos sus maridos, otros con sus parientas como está dicho, y dejábanlas, y tomaban otras cuando no les hacían mantas o habían cometido adulterio.

Síguese más del casamiento de estos infieles en su tiempo

Cuando nuevamente se casaba uno con una mujer, después de habelle dado su ajuar, y después que el varón la tenía en su casa, tenían esta costumbre, que antes que llegase a ella ni la conociese carnalmente, iba cuatro días por leña para los cúes, y la mujer barría su casa y un gran trecho del camino por donde entraban a su casa; y esto era oración que hacían por ser buenos

casados, y por durar en su casamiento muchos días, en significación de lo cual barría el camino la mujer, para la vida que habían de tener adelante, y después se juntaban en uno. Si era señora, hacían a sus criados que los cubriesen a entrambos; si era mujer de baja suerte, decía el marido a su mujer, que le cubriese, y así quedaban por marido y mujer. Y otros no guardaban tantos días; mas al segundo día se conocían; otros más, otros menos.

De los que se casaban por amores

Si a un mancebo le parecía bien una doncella que tenía padre, concertábanse ellos y juntábase con ella. Después enviaba alguna parienta suya o alguna mujer, a pedir en casamiento aquella que conoció, y el padre y la madre, espantados de aquello, le preguntaban a su hija que de dónde la conocía aquel mancebo, y ella decía que no sabía. Decía el padre de ella: "Si tuviera hacienda ese que te pide, casárase contigo y labrara alguna sementera para darte de comer, y sirviérase de tal, y a mí, que soy viejo, me guardara." Quería decir en esto, que él tenía algún oficio, o encomienda, y que si por ser viejo no lo pudiera cumplir, que aquel su yerno, que pedía su hija por mujer, le reservara de aquel trabajo, y le hiciera por él; por eso decía que él guardara algunos días, que había de venir. Si la hija no conocía que se había juntado aquel mancebo con ella, tomaba un palo el padre, y dábale de palos a la que iba con el mensaje, porque le decía aquello de su hija, y tres o cuatro veces enviaba de esta manera aquel mancebo para casarse con aquella moza. Creían entonces sus padres que la había conocido, y reprendían la hija por lo que había

hecho, y decíanle: “yo que soy tu padre no andaba de esta manera que tú andas; gran afrenta me has hecho; echado me has tierra en los ojos”. Quería decir, no osaré parecer entre la gente ni tendré ojos para mirarlos, porque todos me lo darán en cara, y me afrentarán por esto que has hecho. Decía más a su hija: “Yo cuando mancebo me casé con esta tu madre y tenemos casa, y me dieron ajuar de maíz y mantas, y me dieron casa; ¿a quién pareces tú, en esto que has hecho? ¿para qué quieres aquel perdido? Por ser un perdido se juntó contigo para deshonorarte”. La madre también la reprendía, y iban a la casa del que la había corrompido, y tomábanle todo lo que tenía en su casa de mantas, y piedras de moler, y la sementera que tenía hecha para sí, y deshorrábanse; y si determinaban de dársela, platicábanlo entre sí sus padres, y decían: “Ya ¿para qué queremos esta nuestra hija? ya ¿cómo la podemos tornar a hacer virgen? que ya está corrompida; ya han mudado entrambos sus corazones y han hablado entre sí”. Entonces llevábansela a la casa de él, acompañándolos sus parientes, y entregábansela, haciéndoles sus razonamientos. Si eran de un barrio, quedaban casados; si no, no se la daban.

Del repudio

Cuando no eran buenos casados, hacíanlo saber al sacerdote mayor llamado *petámuti*, y el dicho sacerdote los amonestaba que fuesen buenos casados, diciéndoles: “¿Por qué reñis?, cesa ¿cómo, no tenéis casa? torná a probar cómo os habréis. Mirá que tenéis ya hijos”. Y reprendía al que tenía culpa y íbanse. Si tornaban a quejarse otras tres veces, decíanles: “Ya vosotros que-

réis dejar de ser casados: dejasos pues, ¿a quién lo habéis de decir, pues tantas veces os habéis quejado? Y tomaba otra mujer, dando las causas porque no eran buenos casados, por mal tratamiento; y vivían juntos, y no se podían dejar; mas si la tomaba en adulterio, quejábase a este sacerdote y matábanla. Si él andaba con otras mujeres, que no quería hacer vida con aquella su mujer, quitábansela sus padres y casábanla con otro, y si quejaba que no hacían vida en uno, éste que había tomado la segunda mujer, echábanlos presos en la cárcel pública y no se podían descasar. Si uno tenía dos mujeres, iba la una mujer a los médicos llamados *xurimecha*, y ellos con sus hechizos le apartaban de la una, y decían que le juntaban con la otra de esta manera: toman dos maíces y una *xical* de agua, y si aquellos maíces se juntaban en el suelo de la *xical* y se sumían juntos, era señal de que habían de estar así juntos aquellos casados. Si se apartaba uno de aquellos maíces, decían que apartaban aquella mujer de aquel marido, y que le juntaban con la otra.

Ahora se casan prometiéndose matrimonio y que estarán en uno hasta que mueran. Otros dicen que son pobres, y éntranse en casa de la mujer y quédanse así casados, sin hablar otra cosa; y en los casamientos que tienen esta gente, nunca preguntaban a la mujer, si se quería casar con fulano: bastaba que sus padres o parientes lo concertaban. Así mismo en los casamientos que agora se casan clandestinamente, nunca usan de palabras de presente, sino de futuro: yo me casaré contigo; y su intención es de presente con cópula, porque tienen esta manera de hablar en su lengua. Cásanse todos agora con aquellas que conocieron doncellas en su tiempo. Otros se casaron después de cristianos, siendo la una parte fieles, y la otra no, y después bautizóse

la otra parte, y quedáronse casados como antes. No guardaban afinidad de ninguno de los grados, en su tiempo, y la consanguinidad, si no era en primer grado, todos los otros grados eran lícitos entre ellos, madre e hijo nunca se casaban, ni hermano con hermana, ni padre con hija, ni sobrino con tía. Esto habemos hablado por experiencia de sus matrimonios.

También cácase uno con una mujer que tiene alguna hija. Tienen unas veces algunos intención de casarse con aquella mujer. Otras veces se casan con ella hasta que sea grande la hija, la cual toma por mujer siendo de edad, e dejan la madre.

Y no se casaban los hermanos de padre no más.

Bien se casaba el tío con su sobrina; mas no el sobrino con su tía.

Uno tuvo una mujer en su infidelidad, con la cual se casó; y antes que muriese, prometió a otra casamiento, y tuvo cópula con ella; murió su mujer: no se puede casar después de cristiano con la que prometió.

Uno se casó en su infidelidad con una mujer y murió. Dejó una hermana su mujer; no se puede casar con ésta siendo fiel, porque contrajo afinidad, aunque era en infidelidad.

De la manera que se casaban los señores

Si el *cazonci* determinaba de casar alguna hija suya o hermana, hacíalas ataviar con vestidos nuevos, de los que usaba esta gente, y collares de turquesas y muchos zarcillos, y llamaba un sacerdote de los que llamaban *curitiecha*. Iban otros sacerdotes con él, y decía que llevase a tal señor, aquella su hija o hermana o parienta, y mandábale lo que le había de decir. Y iban con

aquella señora muchas mujeres que la acompañaban, y otra mucha gente que le llevaban todas sus alhajas y cestillos y petacas. Y llegando a la casa de aquel señor, que la había de recibir, estaba ya avisado de su venida, y ponían muchos petates nuevos y comida, y juntábanse todos sus parientes, y llegaban el sacerdote con aquella señora, y asentábanse todos, y ponían allí delante la señora y el que había de recibilla, y decía: “He aquí esta señora que invía el rey: yo os la traigo; no riñáis; sed buenos casados; bañaos el uno al otro.” Decía a la señora: “Has de comer a este señor, y hazle mantas, y no riñáis; sed buenos casados, y entrando alguno en vuestra casa, dadle mantas. Dice el rey, que lo que vosotros diéredes, que él lo da. Que no se puede acordar de todos los caciques y señores, para dalles a todos mantas y hacelles mercedes, y a la otra gente. Por esto estás aquí tú, señor, que te tiene por hermano. Dice que no quebrantes sus palabras y que recibas esto que te envía a decir. ¿A quién lo habemos de decir? Por eso estás aquí tú, que eres su hermano. Aquí está toda la gente de Mechuacán: dice que como hermanos estaréis para ir con mensajes, porque han venido los españoles, y andaréis entrambos, como hermanos, para lo que os mandare.” Respondía aquel señor y decía “Sea así, como dice nuestro señor, ¿qué más liberalidad, ha de decir, nuestro señor y rey? He aquí esta señora que es nuestra hija y nuestra señora, como es nos dada por mujer. No es dada por mujer, mas para que la criemos y que seamos ayos de ella. Ya os he oído: plega a los dioses que le podamos servir al rey, siendo los que debemos. Quizá no seremos los que habemos de ser, y lo que ha hecho agora el rey, no lo dice, sino por la confianza que tiene en nosotros. Aquí está mi hermano mayor, y yo ¿cómo nos habemos de apartar

de él? de nosotros es el vasallaje, y echaremos las espumas por las bocas para entender en lo que los españoles mandaren como sus siervos, ¿cómo habemos de ser sus hermanos? Que nosotros en el principio fuimos conquistados de sus antepasados y sus esclavos somos los isleños. Y llevábamos sus comidas a los reyes a cuestas, y hachas para ir al monte por leña, y les llevábamos los jarros con que bebían, y por esto nos empezaron a decir hermanos, por ser sus gobernadores, y entendíamos en lo que los reyes nos mandaban, ¿dónde es costumbre que los reyes hablen por sí solos y no tengan oficiales? De nosotros es entender en los oficios, porque los viejos de muchos tiempos ordenaron esta manera, que hobiese oficiales, y que no entendiesen en todo los reyes. Agüelo, seas bien venido, y ansí se lo dirás a la vuelta a nuestro señor el rey. Plega a los dioses que os haya entendido esta señora, y sus madres que están aquí. ¿Quién ha de ser más obediente, mi hermano mayor o yo? ¿Cómo habemos de vivir, según las cosas que han inventado los españoles contra nosotros? Porque han traído consigo los señores que por agora tenemos, prisiones y cárcel y apreamiento y enlardar con manteca. Con todo esto estamos esperando morir: no nos apartaremos de él, mas juntamente moriremos con él, si a él le matan. Asentaos, agüelos, y daros han de comer, y buscáredes mantas que llevéis, y daros ha de beber, y mirarémonos un poco, unos a otros las caras, y a la mañana os iréis y lo haréis saber al rey.” Y daban a todos de comer, y a la mañana volvíanse los viejos. Si eran otros principales más bajos, casábanse desta manera. Estando emborrachándose el *cazonci*, decía: “Cásese fulano con tal mujer, porque tengo necesidad de su ayuda y esfuerzo”. Y dábanle su ajuar a aquella mujer, y iban los sacerdotes a llevársela.

Sabía un señor o cacique que tenía una hija otro señor o prencipal, o que estaba con su madre, y enviaba un mensajero con sus presentes a pedir aquella mujer para su hijo o pariente, y llegando a la casa de aquel señor o prencipal, decíanle: "Pues qué hay, señor, qué negocio es por el que vienes?" Respondía el mensajero: "Señor envíame fulano, tal señor o prencipal, a pedir tu hija." Respondía el padre: "Seas bien venido; efecto habrá: basta que lo ha dicho." Decía el mensajero: "Señor, dice que le des tu hija para su hijo." Tornaba a responder el padre: "Efecto habrá; y así será como lo dice. Días ha que tenía entención de dársela, porque soy de aquella familia y cepa y morador de aquel barrio: seas bien venido. Yo inviaré uno que la lleve, esto es lo que le dirás." Y así se despedía el mensajero, y partido, iba aquel señor a sus mujeres y deciales: "¿Qué haremos, a lo que nos ha venido a decir?" Respondían las mujeres y decían: "¿Qué habemos nosotras de decir? Señor, mándalo tú sólo." Respondía él: "Sea como dicen; cómo, ¿no tenemos allá nuestras sementeras?" Y ataviaban a aquella mujer y liaban su ajuar, y llevaba mantas para su esposo y camisetas y hachas para la leña de los cúes, con las esteras que se ponían a las espaldas y cinchos. Y ataviábanse todas las mujeres que llevaba consigo, y liaban todas sus alhajas, petacas y algodón que hilaba, y partíase junto con sus parientes y aquellas mujeres, y un sacerdote o más, y así llegaban a la casa del esposo, donde ya estaba él aparejado, y tenía allí su pan de boda, que eran unos tamales muy grandes llenos de frisoles molidos, y xicales y mantas y cántaros y ollas y maíz, y axí y semillas de bledos y frisoles en

sus trojes, y tenía allí un rimero de naguas y atavíos de mujeres, y estaban todos ayuntados en uno de los parientes, y saludaban al sacerdote y decíanle que viniese en buena hora, y ponían en medio del aposento, aquella señora y decía el sacerdote: “Ésta envía tal señor, que es su hija; plega a los dioses que lo digáis de verdad en pedilla, y que seáis buenos casados.” Esta costumbre había en los tiempos pasados, y aquellos señores que guardaron de la ceniza, que es los primeros que fueron señores, que decía esta gente que los hombres hicieron los dioses de ceniza, como se dijo en la primera parte, aquellos empezaron a casarse con sus parientas, por hacerse beneficio unos a otros y por ser todos unos los parientes, y nosotros tenemos esta costumbre después de ellos. “Plega a los dioses que seáis buenos casados, y que os hagáis beneficios. Mirá que señalamos aquí nuestra vivienda de voluntad; no lo menospreciamos, ni seamos malos, porque no seamos infamados, y tengan qué decir del señor que dio su hija: pues haceos beneficios y haceos de vestir; no lo tengáis en poco; no se mezcle aquí otra liviandad en esta casa, ni de algún adulterio; haceos bien e sed bien casados; mirá no os mate alguno por algún adulterio o lujuria que cometeréis; mirá no os ponga nadie la porra con que matan encima de los pescuezos y no os cubran de piedras por algún crimen.” Y decía a la mujer: “Mirá que no os hallen en el camino hablando con algún varón, que os prenderán, y entonces daremos que decir de nosotros en el pueblo. Sed los que habéis de ser, que yo he venido a señalar la morada que habéis de tener aquí, y vivienda que habéis de hacer.” Esto es lo que decía a la mujer. Al marido decía aquel sacerdote: “Y sú, señor, si notares a tu mujer de algún adulterio, déjala mansamente, y envíala a su casa sin

hacelle mal, que no echará a nadie la culpa, sino a sí misma si fuere mala. Esto es ansí. Plega a los dioses, que me hayáis entendido. Sentí esto que se os ha dicho.” Y decía el padre del esposo: “Muchas mercedes nos ha hecho nuestro hermano; plega a los dioses que sea ansí como se ha dicho y que nos oyédeses. Cómo, ¿yo no los amonestaré también a estos mis hijos? Ya nos ha dado nuestro hermano su hija, porque somos y tenemos nuestra cepa aquí, y aquí nos dejaron nuestros antepasados, los chichimecas.” Entonces nombraba sus antepasados, que habían morado allí. Decía el sacerdote: “Ya, señor, veniste, hazlo saber a nuestro hermano.” Acabados sus razonamientos, comían todos en uno, y daban de aquellos tamales grandes susodichos y otras comidas, y mostrábales el suegro las sementeras que les daba para sembrar, y dábanles mantas al sacerdote y a las mujeres que la habían llevado, y volvíanse a su casa y inviaba un presente el padre del novio al otro viejo, padre de la novia. Esta manera tienen de casarse los señores entre sí, que se casaban siempre con sus parientas, y tomaban mujeres de la cepa donde venían, y no se mezclaban los linajes, como los judíos.

Ritos funerarios del rey de Michoacán

FRAY TORIBIO DE BENAVENTE, MOTOLINÍA

Nació Toribio de Benavente en la Villa de Benavente, Zamora, hacia el año de 1485, y murió en México en 1569. Llegó a la Nueva España en 1524, con un grupo de doce frailes franciscanos que envió el emperador Carlos V para que evangelizaran a los indígenas recién conquistados. Al llegar tomó el nombre de Motolinía, que en idioma náhuatl significa "él es pobre". Fue uno de los fundadores de la Puebla de los Ángeles, en 1531. El texto que aparece a continuación no es producto de las investigaciones directas de Motolinía, sino que se basa en la mencionada Relación de Michoacán. No faltan, sin embargo, algunas pinceladas de Motolinía, entre ellas la muy sarcástica que se refiere al servidor que llevaba al rey en el otro mundo las hachas de cobre para hacer leña. Convencido el sacerdote cristiano de que los paganos iban al Infierno, opina que "aunque no llevara éste, no muriera de frío". Utilizo para la transcripción de este texto la edición de los Memoriales hecha por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1971, de la que ocupa las páginas 300 a 303.

De la muerte y cerimonias muy extrañas con que enterraban al calzoncin, señor de Michuacan, y cómo mataban otros muchos para que le fuesen a servir al otro mundo

El señor de Michuacan, el cual se llama el *calzoncin*, si se allegaba a ser viejo, en su vida nombraba y decía el hijo que le había de suceder en el reino, y éste quería que comenzase a mandar y a se ensayar en el reino. Cuando el *calzoncin* viejo enfermaba, ayuntábanse a le curar todos sus médicos, que no eran pocos, e venidos, si su enfermedad crecía, enviaba por más médicos a todo su reino, e venidos a le curar, trabajaban mucho por su salud e cura, y al tiempo que vían que estaba muy peligroso e mortal, el nuevo rey e *calzoncin*, que ya mandaba el señorío, enviaba a llamar todos los señores y principales del reino, y a los gobernadores y valientes hombres que tenían cargos del *calzoncin*, y el que no venía, teníanle por traidor. Allegados, saludábanle todos, dándole sus presentes. Después que estaba muy al cabo, ya que era de muerte, no dejaban entrar a nadie a do estaba, aunque fuesen señores, mas poníanlos en el patio delante de sus casas, y los presentes que le traían poníanlos en un portal, a do estaba su silla e insignias de señor.

Muerto el *calzoncin*, el hijo le subcedía, que ya mandaba y le obedecían, hacía saber la muerte a los señores y principales que estaban en el patio; luego ellos alzaban grandes voces, llorando por el señor difunto, e abiertas las puertas, entraban donde él estaba para le ataviar. Primeramente todos los señores le bañaban, los cuales andaban allí muy diligentes con los viejos que le solían acompañar; bañaban ansimesmo a todos aquellos que habían de morir e ir en compañía del

difunto señor. Vestían el cuerpo muerto de esta manera: poníanle junto a las carnes una buena camisa, de las que usaban los señores; calzábanle unas *cactli* o zapatos de cuero de venado, que es calzado de señores; poníanle cascabeles de oro en los tobillos, y en las muñecas piedras de turquesa, e poníanle un tranzado de pluma, e a la garganta collares de turquesas; en los horados de las orejas ponían unas orejeras grandes de oro; atábanle en los brazos dos brazaletes de oro, y en el horado del bezo bajo, poníanle un bezote de turquesas; hacíanle una cama muy alta de muchas mantas de colores, e ponían aquellas mantas en unos tablones, y al difunto así ataviado poníanle encima, como si estuviese en su cama, y atravesaban por debajo unos palos para después llevarle en los hombros. Ansimesmo hacían otro bulto encima de él también de mantas con su cabecera, y ponían en aquel bulto un gran plumaje de plumas verdes, largas y de precio, y también sus orejeras de oro e sus collares de turquesas e ricos barzaletes de oro, e su tranzado largo. A los pies de aquel bulto también le calzaban *cactlis* o sandalias, y cerca las manos poníanle sus flechas e un arco con su carcax de cuero de tigre. Así ataviado y puesto en aquel lecho, salían sus mujeres y lloraban por él, a voz en grito.

Era costumbre y guardábase como ley, que habían de morir con el *calzoncin* muchos hombres y mujeres, a los cuales todos adornaban y componían, porque los había de llevar consigo, según ellos pensaban, que le habían de servir en el otro mundo. Éstos eran señalados por el hijo heredero e nuevo señor que subcedía. Señalaba siete señoras; una llevaba todos los bezotes que el difunto tenía, así de oro como de piedras de precio; llevaba aquellos bezotes atados en un paño

y puestos al cuello; iba su camarera que guardaba sus joyas, así collares como otras piezas; iba una servidora de sopa, que le servía de darle vino y cacao; otra que le daba agua a manos y le tenía la taza mientras bebía; una cocinera, otra que le daba el orinal, con otras mujeres que le servían de diversos oficios y los habían de continuar en la muerte, según su ciega fantasía y engaño.

Varones, uno que le llevaba las mantas del *calzoncin* difunto a cuestras; otro que le peinaba y tranzaba los cabellos; el que le hacía las guirnaldas de flores; el que le servía de llevar su silla; otro que le llevaba a cuestras las mantas de algodón, otro llevaba hachas de cobre para hacer y cortar leña (aunque no llevara éste no muriera de frío); el que le servía y llevaba el aventadero y moscador grande para hacer sombra; otro que llevaba su calzado, otro los perfumes o cañutos de olores; un remero, un barquero, un barrendero, un calador, el portero de su sala, otro portero de las mujeres, un plumajero, un otro de hacer plumajes ricos, con platero que le hacía joyas; un oficial de arcos y flechas, dos o tres monteros; de aquellos médicos que no le pudieron sanar, algunos iban con él para enmendar la cura que en éste había errado; un gracioso que tenía cargo de recontarle novelas, un tabernero y otro chocarrero, e otros que le servían de diversos oficios.

Componíanlos y adornábanlos a todos, y dábanles mantas blancas, y llevaban todos éstos consigo todos aquellos sus oficios de que habían servido al *calzoncin* muerto; iban también un tañedor y un bailador; el carpentero de hacer atabales; y otros muchos criados suyos se ofrecían para ir a servir en aquella jornada, ca decían que habían comido su pan, y que si queda-

ban, quizá el que subcedía en el señorío no les haría tan buen tratamiento como el pasado, aunque no los dejaban ir, porque decían que bastaban aquellos otros oficiales, a los cuales ponían guirnaldas en las cabezas y teñíanles los rostros de color amarillo, e iban todos en procesión, unos tañendo con unos huesos de caimanes y en unas rodelas de tortugas, e los señores e sus hijas le tomaban en sus hombros, e venían sus parientes del señor *calzoncin* que se llamaban de apellido de *eneani*, *zacapuhiriti*, *uanacace*, e iban con él cantando un cantar que decía de esta manera: *Utayne uze yoca zinatayo maco*, &c. Este cantar e otros que cantan los indios son oscuros e intrincados. Todos aquéllos llevaban sus insignias de valientes hombres. Sacaban el difunto a la media noche e llevaban delante sus lumbres, e también iban tañendo sus trompetas, e llevaban delante de él toda aquella gente que habían de matar, e iban barriendo el camino, e decíanle: “Señor, por aquí has de ir; mira no pierdas el camino”; e ordenados en procesión con todos los señores de la tierra e gran número de gente, llevábanlo hasta el patio de los teocales e templos grandes donde habían puesto una gran hacina de leña seca concertada una sobre otra; era la leña de rajadas de pino. Allegados allí daban con él cuatro vueltas alrededor de aquel lugar donde lo habían de quemar, tañendo sus trompetas, e luego poníanle encima de aquel montón de leña con todo sus aparato e atavío como lo tenían compuesto, e tornaban aquellos sus parientes a decir su cantar, e luego ponían fuego por todas partes, e ardía toda aquella leña, y en tanto que ardía con porras achocaban todos aquéllos, los cuales para no sentir tanto la muerte, teníanlos ya emborrachados, y enterrábanlos detrás del templo de su principal dios llamado Curicaueri, con

todas aquellas joyas que llevaban, y echábanlos de tres en tres y de cuatro en cuatro; e ya cuando amanecía estaba quemado el *calzoncin* y hecho ceniza; y siempre a todo esto estaban los presentes, todos aquellos señores que habían venido con él, atizando el fuego y poniendo diligencia que todo se tornase ceniza, e ya que todo estaba quemado juntaban toda aquella ceniza e huecesitos, e todas las joyas que se habían derretido, y llevábanlo todo a la entrada de la casa de los ministros del Demonio, e puesto en una manta hacían un bulto de mantas con las ceremonias e insignias arriba dichas, e poníanle una máscara de turquesas, e sus orejeras de oro, y su tranzado de pluma, e un gran plumaje de plumas verdes, de las grandes ricas, e collares e brazaletes de oro, &c. Poníanle una rodela de oro a las espaldas, e al lado su arco e flechas, e calzábanle e ponían en las piernas sartales de cuentas y cascabeles de oro.

Luego hacían al pie del templo del dicho demonio Curicaueri, debajo en el principio de las gradas, una gran sepultura, bien honda, de más de dos brazas y media de ancho, cuasi cuadrada, y cercábanla de esteras nuevas por las paredes y en el suelo, e asentaban allí dentro una cama de madera, e tomaban aquella ceniza con aquel bulto compuesto. Un sacerdote de los que tenían por oficio llevar los dioses a cuestras, y cargado a las espaldas, llevábanlo y poníanlo a la sepultura, donde antes que le pusiesen otra vez habían cercado aquel lugar o sepultura de rodelas de oro y plata, y a los rincones ponían muchas flechas de buen almacén; ponían también ollas y jarros con vino y comida; aquel sacerdote o ministro del demonio ponía una tinaja e dentro de ella asentaba aquel bulto, de manera que mirase a oriente, e atapaban aquellas tinaja

e camas con muchas mantas, y echaban allí unas cajas que acá hacen de cañas encoradas con cueros de venados, y también le dejaban allí sus plumajes con que solían bailar, e más otras rodelas de oro y plata, y otras cosas de ajuar de señores, hasta henchir aquella hoya, y atapaban la sepultura con unas vigas y después tablas, y embarrábanla muy bien por encima. Las sepulturas de la otra gente henchían y cubrían con tierra.

Luego todos aquellos que habían tocado al *calzoncin* o a los otros muertos, se iban a bañar porque no se les pegase alguna enfermedad, e lavados, volvían todos los señores y otra mucha gente al patio del *calzolcin* muerto, y allí delante la casa asentados, el señor que subcedía mandábales sacar mucha comida que para aquel entierro tenían aparejada; a cada uno daban un poco de algodón con que se limpiase los rostros después de haber comido, y estábanse en aquel patio asentados, tristes, las cabezas bajas, con mucho silencio, cinco días. En aquel tiempo ninguno de la ciudad molía maíz en piedra, que acá de yantar y cena muelen y hacen pan fresco, y en ningún hogar se encendía lumbré, y todos los mercados y tratos cesaban de comprar y vender, ni tampoco andaban ni parecían por la cibdad, mas toda la gente andaba triste, y aun dentro de sus casas y en ayuno por la muerte de su señor. Los señores de la provincia salían unos una noche e otros otra, e iban a las casas del Demonio e la sepultura del difunto, y tenían por orden su oración y vela. En la guarda de estas cosas e cerimonias y en todas las obsequias era muy solícita el hijo del muerto que subcedía en el señorío.

Augurios de la conquista

Texto de la relación de Michoacán

La Relación de Michoacán carece, por desgracia, de la primera de las tres partes que la integraron originalmente. La pérdida es muy grande, sobre todo si se considera que este documento, aun parcialmente conocido, es la obra mayor de todas cuantas existen para el conocimiento de la vida de los antiguos tarascos. La primera parte se refería a la religión prehispánica, materia acerca de la cual es poca la información de la que se dispone. Sin embargo, el siguiente es un bellissimo texto en el que se relata un pasaje en el que participaron los dioses mismos, un concilio presenciado por una mujer marcada por la diosa Cuerauáperi y conducida a la reunión por el propio Curicaueri. Como es frecuente en la Relación de Michoacán, algunas partes son oscuras por la deficiente redacción, y entre ellas está la que se refiere a la viruela y al sarampión anteriores a la llegada de los españoles. Debe entenderse que estos padecimientos fueron en sueño, como otro augurio más de la conquista. El texto aparece en las páginas 231 a 234.

De los agüeros que tuvo esta gente y sueños, antes que viniesen los españoles a esta provincia

Dice esta gente que antes que viniesen los españoles a la tierra, cuatro años continuos, se les hendían sus cúes,

desde lo alto hasta bajo, y que los tornaban a cerrar, y luego se tornaban a hender, y caían piedras como estaban hechos de lajas sus cúes, y no sabían la causa de esto, mas de que lo tenían por agüero. Asimismo dicen que vieron dos grandes cometas en el cielo, y pensaban que sus dioses habían de conquistar o destruir algún pueblo, y que ellos habían de ir a destrulle, y miraba esta gente mucho en sueños, y hacían todo lo que soñaban, y hacíanlo saber al sacerdote mayor, y aquél se lo hacía saber al *cazonci*. Decía, que a los pobres que habían traído leña y se habían sacrificado las orejas, les aparecían en sueños sus dioses, y les decían qué habían dicho, que les darían de comer, y que se casasen con tal o tal persona, y si era alguna cosa de agüero, no la osaban decir al *cazonci*. Díjome un sacerdote, que había soñado, antes que viniesen los españoles, que venían una gente y que traían bestias, que eran los caballos que él no conocía, y que entraban en las casas de los papas, y que dormían allí con sus caballos, y que traían muchas gallinas que se ensuciaban en sus cúes, y que soñó esto dos o tres veces, con mucho miedo, que no sabía qué era, hasta que vinieron a esta provincia los españoles y llegando a la cibdad posaron en las casas de los papas con sus caballos, donde ellos hacían su oración y tenían su vela, y antes que viniesen los españoles, tuvieron todos ellos viruelas y sarampión, de que murió infinidad de gente y muchos señores, y cámaras de sangre de las viruelas y sarampión. Todos los españoles lo dicen a una voz, los de aquel tiempo, y fue general esta enfermedad en toda la Nueva España, por eso les es de dar crédito de esto que dicen del sarampión y viruela. Dicen que nunca habían tenido estas enfermedades y que los españoles las trujeron a la tierra. Así mismo el sacerdote

susodicho me dijo que habían venido al padre del *cazonci* muerto, los sacerdotes de la madre Cuerauáperi, que estaba en un pueblo llamado Zinapécuaro, y que le habían contado este sueño o revelación siguiente, del destruimiento y caída de sus dioses, que aconteció en Ucareo. El señor de aquel pueblo de Ucareo, llamado Uiquixo, tenía una manceba entre las otras mujeres que tenía, y vino la diosa Cuerauáperi, madre de todos los dioses terrestres, y que tomó aquella mujer de su misma casa. Decía esta gente, que todos sus dioses entraban muchas veces en sus casas, y tomaban la gente para sus sacrificios. Pues llevó esta diosa a aquella mujer, un rato hacia el camino de México, allí en el dicho pueblo, y tornóla a traer hacia el camino de Araró. Entonces púsola allí y desatóse una *xícal* como escudilla, que tenía atada en sus naguas, y tomó agua, y lavó aquella *xícal*, y echó un poco de agua en ella y echó dentro de la *xícal* una como simiente blanca e hizo un brebaje, y dióselo a beber a aquella dicha mujer, y mudóle el sentido, y díjole: “Vete, que yo no te tengo de llevar; allí está quien te ha de llevar; aquél que está allí compuesto; yo no te tengo de hacer mal ni sacrificar, ni tampoco aquél que te lleva te ha de hacer mal, y oirás muy bien lo que se dijere donde te llevara, que ha de haber allí concilio, y haráslo saber al rey que nos tiene a todos en cargo, Zuangua. Y fuese por el camino aquella mujer, y luego se encontró en el camino con una águila que era blanca, y tenía una berruga grande en la frente, y empezó el águila a silbar, y a enherizar las plumas, y con unos ojos grandes que decían ser el dios Curicaueri, y saludóla el águila, y díjole que fuese bien venida, y ella también le saludó, y díjole: “Señor, estás en buena hora.” Díjole el águila: “Sube aquí, encima de mis alas, y no tengas miedo de caer.” Y como su-

biese la mujer, levantóse el águila con ella, y empieza a silbar, y llevóla a un monte, donde está una fuente caliente, que hay en ella piedra zufre, y llevóla por aquel monte volando con ella, y era ya quebrada el alba, cuando la llevó al pie de un monte muy alto, que está allí cerca, llamado Xanoato-hucatzio, y levantóla en alto, y vio aquella mujer que estaban asentados todos los dioses de la provincia, todos entiznados: unos tenían guirnaldas de hilos de colores en la cabeza; otros estaban tocados; otros tenían guirnaldas de trébol; otros tenían unas entradas en las mollereras, y otros de muchas maneras, y tenían consigo muchas maneras de vino tinto e blanco de maguey y de ciruelas y de miel, y llevaban todos sus presentes y muchas maneras de fruta a otro dios, llamado Curita-caheri, que era mensajero de los dioses y llamábanlos todos agüelo, y parecíale aquella mujer que estaban todos en una casa muy grande, y díjole aquel águila: “Asiéntate aquí, y de aquí oírás lo que se dijere.” Y era salido el sol, y aquel dios Curita-caheri se lavaba la cabeza con jabón y no tenía el tranzado que solía tener. Tenía una guirnalda de colores en la cabeza y unas orejeras de palo en las orejas, y unas tinazuelas pequeñas al cuello y una manta delgada cubierta, y vino su hermano llamado Tirípemequarencha con él: estaban todos muy hermosos y saludáronle todos los otros dioses y decíanles: “Señores, seáis bien venidos” y respondía Curita-caheri: “Pues habéis venido todos; mirá no se haya quedado alguno por olvido que no hayáis llamado” y respondían: “Señor, todos hemos venido.” Tornaba también a preguntar: “¿Han venido también los dioses de la man izquierda?” Decíanle: “Todos han venido, señor.” Tornó a decir: “Mira no se os haya olvidado de llamar alguno.” Respondieron ellos: “Todos hemos venido, señor.” “Pues dígallo mi

hermano lo que se ha de decir y yo me quiero entrar en casa.” Y díjoles Tirípeme-quarencha: “Acercaos acá, dioses de la man izquierda y de la man derecha; el pobre de mi hermano dice lo que yo diré. Él fue a Oriente, do está la madre Cuerauáperi y estuvo algunos días con la diosa Cuerauáperi, y estaba allí Curicaueri nuestro nieto, y Xarátanga y Hurendecuauécara y Quenda-angápeti: todos estaban allá los dioses, y probaron de contradecir los pobres a la Madre Cuerauáperi, y no fueron créidos los que querían hablar, y fueron rechazadas sus palabras, y no les quisieron recibir lo que querían decir: “Ya son criados otros hombres nuevamente y otra vez de nuevo han de venir a las tierras; esto es lo que ellos querían contradecir que no se hiciese, y no fueron oídos, y dijéronles: “Dioses primogénitos, esforzáos para sufrir, y vosotros, dioses de la man izquierda: sea así como está determinado de los dioses, ¿cómo podemos contradecir esto que está así determinado? no sabemos qué es esto: a la verdad no fue esta determinación al principio que estaba ordenado que no anduviésemos dos dioses juntos antes que viniese la luz, porque no nos matásemos, y perdiésemos la deidad, y estaba ordenado entonces, que de una vez sosegase la tierra que no se volviese dos veces, y que para siempre se habían de estar así, que no se había de mudar. Esto teníamos concertado todos los dioses antes que viniese la luz, y agora no sabemos qué palabras son éstas; los dioses probaron de contradecir esta mutación, y en ninguna manera los consintieron hablar: “Sea así, como quieren los dioses, vosotros los dioses primogénitos y de la man izquierda, íos todos a vuestras casas, no traigáis con vosotros ese vino que trais, quebrá todos esos cántaros, que ya no será de aquí adelante como hasta quí, cuando estábamos muy prósperos; quebrá por todas partes las tinajas de

vino: dejó los sacrificios de hombres, y no traigáis más con vosotros ofrendas, que de aquí adelante no ha de ser así; no han de sonar más atabales; rajadlos todos, no han de parecer más cúes, ni fogones, ni se levantarán más humos. Todo ha de quedar desierto, porque ya vienen otros hombres a la tierra; que de todo en todo han de ir por todos los fines de la tierra, a la man derecha y a la man izquierda, y de todo en todo, irán hasta la ribera del mar y pasarán adelante, y el cantar será todo uno, y que no habrá muchos cantares como teníamos: mas uno solo por todos los términos de la tierra. Y tú, mujer, que está aquí, que nos oyes, publica esto, y háganselo haber al rey, que nos tiene a todos en cargo, Zuangua.” Respondieron todos los dioses del concilio, y dijeron que así sería, y empezaron a limpiarse las lágrimas, y deshízose el concilio; y no pareció más aquella visión. Y hallóse aquella mujer puesta al pie de una encina, y no vio en aquel lugar ninguna cosa cuando tornó en sí más de un peñasco que estaba allí, y vínose a su casa por el monte y llegó a la media noche y venía cantando. . .

Costumbres de artesanos y comerciantes mexicas

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN

Nació fray Bernardino en Sahagún, reino de León, hacia 1499 y pasó a la Nueva España en 1529, junto con otros diecinueve frailes franciscanos. Murió en la ciudad de México en el año de 1590. Uno de sus grandes méritos consistió en el método utilizado para la elaboración de su Historia general de las cosas de Nueva España, para la cual formuló inicialmente los cuestionarios que debían presentarse a los informantes indígenas. Las respuestas fueron recogidas y transcritas en idioma náhuatl y letra latina, y los manuscritos resultantes sirvieron al franciscano para redactar su Historia general. Se ha sospechado que entre sus informantes indígenas tuvieron una participación considerable los comerciantes tlatelolcas, puesto que las partes de la obra dedicadas a los pochtecas contienen una gran riqueza de información, y se filtra en ellas la emoción de un grupo que describe sus días de gloria. En los capítulos que siguen se mencionan los tratos de los comerciantes en Anáhuac, esto es, en las costas, ya que con esta palabra (anáhuac significa "junto al agua") se designaba a los centros que en las riberas marinas reunían a los comerciantes de muy distintas regiones. Los textos se han tomado de la edición de 1956, páginas 21 a 30 y 56 a 63 del volumen tercero.

En este capítulo se comienza a tratar de los oficiales que labran oro y plata. Los oficiales que labran oro y plata son de dos maneras: unos de ellos se llaman martilladores amajadores, porque éstos labran oro de martillo, majando el oro con piedras o con martillos, para hacerlo delgado como papel; otros se llaman *tlatlalianime*, que quiere decir que asientan el oro, o alguna cosa en el oro o en la plata, y éstos son los verdaderos oficiales que por nombre se llaman *tolteca*; pero están divididos en dos partes, porque labran el oro cada uno de su manera.

Tenían por dios estos oficiales de oro en tiempo de su idolatría a un dios que se llamaban Tótec; a este dios hacían fiesta cada año, en el cu que se decía Yopico, en el mes que llamaban *tlacaxipeualiztli*.

En esta fiesta de *tlacaxipeualiztli*, donde desollaban muchos cautivos y por cuya causa se llama *tlacaxipeualiztli*, que quiere decir desollamiento de personas, uno de los sátrapas vestíase un pellejo de los que habían quitado a los cautivos, y así vestido era imagen de este dios Tótec.

A este vestido con el pellejo que habían quitado al cautivo que habían sacrificado llamábanle Tótec y ponían sus ornamentos muy preciosos; el uno de ellos era una corona hecha muy curiosamente de plumas preciosas, y las mismas plumas le servían por cabellera; poníanle en las narices una media luna de oro, encajada en la ternilla que divide la una ventana de la nariz de la otra; poníanle también unas orejeras de oro; dábanle en la mano derecha un báculo que estaba hueco de dentro, y tenía sonajas, el cual en moviéndole para andar luego las sonajas hacían su son; poníanle

en la mano izquierda una rodela de oro, como las usaban los de Anáhuac; poníanle unas cotaras bermejas, como almagradas; tenía pintado el cuello de las cotaras con pluma de codorniz, sembradas por todo él; llevaba por divisa y plumaje a cuestras, atado a las espaldas, tres banderillas de papel que se movían como les daba el viento, haciendo un sonido de papel; componíanle también con unas naguas hechas de plumas ricas, que hacían unas bandas por todas las naguas, que parecía como enverdugado; poníanle al cuello un joyel ancho de oro de martillo.

Aparejábanle sentaderos o sillas en que se sentase; estando sentado este dios, o diosa, o por mejor decir diablo o diablesa, ofrecíanle una manera de tortas que llamaban *uilocpalli*, de maíz molido, hechas sin cocer; ofrecíanle también manojuelos de mazorcas de maíz que apartan para semilla; también le ofrecían las primicias de la fruta, y las primeras flores que nacían aquel año. Con estas ofrendas le honraban.

Yendo andando iba haciendo meneos de danza con gran pompa, meneando la rodela y el báculo, haciendo sonar a propósito del baile que hacía. Después de esto hacían un ejercicio de guerra con este Tótec [...]

De los oficiales que labran las piedras preciosas

Los lapidarios que labraban piedras preciosas, en tiempo de su idolatría adoraban cuatro dioses; o por mejor decir diablos; el primero se llamaba Chiconahui-itzcuintli; el segundo, Nualpilli; el tercero, Macuilcalli; el cuarto, Cintéotl. A todos estos tres dioses postreros hacían fierta cuando reinaba el signo o carácter que se llamaba *Chiconahui itzcuintli* que es mujer, y por eso

la pintaban como mujer; a ésta atribuían los afeites de las mujeres, y para significación de esto la pintaban en la mano derecha con un báculo y en la mano izquierda le ponen una rodela, en la cual está pintado un pie; también le ponían orejeras de oro, y de la ternilla de la nariz le colgaban una mariposa de oro, y vestíanla con un *huipil* o camisa mujeril, que era tejida de blanco y colorado, y lo mismo las naguas; poníanle unas cotaras también coloradas, con unas pinturas que las hacía almenadas. A todos estos cuatro daban sus imágenes, o sus títulos, para que muriesen a su servicio el día de su fiesta.

Al que llamaban Nualpilli, ataviábanle y cortábanle los cabellos desiguales y mal cortados, y espeluzados y crenchados; poníanle en la frente una lámina de oro, delgada como papel; poníanle unos zarcillos de oro en las orejas; poníanle en la mano derecha un báculo aderezado de plumas ricas, y en la otra una rodela como de red hecha, y en cuatro partes tenía plumas ricas mal puestas; también le vestían una jaqueta tejida de blanco y colorado, con rapacejos en el remate de abajo; poníanle unas cotaras coloradas.

Al otro que llaman Macuilcalli también le componían como hombre: los cabellos cortados por medio de la cabeza, como lomo que llaman *quachichiquilli*, y este lomo no era de cabellos sino de plumas ricas; poníanle en las sienes unas planchas de oro delgadas; poníanle un joyel delgado al cuello, de marisco redondo y ancho; también le ponían en la mano una rodela con unos círculos colorados, unos dentro de otros; teñíanle el cuerpo con bermellón, y también le ponían unas cotaras del mismo color.

Al otro que se llamaba Cintéotl también le componían como a varón, con una carátula labarada como

mosaico, con unos rayos de lo mismo que salían de la carátula; poníanle una jaqueta de tela teñida de azul claro; poníanle un joyel colgado al cuello, de oro, y poníanle en un tablado alto de donde estaba mirando, el cual se llama *cincalli*, compuesto con cañas de maíz a manera de jacal; poníanle una cotaras blancas, las ataduras de ellas de algodón flojo.

Dicen que a estos dioses atribuían el artificio de labrar las piedras preciosas, de hacer barbotas y orejeras de piedra negra, y de cristal, y de ámbar, y otras orejeras blancas; a éstos también atribuían el labrar de cuentas y ajorcas, y sartalejos que traen en las muñecas, y toda la labor de piedras, y *chalchihuites*, y el agujerar y pulir de todas las piedras, decían que éstos las habían inventado, y por esto los honraban como dioses y por esto les hacían fiesta los oficiales viejos de este oficio, y todos los demás, lapidarios; y de noche decían sus cantares; y hacían velar por su honra a los cautivos que habían de morir, y se holgaban en su fiesta.

Esto se hacía en Xochimilco, porque decían que los abuelos y antecesores de los lapidarios habían venido de aquel pueblo, y de allí tienen origen todos estos oficiales.

*De los oficiales que labran pluma,
que hacen plumajes y otras cosas de pluma*

Según que los viejos antiguos dejaron por memoria de la etimología de este vocablo *amanteca*, es que los primeros pobladores de esta tierra trajeron consigo a un dios que se llamaba Coyotlináual, de las partes de donde vinieron lo trajeron consigo, y siempre le adoraron.

A éstos llamaron *in econi in tlacapixoani mexiti*, que

quiere decir: los que primero poblaron, que se llamaron *mexiti*, de donde vino este vocablo México.

Éstos desde que asentaron en esta tierra y se comenzaron a multiplicar, sus nietos e hijos hicieron una estatua de madera labrada, y edificáronle un cu, y el barrio donde se edificó llamósele Amantla; en este barrio honraban y ofrecían a este dios que llamaban Coyotlináual, y por razón del nombre del barrio, que es Amantla, tomaron los vecinos de allí este nombre, *amanteca*.

Los atavíos y ornamentos con que componían a este dios en sus fiestas eran un pellejo de *cóyotl*, labrado, componíanle estos *amantecas* vecinos de este barrio Amantla aquel pellejo; tenía la cabeza de *cóyotl*, con la carátula de persona y los colmillos tenía los de oro; tenía los dientes muy largos, como punzones; tenía en la mano un báculo, con que se sustentaba, labrado con piedras negras de *itzli*, y una rodela labrada de cañas macizas, que tenía por la orilla un cerco de azul claro; tenía a cuestras un cántaro o jarro de cuya boca salían muchos quetzales; poníanle en las gargantas de los pies unas calzuelas con muchos caracolutos blancos, a manera de cascabeles; poníanle unas cotaras tejidas o hechas de unas hojas de árbol que llaman *iczoatl*, porque cuando llegaron a esta tierra usaban aquellas cotaras; componíanle siempre con ellas, para dar a entender que ellos eran los primeros pobladores chichimecas que habían poblado en esta tierra de México; y no solamente adoraban a este dios en este barrio de Amantla, pero también a otros siete ídolos. A los cinco de ellos componían como varones, y a los dos como mujeres; pero este Coyotlináual era el principal de todos: El segundo se llamaba Tizaua; el tercero, Macuilocélotl; el cuarto, Macuilotochtli; en el quinto lugar ponían a las dos mujeres; la una se llamaba Xiuhtlati, y la otra Xilo;

el séptimo estaba frontero de los ya dichos, hacia ellos, el cual se llamaba Tepoztécatl.

La manera con que ataviaban a estos dioses arriba dichos, los que eran varones, todos llevaban a cuestras aquella divisa que llevaba Coyotlináual; solamente al dios que se llamaba Tizaua no le componían de pellejo de *cóyotl*, y solamente llevaba a cuestras el jarro con los quetzales. y unas orejeras de conchas de mariscos; llevaba también su báculo y su rodela; y sus caracolitos en las piernas, y unas cotaras blancas.

El dios que se llamaba Macuilocélotl tenía vestido el pellejo de *cóyotl*, con la cabeza metida en la cabeza del *cóyotl* muerto, como celada, y por la boca veía, y también llevaba a cuestras el jarro con sus quetzales y el báculo, con su rodela y sus cotaras blancas; de la misma manera componían al dios Macuilotchtli.

De las dos mujeres, la que se llamaba Xiuhtlati iba ataviada con un *huipil* azul, y la otra, que se llamaba Xilo, que era la menor, iba vestida con un *huipil* colorado, teñido con grana; estas ambas tenían los *huipiles* sembrados de plumas ricas, de todo género de aves que crían plumas ricas.

La orilla del *huipilli* estaba bordada con plumas de diversas maneras, como arriba se dijo; tenían éstas en las manos cañas de maíz verdes por báculos; y llevaban también un aventadero de plumas ricas en la otra mano, y un joyel de oro hecho a manera de comal; también llevaban orejeras de oro muy pulidas, y muy resplandecientes.

Ninguna cosa llevaban a cuestras; llevaban por cabellos papeles; llevaban las muñecas de ambos brazos adornadas con plumas ricas de todas maneras; también llevaban las piernas de esta manera emplumadas desde las rodillas hasta los tobillos; tenían también cotaras

tejidas de hojas de árbol que se llama *íczotl*, para dar a entender que eran chichimecas, venidos a poblar a esta tierra.

De la fiesta que los oficiales de pluma hacían a sus dioses

Hacían fiesta a estos dioses dos veces cada año, una vez en el mes que se llama *panquetzaliztli* y otra vez en el mes que se llama *tlaxochimaco*; en el mes de *panquetzaliztli* mataban a la imagen de Coyotlináual. Si en esta fiesta no se ofrecía quien matase algunos esclavos, que se llamaban *tlaaltiltin*, estos *amantecas* se juntaban todos y compraban un esclavo, para matarlo a honra de este dios; comprábanlo con mantas que se llaman *cuachtli*, que eran allegadas como de tributo.

Empero, si alguno de estos *amantecas* hacía fiesta de por sí, y mataba algunos esclavos, de éstos mataba uno a honra de este dios Coyotlináual y componíale a éste con todos los atavíos de aquel dios, como arriba se dijo; y si era alguna persona de caudal éste que hacía la fiesta, mataba dos o tres, o más esclavos que se llamaban *tlaaltiltin*, a honra de aquel dios que se llamaba Coyotlináual.

Cuando se hacía la fiesta, todos los viejos y viejas se juntaban en el barrio de Amantla; allí cantaban y hacían velar a todos los que habían de morir a honra de aquellos dioses, y tenían costumbre, para que no temiesen la muerte los que habían de morir, de darles a beber un brebaje que llaman *itzpachtli*. Este brebaje desatinaba o emborrachaba, para que cuando les cortasen los pechos estuviesen sin sentido.

Había alguno de estos esclavos alocados, que ellos

mismos corriendo se subían a lo alto del cu, deseando que los matasen de presto, deseando presto acabar la vida. La segunda vez cuando hacían la fiesta a estos dioses, que se llamaban *tlaxochimaco*, no mataban a ningún esclavo.

Hacían entonces la fiesta a honra de las dos diosas ya dichas; también esta honra la enderezaban a los otros cinco dioses. En esta fiesta todas las mujeres *amantecas* se juntaban en el barrio de Amantla, y todas se componían de los afeites y atavíos de estas diosas, como arriba se dijo; pero los hombres solamente se emplumaban las piernas con pluma colorada, y entonces ofrecían sus hijos e hijas, estos *amantecas*, a estos dioses y diosas, de meterlos en el *Calmécac*: a los hombres para que aprendiesen el oficio *tultecáyotl*, y si era mujer demandaban a aquellos dioses que la ayudasen para que fuese gran labradora y buena tintorera de *tochómitl*,²⁰ en todos los colores, así para pluma como para *tochómitl*.

El barrio de los *amantecas* y el barrio de los *pochtecas* estaban juntos, y también los dioses de los *amantecas* y de los *pochtecas* estaban pareados. El uno se llamaba Yiacatecutli, que es el dios de los mercaderes; y el otro se llamaba Coyotlináhual, que es el dios de los *amantecas*; por esta causa los mercaderes y los oficiales de la pluma se honraban los unos a los otros.

Y cuando se sentaban en los convites de una parte se sentaban los mercaderes, y de la otra parte los oficiales de la pluma. Eran casi iguales en las haciendas y en el hacer de las fiestas o banquetes: porque los mercaderes traían de lejas tierras las plumas ricas; y los *amantecas* las labraban y componían, y hacían las armas y divisas y rodelas de ellas, de que usaban los señores y

²⁰ Hilo hecho con pelo de vientre de conejo.

principales, que eran de muchas maneras y de muchos nombres, como en la letra está explicado.

Y antes que tuviesen noticia de las plumas ricas de que se hacen las divisas y armas arriba dichas, estos toltecas labraban plumajes para bailar de plumas blancas y negras de gallinas, y de garzotas y de ánades. No sabían entonces aún los primores en este oficio que ahora usan; toscamente componían la pluma, y la cortaban con navajas de *itztli*, encima de tablas de *ahuéhuatl*. Las plumas ricas parecieron en tiempo del señor que se llamaba Ahuítzotl, y trujéronla los mercaderes que llamaban *tecunenenque*, cuando conquistaron las provincias de Anáhuac: entonces comenzaron los *amantecas* a labrar cosas primas y delicadas.

De las ceremonias que hacían los mercaderes cuando se partían a alguna parte a tratar

Cuando los mercaderes querían partirse de sus casas para ir a sus trabajos y mercaderías, primeramente buscaban el signo favorable para su partida y, habiendo tomado el que mejor les parecía para se partir, un día antes de su partida trasquilábanse las cabezas y jabonábanse en sus casas, para no se lavar más las cabezas hasta la vuelta; y todo el tiempo que tardaban en este camino, nunca más se trasquilaban, ni se jabonaban las cabezas, solamente se lavaban los pescuezos cuando querían, pero nunca se bañaban. Todo el tiempo del viaje se abstenían de lavarse y bañarse, salvo el pescuezo, como está dicho.

Y llegando a la media noche de este día en que se habían de partir, cortaban papeles como tenían costumbre, para ofrecer al fuego, al cual llamaban Xiuhte-

cuiltli: la figura de los papeles que cortaban tenía la figura de bandera, y atábanla en un asta teñida de bermellón.

Desque habían aparejado estos papeles, de noche, pintábanlos con tinta de *ulli*, el cual *ulli* derretían espetándolo en algún punzón largo de cobre, y como encendían el *ulli* comenzaba a gotear; y aquellas gotas echábanlas sobre el papel por cierto orden, de manera que hacían una cara de persona, con su boca, narices y ojos: decían que ésta era la cara del sol fuego.

Después de esto cortaban otro papel para ofrecer a Tlaltecuitli, para ceñirse a los pechos; también le pintaban con *ulli* una cara, como arriba se dijo; después de esto cortaban otros papeles para ofrecer a Yiacatecutli, que es el dios de los mercaderes; estos papeles ataban a un báculo después de caña maciza, por todo él, y a este báculo después de empapelado le adoraban como dios, y cuando se partían los mercaderes a tratar llevaban sus báculos y llevaban sus papeles pintados con *ulli* que era el atavío u ornamento del báculo.

Después de los arriba dichos cortaban otros papeles para ofrecer a Cecóatl Otlí Meláhuac, que es uno de los veinte caracteres o signos de la arte adivinatoria, y eran cortados en cuatro tiras; pintaban figuras de culebras en los papeles con tinta de *ulli*, con sus cabezas, ojos, bocas y lenguas y su pescuezo de culebra; después de esto cortaban otros papeles para ofrecer a los dioses llamados Zacatzontli y Tlacotzontli, dioses del camino, y eran cortados a manera de mariposas, y goteados con gotas de *ulli*.

Después de aparejados todos estos papeles como está dicho, luego a la media noche ofrecíanlos. Los primeros ofrecían al fuego, poniéndolos delante del hogar, y luego salían al medio del patio de la casa y ponían

ordenados los papeles que ofrecían al dios de la tierra llamado Tlaltecutli; luego ponían ordenados los papeles que eran dedicados a los dioses del camino; y los papeles que eran dedicados al dios de los mercaderes cubrían con ellos el báculo de caña maciza; estos papeles nunca los quemaban, porque cobijaban con ellos al báculo.

Después de haber ordenado su ofrenda, como está dicho, en medio del patio de la casa, luego se entraban dentro de la casa, y se ponían delante del fuego, en pie, y descabezaban algunas codornices, a honra del fuego; habiendo ofrecido las codornices al fuego, luego se sangraban las orejas con unas lancetas de piedra negra, y algunos se sangraban también la lengua; cuando ya corría la sangre tomábanla en la mano, y decían *teonappa*, y cuatro veces echaban sangre al fuego, y luego goteaban los papeles que allí estaban ofrecidos al fuego.

Hecho esto salían al patio y echaban de su sangre hacia el cielo, poniéndola sobre la uña del dedo; lo mismo hacían al oriente, echando cuatro veces sangre con el dedo, como está dicho, hacia el oriente, y lo mismo hacia el occidente; luego se volvían hacia el norte, que dicen ser la mano izquierda del mundo, y luego se volvían hacia el mediodía, que dicen ser la mano derecha del mundo, haciendo lo propio que arriba se dijo, y allí acababan de echar la sangre.

Después de acabado de echar la sangre hacia las partes ya dichas, salpicaban los papeles que estaban ordenados en el patio, con sangre; hecho esto entrábase otra vez dentro de la casa, delante del fuego, y hablaban de esta manera: "Vive muchos años, noble señor Tlalxictentíac, Nauhyotécatl —éstos son los nombres del fuego, que están en vocativo— señor, ruégoos que

recibáis pacíficamente esta vuestra ofrenda, y perdonadme si en algo os he ofendido”.

Dicho esto ponían los papeles que estaban dedicados al fuego sobre las brasas, y luego echaban copal blanco, muy deshecho y muy oloroso y muy blanco, y muy puro y limpio, y metían debajo del papel, para que luego se encendiese; y cuando estaba ardiendo el papel y copal, el ofreciente lo estaba mirando, y si veía que el papel humeaba y no ardía, tomaba mal pronóstico; comenzaba a temer que algún mal le había de venir, entendía que en el camino había de enfermar; mas si veía que luego se encendía y ardía, y respandaba, holgábase mucho porque de allí tomaba buen pronóstico, y decía: “Hame hecho merced nuestro señor el fuego, que me ha dado a entender que será próspero mi viaje.”

Habiendo hecho esto salía al patio, donde estaban ordenadas las demás ofrendas, y tomaba cada una de ellas, y levantaba la primera como ofreciéndola hacia el oriente cuatro veces, y otras cuatro al occidente, y así a las otras partes del mundo. Tomaba primero la ofrenda que estaba dedicada al dios Tlacotzontli, y luego la que estaba dedicada al dios Cecóatl; ésta ponían sobre las otras.

Después de hecha la ofrenda a las cuatro partes del mundo con cada una, como está dicho, luego las tomaba juntas, y las ponía en el fuego que había encendido en el patio; luego hacía un hoyo en medio del patio y allí enterraba las cenizas de los papeles que se habían quemado, así dentro de casa como fuera, y cogía la ceniza de tal manera que no tomaba nada de la otra ceniza del fuego, ni tampoco alguna tierra del suelo.

Esto todo que se ha dicho se hacía a la media noche, y en amaneciendo luego enviaba a llamar éste que hacía esta ofrenda —que era común a todos los mercaderes,

capitanes disimulados, y a los otros ricos mercaderes que trataban en comprar y vender esclavos, y también juntaba a los mancebos y a las viejas y a las otras mujeres sus tías; y después que todos estaban juntos, lavábanse las manos y las bocas; hecho esto ponían delante de cada uno comida; en acabando de comer todos, lavábanse otra vez las manos y bocas, y luego les ponían delante sus jícaras de cacao y bebían, y luego se ponían delante las cañas de humo para chupar.

Y el que los había convidado, luego se sentaba delante de ellos y comenzaba a hablar de esta manera: "Sea mucho en hora buena la venida a esta mi pobre casa; quiero que oigáis algunas palabras de mi boca, pues que sois mis padres y mis madres, haciéndose saber de mi partida, y para este propósito os hecho llamar y convidar, para lavaros las manos y bocas antes que deje este barrio y este pueblo, porque ya tengo compradas las cosas con que tengo de rescatar por los pueblos por donde fuere; tengo compradas muchas navajas de piedra, y muchos cascabeles, y muchas agujas, y grana, y piedra lumbre; por ventura me dará dicha el señor por quien vivimos, y que nos gobierna, esto es con lo que me despido de vuestras maternidades y paternidades."

Habiéndoles dicho estas palabras, respondíanles los mercaderes principales de los barrios, que son uno que se llama Pochtlan, otro Ahuachtlan, otro Atlauhco, como está en la letra.

Cuando alguno hacía convite, ordenábanse los convidados de esta manera en sue asientos: siéntanse todos juntos a las paredes, con sus petates e *icpales*; a la mano derecha se sienta la gente más principal, por sus grados y orden de principalidad, como son entre los mercaderes *pochtecatlatoque*; y a la otra parte, que es la mano izquierda, se sentaban los que no son tan princi-

pales, por los grados y orden de su principalidad, como es entre los mercaderes de aquellos que llaman *nahualoztomeca*; las extremidades de estas dos partes ocupan los mancebos, ordenados por su principalidad.

El que primero habla, respondiendo a la práctica que hizo el que los convidó, es el principal, que está en el primer asiento de la mano derecha, y dice de esta manera: “Está muy bien dicho lo que habéis dicho; en vuestra presencia habemos oído y entendido vuestras palabras; deseamos los que aquí estamos que vuestro camino que ahora queréis comenzar sea próspero y que ninguna cosa adversa se os ofrezca en nuestro viaje; id en paz, y poco a poco, así por los llanos como por las cuestas; conviene empero que vayáis aparejado para lo que quisiere hacer en vos Nuestro Señor que gobierna los cielos y la tierra, aunque sea destruiros del todo, matándoos con enfermedad o de otra manera.

Rogamos empero a Nuestro Señor que antes muráis en la prosecución de vuestro viaje, que no que volváis atrás, porque más querríamos oír que vuestras mantas y vuestros *maxtles* estuviesen hechos pedazos por esos caminos, y derramados vuestros cabellos, para que de esto os quedase honra y fama, que no que volviendo atrás diédeses deshonor a nos y a vos; y si por ventura no permitiese Nuestro Señor que muráis, sino que hagáis vuestro viaje, tened por honra el comer sin *chilli* y sin templamiento de sal, y el pan duro de muchos días, y el *pinolli* mal hecho, y el maíz tostado y remojado. Guardaos hijo de ofender a nadie con palabras o con obras, sed con todos reverente y bien criado; mirad hijo que si os ha dado Dios de los bienes de este mundo, no os altivezcáis por eso, ni menospreciéis a nadie; cuando os juntareis con los que no conocéis, o con alguno de Tenochtitlan o de Cuauhtitlan, o de Azcapotzalco,

o de Huitzilopochco, no los despreciéis, habladles, saludadles humildemente, y si Dios os llevare a los pueblos donde vais a tratar, servid con humildad, yendo por leña y barriendo la casa, y haciendo fuego, y regando, sacudiendo los petates, dando aguamanos y haciendo todas las cosas que tocan a los servicios de los dioses, como es hacer penitencia, y traer ramos; sed diligente y curioso en todas las cosas, humildad; esto habéis oído, y básteos. No quiero decir más.”

Los que hacían estos convites, que convidaban a los principales mercaderes y de los demás barrios, eran personas de caudal y mercaderes que ya tenían costilla para gastar con sus convidados; empero los que eran pobres que aún no tenían caudal, convidaban a solos los mercaderes de su barrio.

Pero el que había de ir por capitán de la compañía de los que iban, no solamente convidaba a los de su barrio, pero también a los que habían de ir con él; y si alguno de éstos eran nuevos en el oficio o eran mancebillos que nunca habían ido en otro camino, y éste era el primer camino que echaban a mercadear, a estos mancebillos mercaderes noveles, sus padres y sus madres los encomendaban al capitán, rogándole mucho que mirasen por ellos, como queda dicho en los libros de atrás, tratando de esta materia.

Y cuando ya se querían partir para ir su camino, primero se juntaban todos en la casa del mayoral que va por capitán; también allí se juntan todas las cargas de sus mercaderías, y las cosas que llevan encomendadas para venderlas, de los mercaderes viejos que se llaman *pochtecatlatoque*, que ellos no iban en este viaje, sino que encomendaban sus mercaderías para que las vendiesen, y después partían con ellos la ganancia cuando volvían.

También encomendaban algunas mujeres tratantes sus mercaderías, para que hiciesen lo mismo; todos juntos se juntaban en aquella casa y disponían sus cargas, y esperaban allí hasta que partiesen en su presencia.

También juntamente juntaban la provisión para el camino, como *pinolli* y otras cosas, y todo lo juntaban dentro de la casa, de noche; teniendo ya todo junto, lo que se había de cargar, hacían su carga en los *cacaxtles*, y daban a cada uno de estos que tenían alquilados para que llevasen a costas la carga que habían de llevar, y de tal manera las compasaban que no eran muy pesadas, y llevaban igual peso; esto se hacía por el orden que daba el que iba por capitán.

A los que nuevamente iban a aprender aquel oficio, que eran mancebillos, no los cargaban con carga, sino mandábanles que llevasen lo que se había de beber, como *pinolli*, y las jícaras y los meneadores o revolvedores, que eran por la mayor parte hechos de conchas de tortuga.

Habiendo ya concertado todas las cosas que habían de llevar, a la noche, poníanlo todo en la canoa o canoas, una o dos o tres, que eran para esto aparejadas; habiendo puesto todas las cargas en las canoas, volvíase el capitán a los viejos y viejas que allí estaban esperando su partida, y decíales de esta manera: "Aquí estáis presentes, señores y señoras, ancianos honrados, cuya ancianidad es tanta que apenas podéis andar; quedaos en buena hora; ya nos vamos porque hemos oído los buenos consejos y avisos que teníades guardaos en vuestro pecho, para nuestro aviso y doctrina, palabras que con lágrimas las recibimos; ya con esto contentos y esforzados dejamos nuestro pueblo y nuestras casas, y a nuestros hijos y mujeres, y a nuestros padres y amigos y

parientes, los cuales creemos que no nos echarán en olvido por estar ausentes.”

Luego los viejos y viejas le respondían: “Hijos nuestros, está muy bien lo que habéis dicho; id en paz; deseamos que ninguna cosa trabajosa se os ofrezca; no os dé pena el cuidado de vuestras casas y de vuestra hacienda, que acá haremos lo que debemos; ya os habemos dicho lo que nos cumple como a hijos, con que os habemos esforzado, exhortado y avisado, y castigado; mirad que no echéis en olvido las palabras y consejos y exhortaciones que vuestros padres y madres han puesto en vuestro seno. Mirad hijos, que esos mozuelos que van con vosotros, que no tienen experiencia aún de los trabajos de los caminos, que los habéis de llevar como por la mano; serviros eis de ellos, para que donde llegáredes, os hagan asentaderos de heno y aparejen los lugares donde habéis de comer y dormir, con heno, y también tened gran cuidado de imponerlos en las cosas del servicio de los dioses, que es el repartimiento de las noches y las vigiliass de ella, para que con toda diligencia se ejerciten en ellas; no seais negligentes en imponerlos en toda buena crianza, como conviene a los mancebos.” Con esto se despedían de ellos del todo.

Y después que habían acabado de hablar los unos con los otros, luego se levantaban todos y estaba hecha una hoguera de fuego grande, cerca de la cual estaba una jícara grande teñida de verde y llena de copal, y cada uno de los que se iban su camino tomaba una tajada de copal, y echaba en el fuego; y luego se entraban de rondón en la canoa.

Ninguno entraba entre las mujeres, ni se volvía a mirar atrás, aunque alguna cosa se le hubiese olvidado en casa, ni procuraba por ella, ni hablaba más a los que quedaban; ni ninguno de los que quedaban, así de los

viejos como de las viejas mercaderes, se mudaban para ir hacia donde iban, ni siquiera un paso; y si alguno tornaba a mirar atrás de aquellos que iban su camino, tomaban de ello mal agüero, teníanlo por gran pecado.

De esta manera ya dicha se partían los mercaderes para ir a tratar a lejas tierras.

De lo que hacían en llegando a donde iban

Después que los mercaderes llegaban a la provincia donde iban, o Anáhuac o a otra, luego sacaban las mantas ricas, y las naguas ricas, y camisas ricas de mujeres, que les había dado el señor de México; esto se lo presentaban delante del señor, saludándole de su parte, y como recibían los señores de aquella provincia estos dones, luego ellos presentaban otros dones de otra manera, para que fuesen de su parte presentados al señor de México; eran estos dones plumas ricas de diversas maneras y de diversos colores.

Entraban en la provincia de Anáhuac no todos, sino aquellos que iban de parte del señor de México, con quien estaban aliados o confederados, que eran los tenochcas, tlatilulcas, o los de Huitzilopochco, o los de Azcapotzalco, o los de Cuauhtitlan; todos iban acompañados los unos con los otros; iban todos juntos hasta el pueblo de Tochtépec. En este pueblo se dividían; unos iban a Anáhuac Ayotlan; otros iban a Anáhuac Xicalanco.

Los mercaderes de Tlatilulco dividíanse en dos partes, y los tenochcas en otras dos, y los que acompañaban a estas parcialidades o divisiones eran los de Huitzilopochco o Azcapotzalco y de Cuauhtitlan.

Cuando ya iban a entrar en aquellas provincias que

ya habían pasado de Tochtépec, todos iban a punto de guerra con sus rodelas y con sus espadas, como ellos las usaban, y con sus banderas, porque pasaban por tierra de guerra. En algunas partes recibían daño de los enemigos; en otras partes cautivaban de ellos. Desde que llegaban a Xicalanco daban el presente que llevaban de mantas, o naguas y *huipiles*, y *maxtles* muy labrados y ricos, dábanlos como está dicho, a los principales.

Y luego también los mercaderes sacaban las joyas de oro y piedras que sabían que eran preciosas en aquella provincia, una de ellas era como corona de oro, otra era como una plancha de oro delgada y flexible, que se ceñían a la frente, y otras de otras maneras; todos estas joyas eran para los señores. Llevaban también otras para las señoras, que eran unos vasitos de oro donde ponen el huso cuando hilan; otras eran orejeras de oro; otras, orejeras de cristal.

También llevaban para la gente común orejeras de piedra negra que llamaban *itztli*, y otras de cobre muy lucidas y pulidas; también llevaban navajas de piedra negra que se llama *itztli* para raer los cabellos, y otras navajitas de punta para sangrar; también llevaban cascabeles como ellos los usaban, y agujas como las usaban, y grana de tunas, y piedra lumbre, y *tochómitl*; llevaban también una cierta yerba muy olorosa, que llaman *tlacopatli*, y otras que llaman *xochipatli*.

Los principales mercaderes que se llaman *tealtianime*, *tecoanime*, llevaban esclavos para vender, hombres y muchachos, y mujeres y muchachas, y vendíanlos en aquella provincia de Xicalanco, y cuando los llevaban por la tierra de enemigos llevábanlos vestidos con armas defensivas para que no se los matasen los enemigos, que eran los de Tehuantepec y los de Tzapotlan, y los de Chiapanécatl, por cuyos términos iban; y cuando ya

iban a entrar en la tierra de los enemigos enviaban mensaje a los de la provincia a donde iban, para que supiesen que iban y les saliesen de paz. Y yendo por la tierra de los enemigos iban de noche, y no de día.

Como llegaban los mensajeros a dar mandato a Anáhuac, luego los señores salían a recibirlos, y también venían aparejados de guerra con todas sus armas, y recibíanlos en medio del camino de los enemigos, y de allí los llevaban consigo hasta su tierra, que es Anáhuac Xicalanco; en llegando los mercaderes a la provincia de Anáhuac Xicalanco, luego daban a los señores lo que el señor de México les enviaba, y saludábanle de su parte, y luego el señor, o señores de la misma provincia del pueblo de Xicamalco, y del pueblo de Cimatécatl, y Cuatzacualco, les daban grandes piedras labradas, verdes, y otros *chalchihuites* labrados, largos, y otros *chalchihuites* colorados; y otras que son esmeraldas, que ahora se llaman *quetzalitzli* y otra manera de esmeraldas, y otras muchas piedras de muchas maneras.

También les daban caracoles colorados, y veneras coloradas, y otras veneras amarillas, y paletas de cacao amarillas, hechas de conchas de tortuga, y otras paletas también de tortugas pintadas como cuero de tigre blanco y negro: dábanles plumas ricas de muchas maneras, y cueros labrados de bestias fieras.

Todas estas cosas traían los mercaderes de aquella provincia de Xicalanco para el señor de México, y como volvían y llegaban a México, luego lo presentaban al señor, de esta manera dicha. Hacían sus viajes los mercaderes de México que llamaban *tecuneneneque*, yendo a aquella tierra de Anáhuac, que está cerca de enemigos de los mexicanos. El señor de México quería mucho a estos mercaderes, tenía los como a hijos, como a personas nobles y muy avisados y esforzadas.

El tributo entre los mexicas

ALONSO DE ZURITA

Alonso de Zurita o Zorita nació probablemente en Córdoba, hacia el año de 1512, y murió en Granada en 1585. Estudió derecho en la Universidad de Salamanca, y desempeñó en América cargos muy importantes, relacionados con su profesión. En 1547 pasó a Santo Domingo; nueve años después estaba en la Nueva España, y diez años más tarde regresaba, enfermo, a su patria, en donde se dedicaría a redactar sus obras históricas. La Breve y sumaria relación de los señores, de la que se ha extraído el texto que sigue, está basada en un cuestionario contenido en una cédula real del 20 de diciembre de 1533, que preguntaba acerca de la organización de los señoríos indígenas en la época prehispánica, y de los procedimientos de tributación tanto coloniales como anteriores a la conquista. La pregunta a la que responde el texto que se transcribe, dice: "Otrosí os informaréis qué géneros de personas eran los que pagaban tributos, y si eran solos los labradores, que llaman ellos maceguals, y si también pagaban en él los mercaderes, o otra manera de gente; y si entre ellos había algún género de hombres que fuesen libres de tales tributos." En la edición de 1941, el texto aparece en las páginas 141 a 145. Agrego entre paréntesis tanto una omisión como los términos en lengua náhuatl que aparecen incorrectamente escritos.

Qué género de gente tributaba y si había algunos libres de tributo

Dos preguntas contiene este capítulo: la primera qué género de gente era la que tributaba; la segunda, si había algunos libres de tributo.

Cuanto a la primera pregunta, según lo que pude averiguar, tributaban cuatro maneras de gentes, en que se incluye todo el común.

La una manera de tributarios se llamaba *teccallec* (*teccaleque*), que quiere decir gente de unos principales, que es la gente que tenían los segundos señores, que se decían *tectechtzin* (*tetecuhtin*), de quien se ha dicho que no iban por sucesión, sino que los supremos lo daban a quien se había señalado en la guerra, o en servicio de la república, o del señor; y a estos segundos señores pagaban el tributo que habían de pagar al supremo, como todo queda ya declarado en las respuestas de la primera pregunta de aquel capítulo, cuando se trató cuántas maneras había de señores.

La segunda manera de tributarios se llama *calpullec* (*calpuleque*) o *chinancallec* (*chinancaleque*), que quiere decir (gente de) barrios conocidos o parestesco antiguo y conocido que están por sí, y ésta era mucha gente, por ser los *calpullec* muchos, y casi entraban en ella todos los que tributaban al señor supremo; y a su principal o cabeza le labraban una sementera para su sustento, y le daban servicio conforme a la gente que había en el barrio, y era por el cuidado que de ellos tenía, y por lo mucho que gastaba en las juntas que se hacían por año en su casa en pro del común; y esto no lo pagaban por mandato del señor supremo ni de obligación, sino era la que tenían por ser ésta su cos-

tumbre antiquísima, y así no era en perjuicio del tributo del supremo.

Otra manera y tercera había de tributarios, que eran los mercaderes, y éstos eran linajes conocidos, y ninguno lo podía ser si no le venía de herencia, o con licencia de los señores, y tenían algunas libertades, porque decían que eran necesarios para la república; y también tributaban los oficiales de lo que era de su oficio, y los mercaderes de lo que trataban; y todos éstos no eran obligados al servicio personal, ni a las obras públicas, sino era en tiempo de necesidad, ni eran obligados a ayudar en las milpas o sementeras que se hacían para los señores, porque cumplían con pagar su tributo y siempre había entre ellos un principal para lo que se les ofrecía que tratar por todos los señores o con los gobernadores; y estos andaban también con los *calpullec* y con los *tecallec*, porque de todo género de gentes había en cada barrio.

Estos tributos que se daban a los señores supremos era para la sustentación de la república, y para las guerras, que eran ordinarias, y de ellos el señor supremo, que era a quien obedecían los otros que también se lamaban supremos en su tierra, tenían su parte, y de ella pagaba los gobernadores y ministros de justicia, y daban acostamiento y ración a muchos principales, según la calidad de cada uno, y sustentaba los capitanes, y ordinariamente comía toda esta gente en casa del señor supremo, donde cada uno tenía su asiento y lugar señalado, según su dignidad o calidad y oficio que tenía en la casa del señor, o en la guerra o república, y no era en manos del señor disponer a su voluntad de estos tributos, porque se alteraba la gente y los principales, si no era de su parte, e los demás en lo que está dicho;

e por ser la gente mucha, era mucho lo que se allegaba y había para todo.

Otra cuarta manera había de tributarios, que llaman *tlalmactes* (*tlalmayeque*) o *mayeques*, que quiere decir labradores que están en tierras ajenas, porque las otras dos maneras de tributarios todos tienen tierras en particular o en común en su barrio o *calpulli*, como queda declarado; y éstos no las tienen, sino ajenas; porque a los principios cuando repartieron la tierra los que la ganaron, como se ha dicho, no les cupo a éstos parte, como sucedió cuando la ganaron los cristianos, que a unos cupo tierras e indios, y a otros ni lo uno ni lo otro.

No se podían ir estos *mayeques* de unas tierras a otras, ni se vio que se fuesen ni dejasen las que labraban, ni que tal intentasen, porque no había quien osase ir contra lo que era obligado; y en estas tierras sucedían los hijos y herederos del señor de ellas, y pasaban a ellos con los *mayeques* que en ellas había, y con la carga y obligación del servicio y renta que pagaban por ellas, como lo habían pagado sus predecesores, sin haber en ello novedad ni mudanza; y la renta era parte de lo que cogían, o labraban una suerte de tierra al señor, como era la gente y el concierto, y así era el servicio que daban de leña y agua, y para su casa.

Éstos no tributaban al señor supremo ni a otro, sino era al señor de las tierras, como se ha dicho, ni acudían a las sementeras que se hacían de común, porque en lugar del tributo que al señor debían, daban al señor de las tierras que labraban lo que está dicho, y las tenían y nombraban por suyas, porque tenían el dominio útil, y los dueños el directo; y esto es de tiempo inmemorial y de consentimiento de los señores supremos, y a éstos acudían a servir solamente en tiempo de guerra, porque

entonces ninguno había excusado, y tenían sobre ellos la jurisdicción civil y criminal.

Cuando el señor muere y deja hijos, está en su mano repartir sus tierras patrimoniales y dejar a cada uno de ellos los *meyeques* y tierras que les pareciere, porque no son de mayorazgo, y lo mesmo los demás que tenían tierras y *meyeques* [...]

Había e hay tierras señaladas que andan con el señorío, que llaman *tlatocamilli*, que quiere decir tierras del señorío, y de éstas no podía el señor disponer, por ser del señorío y andar con él, y el señor las arrendaba a quien quería; y lo que se daba de renta, que era mucha, por ser, como eran, las tierras muchas y muy buenas, se comía y gastaba en casa del señor, porque era costumbre general de los señores que todo lo que se cobraba de los dichos tributos e rentas de las tierras del señorío se comiese, como está dicho, en su casa, adonde ansimesmo acudían a comer todos los pasajeros y los pobres, demás de los principales y los demás que se han dicho, a cuya causa eran muy honrados e obedecidos e servidos, y por cumplir con éstos gastaban cuando faltaba de lo demás lo de sus tributos patrimoniales.

En la segunda parte del capítulo se pregunta si había entre estos naturales algunos libres de tributo.

Lo que se pudo averiguar es que los labradores pagaban los tributos reales y personales; y los mercaderes y oficiales pagaban tributo, pero no personal, si no era en tiempo de guerras. Ni en el un tributo ni en el otro no tributaban los *tecutles* (*tetecuhtin*) ni los *pilles* (*pipiltin*) que se ha dicho, porque eran, como dicho es, hidalgos y caballeros a su modo, y servían en las guerras y oficios públicos de gobernadores y ministros de justicia, y asistían en casa del señor supremo, y unos

servían de continuos y escuderos para lo acompañar, y otros de mensajeros y para negocios del señor; otros para llevar los labradores a las sementeras o a otras cosas que se hacían de común, o para sus fiestas y servicio del señor; y para este efecto tenían repartidos los pueblos por barrios entre estos principales; otros había que no tenían gente a cargo, e acompañaban al señor de ordinario y no tributaban, y a todos los dichos daba acostamiento y de comer, y el señor les daba algunos labradores que les sirviesen y para les traer leña y agua y labrarle su sementera, conforme a la persona y calidad de cada uno, y éstos no eran perpetuos, porque unas veces se señalaban para ello unos, y otras veces otros, y no eran obligados a acudir a la milpa ni servicio del señor supremo, porque cumplían en darle en su lugar a estos principales; y así se ha de entender siempre que servían a algún señor o principal, si no era en tiempo de guerra, por manera que jamás tributaba uno a dos señores, y el tributo era este servicio que daban, y la milpa o sementera que labraban al señor supremo, o a otro en su lugar e por su mandado.

También eran libres de tributos los que esaban debajo del poderío de sus padres y los huérfanos, porque faltándoles sus padres, después que se perdió la buena orden que había en criar los muchachos, como se ha dicho, se llegaban e llegan a un pariente para le servir porque les den de comer, y le servían y sirven hasta que se casan, y no hay ni hubo entre ellos soldada, ni tal se usa ni usó, ni tributaban las viudas ni lisiados e impedidos para trabajar, aunque tuviesen tierras, porque todos los dichos no las podían labrar hasta que eran de edad para ello, o tenían quien les ayudase o se las labrase, e porque no era la culpa suya no labrarlas, no se las quitaban ni daban a otros. Asimesmo no tri-

butaban pobres mendicantes, ni hidalgos a su modo, de quien ya se ha dicho, ni los *mayerques* de señores o de otros particulares, porque lo que daban a éstos era en lugar del tributo que debían al señor universal a supremo.

Los que servían a los templos o estaban diputados para el culto de sus ídolos, en ningún tributo servían ni se ocupaban, más que en lo tocante al servicio de ellos.

La esclavitud entre los mexicas

FRAY TORIBIO DE BENAVENTE, MOTOLINÍA

Un texto más de fray Toribio de Benavente, en este caso acerca de los mexicas, nos describe las particularidades de la institución a la que se dio el nombre de esclavitud. Ya Motolinía, desde los primeros párrafos, hace notar que entre la practicada en la Nueva España y la conocida en el Viejo Mundo existe una gran distancia, al grado de que la primera no reúne, a su manera de ver, los requisitos indispensables para ser llamada esclavitud. El texto se encuentra en las páginas 366 a 372 de la edición de los Memoriales hecha por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1971.

El modo y manera que estos naturales tenían de hacer esclavos y de la servidumbre a que los esclavos eran obligados

El hacer de los esclavos entre estos naturales de la Nueva España es muy al contrario de las naciones de Europa, y es tan dificultosa cosa acabarla de bien entender como cualquiera de las ya dichas, y a mi ver no he sentido cosa tan escabrosa e intrincada como ésta, y puesto caso que yo ponga mi diligencia para sacar la raíz, los modos y maneras que éstos tenían de hacer esclavos, nadie querría que la tomase por ley

o argumento para defender su partido, ni tomando una cosa y dejando otras, con ellas quiera excusar y favorecer su opinión, dado caso que yo me siga por las leyes y costumbres de Tezcucó y México, especialmente en esta cuarta parte, que creo son las más generales. En otras provincias y generaciones de otras diversas lenguas, tenían otras leyes y costumbres de hacer esclavos, y especial a do no reconocían subjeción a México ni a Tezcucó.

Según que del común decir yo tenía entendida esta materia de hacer esclavos, hallo que muy al contrario la usaban estos naturales, y aun me parece que éstos que llaman esclavos les faltan muchas condiciones para ser propiamente esclavos, porque los esclavos de la Nueva España tenían peculio, y adquirían y poseían propio, y no podían ser vendidos sino con las condiciones que abajo se dirán. El servicio que hacían a sus amos era limitado y no siempre ordinario. A unos que servían por esclavos, casándose o habiendo servido algunos años, o queriéndose casar, salían de la servidumbre y entraban otros, sus hermanos o deudos. También había esclavos hábiles y diligentes, que demás de servir a sus amos, mantenían casa con mujer e hijos, y compraban esclavo o esclavos de que se servían. Los hijos de los esclavos nacían libres. Todas estas condiciones, o lo más, faltan a los que las leyes dan por siervos y esclavos.

Las maneras de hacer esclavos que luego se dirán, pasaban delante de testigos, personas de anciana edad, los cuales ponían de la una parte y de la otra, para que fuesen como terceros, y entendiesen en el principio, y fuesen testigos; y éstos habían de ser hasta cuatro, o dende arriba, y siempre se ayuntaban muchos, como cosa solemne.

Había entre algunos hombres que se daban al vicio de jugar a la pelota, o al juego que llaman el *patolli*, que es a la manera de juego de las tablas, aunque acá lo juegan encima de una estera: encima de aquella estera lanzan unas habillas o frisoles rayados, y según el número que salen, así van mudando padrezuelas por unas casas que están rayadas y señaladas en la estera; dicen los que saben el juego de las tablas, que el que éstos juegan es el mismo. Estos jugadores, puestos en necesidad, para tener que jugar vendíanse y hacíanse esclavos; el más común precio eran veinte mantas, que es una carga de ropa; unas son mayores y mejores que otras, y vale más una carga que otra, y así eran los esclavos: unos más dispuestos que otros, y por el mejor daban más precio.

Había también mujeres que se daban a ruin vida, y a traerse lozanamente, y las malas mujeres en esta tierra de balde daban su cuerpo las más veces, y así por necesidad, como por traerse y vestirse a su contentamiento, vendíanse por esclavas. Estas dos maneras de esclavos, primero gozaban de su precio, que comenzasen a servir, y el precio pocas veces pasaba de año que no se les acabase, y luego iban a servir. Esto se parece al que hacían señor por un año y acabado, le mataban.

Cuando algún niño se perdía, luego lo pregonaban y buscaban por todas partes, y si alguno lo escondía y lo iba a vender, o de industria hurtaba algún muchacho y lo vendía en otro pueblo, cuando se venía a saber, al ladrón, porque vendió por esclavo el que no lo era, hacíanle a él esclavo.

Los parientes del traidor a su señor o a su república, que supieron de la traición y no la manifestaron, hacíanlos esclavos; y al traidor dábanle muerte que dijimos en los capítulos de la guerra.

Al que hurtaba en cantidad de hurto notable, o tenía por uso el hurtar, al tal hacíanle esclavo, y si después de esclavo tornaba al oficio de ladrón, ahorcábanle.

En esta tierra guardan el *centli* o maíz en unas paneras o trojes como muy grandes tinajas, y encerrado allí el pan, atápanle la boca que tiene en lo alto con su barro. El ladrón que allí ha de hurtar no basta ir solo, mas ha menester compañía que le ayude a subir, y el que entra saca maíz que puede dar a otro, y el que a este hurto incitaba a otro, comúnmente era el que sobía y entraba en la troje; tomado o sabido del hurto, sólo al solicitador y que entró en la panera hacían esclavo.

El que hurtaba pequeños hurtos, si no era muy frecuentados, con pagar lo que hurtaba hacía pago, y si no tenía de qué pagar una y dos veces, los parientes se ayuntaban y repartían entre sí el valor de lo que había hurtado, y pagaban por diez y doce mantas y dende arriba. Ni es de creer que hacían esclavo por cuarenta ni cincuenta mazorcas de *centli*, ni por otra cosa de más precio, si él tenía de que pagar o los parientes que lo tenían por constumbre, y ansí lo afirmaban los de Tezcucuo. A las personas de diez años abajo perdonábanles los hurtos y delitos por inocentes y menores de edad.

En hurtando alguno cosa de mucho precio, ansí como joyas de oro o mantas ricas en cantidad, luego ponían diligencia de lo buscar por los mercados, y avisaban a las guardas que siempre residían en la plaza, que llamaban *tiyanquitztli* o *tiyanquizco*, que el primero es el recto y el otro es oblico; no tiene esta lengua en los nombres más de estos dos casos. El primero que conocía su hurto y daba con el ladrón, aquél se le daban que fuese su esclavo, aunque hobiere también hurtado a otros; y por esta causa casi siempre compraban y vendían en el *tiyanquizco*, y el que fuera de allí quería

vender, teníanle por sospechoso, y en el mercado tenían mucha guarda y aviso sobre los ladrones.

En los mismos mercados tienen sus portales y sale-tas abiertas que miran hacia el *tiyanquizco*, a do se albergan los tratantes y los pasajeros, y también para cuando llueve; y como en el mercado, entre otras cosas, se venden y caen cosas de comer, a las noches van los perrilos de la tierra a buscar su vida, y los guardias del *tiyanquizco*, y a las veces otros muchachos, cuando sienten que es hora que los perrillos están dentro, ponen redes a las calles que salen del mercado. Acaeció una vez que estando las redes puestas en este *tiyanquizco* de Tezcucu, entre los que estaban albergados en los portales, levantóse un indio, y hurtó la manta a otro, dejándole descubierto; pero por sotilmente que lo hizo, despertó el desnudo, y tras el ladrón dando voces, y el ladrón iba delante huyendo, y al salir del mercado, no viendo la red, cayó en ella, y allí enredado tomáronle. A la mañana, llevado a los jueces, fue condenado por esclavo, diciendo que sus pecados eran grandes, pues le habían metido en la red de los perros, y éste fue hecho esclavo. En caso particular no daban pena por tomar perros ajenos, porque dicen que es animal que tiene buenos dientes y pies para huir, que se defienda o que lo guarde su amo.

Algunos pobres que tenían hijos, especialmente los viejos o en tiempo de mucha necesidad, hablaba el marido con la mujer en poner algún socorro a su necesidad y pobreza, y concertábanse de vender su hijo, y llamados los terceros y testigos vendíanlo. Acontecía muchas veces que habiendo servido aquel hijo algunos años, parecíales que era bien repartir el trabajo, y daban al señor otro hijo de nuevo, y sacaban el primero; no sólo holgaba de ello el amo, mas daba por el que

entraba de nuevo otras tres o cuatro mantas o cargas de maíz, y esto estaba así en costumbre.

Había algunos holgazanes que tenía poco más cuidado de andarse comiendo y bebiendo, y como les faltaba, vendíanse y gozaban de su precio, e luego como lo acababan de comer, comenzaban a servir a sus amos. Lo que aquí va dicho de hombres, lo mismo se ha de entender de mujeres.

Acaba la materia de los esclavos, y se declara las condiciones de su servidumbre, y cuáles se podían vender, y cuáles no

Tuvieron otra manera de hacer esclavos, que llamaron *huehuetlatlaculli*, que quiere decir "culpa o servidumbre antigua". Si una casa o dos se vían en necesidad de hambre, vendían un hijo, e obligábanse todos a tener siempre aquel esclavo vivo, que aunque muriese el que señalaban habían de suplir otro, salvo si moría en casa de su amo, o le tomaba algo de lo que él adquiriría, por lo cual ni el amo le tomaba lo que el esclavo tenía, ni quería que habitase en su casa, más de que le llamaban para entender en la hacienda de su amo, así como para ayudar a labrar, sembrar y coger; algunas veces traía leña y barría. Cuando aquel que habían señalado había ya servido algunos años, queriendo descansar o casar, decía a los otros que juntamente con él estaban obligados y habían gozado del precio, que entrase otro a servir algún tiempo; pero no por esto se libraba de la obligación él ni con quien casaba, ahora fuese varón, ahora hembra; mas los que de primero se habían obligado, con los de ellos descendientes contraían aquella obligación, y de esta manera de obligados acon-

tecía estar cuatro o cinco casas, o los moradores de ellas, ser obligados por un esclavo a un amo y a sus herederos.

En el año de mil quinientos y cinco años, el cual fue año de hambre, el señor de Tezcuco, llamado Nezahualpilcintli, viendo el abuso de la mala ley, y para que con aquel año no se acrecentase más, casó e anuló la mala ley y libertó las casas que estaban obligadas. De creer es que sabido en México y en otras partes que tenían tan mala costumbre de hacer esclavos, y que harían lo que en Tezcuco.

Había algunos esclavos mañosos que por tener para jugar o para comer se vendían dos veces. Llevados por sus amos ante los jueces, mandaban que el esclavo sirviese al que se vendió delante de testigos, y si ambas veces había pasado la venta ante testigos, daban el esclavo al primer amo.

Los hijos de esclavo eran libres, y lo mesmo los hijos de esclava nacían libres; pero lo que es más, los hijos de esclavo y esclava eran también libres.

Algunos quisieron decir que si un libre se echaba con esclava y se empreñaba, el tal libre era hecho esclavo y servía al señor de la esclava; pero cuanto he podido inquirir no hallo tal cosa, ni los indios conceden tal modo de esclavo.

Ansimismo hobo quien quiso decir que cuando alguno tomaba mantas fiadas de algún mercader, o otra cosa de equivalente valor, y moría sin pagar, que el mercader, de su autoridad, por la deuda hacía esclava a la mujer del difunto, e si el difunto había dejado hijo, el hijo hacía esclavo y no a la madre. Lo que en este caso dicen los viejos de Tezcuco, que lo saben bien, porque algunos de ellos fueron jueces antes de las guerras y saben bien las leyes por do se regían, que pasaba de esta manera, que si alguno tomaba fiado y

no tenía de que pagar, una y dos veces los parientes se ayuntaban y repartían entre sí la deuda y lo libraban de la cárcel y de la deuda; y si era difunto, el acreedor se entregaba en los bienes o heredades, si las había dejado, así como haciendas, casas o tierras; pero no en persona jamás.

Los esclavos, demás de servir a sus amos, que como la servidumbre no era ordinaria, adquirían para sí hasta casarse y mantener casa, y comprar otro esclavo que los servían, y algunos hubo que tuvieron esclavos a su servicio, siendo ellos esclavos. Esto debió saber aquel negro que escribió de esta Nueva España a otro su amigo, también negro y esclavo, y habiendo quedado en Santo Domingo o en España, y decía la carta: "Amigo fulano, ésta es buena tierra para esclavos: aquí el negro tiene buena comida; aquí negro tener esclavo que sirve a negro, y el esclavo del negro tener *naboría*, que quiere decir mozo o criado; por esto trabaja que tu amo te venda para que vengas a esta tierra, que es la mejor del mundo para negros."

Si los esclavos eran muchachos o pobres, estábanse en casa con sus amos, los cuales los trataban cuasi como a hijos, y ansí los vestían y daban de comer como a hijos, y muchas veces los amos tomaban a sus esclavas por mujeres, y las mujeres, muertos sus maridos, tomaban a sus esclavos por maridos, y esclavos había que mandaban y regían la casa de su señor, como un mayordomo.

Los esclavos que salían malcriados y perezosos, viciosos y fugitivos, sus amos les amonestaban y requerían dos y tres veces y más, delante testigos, y si todavía permanecían incorregibles, echábanles la collera, que es una media argolla de palo, y puesta en la garganta sale detrás encima de las espaldas con dos agujeros, y por

los agujeros atraviesan una vara larga con que queda presa la garganta, y a la vara ayuntan otra vara por de fuera de los agujeros; y atan las varas ambas a dos, la una a la otra y arremátanla a las puntas a do no puede alcanzar con las manos, ni se puede desatar, y así los llevan por los caminos, y a las veces le echa una traílla de cordel, por do los llevan. Otros, y porque de noche no se desaten o no corten el cordel. átanles las manos una sobre otra, y a las veces arriba a la vara que va encima de los hombros.

Después que al esclavo echaban collera, podíanlo vender en cualquier *tiyanquizco*, y si de la primera o segunda vendidura no se enmendaba, que cuando le mercaban preguntaban cuántas veces había sido vendido, o si todavía perseveraba en ser astroso, de tres veces o desde arriba le podían vender y comprar para ser sacrificado. Pocas veces sacrificaban esclavos; cuasi todos eran presos en guerra.

Cuando el esclavo traía collera, tenía un remedio para se librar, y era que si se podía escabullir y acogerse al palacio y casa principal del señor, en entrando dentro era libre, e nadie le podía impedir la entrada, ni volver del camino que llevaba, si no era su amo o su ama, y los hijos cuyos era el esclavo; cualquier otra persona que echaba mano del esclavo para le impedir, ora en la calle por el camino, ora a la puerta del palacio, por el tal detenimiento era hecho esclavo, y el esclavo libre. Estos palacios eran las casas de los grandes señores.

Cuando alguno que tenía esclavo y se vía en necesidad, no por eso lo vendía, mas decíale: “yo me veo en necesidad, conviene que trabajes de me ayudar”, luego el esclavo comenzaba de ir a los mercados, cargándose de lo que valía poco precio, y llevábalo a

vender a otra parte a do valiese más, y allá a do vendía tornaba a cargar de lo que en su tierra era de más precio y ganancia: con el cual trabajo e industria iba remediando la necesidad de su amo.

Acostumbrábase entre estos naturales los señores de esclavos que bien los habían servido, de los dejar horros y libres en su muerte, y si esto no hacían, quedaban los esclavos a sus herederos.

La educación de nobles y plebeyos entre los mexicas

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN

Fray Bernardino de Sahagún nos proporciona en los textos siguientes una descripción de las instituciones educativas de los mexicas, y de las costumbres y normas que regían tanto en el telpochcalli como en el calmécac. Queda claro en los trozos transcritos el papel de la escuela en la diferenciación social de la vida adulta. Los capítulos pertenecen a las páginas 298 a 307 del volumen primero, y 327 a 329 del volumen segundo, de la edición de la Historia general de 1956.

De cómo la gente baja ofrecía sus hijos a la casa que se llama telpochcalli, y de las costumbres que allí les mostraban

En naciendo una criatura luego los padres y madres hacían voto y ofrecían la criatura a la casa de los ídolos que se llama *calmécac* o *telpochcalli*.

Era la intención de los padres ofrecer la criatura a la casa de los ídolos que se llama *calmécac* para que fuese ministro de los ídolos, viniendo a edad perfecta.

Y si ofrecían la criatura a la casa del *telpochcalli*, era su intención que allí se criase con los otros mancebos para servicio del pueblo y para las cosas de la guerra.

Y antes que le llevasen a la casa del *telpochcalli*, los padres hacían y guisaban muy buena comida, y convidaban a los maestros de los mancebos que tenían cargo de criarlos y mostrarles las costumbres que en aquella casa usaban.

Y hecho el convite en casa de los padres del muchacho, hacían una plática a los maestros que los criaban, y decíanles:

“Aquí os ha traído Nuestro Señor, creador del cielo y de la tierra; os hacemos saber que Nuestro Señor fue servido de hacernos merced de darnos una criatura, como una joya o pluma rica, que nos fue nacida; por ventura se criará y vivirá; y es varón; no conviene que le mostremos oficio de mujer, teniéndole en casa. Por tanto os lo damos por vuestro hijo, y os lo encargamos porque tenéis cargo de criar a los muchachos y mancebos, mostrándoles las costumbres, para que sean hombres valientes, y para que sirvan a los dioses Tlaltecutli y Tonatiuh, que son la Tierra y el Sol, en la pelea, y por esto ofrecémosle al señor todopoderoso Yáotl, o por otro nombre Titlacauan, o Tezcatlipoca.”

“Por ventura se criará y vivirá, placiendo a Dios; entrará a la casa de penitencia y del lloro que se llama *telpochcalli*; desde ahora os lo entregamos para que more en aquella casa donde se crían y salen hombres valientes, porque en este lugar se merecen los tesoros de Dios, orando y haciendo penitencia y pidiendo los tesoros de misericordia y merced de darles victorias, para que sean principales, teniendo habilidad para gobernar y regir a la gente baja.”

“Y nosotros, padres indignos, ¿por ventura merecerá nuestro lloro y nuestra penitencia que este muchacho se críe y viva? ¡No, por cierto, porque somos indignos viejos y viejas caducos! Por tanto, humildemente os

rogamos que le recibáis y toméis por hijo, para entrar y vivir con los otros hijos de principales y otra gente que se crían en caso de *telpochcalli*.”

Y los maestros de los muchachos y mancebos respondían de esta manera, diciendo a los padres del muchacho:

“Tenemos en mucha merced haber oído vuestra plática o razonamiento. No somos nosotros a quien hacéis esta plática o petición, mas la hacéis al señor dios Yáotl, en cuya persona la oímos; él es a quien habláis y a él dais y ofrecéis vuestro hijo, o vuestra piedra preciosa y pluma rica, y nosotros en su nombre le recibimos; él sabe lo que tiene por bien de hacer de él. Nosotros, indignos siervos caducos, con dudosa esperanza esperamos lo que será y lo que tendrá por bien hacer a vuestro hijo, según que él tiene ya ordenado de hacerle mercedes, conforme a su disposición y determinación, que antes del principio del mundo determinó de hacer.”

“Cierto, ignoramos los dones que le fueron dados y la propiedad y condición que entonces le fue dada; ignoramos también qué fueron los dones que le fueron dados a este niño cuando se bautizó; también ignoramos el signo bueno o malo en que nació y se bautizó; no podemos nosotros, siervos bajos, adivinar estas cosas. Nadie de los que nacen recibe su fortuna acá en el mundo; cierta cosa es que nuestra fortuna con nosotros la traemos cuando nacemos, y nos fue dada antes del principio del mundo. En conclusión, recibimos vuestro niño para que sirva en barrer y en los otros trabajos bajos, en la casa de Nuestro Señor. Deseamos y rogamos que le sean dadas las riquezas de Nuestro Señor, Dios. Deseamos que en esta casa se manifiesten y salgan a luz los dones y mercedes con que Nuestro Señor

le adornó y hermoseó antes del principio del mundo; o por ventura, Nuestro Señor le llevará para sí y le quitará la vida en su niñez; por ventura no merecemos que viva largo tiempo en este mundo; no sabemos cosa cierta qué os decir, para que os podamos consolar; no os podemos decir con certidumbre esto será, o esto hará o esto acontecerá, o será estimado, será ensalzado, vivirá sobre la tierra. Por ventura, por nuestros deméritos será vil y pobre, y despreciado sobre la tierra; por ventura será ladrón o adúltero, o vivirá vida trabajosa o fatigosa. Nosotros haremos lo que es nuestro, que es criarle y doctrinarle como padres y madres; no podremos por cierto entrar en él, dentro de él, y ponerle nuestro corazón; tampoco vosotros podréis hacer esto, aunque sois padres. Lo que resta es, que no descuidéis en encomendarle a Dios con oraciones y lágrimas, para que nos declare su voluntad.”

De la manera de vivir y ejercicios que tenían los que se criaban en el telpochcalli

En entrando en la casa del *telpochcalli* el muchacho, dábanle cargo de barrer y limpiar la casa y poner lumbré, y hacer los servicios de penitencia a que se obligaba.

Era la costumbre que a la puesta del sol todos los mancebos iban a bailar y danzar a la casa que se llamaba *cuicacalco*, cada noche, y el muchacho también bailaba con los otros mancebos; y llegando a los quince años y siendo ya mancebillo, llevábanle consigo los mancebos al monte, a traer leña, que era necesaria para la casa del *telpochcalli* y *cuicacalco*, y cargábanle al

mancebo un leño grueso o dos, para probar y ver si ya tenía habilidad para llevarle a la pelea.

Y siendo ya hábil para la pelea, llevábanle y cargábanle las rodela, para que las llevase a cuestras; y si estaba ya bien criado, y sabía las buenas costumbres y ejercicios a que estaba obligado, elegíanle para maestro de los mancebos, que se llama *tiáchcauh*; y si era ya hombre valiente, y si en la guerra había cautivado cuatro enemigos, elegíanle y nombrábanle *tlacatécatl*, o *tlacochcácatl*, o *cuauhtlato*, los cuales regían y gobernaban el pueblo. O elegíanle por *achcauhtli*, que era como ahora alguacil, y tenía vara gorda y prendía a los delincuentes y los ponía en la cárcel.

De esta manera iban subiendo de grado en grado los mancebos que allí se criaban, y eran muy muchos los que se criaban en las casas del *telpochcalli* porque cada parroquia tenía quince o diez casas de *telpochcalli*.

Y la vida que tenía no era muy áspera, y dormían todos juntos, cada uno apartado del otro, en cada casa de *telpochcalli*, y castigaban al que no iba a dormir en estas casas, y comían en sus casas propias.

Iban todos juntos a trabajar dondequiera que tenían obra, a hacer barro, o paredes, o maizal, o zanja o acequia. Para hacer estos trabajos iban todos juntos, no se repartían, o iban todos juntos a tomar y traer leña a cuestras de los montes, que era necesario para la casa de *cuicacalco* y *telpochcalli*; y cuando hacían alguna obra de trabajo, cesaban del trabajo un poco antes de la puesta del sol. Entonces íbanse a sus casas y bañábanse, untábanse con tinta todo el cuerpo, pero no la cara; luego poníanse sus mantas y sartaes, y los hombres poníanse unos sartaes de caracoles mariscos que se llaman *chipolli*, o sartaes de oro, y en lugar de peinarse escarrapuzábanse los cabellos hacia arriba por

parecer espantables, y en la cara ponían ciertas rayas con tinta y margagita, y en los agujeros de las orejas poníanse unas turquesas que se llaman *xiuhnacochtli*, y en la cabeza poníanse unas plumas blancas como penachos; y vestíanse con las mantas de maguey que se llama *chalcaáyatl*, las cuales eran tejidos de hilo de maguey torcido; no eran tupidas, sino flojas y ralas a manera de red, y ponían unos caracoles mariscos sembrados y atados por las mantas; y los principales vestíanse con las mismas mantas, pero los caracoles eran de oro; y los hombres valientes que se llamaban *cuacua-chictin* traían atados a las mantas unos ovillos grandes de algodón; y tenían costumbre cada día, a la puesta del sol, que ponían lumbre en la casa de *cuicacalco* los mancebos, y comenzaban a bailar y danzar todos, hasta pasada la media noche; y no tenían otras mantas sino aquellas mantas que se llaman *chalcaáytl*, que andaban casi desnudos; y después de haber bailado todos iban a las casas de *telpochcalli* a dormir, en cada barrio, y así lo hacían cada noche; y los que eran amancebados íbanse a dormir con sus amigas.

De los castigos que hacían a los que se emborrachaban

Los mancebos que se criaban en la casa del *telpochcalli* tenían cargo de barrer y limpiar la casa; y nadie bebía vino, mas solamente los que eran ya viejos bebían el vino muy secretamente y bebían poco, no se emborrachaban; y si parecía un mancebo borracho públicamente, o si le topaban con el vino, o le veían caído en la calle, o iba cantando, o estaba acompañado con los otros borrachos, este tal, si era *macegual*, castigábanle

dándole de palos hasta matarle, o le daban garrote delante de todos los mancebos juntados, porque tomasen ejemplo y miedo de no embarrocharse; y si era noble el que se emborrachaba, dábanle garrote secretamente.

Y estos mancebos tenían sus amigas, cada dos, o tres. La una tenían en su casa y las otras estaban en sus casas; y quien quería salir de la casa de *telpochcalli*, y dejar la conversación de los mancebos, pagaba a los maestros diez o veinte mantas grandes que se llaman *cuachtli*, si tenían hacienda, y así en consintiendo los maestros de los mancebos, luego le dejaban salir de aquella casa, y casábanse; y entonces le llamaban *tlapaliúhcatl*, que quiere decir que no es mancebo, sino que es casado.

Y el que era bien criado y aficionado a las costumbres de los mancebos, no salía de allí de su voluntad, aunque fuese ya de edad perfecta, sino que por mandato del rey o señor salía de aquella casa.

Y de estos mancebos no se elegían los senadores que regían los pueblos, sino otros oficiales más bajos de la república, que se llamaban *tlatlacateca* y *tlacochcalca* y *achcacauhtin*, porque no tenían buena vida, por ser amancebados y osaban decir palabras livianas y cosas de burla, y hablaban con soberbia y osadamente.

De cómo los señores y principales y gente de tono ofrecían sus hijos a la casa que se llamaba calmécac y de las costumbres que allí los mostraban

Los señores o principales o viejos ancianos ofrecían a sus hijos a la casa que se llamaba *calmécac*. Era su intención que allí se criasen para que fuesen ministros de los ídolos, porque decían que en la casa de *calmécac*

había buenas costumbres, y doctrinas y ejercicios, y áspera y casta vida, y no había cosa de desvergüenzas, ni reprehensión, ni afrenta ninguna de las costumbres que allí usaban los ministros de los ídolos, que se criaban en aquella casa.

Señor o principal o rico, cualquier que tenía hacienda, cuando ofrecía a su hijo hacía y guisaba muy buena comida y convidaba a los sacerdotes y ministros de los ídolos, que se llamaban *tlamacazque* y *cuacuacuiltin*, y a los viejos pláticos que tenían cargo del barrio; y hecho el convite en casa del padre del muchacho, los viejos ancianos y pláticos hacían una plática a los sacerdotes y ministros de los ídolos que criaban los muchachos de esta manera:

“¡ Ah, señores sacerdotes y ministros de nuestros dioses, habéis tomado trabajo de venir aquí, a nuestra casa, y os trajo Nuestro Señor todopoderoso! Os hacemos saber que Nuestro Señor fue servido de hacernos merced de darnos una criatura, como una joya o pluma rica que nos fue dada; si mereciéramos que este muchacho se críe y viva, y es varón, no conviene que le mostremos oficio de mujer teniéndole en casa; por tanto, os le damos por vuestro hijo y os le encargamos, y ahora al presente ofrecémosle al señor Quetzalcóatl, o otro nombre Tlilpotonqui, para entrar en la casa de *calmécac*, que es la casa de penitencia y lágrimas donde se crían los señores nobles, porque en este lugar se merecen los tesoros de Dios, orando y haciendo penitencia con lágrimas y gemidos, y pidiendo a Dios que les haga misericordia y merced de darles sus riquezas.”

“Desde ahora le ofrecemos, para que en llegando a edad conveniente entre y viva en casa de Nuestro Señor, donde se crían y doctrinan los señores nobles, y para que este nuestro muchacho tenga cargo de barrer y

limpiar la casa de Nuestro Señor. Por tanto, humildemente rogamos que lo recibáis y toméis por hijo; para entrar y vivir con los otros ministros de nuestros dioses en aquella casa donde hacen todos los ejercicios de penitencia, de día y de noche, andando de rodillas y de codos, rogando y llorando, y suspirando ante Nuestro Señor.”

Y los sacerdotes y ministros de los ídolos respondían a los padres del muchacho de esta manera: “Aquí oímos vuestra plática, aunque somos indignos de oírla, sobre que deseáis que vuestro amado hijo y vuestra piedra preciosa o pluma rica, entre y viva en la casa de *calmécac*. No somos nosotros a quien se hace esta plática, más hácese al señor Quetzalcóatl, o otro nombre Tlilpotonqui, en cuya persona la oímos; él es a quien habláis, él sabe lo que tiene por bien de hacer de vuestra piedra preciosa y pluma rica, y de vosotros sus padres. Nosotros, indignos siervos, con dudosa esperanza esperamos lo que será; no sabemos por cierto cosa cierta qué os decir; esto será o esto será de vuestro hijo; esperemos en Nuestro Señor todo poderoso lo que tendrá por bien de hacer a vuestro hijo.”

Y luego tomaban al muchacho y llevábanle a la casa de *calmécac*, y los padres del muchacho llevaban consigo papeles e incienso, y *maxtles* y mantas, y unos sar-tales de oro y pluma rica, y piedras preciosas ante la estatua de Quetzalcóatl, en la casa de *calmécac*, y en llegando luego todos teñían y untaban al muchacho con tinta todo el cuerpo y la cara, y le ponían unas cuentas de palo que se llama *tlacopatli*; y si era hijo de pobres le ponían hilo de algodón flojo, y le cortaban las orejas, y sacaban la sangre y la ofrecían ante la estatua de Quetzalcóatl; y si aún era pequeño, tornaban a llevarle consigo los padres a su casa.

Y si el muchacho era hijo del señor principal, luego le quitaban las cuentas hechas de *tlacopatli* y las dejaban en la casa de *calmécac*, porque decían que lo hacían así por razón que el espíritu del muchachuelo estaba asido a las cuentas de *tlacopatli*, y el mismo espíritu hacía los servicios bajos de penitencia por el muchachuelo; y si era ya de edad conveniente para vivir y estar en la casa de *calmécac*, luego le dejaban allí en poder de los sacerdotes y ministros de los ídolos, para criarle y enseñarle todas las costumbres que se usaban en la casa de *calmécac*.

De las costumbres que se guardaban en la casa que se llamaba calmécac, donde se criaban los sacerdotes y ministros del templo desde niños

Era la primera costumbre que todos los ministros de los ídolos que se llaman *tlamacazque* dormían en la casa de *calmécac*.

La segunda era que barrían y limpiaban la casa todos, a las cuatro de la mañana.

La tercera era que los muchachos ya grandecillos iban a buscar y cortar puntas de maguey.

La cuarta era que los ya grandecillos iban a traer a cuestras la leña del monte, que era necesaria para quemar en la casa de *calmécac* cada noche, y cuando hacían alguna obra de barro o paredes, o maizal, o zanjas o acequias, íbanse todos juntos a trabajar, en amaneciendo; solamente quedaban los que guardaban la casa y los que les llevaban la comida, y ninguno de ellos faltaba, con mucho orden y concierto trabajaban.

La quinta era que cesaban del trabajo un poco tempranillo, y luego iban derechos a su monasterio

a entender en el servicio de los dioses y ejercicios de penitencia, y bañábanse primero, y a la puesta del sol comenzaban a aparejar las cosas necesarias, y a las once horas de la noche tomaban el camino, llevando consigo las puntas de maguey, cada uno, a solas, iba llevando un caracol para tañer en el camino y un incensario de barro, y un zurrón o talega en que iba el incienso, y teas y puntas de maguey, y así cada uno iba desnudo a poner al lugar de su devoción las puntas de maguey, y los que querían hacer gran penitencia llegaban así a los montes, y sierras, y ríos, y los grandecilos llegaban hasta media legua; y en llegando al lugar determinado, luego ponían las puntas de maguey, metiéndolas en una pelota hecha de heno, y así se volvía cada uno, a solas, tañendo el caracol.

La sexta era que los ministros de los ídolos no dormían dos juntos, cubiertos con una manta, sino que dormían cada uno aparte del otro.

La séptima era que la comida que comían, hacían y guisaban en la casa de *calmécac*, porque tenían renta de comunidad que gastaban para la comida, y si traían a algunos comida de sus casas, todos la comían.

La octava era que cada media noche todos se levantaban a hacer oración y quien no se levantaba y despertaba, castigábanle, punzándole las orejas y el pecho y muslos y piernas, metiéndole las puntas de maguey por todo el cuerpo, en presencia de todos los ministros de los ídolos, porque escarmentasen.

La novena que ninguno era soberbio, ni hacía ofensa a otro, ni era inobediente a la orden y costumbres que ellos usaban, y si alguna vez parecía un borracho o amancebado, o hacía otro delito criminal, luego le mataban o le daban garrote, o le asaban vivo o le asaeteaban; y quien hacía culpa venial, luego le punza-

ban las orejas y lados con puntas de maguey o punzón.

La décima era que a los muchachos castigaban punzándoles las orejas, o los azotaban con ortigas.

La undécima era que a la media noche todos los ministros de los ídolos se bañaban en una fuente.

La duodécima era que cuando era día de ayuno todos ayunaban, chicos y grandes; no comían hasta medio día, y cuando llegaban a un ayuno que se llamaba *atamalculo*, ayunaban a pan y agua, y otros que ayunaban no comían todo el día sino a la media noche, y otro día hasta la media noche, y otros no comían hasta el mediodía, una vez no más, y en la noche no gustaban cosa alguna aunque fuese agua, porque decían que quebrantaban el ayuno si gustaban cosa alguna o si bebían agua.

La decimatercera era que les mostraban a los muchachos a hablar bien y saludar, y hacer reverencia, y el que no hablaba bien o no saludaba a los que se encontraba, o estaban ausentados, luego le punzaban con las puntas de maguey.

La decimacuarta era que les enseñaban todos los versos de canto, para cantar, que se llamaban divinos cantos, los cuales versos estaban escritos en sus libros por caracteres; y más les enseñaban la astrología india, y las interpretaciones de los sueños y la cuenta de los años.

La decimaquinta era que los ministros de los ídolos tenían voto de vivir castamente, sin conocer a mujer carnalmente, y comer templadamente, ni decir mentiras y vivir devotamente y temer a Dios, y con esto acabamos de decir las costumbres y orden que usaban los ministros de los ídolos, y dejamos otras que en alguna parte se dirán.

Da la manera que tenían los señores y gente noble en criar a sus hijos

La manera de criar a sus hijos que tenían los señores y gente noble es que después que las madres o sus amas los habían criado por espacio de seis años o siete, ya que comenzaban a regocijarse, dábanles uno, o dos, o tres pajes para que se regocijasen y burlasen con ellos, a los cuales avisaba la madre que no los consintiesen hacer ninguna fealdad, o suciedad, o deshonestidad cuando fuesen por el camino o calle; instruían al niño éstos que andaban con él, para que hablase palabras bien criadas y buen lenguaje, y que no hiciese desacato a nadie y reverenciase a todos los que topaba por el camino, que eran oficiales de la república, capitales o hidalgos, aunque no fuesen sino personas bajas, hombres y mujeres, como fuesen ancianas; y si alguna persona, aunque fuese de baja suerte, les saludaba, inclinábanse y saludábanla también, diciendo: "Vayáis en hora buena, abuelo mío."

Y el que oía la salutación tornaba a replicar, diciendo: "Nieto mío, piedra preciosa y pluma rica, hazme hecho gran merced; ve próspero en tu camino."

Y los que oían hablar al niño de la manera dicha, holgábanse mucho, y decían: "Si viviere este niño será muy noble, porque es generoso; por ventura algún gran oficio merecerá tener."

Y cuando el niño llegaba a diez o doce años, metíanle en la casa del regimiento que se llamaba *calmécac*. Allí lo entregaban a los sacerdotes y sátrapas del templo, para que allí fuese criado y enseñado, como arriba en el sexto libro se dijo. Y si no lo metían en la casa del regimiento, metíanle en la casa de los cantores, y encomendábanle a los principales de ellos, los cuales le imponían

en barrer en el templo, o en aprender a cantar, y en todas las maneras de penitencia que se usaban.

Cuando ya llegaba el mancebo a quince años, entonces comenzaba a aprender las cosas de la guerra, y en llegando a veinte años llevábanle a la guerra.

Antes de esto su padre y parientes convidaban a los capitanes y soldados viejos; hacíanles un convite y dábanles mantas y *maxtles* labrados, y rogaban que tuviesen mucho cargo de aquel mancebo en la guerra, enseñándole a pelear y amparándole de los enemigos; y luego le llevaban consigo, en ofreciéndose alguna guerra.

Tenían mucho cuidado de él, enseñándole todas las cosas necesarias, así para su defensión como para la ofensión de los enemigos, y trabándose la batalla, no le perdían de vista, y enseñábanle, mostrándole a los que cautivaban a los enemigos, para que así lo hiciese él; y por ventura en la primera guerra cautivaba a alguno de los enemigos con el favor de los que le llevaban a cargo. Habiendo cautivado a alguno, luego los mensajeros que se llaman *tequipan titlantin* venían a dar las nuevas al señor de aquellos que habían cautivado a sus enemigos, y de la victoria que habían habido los de su parte. En llegando a las casas reales, entraban a hablar al señor, y saludándole decían: “Señor nuestro, vive muchos años. Sabe que el dios de la guerra, Huitzilopochtli, nos ha favorecido, y que con su ayuda vuestro ejército ha vencido a sus contrarios y tomó la provincia sobre que iba; vencieron los tenochca, y los de Tlatilulco, y los de Tlacuba, y los tezcucanos, y los otomíes, y los matlaltzincas, y los de las chinampas, y los de la tierra seca.”

Y el señor les respondía, diciéndoles: “Seáis muy bien venidos. Huélgome de oír estas nuevas. Sentaos y es-

perad, porque me quiero certificar más de ellas." Y así los mandaba aguardar, y si hallaba que aquellas nuevas eran mentirosas, hacíanlos matar.

Después de haber conquistado la provincia contra quien iban, lo primero que hacían era contar los cautivos que habían cautivado, cuántos habían cautivado los de Tenochtitlan, y cuántos los de Tlatilulco, y así por las demás capitanías, etcétera. Los que contaban los cautivos eran los que se llamaban *tlacochcalca* y *tlatlacateca*, que es como decir capitanes y maestros de campo, y otros oficiales del ejército; habiendo sabido el número cierto de los cautivos, luego enviaban mensajeros al señor; los mensajeros eran capitanes. Aquellos llevaban la nueva cierta al señor, dándole noticia de los cautivos que se habían cautivado, y quiénes los habían cautivado, para que a cada uno se diese el premio conforme a lo que había trabajado en la guerra.

Oídas las nuevas, el señor holgábase mucho porque sus nobles y soldados habían tomado cautivos; entonces mandaba sacar a los que había mandado encerrar, que habían llevado las primeras nuevas de la guerra, y hacíales mercedes como a los otros.

Éstos que habían prendido cautivos, si después se trataba guerra con Atlixco o Huexotzinco, si allí cautivaban otros o prendían otros cautivos, eran estimados en mucho del señor y les daba suma honra, haciéndoles *pilli* y dándoles nombres de valientes, que ya estaban en grado de poder ser electos por señores, y sentarse con ellos, y comer con el señor; y el señor les daba insignias de valientes, como eran bezotes de piedras preciosas de diversos colores, y borlas para ponerse en la cabeza, con tiras de oro entretejidas a las plumas ricas, y con pinjantes de oro, con otras plumas ricas, y orejeras de cuero, y mantas ricas de señores de diversas

divisas, y les daban *maxtles* preciosos y bien labrados que usaban los señores, y dábanles otras muchas divisas de las cuales podían usar por toda su vida; y les daban oficios honrosos, como *calpixcáyotl*, que es como mayordomo mayor; y muriendo el señor, a uno de éstos elegían por señor y rey. También a éstos elegían por senadores que llaman *tlacxitlantlatico*, los cuales determinaban las causas graves de la república, y les daban estos nombres que eran muy honrosos, conviene a saber, *tlacochohácatl tecutli*, o *ticociahuácatl tecutli*, o *chihuacóatl tecutli*, o *tlillanacalqui tecutli*.

Descripción de México-Tenochtitlan

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA

López de Gómara, nacido en Gómara, Soria, en 1511, y muerto en Valladolid hacia 1562, no vino a América. Sin embargo, escuchó los episodios de la conquista de México de labios del propio Hernán Cortés, de quien fue confesor. Su formación humanista hizo que escribiera estos relatos —en forma pulida y elegante— desde un punto de vista individualista y heroico, haciendo girar todos los acontecimientos en torno a la figura de Cortés. Aficionado por las etimologías, dedica buena parte del relato a la explicación de los vocablos, algunas veces sin los conocimientos necesarios para acertar en sus aseveraciones. Como ejemplo de lo dicho está el que atribuya el nombre cacao a las lenguas de Cuba y Haití, sin advertir que deriva del náhuatl cacáhuatl. Proceden los capítulos transcritos de la Historia general de las Indias, y corresponden en la edición de Barcelona de 1954 a las páginas 142 a 153 del volumen segundo.

México Tenochtitlan

Era México, cuando Cortés entró, un pueblo de sesenta mil casas. Las del rey, señores y cortesanos son grandes y buenas. Las de los otros, pequeñas y ruines, sin puer-

tas ni ventanas; mas por pequeñas que son, pocas veces dejan de tener dos, tres y hasta diez moradores; y así, hay en él infinidad de gente. Está fundado sobre agua, ni más ni menos que Venecia. Todo el cuerpo de la dicha ciudad está en agua. Tiene tres clases de calles anchas y agradables. Las unas son de agua sola, con muchísimos puentes; las otras, de tierra solamente, y las otras, de tierra y agua, es decir, la mitad de tierra, por donde andan los hombres a pie, y la mitad agua, por donde andan los barcos. Las calles de agua son de por sí limpias; las de tierra las barren a menudo. Casi todas las casas tienen dos puertas: una sobre la calzada, y otra sobre el agua, por donde se andan con las barcas; y aunque está edificada sobre agua, no se aprovecha de ella para beber, sino que la traen de una fuente desde Chapultepec, que está a una legua de allí, en una pequeña sierra, al pie de la cual hay dos estatuas de bulto talladas en la peña, con sus rodela y lanzas, de Moctezuma y Axayaca, su padre, según dicen. La traen por dos caños tan gruesos como un buey cada uno. Cuando uno de ellos está sucio, la echan por el otro hasta que se ensucia. De esta fuente se abastece la ciudad y se proveen los estanques y fuentes que hay por muchas casas, y en canoas van vendiendo de aquel agua, de donde pagan ciertos derechos. Está la ciudad dividida en dos barrios; a uno le llaman Tlatelulco, que quiere decir isleta; al otro México, donde habita Moctezuma, que quiere decir manantial, y es el más principal, por ser mayor barrio y morar en él los reyes; se quedó la ciudad con este nombre, aunque su propio y antiguo nombre es Tenuchtitlan, que significa fruta de piedra, pues está compuesto de *tetl*, que es piedra, y de *nuchtli*, que es fruta que en Cuba y Haití llaman tunas. El árbol, o más propiamente cardo, que produce esta fruta *nuchtli*

se llama entre los indios mexicanos de Culhua *nopal*, el cual es casi todo hojas, algo redondas, un plamo de anchas, un pie de largas, y un dedo y hasta dos de gruesas, o más o menos, según donde nacen. Tiene muchas espinas dañinas y enconadas. El color de la hoja es verde; el de la espina, pardo. Se planta y va creciendo de una hoja en otra, y engrosando tanto por el pie, que viene a hacerse como árbol. Y no solamente produce una hoja a otra por la punta, sino que echa también otras por los lados; mas puesto que aquí los hay, no hay más que decir. En algunas partes, como en las teuchichimecas, donde la tierra es estéril y falta de agua, beben el zumo de estas hojas de nopal. La fruta *nuchtli* es parecida a los higos, pues así tiene los granilos y el hollejo delgado. Pero son más largos y coronados, como níscolas. Es de muchos colores. Hay *nuchtli* que es verde por fuera, y por dentro encarnada, y sabe bien; hay *nuchtli* que es amarilla, otra que es blanca, y otra que llaman picadilla, por la mezcla que tiene de colores. Buenas son las picadillas, mejores las amarillas, pero las perfectas y sabrosas son las blancas, de las cuales a su tiempo hay muchas. Duran mucho. Unas saben a peras, otras a uvas. Son muy frescas; y por eso las comen en verano cuando van de camino y con calor los españoles, que se dan más por ellas que los indios. Cuanto más cultivada está la fruta, es mejor, y así nadie, si no es muy pobre, come de las que llaman montesinas o magrillas. Hay también otra clase de *nuchtli*, que es encarnada, la cual no es estimada, aunque sí gustosa. Si algunos la comen, es porque vienen temprano y las primeras de todas las tunas. No las dejan de comer por ser malas o desabridas, sino porque tiñen mucho los dedos, labios y vestidos, y es muy mala de quitar la mancha, y además de esto, porque tiñen

la orina de tal forma, que parece pura sangre. Muchos españoles nuevos en la tierra han desmayado por comer de estos higos encarnados, pensando que con la orina se les iba toda la sangre del cuerpo, con lo que hacían reír a los compañeros. Asimismo han picado muchos médicos recién llegados de aquí, viendo la orina de quienes habían comido esa fruta encarnada; porque, engañados por el color, y no conociendo el secreto, daban remedios para restañar la sangre del hombre sano, con grandes risas de los oyentes y sabedores de la burla. De aquella fruta *nuchtli*, y de *tetl*, que es piedra, se forma el nombre de Tenuchtitlan, y cuando se comenzó a poblar fue cerca de una piedra que estaba dentro de la laguna, de la cual nacía un nopal muy grande, y por eso tiene México por armas y divisa un pie de nopal nacido entre una piedra, que está muy conforme con el nombre. También dicen algunos que tomó esta ciudad nombre de su primer fundador, que fue Ténuch, hijo segundo de Iztacmixcóatl, cuyos hijos y descendientes poblaron, como después diré, esta tierra de Anáhuac, que ahora se llama Nueva España. Tampoco falta quien piense que se llamó así por la grana, que llaman *nuchiztli*, la cual sale del mismo cardón nopal y fruta *nuchtli*, de donde toma el nombre. Los españoles la llaman carmesí por ser de color muy subido, y es de mucho precio. Como quiera, pues, que ello fuese, lo cierto es que el lugar y sitio se llama Tenuchtitlan, y el natural y vecino, tenuchca. México como ya dije más arriba, no es toda la ciudad, sino la mitad y un barrio, aunque bien suelen decir los indios México Tenuchtitlan todo junto. Y creo que lo intitulan así en las provisiones reales. México quiere decir manantial o fuente, según la propiedad del vocablo y lengua; y así, dicen que hay alrededor de él muchas

fuentecillas y ojos de agua, de donde le nombraron así los primeros que poblaron. También afirman otros que se llama México de los primeros fundadores, que se llamaban *mexiti*, pues aún ahora se llaman mexicana los de aquel barrio y población; los cuales *mexiti* tomaron nombre de su principal dios e ídolo, llamado Mexitli, que es el mismo que Huitzilopuchtlí. Antes de que se poblase este barrio de México estaba ya poblado el de *Tlatelulco*, que por comenzarlo en una parte alta y enjuta de la laguna lo llamaron así, que quiere decir isleta, y viene de *tlatelli*, que es isla. Está México Tenuchtitlan todo cercado de agua dulce, puesto que está en la laguna. No tiene más que tres entradas por tres calzadas: una de ellas viene de poniente un trecho de media legua; la otra del norte por espacio de una legua. Hacia levante no hay calzada, sino barcas para entrar. A mediodía está la otra calzada de dos leguas de larga, por la cual entraron Cortés y sus compañeros, según ya dije. La laguna en que está México asentada, aunque parece toda una, son dos, y muy diferentes una de otra, porque la una es de agua salitrosa, amarga, pestífera, y que no admite ninguna clase de peces, y la otra de agua dulce y buena, y que cría peces, aunque pequeños. La salada crece y mengua; mas según el aire que corre, corre ella. La dulce está más alta, y así cae el agua buena a la mala, y no al revés, como algunos pensaron, por seis o siete ojos bien grandes que tiene la calzada, que las corta por medio, sobre los cuales hay puentes de madera muy graciosos. La laguna salada tiene cinco leguas de ancho, y ocho o diez de largo, y más de quince de circunferencia. Otro tanto tendrá la dulce de cada cosa, y así, medirá toda la laguna más de treinta leguas, y tendrá dentro y a la orilla más de cincuenta pueblos, y muchos de ellos de cinco mil casas,

algunos de diez mil, y un pueblo, que es Tezcuco, tan grande como México. El agua que se recoge en este hondo que llaman laguna, viene de una corona de sierras que están a la vista a la ciudad y a la redonda de la laguna, la cual para en tierra salitrosa, y por eso es salada, que el suelo y sitio son lo que lo ocasionan, y no otra cosa, como piensan muchos. Se hace en ella mucha sal, de la que hay gran comercio. Andan por estas lagunas doscientas mil barquillas, que los naturales llaman *acalles*, que quiere decir casas de agua, porque *atl* es agua, y *calli* casa, de que está compuesto el vocablo. Los españoles las llaman canoas, acostumbrados a la lengua de Cuba y Santo Domingo. Son a manera de artesa, y hechas de una pieza, grandes o pequeñas, según el tronco del árbol. Antes me quedo corto que largo en el número de estas *acalles*, conforme a de ellas para acarrear bastimentos y transportar gente, y así las calles están cubiertas de ellas, y muy grande trécho alrededor de la ciudad, especialmente en día de mercado.

Mercados de México

Al mercado lo llaman *tianquiztli*. Cada barrio y parroquia tiene su plaza para contratar el mercado. Mas México y Tlatelolco, que son las mayores, las tienen grandísimas. Especialmente lo es una de ellas, donde se hace mercado la mayoría de los días de la semana; pero lo corriente es de cinco en cinco días, y creo que la orden y costumbre de todo el reino y tierras de Moteczuma. La plaza es ancha, larga, cercada de portales, y tal, en fin, que caben en ella sesenta mil y hasta cien mil personas, que andan vendiendo y comprando, porque, como es la cabeza de toda la tierra, acuden allí de

toda la comarca, y hasta de lejos. Y más todos los pueblos de la laguna, por cuya causa hay siempre tantos barcos y tantas personas como digo, y aun más. Cada oficio y cada mercadería tiene su lugar señalado, que nadie se lo puede quitar ni ocupar, que no es poco orden; y como tanto gente y mercaderías no caben en la plaza grande, la reparten por las calles más cercanas, principalmente las cosas engorrosas y embarazosas, como son piedra, madera, cal, ladrillos, adobes y toda cosa para edificar, tosca y labrada. Esteras finas, groseras y de muchas maneras; carbón, leña y hornija; loza y toda clase de barro pintado, vidriado y muy lindo, del que hacen todo género de vasijas, desde tinajas hasta saleros; cueros de venados, crudos y curtidos, con su pelo y sin él, y teñidos de muchos colores para zapatos, broqueles, rodelas, cueras y forros de armas de palo. Y además de esto tenían cueros de otros animales, y aves con su pluma, adobados y llenos de hierbas, unas grandes, otras pequeñas, cosa digna de mirar, por los colores y rareza. La más rica mercadería es la sal y las mantas de algodón, blancas, negras y de todos colores; unas grandes, otras pequeñas; unas para cama, otras para capa, otras para colgar; para bragas, camisas, tocas, manteles, pañizuelos y otras muchas cosas. También hay mantas de hoja de *metl* y de palma, y de pelo de conejo, que son buenas, preciadas y calientes; pero mejores son las de pluma. Venden hilado de pelo de conejo, telas de algodón, hilaza y madejas blancas y teñidas. La cosa más digna de ver es la volatería que viene al mercado, pues, además de que de estas aves comen la carne, visten la pluma, y cazan a otras con ellas, son tantas, que no tienen número, y de tantas raleas y colores, que no lo sé decir; mansas, bravas, de rapiña, de aire, de agua, de tierra. Lo más lindo de la

toda la comarca, y hasta de lejos. Y más todos los pueblos de la laguna, por cuya causa hay siempre tantos barcos y tantas personas como digo, y aun más. Cada oficio y cada mercadería tiene su lugar señalado, que nadie se lo puede quitar ni ocupar, que no es poco orden; y como tanto gente y mercaderías no caben en la plaza grande, la reparten por las calles más cercanas, principalmente las cosas engorrosas y embarazosas, como son piedra, madera, cal, ladrillos, adobes y toda cosa para edificar, tosca y labrada. Esteras finas, groseras y de muchas maneras; carbón, leña y hornija; loza y toda clase de barro pintado, vidriado y muy lindo, del que hacen todo género de vasijas, desde tinajas hasta saleros; cueros de venados, crudos y curtidos, con su pelo y sin él, y teñidos de muchos colores para zapatos, broqueles, rodelas, cueras y forros de armas de palo. Y además de esto tenían cueros de otros animales, y aves con su pluma, adobados y llenos de hierbas, unas grandes, otras pequeñas, cosa digna de mirar, por los colores y rareza. La más rica mercadería es la sal y las mantas de algodón, blancas, negras y de todos colores; unas grandes, otras pequeñas; unas para cama, otras para capa, otras para colgar; para bragas, camisas, tocas, manteles, pañizuelos y otras muchas cosas. También hay mantas de hoja de *metl* y de palma, y de pelo de conejo, que son buenas, preciadas y calientes; pero mejores son las de pluma. Venden hilado de pelo de conejo, telas de algodón, hilaza y madejas blancas y teñidas. La cosa más digna de ver es la volatería que viene al mercado, pues, además de que de estas aves comen la carne, visten la pluma, y cazan a otras con ellas, son tantas, que no tienen número, y de tantas raleas y colores, que no lo sé decir; mansas, bravas, de rapiña, de aire, de agua, de tierra. Lo más lindo de la

plaza son las obras de oro y pluma, con lo que imitan cualquier cosa y color. Y son los indios tan diestros en esto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las hierbas y peñas tan a lo vivo, que parece como si fuera natural. Y suele ocurrirles no comer en todo un día, poniendo, quitando y colocando la pluma, y mirando a una parte y a otra, al sol, a la sombra, a la vislumbre, por ver si sienta mejor a pelo o contrapelo o al travé, por el derecho o por el revés, y en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla con toda perfección. Tanta paciencia pocas naciones la tienen, sobre todo donde hay cólera, como en la nuestra. El oficio más primoroso y artificioso es el del platero; y así, sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y fundidas con fuego. Un plato ochavado, con un cuarto de oro y otro de plata, no soldado, sino fundido y en la fundición pegado; una calderita, que sacan con su asa, como aquí una campana, pero suelta; un pez con una escama de plata y otra de oro, aunque tenga muchas. Vacían un papagayo de forma que se le mueva la lengua, y que se menee la cabeza y las alas. Funden una mona que juegue pies y cabeza y tenga en las manos un huso, que parezca que hila, o una manzana, que parezca que come. Y lo apreciaron mucho nuestros españoles, y los plateros de aquí no llegan a alcanzar este primor. Esmaltan asimismo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras, y agujerean las perlas, pero no tan bien como por acá. Pues volviendo al mercado, hay en él mucha pluma, que vale mucho; oro, plata, cobre, plomo, latón y estaño, aunque poco de los tres metales últimos; perlas y piedras muchas. Mil maneras de conchas y caracoles pequeños y grandes. Huesos, chinas, esponjas y otras menudencias. Y cierto que son muchas

y muy diferentes y para reír las brujerías, los melindres y dijes de estos indios de México. Hay que ver las hierbas y raíces, hojas y simientes que se venden, así para comida como para medicina; pues los hombres, mujeres y niños entienden mucho de hierbas, porque con la pobreza y necesidad las buscan para comer y preservarse de sus dolencias, pues poco gastan en médicos, aunque los hay, y muchos boticarios, que sacan a la plaza unguentos, jarabes, aguas y otras cosillas de enfermos. Casi todos sus males los curan con hierbas, pues aun hasta para matar los piojos tienen hierba propia y conocida. Las cosas que venden para comer no tienen cuento. Pocas cosas vivas dejan de comer. Culebras sin cola ni cabeza; perrillos que no gañen, castrados y cebados; topos, lirones, ratones, lombrices, piojos y hasta tierra, porque con redes de malla muy menuda barren, en cierto tiempo del año, una cosa molida que se cría sobre el agua de las lagunas de México, y se cuaja, que ni es hierba ni tierra, sino una especie de cieno. Hay mucho de ello, y cogen mucho, y en eras, como quien hace sal, lo vacían, y allí se cuaja y seca. Lo hacen tortas como ladrillos, y no sólo las venden en el mercado, sino que las llevan también a otros fuera de la ciudad y lejos. Comen esto como nosotros el queso, y así tiene un saborcillo de sal, que con *chilmolli* es sabroso. Y dicen que a este cebo vienen tantas aves a la laguna, que muchas veces en el invierno la cubren por algunos sitios. Venden venados enteros y a cuartos; gamos, liebres, conejos, tuzas, que son menores que ellos; perros, y otros, que gañen como ellos y a los que llaman *cuzatli*. En fin, muchos animales de éstos, que crían y cazan. Hay tanto bodegón y casillas de mal cocinado, que espanta pensar dónde se hunde y gasta tanta comida guisada y por guisar como había

en ellas. Carne y pescado asado, cocido en pan, pasteles, tortillas de huevos de muy distintas aves. Es innumerable el mucho pan cocido y en grano y espiga que se vende, juntamente con habas, judías y otras muchas legumbres. No se pueden contra las muchas y diferentes frutas de las nuestras que aquí se venden en cada mercado, verdes y secas. Pero la más principal y que sirve de moneda son una especie de almendras, que ellos llaman *cacáhuatl*, y los nuestros cacao, como en las islas de Cuba y Haití. No hay que olvidar la mucha cantidad y diferencias que venden de colores que aquí tenemos, y de otros muchos y buenos de que carecemos y y ellos hacen de hojas de rosas, flores, frutas, raíces, cortezas, piedras, madera y otras cosas que no se pueden tener en la memoria. Hay miel de abejas, de *centli*, que es su trigo, de *metl* y otros árboles y cosas, que vale más que el arroyo. Hay aceite de *chían*, simiente que unos la comparan a la mostaza y otros a la zaratona, con que untan las pinturas para que no las perjudique el agua. También lo hacen de otras cosas, Guisan con él y untan, aunque emplean más la manteca, saín y sebo. Las muchas clases que hacen y venden de vino, en otro lado se dirán. No acabaría si hubiese de contar todas las cosas que tienen para vender, y los oficiales que hay en el mercado, como son estuferos, barberos, cuchilleros y otros, que muchos piensan que no los había entre estos hombres de nueva manera. Todas estas cosas que digo, y muchas que no sé, y otras que callo, se venden en cada mercado de estos de México. Los que venden pagan algo del asiento al rey, o por alcabala o porque los guarden de los ladrones; y así, andan siempre por la plaza y entre la gente unos como especie de alguaciles. Y en una casa, desde donde todos lo ven, hay doce hombres

ancianos, como en judicatura, librando pleitos. La venta y compra es cambiando una cosa por otra; éste da un gallipavo por un haz de maíz; otro da mantas por sal o por dinero, que son las almendras de *cacáhuatl*, que circulan como tal por toda la tierra, y de esta manera pasa la baratería. Tienen cuenta, porque por una manta o gallina dan tantos cacao. Tienen medida de cuerda para cosas como el *centli* y pluma, y de barro para otras como miel y vino. Si las falsean, castigan al falsario y rompen las medidas.

El templo de México

Al templo le llaman *teucalli*, que quiere decir casa de dios, y está compuesto de *teutl*, que es dios, y de *calli*, que es casa; vocablo muy apropiado si fuera el dios verdadero. Los españoles que no saben esta lengua llaman cúes a los templos, y a Huitzilopuchtli, Uchilobos. Muchos templos hay en México, por sus parroquias y barrios, con torres, en los que hay capillas con altares, donde están los ídolos e imágenes de sus dioses, las cuales sirven de enterramiento para los señores que las poseen, pues los demás se entierran en el suelo alrededor y en los patios. Todos o casi todos son de una forma; y por lo tanto, con hablar del mayor bastará para entenderse, y así como es general en toda esta tierra, así es nueva forma de templos, y creo que ni vista ni oída más que aquí. Tiene este templo su sitio cuadrado. De esquina a esquina hay un tiro de ballesta. La cerca de piedra con cuatro puertas, que responden a las calles principales que vienen de tierra por las tres calzadas que dije, y por otra parte de la ciudad que no tiene calzada, sino muy buena calle.

En medio de este espacio hay una cepa de tierra y piedra maciza, esquinada como el patio, y de cincuenta brazas de ancha de un cantón a otro. Cuando sale de tierra y comienza a crecer el montón, tiene unos grandes relejes. Cuanto más crece la obra, tanto más se estrecha la cepa y disminuyen los relejes, de manera que parece una pirámide como las de Egipto, sólo que no se remata en punta, sino en rellano y en un cuadro de unas ocho o diez brazas. Por la parte de poniente no lleva relejes, sino gradas para subir arriba a lo alto, y cada una de ellas alza la subida un buen palmo. Y eran todas ellas ciento trece o ciento catorce gradas, y como eran muchas y altas y de piedra bonita, resultaban muy bien. Y era cosa digna de mirar ver subir y bajar por allí a los sacerdotes con alguna ceremonia o con algún hombre para sacrificar. En todo lo alto hay dos altares muy grandes, separado uno del otro, y tan juntos a la orilla y borde de la pared, que no quedaba más espacio que el necesario para que un hombre pudiese holgadamente andar por detrás. Uno de estos altares está a mano derecha, y el otro a la izquierda. No eran más altos que cinco palmos. Cada uno de ellos tenía las paredes de piedra pintada de cosas feas y monstruosas. Y su capilla muy linda y bien labrada de masonería de madera. Y tenía cada capilla tres sobrados, uno encima de otro, y cada cual bien alto y hecho de artesones, por cuya causa se empinaba mucho el edificio sobre la pirámide, y quedaba hecha una gran torre y muy vistosa, que se divisaba desde muy lejos. Y desde ella se miraba y contemplaba muy a placer toda la ciudad y laguna con sus pueblos, que era la mejor y más hermosa vista del mundo. Y para que la vieses Cortés y los demás españoles, los subió arriba Moctezuma cuando les mostró el templo. Desde el remate de

las grandes hasta los altares quedaba una plazoleta, que dejaba anchura de sobra a los sacerdotes para celebrar los oficios muy cómodamente y sin embarazo. Todo el pueblo miraba y oraba hacia donde sale el Sol, que por eso hacen sus templos mayores así, y en cada uno de aquellos dos altares había un ídolo muy grande. Además de esta torre hecha con las capillas sobre la pirámide, había otras cuarenta o más torres pequeñas y grandes en otros *teucallis* pequeños, que están en el mismo circuito de mayor, los cuales, aunque eran de la misma forma, no miraban a oriente, sino a otras partes del cielo, por distinguir al templo mayor. Unos eran mayores que otros, y cada uno de diferente dios. Y entre ellos había uno redondo, dedicado al dios del aire, llamado Quetzalcóhuatl; porque así como el aire anda alrededor del cielo, así le hacían el templo redondo. La entrada era por una puerta hecha como boca de serpiente, y pintada endiabladamente. Tenía los colmillos y dientes en relieve, cosa que asombraba a los que allí entraban, especialmente a los cristianos, que se les representaba el infierno al verla delante. Otros *teucallis* o cúes había en la ciudad, que tenían las gradas y subida por tres sitios, y algunos que tenían otros pequeños en cada esquina. Todos estos templos tenían casas por sí con todo servicio, y sacerdotes aparte, y dioses particulares. A la entrada de cada puerta de las cuatro del patio del templo mayor hay una sala grande con sus buenos aposentos alrededor, altos y bajos. Estaban llenos de armas, pues eran casas públicas y comunes, pues las fortalezas y fuerzas de cada pueblo son los templos, y por eso tienen en ellos la munición y almacén. Había otras tres salas al lado con sus azoteas encima, altas, grandes, con las paredes de piedras pintadas, el teguillo de madera o imaginería, con muchas

capillas o cámaras de puertas muy pequeñas y obscuras allá dentro, donde hay una infinidad de ídolos grandes y pequeños, y de muchos metales y materiales. Están todos bañados en sangre, y negros, de como los untan y rocían con ella cuando sacrifican algún hombre. Y hasta las paredes tienen una costra de sangre de dos dedos de gruesa, y los suelos un palmo. Huelen pestilencialmente, y a pesar de todo esto entran en ellas todos los días los sacerdotes, y no dejan entrar allí más que a grandes personajes, y hasta han de ofrecer algún hombre para que lo maten allí. Para lavarse los sayones y ministros del Demonio de la sangre de los sacrificados, y para regar, y para el servicio de las cocinas y gallinas, hay un gran estanque, el cual se llena de un caño grande y cuadrado, que está vacío y descubierto, son corrales para criar aves y jardines de hierbas, árboles olorosos, rosales y flores para los altares. Tal y tan grande y tan extraño templo como se ha dicho era éste de México, que para sus falsos dioses tenían los engañados hombres. Residen en él continuamente cinco mil personas, y todas duermen dentro, y comen a costa de él, pues es riquísimo, porque tiene muchos pueblos para su fábrica y reparaciones, que están obligados a tenerlo siempre en pie, y que de consejo siembran, recogen y mantienen a toda esta gente de pan y frutas, carne y pescado, y de leña cuando es menester, y es menester mucha y bastante más que en palacio. Y aun con toda esta carga, vivían más descansados, y en fin, como vasallos de los dioses, según ellos decían. Moctezuma llevó a Cortés a este templo para que los españoles lo viesan, y por mostrarles sus religión y santidad, de la cual hablaremos en otra parte muy extensamente, que es la más extraña y cruel que jamás oísteis.

Los dioses de México eran dos mil, según dicen. Pero los principalísimos se llaman Huitzilopuchtlí y Tezcatlipuca, cuyos ídolos estaban en lo alto del *teucalli* sobre los dos altares. Eran de piedra, y del grosor, altura y tamaño de gigante. Estaban cubiertos de nácar, y encima muchas perlas, piedras y piezas de oro engastadas con engrudo de *zácotl*, y aves, sierpes, animales, peces y flores, hechas como mosaico de turquesas, esmeraldas, calcedonias, amatistas y otras piedrecillas finas que hacían bonitas labores, descubriendo el nácar. Tenían por cintura sendas culebras de oro gruesas, y por collares diez corazones de hombres cada uno, de oro, y sendas máscaras de oro con ojos de espejo, y al colodrillo gestos de muerto; todo lo cual tenía sus consideraciones y entendimiento. Ambos eran hermanos: Tezcatlipuca, dios de la providencia, y Huitzilopuchtlí, de la guerra, que era más adorado y temido que todos los demás. Otro ídolo grandísimo había sobre la capilla de aquellos ídolos susodichos que, según algunos dicen, era el mayor y mejor de sus dioses, y estaba hecho de cuantos géneros de semillas se hallan en la tierra, y que se comen, y aprovechan de algo, molidas y amasadas con sangre de niños inocentes y de niñas vírgenes sacrificadas y abiertas por los pechos para ofrecer los corazones por promicia al ídolo. Lo consagraban con grandísima pompa y ceremonias los sacerdotes y ministros del templo. Toda la ciudad y tierra se hallaba presente a la consagración, con regocijo y devoción increíble, y muchas personas devotas se llegaban a tocar el ídolo con la mano después de bendecido, y a meter en la masa piedras preciosas, tejuelos de oro y otras joyas y arreos de sus cuerpos. Después de esto

ningún seglar podía, ni aun le dejaban, tocar ni entrar en su capilla, ni tampoco los religiosos, si no eran *tlamacaztli*, que es sacerdote. Lo renovaban de tiempo en tiempo, y desmenuzaban el viejo; y beato el que podía conseguir un pedazo de él para reliquias y devociones, especialmente los soldados. También bendecían entonces, juntamente con el ídolo, cierta vasija de agua con otras muchas ceremonias y palabras, y la guardaban al pie del altar muy religiosamente para consagrar al rey cuando se coronaba, y para bendecir al capitán general cuando lo elegían para alguna guerra, dándole a beber de ella.

El osario que los mexicanos tenían para remembranza de la muerte

Fuera del templo, y enfrente de la pared principal, aunque a más de un tiro de largo de piedra, había un osario de cabezas de hombres presos en guerra y sacrificados a cuchillo, el cual era una especie de teatro, más largo que ancho, de cal y canto, con sus gradas, en donde estaban incrustadas entre piedra y piedra las calaveras con los dientes hacia fuera. A la cabeza y pie del teatro había dos torres hechas solamente de cal y cabezas con los dientes afuera, que, como no llevaban piedra ni otra materia, al menos que se viese, estaban las paredes extrañas y vistosas. En lo alto del teatro había setenta o más vigas altas, apartadas unas de otras cuatro o cinco palmos, y llenas de palos cuanto cabían de alto abajo, dejando cierto espacio entre palo y palo. Estos palos hacían muchas aspas por las vigas, y cada tercio de aspa o palo tenía cinco cabezas ensartadas por las sienes. Andrés de Tapia, que me lo dijo, y Gon-

zalo de Umbría, las contaron un día, y hallaron ciento treinta y seis mil calaveras en las vigas y gradas. Las de las torres no las pudieron contar. Cruel costumbre, por ser de cabezas de hombres degollados en sacrificio, aunque tiene apariencia de humanidad por el recuerdo que pone de la muerte. También hay personas encargadas de que, al caerse una calavera, pongan otra en su lugar, y así nunca falte aquel número.

El gobierno tenochca

JOSÉ DE ACOSTA

Nació Acosta en Medina del Campo, en 1540, y recibió las órdenes religiosas, dentro de la Compañía de Jesús, en 1544. En 1571 fue enviado al Perú, en donde fue rector del Colegio de Lima, y posteriormente pasó a la Nueva España, para permanecer en ella de 1586 a 1597. Regresó a España y falleció en Salamanca, en 1600. Su obra, Historia natural y moral de las Indias, es un modelo de elegancia y sobriedad, y fue muy bien recibida en Europa, donde se tradujo a distintas lenguas. Los capítulos transcritos a continuación se encuentran en las páginas 311 a 314 y 355 a 358 de la edición mexicana de 1962.

Del modo de república que tuvieron los mexicanos

Lo primero en que parece haber sido muy político el gobierno de mexicanos es el orden que tenían y guardaban inviolablemente, de elegir rey. Porque desde el primero que tuvieron, llamado Acamapich, hasta el último, que fue Motezuma, el segundo de este nombre, ninguno tuvo por herencia y sucesión el reino, sino por legítimo nombramiento y elección. Ésta a los principios fue del común, aunque los principales eran los que guiaban el negocio. Después, en tiempo de Izcóatl, cuarto rey, por consejo y orden de un sabio y valeroso

hombre que tuvieron, llamado Tlacaéllel, se señalaron cuatro electores, y a éstos, juntamente con dos señores o reyes sujetos al mexicano, que eran el de Tezcuco, y el de Tacuba, tocaba hacer la elección. Ordinariamente eligían mancebos para reyes, porque iban los reyes siempre a la guerra, y cuasi era lo principal aquello para lo que los querían, y así miraban que fuesen aptos para la milicia, y que gustasen y se preciasen de ella. Después de la elección se hacían dos maneras de fiestas: unas al tomar posesión del estado real, para lo cual iban al templo y hacían grandes ceremonias y sacrificios sobre el brasero que llamaban divino, donde siempre había fuego ante el altar de su ídolo, y después había muchas oraciones y arengas de retóricos, que tenían grande curiosidad en esto. Otra fiesta y más solemne era la de su coronación, para la cual había de vencer primero en batalla y traer cierto número de cautivos, que se habían de sacrificar a los dioses, y entraban en triunfo con gran pompa, y hacíanles solemnísimo recibimiento, así de los del templo (que todos iban en procesión tañendo diversos instrumentos, e inciensando y cantando) como de los seglares y de corte, que salían con sus invenciones a recibir al rey victorioso. La corona e insignia real era a modo de mitra por delante, y por detrás derribada, de suerte que no era del todo redonda, porque la delantera era más alta y subía en punta hacia arriba. Era preeminencia del rey de Tezcuco haber de coronar él por su mano al rey de México. Fueron los mexicanos muy leales y obedientes a sus reyes, y no se halla que les hayan hecho traición. Sólo al quinto rey, llamado Tizótic, por haber sido cobarde y para poco, refieren las historias que con ponzoña le procuraron la muerte. Mas por competencias y ambición, no se halla haber entre ellos habido

disensión ni bandos, que son ordinarios en comunidades. Antes, como se verá en su lugar, se refiere haber rehusado el reino el mejor de los mexicanos, pareciéndole que le estaba a la república mejor tener otro rey. A los principios, como eran pobres los mexicanos, y estaban estrechos, los reyes eran muy moderados en su trato y corte; como fueron creciendo en poder, crecieron en aparato y grandeza, hasta llegar a la braveza de Motezuma, que cuando no tuviera más de la casa de animales que tenía, era cosa soberbia y no vista otra tal como la suya. Porque de todos pescados, y aves y alimañas y bestias, había en su casa como otra Arca de Noé, y para los pescados de mar tenía estanques de agua salada, y para los de ríos, estanques de agua dulce, para las aves de caza y de rapiña, su comida; para las fieras, ni más ni menos, en gran abundancia, y grande suma de indios ocupados en mantener y criar estos animales. Cuando ya veía que no era posible sustentarse algún género de pescado, o de ave o de fiera, había de tener su semejanza labrada ricamente en piedras preciosas, o plata u oro, o esculpida en mármol o piedra. Ya para diversos géneros de vida tenía casas y palacios diversos: unos de placer, otros de luto y tristeza, y otros de gobierno; y en sus palacios diversos aposentos, conforme a la cualidad de los señores que le servían, con extraño orden y distinción.

De los diversos dictados y órdenes de los mexicanos

Tuvieron gran primor en poner sus grados a los señores y gente noble, para que entre ellos se reconociese a quién se debía más honor. Después del rey, era el grado

de los cuatro como príncipes electores, los cuales, después de elegido el rey, también ellos eran elegidos, y de ordinario eran hermanos o parientes muy cercanos del rey. Llamaban a éstos *tlacochcácatl*, que significa el príncipe de las lanzas arrojadizas, que era un género de armas que ellos mucho usaban. Tras éstos, eran los que llamaban *tlacatécatl*, que quiere decir cercenador o cortador de hombres. El tercer dictado, era de los que llamaban *ezhuahuácatl*, que es derramador de sangre, no como quiera, sino arañando; todos estos títulos eran de guerreros. Había otro cuarto intitulado *tlillan-calqui*, que es señor de la casa negra, o de la negrura, por un cierto tizne con que se untaban los sacerdotes, y servía para sus idolatrías. Todos estos cuatro dictados eran del consejo supremo, sin cuyo parecer el rey no hacía ni podía hacer cosa de importancia; y muerto el rey, había de ser elegido por rey, hombre que tuviese algún dictado de estos cuatro. Fuera de los dichos, había otros consejos y audiencias, y dicen hombres expertos de aquella tierra, que eran tantos como los de España, y que había diversos consistorios, con sus oidores y alcaldes de corte, y que había otros subordinados, como corregidores, alcaldes mayores, tenientes, alguaciles mayores y otros inferiores, también subordinados a éstos, con grande orden, y todos ellos a los cuatro supremos príncipes, que asistían con el rey, y solos éstos cuatro podían dar sentencia de muerte, y los demás habían de dar memorial a éstos, de lo que sentenciaban y determinaban, y al rey se daba a ciertos tiempos, noticia de todo lo que en su reino se hacía. En la hacienda, también tenía su policía y buena administración, teniendo por todo el reino, repartidos, sus oficiales y contadores y tesoreros, que cobraban el tributo y rentas reales. El tributo se llevaba a la corte cada mes,

por lo menos una vez. Era el tributo de todo cuanto en tierra y mar se cría, así de atavíos como de comidas. En lo que toca a su religión, o superstición e idolatría, tenían mucho mayor cuidado y distinción, con gran número de ministros, que tenían por oficio enseñar al pueblo los ritos y ceremonias de su ley. Por donde dijo bien y sabiamente un indio viejo a un sacerdote cristiano, que se quejaba de los indios, que no eran buenos cristianos ni aprendían la ley de Dios. “Pongan (dijo él) tanto cuidado los padres, en hacer los indios cristianos, como ponían los ministros de los ídolos en enseñarles sus ceremonias, que con la mitad de aquel cuidado seremos los indios muy buenos cristianos, porque la ley de Jesucristo es mucho mejor, y por falta de quien la enseñe, no la toman los indios.” Cierto, dijo verdad, y es harta confusión y vergüenza nuestra.

Del modo de pelear de los mexicanos y de las órdenes militares que tenían

El principal punto de honra ponían los mexicanos en la guerra, y así los nobles eran los principales soldados, y otros que no lo eran, por la gloria de la milicia subían a dignidades y cargos, y ser contados entre nobles. Daban premios a los que lo habían hecho valerosamente; gozaban de preeminencias, que ninguno otro las podía tener. Con esto se animaban bravamente. Sus armas eran unas navajas agudas, de pedernales, puestas de una parte y de otra de su bastón, y era esta arma tan furiosa, que afirman que de un golpe echaban con ella la cabeza de un caballo, abajo, cortando toda la cerviz. Usaban porras pesadas y recias, lanzas también a modo de picas, y otras arrojadizas, en que eran muy diestros;

con piedras hacían gran parte de su negocio. Para defenderse, usaban rodela pequeñas y escudos, algunas como celadas o morriones, y grandísima plumería en rodela y morriones, y vestíanse de pieles de tigres, o leones u otros animales fieros; venían presto a manos con el enemigo, y eran ejercitados mucho a correr y luchar, porque su modo principal de vencer no era tanto matando, como cautivando, y de los cautivos, como está dicho, se servían para sus sacrificios. Motezuma puso en más punto la caballería, instituyendo ciertas órdenes militares, como de comendadores, con diversas insignias. Los más preeminentes de éstos eran los que tenían atada la corona del cabello con una cinta colorada, y un plumaje rico, del cual colgaban unos ramales hacia las espaldas, con unas borlas de lo mismo al cabo; estas borlas eran tantas en número, cuantas hazañas habían hecho. De esta orden de caballeros era el mismo rey también, y así se halla pintado con este género de plumajes, y en Chapultepec, donde están Motezuma y su hijo, esculpidos en unas peñas, que son de ver, está con el dicho traje de grandísima plumajería. Había otra orden, que decían los águilas; otras que llamaban los leones y tigres. De ordinario eran éstos los esforzados, que se señalaban en las guerras, los cuales salían siempre en ellas con sus insignias. Había otros como caballeros pardos, que no eran de tanta cuenta como éstos, los cuales tenían unas coletas cortadas por encima de la oreja, en redondo; éstos salían a la guerra con las insignias que esos otros caballeros, pero armados solamente de la cinta arriba; los más ilustres se armaban enteramente. Todos los susodichos podían traer oro y plata, y vestirse de olgodón rico, y tener vasos dorados y pintados, y andar calzados. Los plebeyos no podían usar vaso sino de barro, ni podían

calzarse ni vestir sino nequén, que es ropa basta. Cada un género de los cuatro dichos, tenía en palacios sus aposentos propios, con sus títulos: al primero llamaban aposento de los príncipes; al segundo, de los águilas; al tercero, de leones y tigres; al cuarto, de los pardos, etcétera. La demás gente común estaba bajo, en sus aposentos más comunes, y si alguno se alojaba fuera de su lugar, tenía pena de muerte.

De la elección del gran Motezuma, último rey de México

En el tiempo que entraron los españoles en la Nueva España, que fue el año del Señor de mil y quinientos y diez y ocho, reinaba Motezuma, el segundo de este nombre, y último rey de los mexicanos; digo último, porque aunque después de muerto éste los de México eligieron otro, y aún en vida del mismo Motezuma, declarándole por enemigo de la patria, según adelante se verá; pero el que sucedió y el que vino cautivo a poder del Marqués del Valle, no tuvieron más del nombre y título de reyes, por estar ya cuasi todo su reino rendido a los españoles. Así que a Motezuma, con razón le contamos por último, y como tal así llega a lo último de la potencia y grandeza mexicana, que para entre bárbaros, pone a todos grande admiración. Por esta causa y por ser esta la sazón que Dios quiso para entrar la noticia de su evangelio y reino de Jesucristo en aquella tierra, referiré un poco más por extenso las cosas de este rey. Era Motezuma, de suyo muy grave y muy reposado; por maravilla se oía hablar, y cuando hablaba en el supremo consejo, de que él era, ponía admiración su aviso y consideración, por donde aun an-

tes de ser rey, era temido y respetado. Estaba de ordinario recogido en una gran pieza que tenía para sí diputada en el gran templo de Huitzilipuztli, donde se decían le comunicaba mucho su ídolo, hablando con él, y así presumía de muy religioso y devoto. Con estas partes y con ser nobilísimo y de grande ánimo, fue su elección muy fácil y breve, como en persona en quien todos tenían puestos los ojos para tal cargo. Sabiendo su elección, se fue a esconder al templo a aquella pieza de su recogimiento. Fuese por consideración del negocio tan arduo, que era regir tanta gente, fuese (como yo más creo) por hipocresía y muestra que no estimaba el imperio, allí en fin, le hallaron y tomaron, y llevaron con el acompañamiento y regocijo posible, a su consistorio. Venía él con tanta gravedad, que todos decían le estaba bien su nombre de Motezuma, que quiere decir señor sañado. Hiciéronle gran reverencia los electores; diéronle noticia de su elección; fue de allí al brasero de los dioses a inciensar, y luego ofrecer sus sacrificios, sacándose sangre de orejas, molledos y espinillas, como era costumbre. Pusiéronle sus atavíos de rey y horadándole las narices por las ternillas, colgaron de ellas una esmeralda riquísima; usos bárbaros y penosos, mas el fausto de mandar hacía no se sintiesen. Sentado después en su trono, oyó las oraciones que le hicieron, que según se usaba, eran con elegancia y artificio. La primera hizo el rey de Tezucuco, que por haberse conservado con fresca memoria y ser digna de oír, la pome aquí y fue así: “La gran ventura que ha alcanzado todo este reino (nobilísimo mancebo), en haber merecido tenerte a ti por cabeza de todo él, bien se deja entender por la facilidad y concordia de tu elección, y por la alegría tan general que todos por ella muestran. Tienen cierto muy gran razón, porque está ya el Imperio Mexica-

no tan grande y tan dilatado, que para regir un mundo como éste y llevar carga de tanto peso, no se requiere menos fortaleza y brío que el de tu firme y animoso corazón, ni menos reposo, saber y prudencia, que la tuya. Claramente veo yo que el omnipotente Dios ama esta ciudad, pues le ha dado luz para escoger lo que le convenía. Porque ¿quién duda que un príncipe que antes de reinar había investigado los nueve dobles del cielo, agora, obligándole el cargo de su reino, con tan vivo sentido, no alcanzará las cosas de la tierra, para acudir a su gente? ¿Quién duda que el grande esfuerzo que has siempre valerosamente mostrado en casos de importancia, no te haya de sobrar agora, donde tanto es menester? ¿Quién pensará que en tanto valor haya de faltar remedio al huérfano y a la viuda? ¿Quién no se persuadirá que el Imperio Mexicano haya ya llegado a la cumbre de la autoridad, pues te comunicó el señor de lo criado tanto, que en sólo verte la pones a quien te mira? Alégrate, oh tierra dichosa, que te ha dado el Creador un príncipe, que te será columna firme en que estribes; será padre y amparo de que te socorras; será más que hermano en la piedad y misericordia para con los suyos. Tienes por cierto, rey, que no tomará ocasión con el estado para regalarse y estarse tendido en el lecho, ocupado en vicios y pasatiempos; antes al mejor sueño le sobresaltará su corazón y le dejará desvelado, el cuidado que de ti ha de tener. El más sabroso bocado de su comida no sentirá suspenso en imaginar en tu bien. Dime pues, reino dichoso, si tengo razón en pedir que te regocijes y alientes con tal rey. Y tú, oh generosísimo mancebo y muy poderoso señor nuestro, ten confianza y buen ánimo, que pues el Señor de todo lo criado te ha dado este oficio, también te dará su esfuerzo para tenerle. Y el que en todo el

tiempo pasado ha sido tan liberal contigo, puedes bien confiar que no te negará sus mayores dones, pues te ha puesto en mayor estado, del cual goces por muchos años y buenos". Estuvo el rey Motezuma muy atento a este razonamiento, el cual acabado dicen se enterneció de suerte que acometiendo a responder por tres veces, no pudo vencido de lágrimas, lágrimas que el propio gusto suele bien derramar guisando a modo de devoción salida de su propio contentamiento, con muestra de grande humildad. En fin, reportándose, dijo brevemente: "Harto ciego estuviera yo, buen rey de Tezcuco, si no viera y entendiera que las cosas que me has dicho, ha sido puro favor que me has querido hacer, pues habiendo tantos hombres tan nobles y generosos en este reino, echaste mano para él, del menos suficiente, que soy yo. Y es cierto, que siento tan pocas prendas en mí para negocio tan arduo, que no sé qué hacer, sino acudir al Señor de lo criado, que me favorezca, y pedir a todos que se lo supliquen por mí." Dichas estas palabras se tornó a enternecer y llorar.

*Cómo ordenó Motezuma el servicio de su casa
y la guerra que hizo para coronarse*

Éste que tales muestras de humildad y ternura dio en su elección, luego viéndose rey comenzó a descubrir sus pensamientos altivos. Lo primero, mandó que ningún plebeyo sirviese en su casa ni tuviese oficio real, como hasta allí sus antepasados lo habían usado, en los cuales reprendió mucho haberse servido de algunos de bajo linaje, y quiso que todos los señores y gente ilustre estuviese en su palacio y ejerciese oficios de su casa y corte. A esto le contradijo un anciano de gran autori-

dad, ayo suyo, que lo había criado, diciéndole que mirase que aquello tenía mucho inconveniente, porque eran enajenar y apartar de si todo el vulgo y gente plebeya, y ni aun mirarle a la cara no osarían viéndose así desechados. Replicó él que eso era lo que él quería, y que no había de consentir que anduviesen mezclados plebeyos y nobles como hasta allí, y que el servicio que los tales hacían, era cual ellos eran, con que ninguna reputación ganaban los reyes. Finalmente, se resolvió de modo que envió a mandar a su consejo quitasen luego todos los asientos y oficios que tenían los plebeyos en su casa y en su corte, y los diesen a caballeros, y así se hizo. Tras esto salió en persona a la empresa que para su coronación era necesaria. Habíase realizado a la corona real una provincia muy remota hacia el Mar Océano del Norte. Llevó consigo a ella la flor de su gente, y todos muy lucidos y bien aderezados. Hizo la guerra con tanto valor y destreza, que en breve juzgó toda la provincia y castigó rigurosamente los culpados, y volvió con grandísimo número de cautivos para los sacrificios, y con otros despojos muchos. A la vuelta le hicieron todas las ciudades solemnes recibimientos, y los señores de ellas le sirvieron agua a manos, haciendo oficios de criados suyos, cosa que con ninguno de los pasados habían hecho; tanto era el temor y el respeto que le habían cobrado. En México se hicieron las fiestas de la coronación con tanto aparato de danzas, comedias, entremeses, luminarias, invenciones, diversos juegos y tanta riqueza de tributos traídos de todos sus reinos, que concurrieron gentes extrañas y nunca vistas ni conocidas, a México, y aun los mismos enemigos mexicanos, vinieron disimulados en gran número a verlas, como eran los de Tlaxcala y los de Mechoacán. Los cual entendido por Motezuma, los mandó aposentar y tratar

regaladísimo, como a su misma persona, y les hizo miradores galanos como los suyos, de donde viesan las fiestas, y de noche, así ellos como el mismo rey, entraban en ellas y hacían sus juegos y máscaras. Y porque se ha hecho mención de estas provincias, es bien saber que jamás se quisieron rendir a los reyes de México, Mechoacán, ni Tlaxcala, ni Tepeaca, antes pelearon valerosamente, y algunas veces vencieron los de Mechoacán a los de México, y lo mismo hicieron los de Tepeaca; donde el Marqués Don Fernando Cortés, después que le echaron a él y a los españoles de México, pretendió fundar la primera ciudad de españoles, que llamó si bien me acuerdo, Segura de la Frontera, aunque permaneció poco aquella población, y con la conquista que hizo de México, se pasó a ella toda la gente española. En efecto, aquellos de Tepeaca, y los de Tlaxcala y los de Mechoacán, se tuvieron siempre en pie con los mexicanos, aunque Motezuma dijo a Cortés que de propósito no los habían conquistado, por tener ejercicio de guerra y número de cautivos.

De las costumbres y grandeza de Motezuma

Dio este rey en hacerse respetar y aun cuasi adorar como dios. Ningún plebeyo le había de mirar a la cara, y si lo hacía, moría por ello; jamás puso sus pies en el suelo, sino siempre llevado en hombros de señores; y si había de bajarse, le ponían una alfombra rica donde pisase. Cuando iba camino, había de ir él y los señores de su compañía, por uno como parque hecho de propósito, y toda la gente por de fuera del parque, a uno y a otro lado; jamás se vestía un vestido dos veces, ni comía ni bebía en una vasija o plato más

de una vez; todo había de ser siempre nuevo, y de lo que una vez se había servido, dábalo luego a sus criados. que con estos percances andaban ricos y lucidos. Era en extremo amigo de que se guardasen sus leyes; acae- cíale cuando volvía con victoria de alguna guerra, fin- gir que iba a alguna recreación, y disfrazarse para ver si por no pensar que estaba presente, se dejaba de hacer algo de la fiesta o recibimiento; y si en algo se excedía o faltaba, castigábalo sin remedio. Para saber cómo hacían su oficio sus ministros, también se disfra- zaba muchas veces, y aun echaba quien ofreciese cohe- chos a sus jueces, o les provocase a cosa mal hecha, y en cayendo en algo de esto, era luego sentencia de muerte con ellos. No curaba que fuesen señores ni aun deudos, ni aun propios hermanos suyos, porque sin re- misión moría el que delinquía; su trato con los suyos era poco; raras veces se dejaba ver; estábase encerra- do mucho tiempo, y pensando en el gobierno de su reino. Demás de ser justiciero y grave, fue muy belicoso y aun muy venturoso, y así alcanzó grandes victorias y llegó a toda aquella grandeza que por estar ya escrita en historia de España, no me parece referir más.

El calendario adivinatorio

FRAY DIEGO DURÁN

Con la obra de Sahagún, la de Durán ocupa la cúspide entre los monumentos historiográficos del siglo XVI novohispano. Nacido en Sevilla en 1537, pasó Durán muy niño a la Nueva España, en donde aprendió a la perfección el idioma náhuatl. En 1566 profesó como dominico. Murió en México, en el año de 1588. Dos cómputos integraban el siglo mexica. Uno de ellos, el año religioso y agrícola, de 365 días, estaba compuesto de 18 meses de 20 días cada uno; el otro, adivinatorio, tenía 260 días. 52 años de 365 y 73 de 260 era el período en el que los días de ambos volvían a coincidir. En los textos que aparecen a continuación Durán da una visión muy simplificada del calendario adivinatorio, ya que sólo se refiere, al mencionar las suertes, al destino que muestran los signos que formaban parte del nombre de los días. No toma en cuenta, en cambio, que cada signo va acompañado por un numeral, para formar las 260 combinaciones posibles entre los 20 signos y los 13 numerales, y que los numerales también afectan la suerte. Pese a esta versión tan simplificada del calendario adivinatorio, la información es en extremo interesante. Los textos han sido tomados de la edición de 1951 de la Historia de las Indias de la Nueva España y islas de tierra firme, y se encuentran en las páginas 256-263 del volumen segundo.

De los meses que los años tenían y de las figuras con que nombraban los días del mes

El año antiguamente tenía diez y ocho meses y así lo solemnizaba esta indiana gente, porque no teniendo el mes más de veinte días, como no tenía más a causa de que ellos no se regían por la luna, sino por los días, venía (contando los días del año de veinte en veinte) a tener diez y ocho meses. Todos estos veinte días del mes tenían sus nombres y figuras para nombrar los días a la semana manera que nosotros nombramos los días de la semana por el orden de lunes, martes, miércoles, &c., por el mesmo orden nombraban todos los veinte días de su mes, por el orden que está señalado en la pintura con los nombres de las mesmas figuras, conviene a saber: *cipactli*, que era la primera figura, que quiere decir cabeza de sierpe, y en llamalle cabeza entiendo que era entender ser principio de mes o primero día de él; al segundo día llamaban viento; al tercero, casa; al cuarto, lagartija; al quinto, culebra; al sexto, muerte; al séptimo, venado; al octavo, conejo; al noveno llamaban agua; al décimo llamaban perro; al onceno, mono; al doceno, matorral; al treceno, caña; al catorceno, tigre; al quinceno, águila; al dieciseiseno, buharro; al diecisieteno, movimiento; al dieciocheno, pedernal; al diecinueveno llamaban aguacero; al veinteno y postrero llamaban rosa.

En cada principio de mes, en el día que nombramos cabeza de sierpe, celebraban una fiesta solemnísima, como adelante en el calendario veremos, la cual era tan guardada y festejada que ni aun barrer la casa ni hacer de comer no se permitía, todo lo cual del día antes había de quedar hecho y aderezado. Esta figura primera era como letra dominical donde celebraban

en toda la tierra generalmente aquel día harto con más rigor que nosotros celebramos el domingo, con el mismo celo que los judíos celebran el sábado y le guardan.

A todos es notorio tener el año trescientos y sesenta y cinco días, los cuales días y número repartidos por veintes son diez y ocho veintes, y estos eran los meses del año, pero los cinco días que sobraban teníanlos esta nación por días aciagos, sin cuenta ni provecho. Así los dejaban en blanco, sin ponelles figura ni cuenta, y así los llamaban *nenontemi*, que quiere decir días demasiados y sin provecho, y éstos venían a caer en fin de febrero a veinte y cuatro de él, el día del glorioso San Matías, cuando celebramos el bisiesto, en el cual día ellos también le celebraban, y allí fenecía su año y empezaba el año nuevo. Lo que en aquellos cinco días hacían diré en su lugar.

De lo que servían estos veintes signos o figuras, demás de nombrar los días del mes con ellos, era para mirar la ventura que le seguía a todos los que nacían a cada una de ellas, pronosticándosela los agoreros y astrólogos con sus falsas y mentirosas astrologías, o por mejor decir, hechicerías, la buena o mala ventura que les seguía de larga o corta vida, de riqueza o pobreza,

Estas figuras que en cada día del mes había, servían como de letras, y siempre lo sirvieron en general las pinturas de letras para escribir con pinturas y efigies sus historias y antiguallas, sus memorables hechos, sus guerras y victorias, sus hambres y pestilencias, sus prosperidades y adversidades, todo lo tenían escrito y pintado en libros y largos papeles con cuentas de años, meses y días en que habían acontecido. Tenían escritas en estas pinturas sus leyes y ordenanzas, sus padrones, &c., todo con mucha orden y concierto, de lo cual había excelentísimos historiadores que con estas

pinturas componían historias amplísimas de sus antepasados, las cuales no poca luz nos hubieran dado si el ignorante celo no nos las hubiera destruido, porque hubo algunos ignorantes que, creyendo ser ídolos, las hicieron quemar, siendo historia dignas de memoria y no de estar sepultadas en el olvido, como están, pues aun para el ministerio en que andamos del aprovechamiento de las ánimas y remedio de los naturales nos dejaron sin luz.

También servían estas figuras a estas naciones para saber los días en que habían de sembrar y coger, labrar y cultivar el maíz, deshierbar, coger, ensilar, desgranar las mazorcas, sembrar el frijol, la chíá, teniendo cuenta en tal mes, después de tal fiesta, en tal día de tal y tal figura, todo con un orden y concierto supersticioso, que si el ají no se sembraba en tal día, y las calabazas en tal día, y el maíz, en tal día, &c, que en no guiándose por el orden y cuenta de estos días tenían menoscabo y infortunio sobre lo que fuera de aquella orden sembraba. La causa de esto era por tener estas figuras a unas por buenas, a otras por malas, a otras por indiferentes, así como nosotros lo hallamos en nuestros repertorios escrito de los signos de zodiaco, que unos de sus influencias son buenos y otros malos y otros indiferentes para los frutos de la tierra, y aun para los cuerpos, pues los médicos doctos y experimentados aguardan y miran y conocen cuando la sangría era provechosa, o nociva, o la purga.

Los labradores miran las reglas del repertorio y se rigen por ellas en sembrar y miran el signo si influye sequedad o esterilidad, por la experiencia que tiene; pero esta nación no lo hacía por ese respecto. Nuestra nación tiene atención a obviar todo daño de hielo, de sequedad o de muchas aguas y cualquier otro daño,

siempre confiando en solo Dios, en quien pone toda su esperanza, haciendo de su parte lo que en sí es y está obligado; pero estos indios, el aguardar que aguardaban de tal y tal tiempo, sin faltalle día ni punto, y todos a una primero en los montes y después en los llanos, para sembrar dan a entender que lo hacían por idolatría y superstición, y por mal respeto, pues en todas las cosas formaron superstición, hechicería y idolatría.

Dirá alguno, “¿no decís que tenían entre estas figuras signos buenos y malos y indiferentes?” Sí tenían; pero dado caso que fingiesen que éste y aquel signo era malo, y aquél y el otro bueno, y el otro indiferente, dan a entender su mal fin, pues no sólo en las labranzas usaban de estos signos, pero también en los tratos y contratos, en comprar y vender, en casamientos, en baños, en comer tales y tales comidas, lo cual fuera de aquellos días y tiempos no había comellos, y tengo por tan mala de desarraigar esta superstición, que temo que en algunas partes no están desarraigadas estas reglas y ritos, pues veo guardarlas inviolablemente, y fúndome en que preguntando yo a un viejo que qué era la causa de sembrar el frijol pequeño tan tarde, que pocos años hay que no se les hiele, respondió que todo tenía su cuenta y razón y día particular. También daré otra razón, a todos muy notoria: acontece estar el maíz de esta sementera ya seco y sazonado, y bueno para coger, que ya recibe detrimento de estarse allí; y acullá está lo mismo, y en muchas partes no lo cogerán aunque todo se pierda, hasta que por los viejos son avisados que ya es tiempo de coger, y ósolo certificar porque yo lo he muchas veces oído a pregonar en las iglesias, cuando el pueblo está junto, y acuden tan a una y con tanta priesa, que no queda chico ni grande que no acuda, habiendo

podido coger antes y de espacio; pero como el sortílego viejo halló que el día era llegado, que en su libro y calendario halló, dio aviso y luego acudieron sin ninguna dilación. Finalmente, yo sospecho que en este caso siguen todavía su ley antigua, y que aguardan se cumplan las letras de sus calendarios, porque en pocas partes hay que no los tengan guardados y muy léidos y enseñados a los que agora nacen, para que *in eternum* no se olvide.

Arriba quedó dicho cómo aquestas figuras de los meses y días servían para mirar las venturas buenas o malas de los que nacían, y es así que en naciendo que nacía el niño o niña iba luego el padre o parientes del nacido a los astrólogos hechiceros y sortílegos, que los había sin número, y rogábanles les declarasen la ventura en que su hijo e hija habían nacido, siempre llevando por delante la ofrenda ordinaria de comida y bebida. El astrólogo y sortílego hechicero sacaba luego el libro de sus suertes y calendario, y vista la letra del día, pronosticaban y echaban suerte, y decíanles la ventura buena o mala, según había caído la suerte; porque la ciencia de su astrología y quiromancia no se extendía a más de un papel pintado de cuantos ídolos había y adoraban, donde tenía cada ídolo en su casa, conviene a saber: al dios de las mieses en su casa, y al de la riqueza en otra, y al de la pobreza en otra, y al de la penitencia en otra, y al de la lujuria en otra, y al de la borrachera en otra, y al de la guerra en otra, y al dios del culto de los dioses en otra, &c. Junto a estos dioses estaban pintadas las letras de los días del mes de su calendario. Sobre este papel echaban suertes, y conforme a como caía, pronosticaban, y si caía sobre el dios de la vida, decían que era de larga vida; si caía sobre la muerte, decían que había de vivir

poco, y así de todos los demás, que por quitar prolijidad no lo pongo en cada uno en particular. Baste saber que si había de ser rico o pobre, o valiente, o animoso, o cobarde, religioso o casado, ladrón o borracho, casto o lujurioso, allí en aquella pintura y suertes lo hallaban, y avisaban a los padres y parientes, haciéndoles salvas primero, y pláticas largas y retóricas. Salían después con dos docenas de mentiras y fábulas, afirmando cosas que aun al Diablo que les persuadía aquello le es oculto, pues a sólo Dios son las cosas futuras presentes.

Para más inteligencia de lo que queda dicho y por decir, es de saber que en aquellas veinte figuras que para los días del mes estaban señaladas, parte de ellas eran buenas, de buen pronóstico, y parte malas, y parte indiferentes. Las buenas son las siguientes:

Cabeza de sierpe, casa, lagartija, venado, buharro;²¹ pero éstos eran signos buenos, y de buenos sucesos para los que en ellos nacían.

Los indiferentes eran conejo, mono, caña, tigre, águila, rosa, curso;²² llamaban a estos signos indiferentes porque los que en ellos nacían participaban de bien y de mal, unas veces se verían en prosperidad y otras veces en pobreza, sujetos a sucesos malos y buenos.

Los signos malos y de mal pronóstico son viento, y culebra, muerte, agua, matorral, pedernal, aguacero. Estos siete signos o figuras eran tenidas por malas para los que nacían en ellas, y para que más claro lo veamos (aunque tome un poco de trabajo), quiérola poner y demostrar, relatándolo por cada figura, conforme a como lo hallé pintado en un viejo y antiguo papel lleno de tantas y feas figuras de demonios, que me puso espanto.

²¹ Faltó perro. ²² Esto es, movimiento.

Declarado y sabidos cuáles eran los buenos y cuáles indiferentes y cuáles los malos, digamos agora los efectos que causaban en los que en ellos nacían, y de lo que ellos fingían.

Primeramente. El primer signo *ce cipactli*, que, como ya dijimos declarado, quiere decir cabeza de sierpe, pues la pintan así y la etimología del vocablo lo declara, al que nacía en este signo primero decían que había de ser hombre para mucho, de mucho ánimo y fuerzas, gran trabajador, gran cultivador de tierras, gran guerrero, mercader guardador de su hacienda, amigo de multiplicalla, enemigo de la ociosidad, amigo de estar siempre ocupado, no desperdiciadores ni pródigos, trafagadores, negociantes.

En el segundo signo, que era *ehécatl*, que quiere decir viento, el cual tenían por malo, pronosticaban a los que nacían en él lo siguiente: que habían de ser mudables, inconstantes, negligentes, perezosos, enemigos de trabajar, amigos de bodas y de comer siempre de prestado, andariegos, de poco asiento ni reposo.

Los que nacían en el signo de *calli*, que quiere decir casa, que es el tercero, su ventura era ser amigos de encerramiento y de recogimiento, quietos, sosegados, muy serviciales de sus padres, queridos de sus parientes, enemigos de peregrinar ni de andar largos caminos, y que habían de morir buenamente y en su casa.

Los que nacían en el signo de *cuetzpalli*, que quiere decir lagartija, el cual era tenido por buen signo, decían que el que en este signo nacía, agora fuese el menor, agora el mayor o el de enmedio, que había de prevalecer sobre todo su linaje, y que había de tener muy dichosos sucesos: ternía riquezas, y de comer, que nunca le faltaría, y fundábanlo en que la lagartija es tan desasosegada, echada en la pared, nunca le



Figura 5. Los signos de los días

faltan moscas o mosquitos que comer, viniéndosele a la boca. Así pronosticaban al que en este signo nacía la prosperidad sin mucho trabajo.

El quinto signo era la culebra, que en la lengua se llama *coatl*. Los que en este día nacían decían que habían de ser hombres pobres, desnudos, sin abrigo, y mendigo desarrapado, sin casa propia. Vivirían siempre de prestado y a pensión de otro, y de continuo servirían, y esto a imitación de la culebra, que anda desnuda, sin casa propia, y al sol y al aire, metiéndose hoy en un agujero y mañana en otro. Era signo tenido por malo.

El sexto signo era *miquiztli*, que quiere decir muerte. Este signo era también tenido por malo, y muy melancólico, triste, y así los que en él nacían los daban por hombres medrosos, asombrados, cobardes, sin corazón, olvidadizos, flojos, enfermos, de poco comer, enfermos del corazón.

Los que nacían en el signo de *mázatl*, que quiere decir venado, eran hombres de monte, inclinados a cosas de monte y de caza, leñadores, huidores, andadores, enemigos de su natural, amigos de ir a tierras extrañas y habitar en ellas, desaficionados de sus padres y madres, con facilidad los dejaban.

Los que nacían en el signo de conejo, que es el que dijimos se llamaba *tochtli*, a éstos daban la misma suerte y ventura que de los que nacían en el signo pasado, de venado, dijimos.

El signo noveno era *atl*, que quiere decir agua, el cual signo era signo malo. Eran hombres flemáticos, de poca vida. Siempre vivían enfermos; pocos llegaban a viejos, de enfermedades largas y prolijas, nunca los acertaban a curar. Eran hombres reganados, mal contentadizos; andaban siempre enojados, rostrituertos.

El décimo signo del décimo día del mes era *itzcuin-*

tli, que quiere decir perro. Este signo tenían por muy dichoso y felice, y así los que nacían en él, le pronosticaban dicha y felicidad de valerosos, generosos, que habían de subir a grandes dignidades, hombres de mucha familia, abundosos en todo lo necesario, franco, pródigo, amigo de tener que dar, enemigo de los lacerados, amigo de que le pidan mercedes y hacellas.

El undécimo signo que esta nación señaló para nombrar un día de su mes y para sus particulares ejercicios, y para conocer el nacimiento de los hombres, fue *ozomatli*, que quiere decir mico o mono, que todo es uno. A los que nacían en este signo tenían por hombres alegres, truhanes, graciosos, representantes, y ganaban su vida a ello; ternán muchos amigos; serán cabidos entre los reyes y señores, y si fuere mujer será cantora, regocijada, graciosa, no muy honesta ni casta, risueña y muy fácil de persuadir en cualquier cosa.

En el signo doce que llamaban matorral, que quiere en la lengua decir *malinalli*, pronosticaban a los que en él nacían que cada año habían de tener una grave enfermedad y que habían de llegar al cabo y había de sanar, a imitación del matorral, que cada año se seca y luego reverdece; así que el que en el signo de matorral nacía, estaba una vez en el año malo, y sanaba, no moría de aquella enfermedad. No aplicaban otra cosa a este signo.

A otro signo que era el de la caña, a la cual llamaban *ácatl*. Este signo tenían por indiferente, aunque las propiedades que la aplicaban no eran muy buenas, porque decían del que en él nacía, que así como la caña es hueca de dentro y sin corazón, que así los que en este signo nacían eran hombres descorazonados, inhábiles, de poco juicio, huecos, para poco, y aunque tuviesen hacienda y bienes, amigos de predicar pobre-

za, de mendigar; eran golosos, glotones, amigos de ociosidad y de estarse todo el día en cueros al sol.

Tras este signo dicho venía el signo de *océlotl*, que quiere decir tigre. A los que en este signo nacían, hallaban en sus suertes que había de imitar al tigre en ser osado, atrevido, altivo, presuntuoso, soberbio, fantasiado y grave. Apetecerá dignidades, cargos; alcanzarlos ha por tiranía y fuerza, y por dádivas andará alcanzado; será pródigo; abatirse ha a cosas serviles; será amigo de sembrar y coger por su mano, aficionado a la agricultura; en nada huirá el trabajo; amigo de ir a la guerra, de mostrar y señalar su persona y valor; mostrará a todo buen rostro y corazón; acometerá cualquier buen hecho, y si fuere mujer la nacida en este signo, será libre, soberbia, presuntuosa, menospreciadora de los demás; terná poco reposo; galana de corazón; hará burla de todos; terná altos pensamientos.

Este signo que se sigue es *cuauhtli*, que quiere decir águila. Tiene las mismas propiedades que del signo de tigre queda dicho, salvo que añaden que el que naciere en este signo, demás de tener las propiedades dichas del tigre, terná otras, que serán inclinados a hurtar, y codiciosos de los bienes ajenos, avarientos, que esconderán lo que tienen, a imitación del águila, que es el ave de rapiña.

El signo de *cozcacuauhtli*, que quiere decir buharro, significaba y pronosticaba a los que en él nacían larga vida; sanos, recios, sin enfermedad, altos de cuerpo, doblados, membrudos, calvos, discretos, hombres de gran consejo y autoridad, sabios, graves, quietos, prudentes, retóricos, amigos y inclinados a enseñar y a predicar, amigos de dar buenos consejos y de reprender lo malo, amigo de juntar discípulos a quienes enseñar.

El signo diez y siete era el que llamaban *ollin*, el cual vocablo quiere decir cosa que anda o se menea, el cual signo aplicaban al Sol. Todos los varones que en este signo nacían los tenían por hombres que resplandecerían, como el Sol; teníanlos por bien aventurados, bien afortunados, venturosos, dichosos. Tenían a gran dicha y buena suerte y buena ventura el nacer en este signo. Prometíanles señoríos, reinados, a los que nacían en este día, a causa de que así como el Sol es rey y supremo entre los demás planetas, así prometían al que en su signo nacía estado supremo en la tierra, y esto (como dije) a los varones, porque a las mujeres le era contrario. Anunciábales que habían de ser tontas, bobas, necias, de corto juicio, lunáticas, desconcertadas; pero ricas y prósperas y poderosas como los varones, y así, aunque este signo era bueno, tenía parte de indiferente por lo dicho.

El signo del día diez y ocho era *técpatl*, que quiere decir pedernal. Teníanlo por el más mal signo de todos, y perjudicial a la república y al multiplico de la generación humana, del cual signo decían que así como este pedernal era duro y recio, así causaba esterilidad en los hombres y en las mujeres que nacían en él, y así se lo pronosticaban el nunca tener hijos, que es el mayor dolor y mal que esta nación siente, y esles la mayor afrenta entre ellos que se les puede decir ni hacer el llamallos estériles, infecundos, y así los estériles que no tenían hijos viven afrentados, y a trueque de tener hijos cometen muchos males y pecados, de manera que los que nacían en el signo del pedernal, en todo eran dichosos excepto en ser fecundos, y tener hijos.

El penúltimo signo que es el diez y nueve, era el que

llamaban *quiáhuitl*, que quiere decir lluvia o aguacero. A todos los que en él nacían, así hombres como mujeres, les daban y prometían muy mala ventura, y era que habían de ser ciegos, cojos, mancos, bubosos, leprosos, gafos, sarnosos, legañosos, lunáticos, locos, con todos los males y enfermedades adherentes a éstas.

El último y veinteno, signo, que era *xóchitl*, que quiere decir rosa, que era el día último del mes, era signo que se aplicaba a los oficiales mecánicos, y así a los que en él nacían inclinaban a pintores, plateros, tejedores, escultores, talladores, en fin, todo oficio que imita la naturaleza. En las mujeres a labranderas, a tejer labores, a hacer pan pintado; inclinaba a pulirse y a aderezarse, amigas de camisas labradas, de mantas labradas limpios, curiosos, trabajadores, para tener lo necesario, ganándolo por sus manos en oficios, etcétera.

Con lo que dicho es, hemos dado fin a lo que toca a los meses y a los nombres y figuras con que eran nombrados y señalados, hemos dicho y contado cómo por ellos eran conocidos las venturas de los hombres por los días en que nacían, y por la figura en que habían nacido, y creo sin otra ciencia más de hechicería y superstición, porque yo he preguntado a algunos viejos de dónde tenían esta ciencia de conocer las venturas y sinos, responden: que los viejos antiguos se las dejaron y se las enseñaron, y que no saben otra cosa. También he procurado examinar a algunos de los viejos que el día de hoy he hallado en esto defectuosos, y enseñan a los mozos y aun dicen las venturas a los niños, y que gana de comer a ello, y responden que aquella pintura y signo es malo, y que eso lo causa, de manera que dan a entender que por ciencia particular no conocen nada, sino sólo por malicia que ellos imaginaron de aquel signo y pintura dejado por sus antepasados.

Bibliografía

- Acosta, Joseph de, *Historia natural y moral de las Indias en la que trata de las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellas, y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios*, 2a. ed., edición preparada por Edmundo O'Gorman con un prólogo, tres apéndices y un índice de materias, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, xcvi-446 pp. (Biblioteca Americana, Serie de Cronistas de Indias, 38.)
- Benavente o Motolinía, Fray Toribio, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, edición, notas, estudio analítico y apéndice por Edmundo O'Gorman, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971, cxxxii-594 pp. y un desplegado. (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 2.)
- Brand, Donald D., "Bosquejo histórico de la geografía y la antropología en la región tarasca", (Primera parte), traducción de José Corona Núñez, *Anales del Museo Michoacano*, núm. 5, 2a. época, 1952, pp. 40-153, un mapa.
- Caso, Alfonso, *El pueblo del Sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, 134 pp., ils.
- Castillo, Cristóbal del, *Fragmentos de la obra general sobre historia de los mexicanos*, trad. del náhuatl de Francisco del Paso y Troncoso, Cd. Juárez, Editorial Erandi, 1966, páginas 43-107, reimpresión de la ed. de 1908.
- Castillo F., Víctor M., *Estructura económica de la sociedad mexicana*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972, 200 pp., ils. (Serie de Cultura Náhuatl, Monografías, 13.)
- Clavijero, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, segunda ed., edición y prólogo de Mariano Cuevas, México, Editorial Porrúa, 1964, xl-624 pp. (Sepan cuántos... , 29.)

- Durán, Fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme*, notas de José F. Ramírez, 2 v. y un atlas, México, Editora Nacional, 1951.
- García Alcaraz, Agustín, "Estratificación social entre los tarascos prehispánicos", en Pedro Carrasco *et al.*, *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, México, SEP, INAH, Centro de Investigaciones Superiores, 1976, páginas 221-244.
- Jiménez Moreno, Wigberto, "Historia antigua de la zona tarasca", *El Occidente de México*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1948, pp. 146-157.
- Katz, Friedrich, *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV y XVI*, trad. de María Luisa Rodríguez Sala y Elsa Bühler, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966, viii-210 pp. (Serie de Cultura Náhuatl, Monografías, 8.)
- Kirchhoff, Paul, "La Relación de Michoacán como fuente para la historia de la sociedad y cultura tarasca", en *Relación de las ceremonias...* (ver ficha).
- Krickeberg, Walter, *Las antiguas culturas mexicanas*, trad. de Sita Garst y Jasmin Reuter, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, 478 pp., ils. (Sección de Obras de Antropología.)
- León, Nicolás, "¿Cuál era el nombre gentilicio de los tarascos y el origen de este último?", *Anales del Museo Michoacano, Morelia 1888-1891*, ed. facs., Guadalajara, Edmundo Aviña Levy Editor, 1968, pp. 29-32.
- López de Gómara, Francisco, *Historia general de las Indias. "Hispania Vitrix"*, cuya segunda parte corresponde a la conquista de Méjico, modernización del texto antiguo por Pilar Guibelalde, notas prologales de Emilia M. Aguilera, 2 v., Barcelona, Editorial Iberia, 1954. (Obras Maestras.)
- López Sarrelangue, Delfina Esmeralda, *La nobleza indígena de Pátzcuaro en la época virreinal*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1965, 396 pp., ils. (Serie de Historia Novohispana, 20.)
- Martínez Marín, Carlos, "La cultura de los mexicas duran-

te la migración. Nuevas ideas”, *Cuadernos Americanos*, México, año xxii, julio-agosto, de 1963, núm. 4, pp. 175-183.

Oliveros, José Arturo, “Michoacán”, *Los señoríos y estados militaristas, México*, SEP, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1976, pp. 99-134, ils. y mapa. (México, panorama histórico y cultural, IX.)

Rea, Fray Alonso de la, *Crónica de la Orden de N. Seráfico P. S. Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Mechoacán en la Nueva España*, Imprenta de J. R. Barbedillo y Cía., México, 1882, xvi-488 pp.

Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la Provincia de Michoacán (1541), reproducción facsimilar del Ms.c.IV.5 de El Escorial, con transcripción, prólogo, introducción y notas por José Tudela, revisión de las voces tarascas por José Corona Núñez, estudio preliminar por Paul Kirchhoff, Aguilar, Madrid, 1956, xxxiv-300 p.

Relaciones geográficas de la Diócesis de Michoacán, 1579-1580, 2 v., Guadalajara, s/e, 1958. (Colección Siglo XVI.)

Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, numeración, anotaciones y apéndices de Ángel Ma. Garibay K., 4 v., México, Editorial Porrúa, 1956, ils. (Biblioteca Porrúa, 8-11.)

Warren, J. Benedict, *La conquista de Michoacán, 1521-1530*, trad. de Agustín García Alcaraz, Morelia, Michoacán, Fimax Publicistas, 1977, xviii-490 pp., ils. (Colección Estudios Michoacanos, vi.)

Zurita, Alonso, “Breve y sumaria relación de los señores y maneras y diferencias que había de ellos en la Nueva España, y en otras poblaciones sus comarcas, y de sus leyes, usos y costumbres, y de la forma que tenían en les tributar sus vasallos en tiempos de su gentilidad y la que después de conquistados se ha tenido y tienen en los tributos que pagan a S. M., y a otros en su real nombre, y en el imponerles y repartirlos, y de la orden que se podría tener para cumplir con el precepto de los diezmos, sin

que lo tengan por nueva imposición y carga los naturales de aquellos partes”, en Juan Bautista Pomar *et al.*, *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España*, introd. de Joaquín García Icazbalceta, México, Editorial Cházvez Hayhoe, 1941, xl-292 pp. (Sección de Historia, 2), páginas 65-206.

ÍNDICE

Prólogo	7
LOS HOMBRES DE LOS LAGOS	15
Los tarascos	17
Los mexicas	55
ANTOLOGÍA	95
La provincia de Michoacán	
<i>Fray Alonso de la Rea</i>	97
Relaciones geográficas de Michoacán	
<i>Pedro Gutiérrez de Cuevas y Francisco de Medinilla Alvarado</i>	108
Sobre el término tarasco	
<i>Nicolás León</i>	131
Historia de los tarascos	
<i>Paul Kirchhoff</i>	136
Matrimonio y repudio entre los tarascos	
Texto de la Relación de Michoacán	175
Ritos funerarios del rey de Michoacán	
<i>Fray Toribio de Benavente, Motolinía</i>	186
Augurios de la conquista	
Texto de la Relación de Michoacán	193
Costumbres de artesanos y comerciantes mexicas	
<i>Fray Bernardino de Sahagún</i>	199
	301

El tributo entre los mexicas	
<i>Alonso de Zurita</i>	220
La esclavitud entre los mexicas	
<i>Fray Toribio de Benavente, Motolinía</i>	227
La educación de nobles y plebeyos entre los mexicas	
<i>Fray Bernardino de Sahagún</i>	237
Descripción de México-Tenochtitlan	
<i>Francisco López de Gómara</i>	253
El gobierno tenochca	
<i>José de Acosta</i>	270
El calendario adivinatorio	
<i>Fray Diego Durán</i>	283
Bibliografía	297

Este libro se terminó de imprimir el día 12 de agosto de 1981 en los talleres Editorial Galache, S. A., Privada Dr. Márquez 81, México 7, D. F. Se tiraron 6 000 ejemplares y en su composición se emplearon tipos Baskerville: 11:12, 10:11 y 8:9 puntos.

La edición estuvo al cuidado de
Gabriela Becerra y Carlos Mapes.

Nº 4597

La historia es una disciplina "... que debe enseñarnos a vivir nuestro presente". Bajo este postulado práctico, Alfredo López Austin—uno de los investigadores más importantes de la historiografía mesoamericana— presenta una crónica viva de tarascos y mexicas, a través de textos muy variados que recogen diferentes aspectos de las regiones de asentamiento de estas culturas, y que se detienen en la caracterización de las relaciones económicas, los medios de subsistencia, los principios y las prácticas religiosas, la actividad artesanal y el comercio, la expansión demográfica y las pugnas con los pueblos vecinos, desde su surgimiento hasta la llegada de los conquistadores españoles.

Tarascos y mexicas es una excelente aproximación a la historia de estas dos culturas lacustres a través de una secuencia de textos introductorios señalados en la extensa bibliografía, en que el lector puede ahondar con lecturas posteriores.